



Mi lugar en el MUNDO

ARANTXA ALARCÓN

Mi lugar en el mundo

ARANTXA ALARCÓN

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 Arantxa Alarcón

Título: Mi lugar en el mundo

Edición publicada en junio de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Alexia Jorques

Mi lugar
en el
MUNDO

ARANTXA ALARCÓN

*A mi hermana. Mi muleta, mi roca, mi guía.
La que potencia mi fuerza y mis ganas para
enfrentarme a todo.*

1

HA LLEGADO EL MOMENTO DE UN CAMBIO



Valentina

Había decidido empezar a cuidarme, a cuidarme de verdad. Y no me refiero a apuntarme al gimnasio, dejar de beber alcohol los fines de semana o llevar una dieta más equilibrada. Mi decisión no tenía una base física, sino emocional. Pasaba por no dar tanta importancia a las voces de mi alrededor para escucharme más a mí misma y, sobre todo, pasaba por buscar esa libertad que solo podemos alcanzar escarbando muy hondo en nuestras entrañas hasta descubrir lo que realmente nos toca la fibra.

Llevaba ocho años trabajando en el departamento financiero de una empresa familiar que había crecido como la espuma en la última década. Mi jefa, Carmen, era una de mis mejores amigas desde el colegio y me ofreció trabajo en el grupo hotelero de su padre mucho antes de terminar mis estudios de económicas. ¿Quién no ha soñado con tener un buen puesto esperando al terminar la carrera? Pues eso. Pero voy a dejar de andarme por las ramas, que al final me remontaré a mi infancia y esta historia se hará de lo más aburrida.

Hablábamos de mi necesidad de cambio y de mi decisión de empezar a cuidarme de verdad. Llevaba meses, puede que años, sabiendo que algo no encajaba en mi vida. Todo empezó con una leve incomodidad, como cuando te pones unos vaqueros recién sacados de la lavadora y notas como se te clavan las costuras al andar. Después pensé que podría ser el trabajo, me encantaban los números, pero hacía tiempo que las jornadas se me antojaban interminables y había perdido la motivación en la cajonera donde guardaba el material de papelería; siempre la misma lucha con los mismos proveedores para que pagasen a tiempo, cuadrar cuentas, preparar facturas... Lo que antes me llenaba se había convertido en una serie de tareas que realizaba de forma mecánica. Puede que mi casa también tuviese algo que ver, un piso viejo ubicado cerca del centro que compré con la idea de reformar y cambiar a mi gusto, cosa que hice solo a medias porque dejó de importarme lo suficiente; en definitiva, era mi casa, pero no la sentía mi hogar. La muerte de mi madre un par de años atrás también provocó una colisión entre viejos y nuevos pensamientos en mi cabeza, sacudió mi mundo, alterándolo desde los cimientos.

Este sentimiento de que algo fallaba se vio opacado durante un tiempo por cosas buenas que fueron sucediendo, como los momentos bonitos que viví junto a Joan. Cuánto me costó darme cuenta de que basé la relación en mis propias ilusiones y no en lo que en realidad sucedía entre los dos. Me enganché a su forma de hablar y a esa magia que creaba con sus palabras; me hice adicta a sus besos, a que me trajera el café a la cama cuando se quedaba a dormir en casa, a que me llamara bichito, a sus mensajes de buenas noches y a su forma de quererme siempre desnuda a su lado. Podría decirse que mi necesidad de cuidarme creció tras entender que solo yo había

imaginado un futuro que nunca existiría, que solo yo apostaba por nosotros, que le creí mío cuando nunca lo fue y que hice mi propia versión de una relación que siempre flotó sobre lava. Podría decir que quise cuidarme después de sentir el vacío de su ausencia, pero la verdad es que no fue así. El sentimiento de no encajar del todo en mi propia vida y de no estar escuchándome lo suficiente, estuvo latente durante mucho tiempo y por fin había despertado.

Fue mi padre el precursor de la gran idea y tengo que decir, que aunque despertó algo en mí desde el principio, no fue hasta que mis hermanas la apoyaron, que empecé a tomarla en serio. En mi familia somos un poco especiales y nos gusta tomar las decisiones importantes en grupo, concretamente en casa de mi padre y con una cazuela de delicioso arroz al horno sobre la mesa. Mis sobrinas, las hijas de Marta, estuvieron encantadas de que me marchase a vivir a Italia, sobre todo porque nunca habían subido en avión y estando yo allí, mi hermana no tendría excusa para no organizar un viaje.

No quise marcar en el calendario una fecha de vuelta. No quise tampoco cerrarme la opción de volver a mi trabajo de siempre después de un tiempo, por lo que hablé con Carmen y aceptó concederme una excedencia de un año tras acusarme de estar loca de remate. Sin embargo, algo me decía que a mi vuelta, no querría encajar todas las piezas de la misma forma y que esa despedida del trabajo, no sería un hasta luego.

El último empujón que me ayudó a decidirme fue la reacción de la tía Emilia cuando le pregunté si podría pasar con ella unos meses, ayudándola en la granja. Se puso a gritar de alegría y me contagió su entusiasmo cuando empezó a enumerar las cosas que podríamos hacer juntas. Había pasado cortas temporadas con ella y Fiorella cuando era pequeña, siempre acompañada de mis padres y mis hermanas y ese lugar tenía un hueco en mi corazón. Recuerdo que mi padre, algo estirado para la vida de campo, siempre me reñía cuando llegaba llena de barro hasta la barbilla por ayudar en los establos de las búfalas y recuerdo aquel queso increíble que Fiorella me daba a escondidas y que yo comía siempre con ansia. No recuerdo haber sido más feliz en otro lugar y por eso, mi destino estaba decidido desde el mismo momento en que a mi padre se le ocurrió la idea.

Me costaría alejarme de mi familia y de mis amigos, pero como ya he dicho antes, estaba determinada a realizar un cambio importante en mi vida y eso pasaba por salir de mi zona de confort y alejarme de aquello que me aportaba seguridad, pero no me hacía del todo feliz. Quería sentir eso que llaman chispa, los nervios en el estómago, quería sonreír al despertarme y dejar atrás la sensación de hastío que me acompañaba desde hacía un tiempo. Quería recuperarme y a la vez reinventarme. ¿Qué tan difícil podría resultar?

2

EL PRINCIPIO DE MI NUEVA YO



Mientras el avión iba perdiendo altura y el paisaje comenzaba a tomar forma, los nervios de mi estómago se entretenían formando nudos y más nudos. Era la primera vez que estaba sola, sola de verdad.

Soy la pequeña de tres hermanas y creo que no tengo un solo recuerdo de mi infancia en el que el silencio fuera el protagonista. Mi casa siempre fue un hervidero de risas y discusiones, de salidas y entradas, de comidas con más invitados de los que cabían en nuestro modesto salón y sobremesas que se alargaban hasta el alba. Mis amigos siempre fueron bienvenidos y mi hogar pronto se convirtió en el punto de partida de cualquier quedada.

El día que decidí independizarme lo hice sin salir del edificio en el que había vivido siempre y fue la mejor decisión que pude haber tomado. Meses después de mudarme, mi madre fue diagnosticada de cáncer y esa cercanía me permitió pasar toda la enfermedad a su lado. Y aunque ver como la vida se le escurría entre las manos fue lo más duro a lo que he tenido que enfrentarme, esos últimos meses juntas se convirtieron en un regalo de despedida para mí.

Cerré los ojos con fuerza, como hacía siempre que necesitaba sentirla. Todavía podía escuchar su voz adentrarse en mi oído:

“No nos queda mucho tiempo juntas, mi niña y por eso tengo que pedirte una cosa. No dejes que tus miedos te frenen, no te conformes con algo si no te hace sentir que eres suficiente y, sobre todo, nunca te hagas de menos a ti misma. Prométeme que irás allí donde tu risa pueda escucharse cada día”.

Sus palabras me acompañarían por siempre como un mantra.

El aeropuerto de Nápoles era pequeño y estaba poco concurrido, lo cual me permitió encontrar con rapidez la salida. El tema del taxi fue otro cantar. Hacía frío y sentía la pesadez en mi cuerpo. Había dormido poco y mal y el viaje se me estaba haciendo eterno.

En aquel momento, con la cabeza apoyada en la ventanilla, me dejé arrullar por el traqueteo del coche mientras intentaba no quedarme dormida. El taxi frenó algo brusco cuando me encontraba en un duermevela placentero y tardé un poco en darme cuenta de que ya habíamos llegado a la granja. Hacía casi veinte años que no estaba allí y todo parecía exactamente igual que la última vez. La casa era tan grande como la recordaba y por un momento me quedé absorta mirándola. La fachada de piedra, las contraventanas de color verde oliva, el tejado de pizarra y el enorme portón de madera hacían del lugar uno imposible de olvidar.

Salí del taxi tras pagar al conductor y me fijé en la mujer que acababa de salir de la casa y se acercaba mostrando una enorme sonrisa. Emilia era más bajita de lo que recordaba, tenía la piel

tostada y sus ojos eran de color castaño oscuro, al igual que su pelo. Cuando me abrazó, yo todavía me encontraba buscando las diferencias entre la mujer que tenía delante y su imagen en mis recuerdos.

Tardé unos segundos en moverme, los mismos que tardó esa mezcla de olor a tierra, hierba fresca y comida casera en llegar a mi cerebro. Ella olía a los picnics que hacía de pequeña con mi familia.

La envolví entre mis brazos y, al darme cuenta de que ya estaba sonriendo y no había hecho más que llegar, mis pensamientos volvieron a mi madre y a lo que me pidió antes de marcharse.

Cuando nos separamos, observé sus pantalones anchos, su suéter de lana remangado hasta los codos y sus botas de montaña y me sentí un poco ridícula. Solo a mí podía haberseme ocurrido ponerme un vestido calado en tonos claros y unos zapatos de ante para ir a una granja.

—¡*Mamma mia, bambina**! ¡Cómo has cambiado! Siempre supe que te convertirías en una mujer preciosa, a pesar de esas piernas desgarradas y ese carácter de mil demonios que te gastabas de niña.

—Oye, que no era tan insoportable —me quejé riendo— y puedes hablarme en italiano, lo tengo algo oxidado, pero espero refrescarlo en unos cuantos días.

—Anda, vamos dentro. Vas a tener que aguantar muchas quejas por mi parte. Llevo años pidiéndote que vengas a pasar unos días y has tardado muchísimo en hacerlo. ¡Y ni sueñes que voy a conformarme con un par de semanas! Tu padre me ha dicho que has pedido una excedencia en el trabajo, así que no pienso dejarte marchar hasta dentro de mucho, mucho tiempo.

—Si me aceptáis y me dais trabajo para que no me sienta una mantenida, podréis aguantarme durante una temporada —respondí siguiéndola hasta la cocina, incapaz de borrar la sonrisa que parecía pegada a mi rostro.

—Mi madre quería esperarte para darte la bienvenida, pero no se encontraba muy bien y la he obligado a acostarse.

—No te preocupes. Tengo muchas ganas de verla, pero ya habrá tiempo. Mi padre me dijo que está un poco delicada de salud.

Me invitó a sentarme en una de las banquetas que rodeaban la isla de la cocina y volví a sentir el peso de mi cuerpo mientras me bebía el gazpacho que acababa de servirme.

Comenzó a explicarme, emocionada, las rutinas de la granja, pero llegó un momento en que el cansancio me pudo y un bostezo mal disimulado escapó de mi boca.

—Ay, *bambina*, perdóname. Debes estar muerta después del viaje y yo estoy aquí cotorreando sin parar. Ven, te acompaño a tu habitación y así puedes darte una ducha y acostarte.

La seguí escaleras arriba y, al abrir la puerta del que fue mi cuarto y el de mis hermanas cuando veníamos de visita, un montón de bonitos recuerdos me vinieron a la mente. La estancia estaba prácticamente igual que hacía dieciocho años, incluso habían conservado nuestros dibujos clavados con chinchetas sobre un corcho. Las cortinas seguían siendo las mismas, viejas, largas y pesadas, que encajaban a la perfección con el resto de la decoración. Las tres camitas que recordaba de mi infancia habían sido sustituidas por una de gran tamaño, colocada en el centro de la habitación y rodeada de alfombras y dos mesitas de noche que habían sido testigo de muchos amaneceres. Recordaba los dos armarios, la cómoda, el baúl a los pies de la cama y un tocador algo rimbombante que siempre me transportó a siglos pasados. Frente a la puerta, al fondo de la habitación, había dos ventanas que daban a un balcón francés al que me encantaba asomarme de niña.

En aquel preciso instante fui consciente de que una parte de mí pertenecía a ese lugar.

Me desperté con la sensación de haber dormido durante un día entero y cuando bajé a la cocina, me encontré a Emilia trajinando entre cacharros. Daba igual los años que pasasen, ella siempre se movía como si estuviese cargada de energía.

—Buenos días, *bambina* —saludó asomando la cabeza por detrás de un armario—. ¿Me ayudas con los huevos y la panceta? Tienes todo encima de la encimera y las sartenes están en el armario que hay debajo del horno, usa la más grande. ¡Me había olvidado de que hoy es miércoles!

Era un torbellino, abriendo y cerrando armarios a la velocidad de la luz mientras sacaba ingredientes, ponía la mesa y preparaba cantidades ingentes de café.

—¿Qué pasa los miércoles? ¿Es el día que viene un regimiento a desayunar? —pregunté divertida mientras me acercaba deprisa para comenzar con la tarea que me había encomendado. No quería pecar de lenta o mucho peor, de vaga.

—Más o menos. Es el día de la semana que invitamos a los trabajadores de la granja, ¿no te acuerdas? —Mientras hablaba, sirvió una jarra grande de café y otra de zumo de naranja que acababa de exprimir—. Claro, hace mucho y solo eras una niña. Mis padres instauraron la tradición hace muchos años, cuando en la granja apenas había cinco o seis empleados. Los miércoles, mi madre lo preparaba todo y los trabajadores se sentaban a la mesa a desayunar con ellos. Aprovechaban esos momentos para compartir tiempo juntos, para conocerse y también para hacer propuestas. Tu abuelo solía decir que el negocio funcionaba gracias al desayuno de los miércoles.

—Pero ahora no son solo cinco o seis empleados, ¿verdad?

—Correcto. Entre los establos, los huertos y la nave donde se da vida a nuestros productos, son doce, así que esta entrañable tradición se ha convertido en una locura y yo anoche me olvidé por completo de lo que nos esperaba hoy —respondió agobiada.

—Igual la culpa fue mía, que acaparé tu tiempo. ¿Hago toda la panceta?

—Sí, no sabes lo que comen estos hombres. Suele ayudarme Francesca. Ella se encarga de la casa y su marido es mi mano derecha en el negocio. Viven aquí desde hace años, así que se conocen estas tierras como la palma de su mano. Si te apetece saber algo sobre la historia de la zona, es a ellos a quienes tienes que preguntar, aunque te aviso que será como abrir la caja de Pandora, no sabes lo que puede salir de ahí ni cuando conseguirás cerrarla de nuevo.

La cocina comenzó a llenarse de gente y Emilia me invitó a sentarme a la mesa con ellos tras presentármelos uno a uno.

—Y este que llega tarde es Alfonso, el marido de Francesca y encargado de todo. Sin él, no podríamos hacer uno de los mejores quesos del país.

El hombre que acababa de llegar era fornido. Bueno, quizás fornido es un adjetivo que se queda corto para describirlo. En aquel momento me pareció enorme. Alto, de espalda ancha, castaño y con una barba frondosa que le tapaba el cuello. Rondaría los cincuenta años y su gesto serio me infundió respeto. Alfonso vestía ropa de trabajo y unas botas que llamaron mi atención, no por el modelo, si no por la talla. Tenía los pies más grandes que había visto nunca.

—No es que llegue tarde. Es que éstos —indicó en tono severo, mirando al resto de hombres sentados a la mesa— han salido corriendo en cuanto el reloj ha dado las nueve, sin importar lo que se quedara a medias. La próxima vez que pase algo parecido, se acabó el desayuno de los miércoles. Lo primero es lo primero. ¡Joder, que parecemos niños!

Todos agacharon la cabeza recibiendo la regañina, pero el pesar les duró solo hasta que mi tía les dio su bendición para empezar a comer. A partir de ese momento, las voces y las risas inundaron la cocina, seguramente toda la casa, y a pesar de encontrarme entre desconocidos, me

sorprendió darme cuenta de que no me sentía una extraña.

Francesca llegó justo cuando la casa se vació de gente. Era una mujer menuda y me hizo gracia verla al lado de su marido. Mi hermana Paula hubiese dicho que parecían el punto y la i. Tenía los ojos marrones, el pelo corto y un gesto dulce que te hacía sentir arropado sin siquiera conocerla.

Tras presentarnos, se puso a limpiar y a organizar la que llamaba “su cocina” sin permitir que Emilia o yo la ayudásemos. Me cayó bien al instante. Su carácter arrollador me recordaba al de mi tía y también al de mi madre.

—Cariño, tengo que irme —me dijo la tía Emilia con gesto triste, poco después—. Me sabe fatal dejarte aquí sin haberte enseñado nada, pero no me queda más remedio. Puedes ir a dónde quieras y si necesitas algo, pregunta a Francesca o llámame al móvil. Volveré en unas horas. No te importa, ¿verdad?

La tranquilicé diciéndole que podía apañármelas sola. Subí a mi habitación para coger mi teléfono y me encontré con varios mensajes en el grupo de *WhatsApp* de mis amigos. Pablo pedía que enviase fotos de mi nuevo hogar y Sandra respondía que no le hiciese caso y que me pusiese a buscar italianos buenorros con los que darles envidia.

Me acerqué al ventanal de mi habitación, tomé una foto de la maravillosa vista que tenía delante y la envié, acompañada de un mensaje:

Me he levantado hace una hora, he preparado el desayuno para un montón de italianos buenorros, y no tan buenorros, y ahora me dispongo a descubrir este paraíso. Os quiero.

Después de recorrer la granja de arriba abajo durante más de una hora, volví a casa muerta de sed. El silencio que encontré al llegar contrastaba con la locura vivida en ese mismo lugar por la mañana.

Entré en el comedor después de pasar por la cocina y me topé con una Fiorella a la que apenas logré reconocer. Estaba mirando por la ventana y aproveché que no se había percatado de mi presencia para observarla detenidamente. Sus facciones eran suaves y su cabello, de color gris claro, descansaba sobre su nuca, en un moño flojo. Era hermosa, una de esas personas que consiguen seguir siéndolo a pesar de la edad, de las arrugas, del peso de los años. Tenía los ojos pequeños, pero de un azul tan intenso que invitaba a perderte en ellos y encontrarte a la deriva en mitad de un océano. Había envejecido mucho, pero eran tantos los años que habían pasado desde la última vez que la había visto, que ni siquiera podía culpar al tiempo.

Tardé un poco en darme cuenta de que estaba sentada en una silla de ruedas de madera, que más bien parecía una mecedora antigua. Era preciosa.

—¿Puedes acercarte un poco? Mi vista ya no es la de antes —pidió cuando percibió mi presencia.

Hice lo que me pedía, un poco avergonzada de que me hubiese pillado observándola, y me coloqué en cuclillas delante suyo. Me miró como quien estudia a un pajarillo malherido mientras yo permanecía inmóvil, dándole su tiempo. Nunca pensé que la presencia de otra persona pudiese afectarme tanto, pero había algo en ella que me mantenía expectante y me obligaba a permanecer a su lado.

Puso las palmas de sus manos sobre mi rostro y sentí su mirada más allá de mi piel, de mi carne y de mis venas. Era como si estuviese mirándome por dentro y, tras hacerlo, me ofreció una sonrisa sincera que sentí casi como un regalo.

—Tienes mucho de tu abuelo. Empezando por esos extraños y bellos ojos color avellana.

Me abrumaba la intensidad del momento, la forma en la que conectábamos, el calor de su

mirada. Fiorella era la segunda mujer de mi abuelo. En realidad, fue su primer amor. Su historia comenzó siendo la de dos adolescentes que creían quererse a morir, pero su relación terminó cuando a mi bisabuelo le dieron trabajo en España y tuvo que mudarse junto a su familia a nuestro país. Tiempo después, el abuelo conoció a la abuela Isabel, se casaron y tuvieron a mi padre, pero la vida tiende a ser enrevesada y, tras la muerte de mi abuela, cuando mi padre solo tenía quince años, el destino quiso que ambos volviesen a encontrarse. Estuvieron en contacto por carta durante años, hasta que él volvió a su tierra natal para formar una nueva familia junto a su primer amor. De esa unión tardía nació la tía Emilia.

Fiorella y yo empezamos a hablar de la granja y le conté mi excursión con pelos y señales, como si fuésemos viejas amigas y ambasuviésemos la certeza de poder hablar sin tapujos.

Un buen rato después, la tía Emilia nos encontró en el salón, riendo a pierna suelta mientras su madre me relataba las torpezas de mi padre cada vez que los visitaba. Es cierto que nunca fue un hombre de campo, pero que en su maleta solo metiese un par de zapatos nuevos la primera vez que llegó a la granja, es algo que no podía esperar, ni siquiera viniendo de él. Me reí a gusto imaginándolo en la huerta, mirando sus zapatos negros, a los que sacaba brillo cada mañana, llenos de barro, y a mi madre intentando disimular la risa sin éxito.

Mi tía se unió a la conversación y el tiempo se nos esfumó de las manos como sucede siempre que te sientes en casa.

3

UN DÍA DE MIERDA



Gianmarco

—¡Me cago en todo! —grité al sentir el metal ardiente quemándome las yemas de los dedos.

—¿Estás bien? —preguntó Vittorio al otro lado del teléfono.

—¿Tú qué crees? Me he quemado con la puta sartén. ¡Joder, como duele!

—Ponte aloe vera —respondió entre risas mientras yo agitaba la mano por si el aire conseguía aliviar el dolor—, te escribo luego y me cuentas si han tenido que amputarte algún miembro.

—Idiota.

—Yo también te aprecio, colega. Ah, y gracias por los consejos de antes. Creo que me esperaré unos días antes de tomar una decisión. El piso no está mal, pero no estoy seguro de que sea momento de invertir.

Vittorio había estado a mi lado desde que tenía uso de razón. Más que un amigo, era como un hermano. Un hermano al que me encantaba picar y lanzar pullas, uno de esos capaces de dejarme en ridículo para ligarse a una mujer, pero también uno que había cogido dos semanas de vacaciones solo para ayudarme a montar mi taller y uno que se había emborrachado conmigo durante cinco noches seguidas cuando Giulia se fue y mi vida quedó patas arriba.

Dejé caer el teléfono sobre la encimera de la cocina y no se me ocurrió otra cosa que meter la mano en el congelador. La piel ya sensible de mis dedos chamuscados se resintió al entrar en contacto con el hielo y la mala leche con la que había despertado ese día aumentó en la misma proporción.

Respiré hondo, me puse unos vaqueros y una sudadera con cuidado de no rozarme la ampolla que ya empezaba a asomar en mi dedo índice, y volví a la cocina a por lo único que podía conseguir que mi día mejorase un poco, una buena dosis de cafeína. Pero los astros se habían alineado en mi contra y la maldita cafetera se negó a funcionar. Sí, es cierto que llevaba varias semanas fallando y también es cierto que yo llevaba el mismo tiempo olvidándome de comprar una nueva, pero eso no justifica que tuviese que romperse del todo justo ese maldito día en el que todo estaba saliendo del revés.

Sin darle más vueltas al asunto, me calcé unas zapatillas y bajé a la cafetería que tenía al lado de casa, arrastrando conmigo un humor negro como el carbón.

—Americano con doble de café y una tostada de tomate —gruñí mientras me dirigía a la barra.

—¿Perdona?

Al levantar la cabeza, me encontré a Lía con los brazos en jarras y una mirada matadora que preferí ignorar.

—Americano. Doble. Y tostada con tomate. Voy con prisa —respondí sentándome en una banqueta mientras abría el periódico que alguien había dejado sobre la barra. Sí, la cafetería de Lía era uno de esos escasos lugares en los que todavía podías encontrar prensa diaria y éramos varios los que acudíamos a tomar un café a cualquier hora precisamente para disfrutar de ese extraño placer. Pero ese día yo solo quería utilizar el periódico para esconderme en él y que nadie me molestase. ¿Era tanto pedir?

Al parecer, sí.

—Te he oído, pero que vaya a hacerte caso es algo muy diferente. Si quieres desayunar aquí, me pides las cosas en condiciones. “Hola Lía, buenos días, Lía ¿Cómo va tú mañana? ¿Mucha faena?” —dijo en tono burlón.

Nos mantuvimos la mirada durante varios segundos en los que parecía que ninguno de los dos fuésemos a ceder, hasta que de repente, su gesto cambió a uno de preocupación.

—Joder, ¿qué te ha pasado? —Salió de detrás de la barra limpiándose las manos en el trapo que llevaba anudado a la cintura del pantalón, y antes de que pudiese reaccionar y preguntarme qué había provocado ese cambio en ella, ya estaba examinando mis dedos magullados—. ¡Menudo quemazo! ¿Cómo te lo has hecho?

—Estaba despistado y no he cogido la sartén precisamente por el mango. Me han dicho que me ponga aloe vera, pero no tenía nada parecido en casa.

—Espera, creo que yo tengo algo. —Se metió en el almacén y un minuto después me tendió un tubo de crema con una sonrisa en la cara—. Anda, pónstela. ¿Es por eso que has venido tan simpático hoy? Mira que sois quejicas los hombres. No aguantáis ni una pizquita de dolor.

—No es por eso. —Solo tuvo que alzar las cejas para que me rindiera a la verdad—. Vale, sí, perdona mis formas. ¿Podrías ponerme lo que te he pedido? De verdad que hoy necesito una buena dosis de café para aguantarme a mí mismo.

—Claro, solo tenías que pedirlo.

Me guiñó un ojo antes de girarse hacia la máquina de café y su descaro me hizo sonreír por primera vez desde que me había levantado. Esa chiquilla no tenía remedio.

Desayuné sin más incidentes hasta que mi teléfono empezó a sonar y el nombre que apareció en la pantalla me hizo soltar un suspiro de “Dios, dame paciencia”.

—Papá, ¿cómo estás? —respondí intentando controlar mi tono de voz.

—¿Cómo quieres que esté si acabo de perder a uno de mis mejores clientes porque ni siquiera soy capaz de retener a mi hijo a mi lado? ¿Sabes la vergüenza que he pasado intentando explicarle al director general de DTA Forwarding los motivos por los que ya no trabajas en la empresa? ¡He quedado como un imbécil!

—Hace casi un año que no trabajo allí y es normal que los clientes se enfaden si llevas el mismo tiempo ocultándoles mi ausencia.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Me picaban las palmas de las manos de las ganas que tenía de mandarlo a la mierda y colgar el teléfono. Siempre pensó que seguiría sus pasos y terminaría dirigiendo la naviera que fundó mi abuelo, su padre que en paz descanse. Me presionó todo lo que pudo y más para que estudiase la carrera de económicas, aunque le dije mil veces que los números no eran lo mío y que no quería trabajar en la empresa familiar. Le dio igual. Hizo oídos sordos a cada una de mis quejas y no sé cómo, acabé estudiando justo lo que no quería y haciendo mis prácticas bajo su ala en la empresa familiar. Después, seguí trabajando allí y cuando me quise dar cuenta, era la mano derecha de mi padre. No voy a ocultar que se me daba bien tratar a los clientes y muchos de ellos pedían que fuese yo quien llevase sus cuentas. Tampoco voy a negar que se sentía bien recibir la aprobación

y el orgullo de mi padre, sus palmaditas en la espalda, sus elogios delante de sus amigos. Por aquella época, todo me iba jodidamente bien. Tenía un puesto de directivo en una empresa de la que acabaría siendo accionista mayoritario, me había ganado el respeto de mis compañeros por méritos propios y estaba casado con la mujer de la que siempre había estado enamorado. En consecuencia, mi ego andaba por las nubes.

¿Echaba de menos todo aquello? Ni siquiera un poco.

—Sí, papá y te pido que no me presiones más, hoy no estoy teniendo un buen día que digamos.

—Ah, ¿el señor no tiene un buen día? —Su pregunta destilaba acidez, pero me mordí el puño con tal de reprimir las palabras que amenazaban con atragantarme—. ¡Pues te jodes y bailas! Quiero que hagas lo que sea necesario para que recuperemos a DTA Forwarding y que lo hagas ya. Me da igual si tienes que venir a Roma y presentarte en el despacho del director general pidiéndole disculpas ¿Me has oído? No vamos a perder un contrato de quinientos contenedores anuales por tu desidia y esa idiotez de querer convertirte en bohemio y abrir un taller en el pueblo de tu abuela. Ya te he dado bastante tiempo, así que deja de jugar al escondite y arregla las cosas.

Mi enfado dio paso a un sentimiento mucho más siniestro y difícil de controlar. Su manera de ningunearme, de despreciar mis deseos, mis decisiones, siempre me había hecho sentir inferior, pero eso había cambiado hacía un año y ya no permitiría que me manipulase de ninguna forma. Antes de que pudiese contestar a mi progenitor, porque en ese momento no me apetecía ni siquiera llamarlo padre, escuché el pitido intermitente que significaba que el muy cabronazo me había colgado el teléfono sin esperar respuesta.

Gruñí de frustración y estaba a punto de darle un puñetazo a una estantería llena de libros, cuando el cuerpo desgarrado de Lía se interpuso en mi objetivo. Tuve que inspirar varias veces para volver a la realidad y conseguir que la rabia no dominase mis acciones.

—Ellos no tienen la culpa —afirmó señalando los libros con una sonrisa torcida—, pero puedo prestarte media docena de platos viejos para que los estampes contra el suelo de la cocina. Te juro que es mano de santo contra la frustración y me parece que de esa vas ahora mismo sobrado.

—¡Mierda de día! —Afirmé más para mí mismo que en respuesta a su ofrecimiento. Me froté el pelo y miré el reloj de mi muñeca—. Me voy a trabajar, solo así se me van a pasar las ganas que tengo de ir a Roma y liarme a destrozar el despacho de mi padre.

—Espera, te preparo entonces un café doble para llevar y oye, sé que no somos amigos, pero si te apetece hablar, puedo servirte una botella de whisky y convertirme en el típico camarero de bar de carretera que escucha las historias de los borrachos. Pensándolo bien, creo que se me daría de coña —añadió guiñándome un ojo y casi, y digo casi, consiguió hacerme sonreír de nuevo.



Valentina

La tía Emilia me había asegurado que era casi imposible perderse en el camino, pero siendo consciente de mis defectos, yo no lo tenía tan claro. Según sus indicaciones, solo debía seguir la carretera que pasaba por la granja hasta el cruce, girar a la derecha y continuar recto hasta llegar al pueblo. La *pick up* que me había prestado era como un mastodonte al lado de mi pequeño y viejo Clío y, a pesar de que no sabía si sería capaz de aparcarla sin hacerle un rasguño, conducirla me hacía sentir poderosa. ¿Sería eso lo que les pasaba a algunos hombres con las cosas grandes?

Decidí dejar a mi nueva amiga de cuatro ruedas en un aparcamiento casi vacío que encontré a la entrada del pueblo. Me apetecía caminar sin prisa por sus calles, empaparme de cada detalle y descubrir lo que era capaz de recordar de mis viajes de la infancia.

Villa Antea volvió a cautivarme desde que bajé del coche e inspiré hondo. Se encontraba en un valle rodeado de montañas, huertas y prados. Era un pueblo pequeño, de calles empedradas donde la historia de sus gentes podía percibirse en cada rincón. Los edificios alcanzaban dos o tres alturas. Algunas fachadas eran de piedra y las que no lo eran estaban pintadas de colores ligados a la naturaleza como el verde, el marrón o el amarillo mostaza. Las cubiertas eran de teja, lo cual otorgaba al pueblo un aire antiguo y pintoresco que me enamoró al instante. No era una población propiamente costera, pero el mar estaba cerca y podías sentir su brisa recorriendo las estrechas calles y el aroma a salitre colarse en tus fosas nasales. Sentí que algo en mi interior conectaba con aquel lugar.

Quince minutos después me encontraba frente a la cafetería de Lía. No me costó reconocerla cuando vi la vieja bicicleta en la puerta llena de flores frescas y el cartel en madera azul en el que se leía *Sogni e caffè*. Era el mismo nombre que tenía la cafetería de su tío Sebastián en Valencia, la misma en la que habíamos pasado horas infinitas durante nuestra etapa universitaria.

Cuando crucé la puerta de madera blanca, me di cuenta de que era justo como ella la había descrito. Las paredes estaban pintadas del color azul del cielo, todo el mobiliario combinaba el blanco con la madera y, mirases donde mirases, encontrabas cojines y telas de mil colores. En cada esquina había una o varias estanterías con libros y a la derecha, una pequeña barra con cuatro taburetes de madera.

—¡No me puedo creer que estés aquí! —exclamó mi amiga a unos metros de mí.

—¡Sorpresa! Te mentí sobre el día de mi llegada solo para no perderme tu cara al verme.

Corrimos a abrazarnos y permanecemos unidas durante varios segundos, puede que fueran minutos. El olor de su pelo me traía recuerdos alegres, bonitos e irrepetibles. La había echado

mucho de menos.

Conocí a Lía con cuatro o cinco años, durante una de mis visitas a Italia y enseguida nos hicimos inseparables. Mantuvimos el contacto por carta hasta que las dos tuvimos teléfono móvil, y el día que me llamó para decirme que estaba pensando estudiar económicas en España, fue uno de los más alegres de mi adolescencia. Pegué tal grito al teléfono que mi madre pensó que me había pasado algo y entró como un vendaval a mi habitación. No me costó mucho convencerla para que dejase que Lía ocupase la habitación de Marta, que se había mudado con el que más tarde se convertiría en mi cuñado. Y así fue como Lía y yo acabamos estudiando y viviendo juntas durante casi cinco años. Después, ella regresó a Villa Antea para dedicarse a lo que siempre quiso, gestionar la pequeña cafetería de sus padres. Siempre tuvo claro que volvería al mismo lugar que le vio nacer y crecer y esa seguridad en sí misma y en sus decisiones, es algo que siempre he envidiado, en el buen sentido, claro está.

Después de media hora hablando sin parar, la cafetería empezó a llenarse y Lía se agobió porque no podía atender a todos los clientes y explayarse conmigo al mismo tiempo, así que antes de que le diese un soponcio, le dije que me iría a dar una vuelta por el pueblo y volvería a la hora de comer para recogerla.

—Espera, se me acaba de ocurrir una idea. ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Mmm... Ya sabes que no.

—En el local de al lado hay un chico que imparte un taller bastante entretenido y tiene que estar a punto de empezar. Dile que vas de mi parte y te dejará participar. —Mi mirada fue suficiente para darse cuenta de que no me atraía nada su idea—. Por favor, es que quiero recorrer el pueblo contigo. Seguro que entre las dos nos acordamos de todas las gamberradas que hicimos sin que tu tía y mi madre se diesen cuenta. Te prometo que después te llevo a tomar la cerveza más fría del mundo. Además, ya te digo que te va a gustar el taller y si no, pues te deleitas con mi vecino, que está para comérselo enterito y después mojar pan con los restos, amiga.

—¡No tienes remedio!

—Lo sé y por eso me quieres. Anda corre, que van a empezar sin ti. Acuérdate de decirle que vas de mi parte.

Intenté quejarme de nuevo, pero ni siquiera me dio opción. Cuando se ponía en plan mandón, casi prefería dejarme llevar a aguantar sus miradas suplicantes y argumentos interminables.

Al salir a la calle, divisé un par de locales con las puertas de madera y cristal abiertas y después de dudar unos segundos, me animé a asomarme al que estaba a solo unos metros.

Nada más entrar, me encontré en una especie de recibidor con un precioso banco de madera pintado de color verde agua, una pequeña cómoda antigua restaurada con mucho encanto y un espejo sencillo en el que comprobé mi aspecto. La primera impresión fue extrañarme, como me pasaba cada vez que me topaba con mi reflejo en un espejo desde que me tintase el pelo una semana antes. Paula y Marta se habían puesto de acuerdo para convencerme de que me vendría bien un cambio de *look* y había terminado por dejarme llevar. Mi pelo, que había sido largo y oscuro desde que tenía uso de razón, lucía en ese momento muy diferente. Lo llevaba por debajo de los hombros, de color castaño y con mechas rubias. El cambio había sido drástico y aunque no me desagradaba, todavía no me acostumbraba a aquella imagen. Comprobé que la ropa que me había puesto esa mañana estuviese en su lugar y me di el visto bueno.

Miré a mi alrededor. El lugar se asemejaba más a una vivienda que a un lugar donde impartiesen cursos, pero la curiosidad me llevó a acercarme al arco que separaba la estancia de la siguiente y me encontré con un espacio amplio y diáfano en el que los protagonistas eran los altos techos y las gruesas vigas que lo recorrían. El olor a madera, a barniz, a aceite y a pintura

suponía una mezcla fuerte que me resultaba extrañamente agradable.

La sala no estaba muy bien iluminada y tampoco parecía que hubiese nadie por allí, pero por alguna razón que todavía desconozco, me adentré más en ella y caminé entre los muebles expuestos. Los había más bonitos y cuidados y otros que parecían haber sido relegados al olvido. Ese lugar me transmitía tanta paz que no pude evitar cerrar los ojos y dejarme llevar.

Estaba tan maravillada con todo lo que me rodeaba, que tardé en escuchar las voces que provenían del fondo del local. Me puse nerviosa al pensar que podrían pillarme en una propiedad privada a la que no había sido invitada y me di la vuelta de forma brusca para salir corriendo. Mi mala pata fue tropezar con un pequeño aparador y provocar que el cuenco metálico que estaba sobre él cayese al suelo provocando un estruendo.

Cerré los ojos y me encogí sobre mí misma, muerta de vergüenza. Cuando escuché que las voces se tornaban más fuertes, me giré despacio para enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Si algo me había inculcado mi padre es que cada acción tiene una consecuencia que debemos asumir con la mayor valentía posible.

A unos metros de distancia, un grupo de unas diez o doce personas me miraba con curiosidad, como si yo fuese un animalillo extraño y ellos los visitantes del zoológico. Cuadré los hombros intentando que no se notase mi nerviosismo y avancé un par de pasos para disculparme, pero una voz autoritaria me hizo frenar en seco.

—¿Se puede saber quién eres y qué haces aquí?

El hombre que hablaba era alto, de espalda ancha y cuerpo definido. Tenía el cabello castaño oscuro, algo largo y despeinado. La mandíbula marcada le daba un halo de sensualidad y misterio, pero había algo más, algo que no se veía a simple vista. Nunca me habían interesado los hombres guapos y demasiado seguros de sí mismos y el que tenía delante, sin duda, encajaba en el perfil. Seguí observándolo, intentando averiguar lo que estaría pasando por su cabeza y tardé solo un segundo en quedarme atrapada en la mirada azul más intensa que había visto en mi vida.

Su mandíbula se tensó y me pregunté si era porque todavía no había respondido a su pregunta o si simplemente le molestaba mi presencia. Sus ojos me atravesaban, haciéndome perder la concentración, pero aun así no fui capaz de apartar la mirada. Sí, me había pillado husmeando en su tienda, taller o lo que fuese ese lugar y ya hacía rato que debería haberme disculpado. Sin embargo, no conseguía hacerlo, pero es que la forma en la que me miraba, como si me estuviese retando y a la vez perdonándome la vida, bloqueaba cada uno de mis sentidos.

Comencé a notar la humedad en mis manos y el calor que de repente hacía en ese local del demonio.

—¿Eres muda o no encuentras ninguna excusa para haber entrado en mi casa?

En el momento en que conseguí procesar sus palabras, mi cerebro volvió a funcionar a pleno rendimiento, todo el encanto del momento se desvaneció y recordé de golpe los motivos por los que detestaba a ese tipo de hombres.

—Tampoco hace falta ser tan borde —respondí alzando la barbilla—. Estaba buscando un taller que me han recomendado y a la vista está que me he equivocado.

—Sí, a la vista está.

Su prepotencia y esa seguridad que emanaba por los cuatro costados me provocaban ganas de gritar. Bueno, de gritar y de alguna que otra cosa, pero eso no viene al caso.

—¿Serías tan amable de decirme si sabes de un local en esta misma calle en el que estén impartiendo un taller justo en estos momentos? —pregunté con fingida amabilidad.

—El único lugar en todo el pueblo en el que se imparte un taller hoy es este y ya te digo yo que tú no eres alumna ni estás invitada a serlo.

—¿Perdona? —No podía creer que me estuviese hablando de esa forma sin siquiera conocerme.

—Mira, estoy en mitad de algo y tú estás acabando con mi paciencia. El taller se da aquí, pero no hay plazas disponibles, así que es mejor que te des una vuelta por el pueblo y encuentres algo mejor que hacer en lugar de jugar con mi tiempo.

Me dieron ganas de arrancarle la prepotencia de un bofetón y eso que nunca fui una persona dada a la violencia, pero claro, tampoco nunca me había encontrado con alguien tan maleducado y arrogante.

No me apetecía quedarme a una clase que impartiría semejante idiota y ni siquiera sabía de qué iba la cosa, pero solo por fastidiarle, decidí que lo haría.

—¿Estás seguro? Lía me ha dicho que le debías un favor bastante gordo y que solo tenía que decirte que venía de su parte para poder participar —afirmé tirándome un farol como una catedral.

Me mantuvo la mirada durante unos segundos en los que llegué a pensar que era capaz de leerme el pensamiento y que acabaría echándome de allí sin ninguna consideración, pero entonces sucedió algo impensable, suspiró con hastío, comenzó a deshincharse como una pelota de playa y se dio la vuelta, dejándome plantada y estupefacta.

—Sígueme —tronó después de unos segundos.

No sabía si salir corriendo o dar saltitos de alegría para celebrar mi victoria. Me decanté por lo segundo, eso sí, asegurándome de que él no me veía. El que sí se dio cuenta de mi locura transitoria fue un chico altísimo con pinta de surfista que esperaba junto al resto de alumnos del taller y que después de reírse, me guiñó un ojo y me señaló la mesa vacía que había a su lado. Me di prisa en llegar junto a mi nuevo compañero y le devolví la sonrisa. Parecía que había encontrado un aliado en contra del profesor diabólico.

No tardé mucho en descubrir que el taller era de bricolaje, algo que nunca me había atraído lo más mínimo y que, para ser sinceros, se me daba bastante mal.

La clase comenzó con una explicación enrevesada de lo que debíamos hacer. Y digo enrevesada porque todas las frases que utilizaba ese hombre, estaban plagadas de lenguaje técnico que me sonaba más a chino mandarín que a italiano.

Mientras hablaba, no pude evitar fijarme un poco mejor en él. Llevaba puesto un mono de trabajo que en lugar de quedarle ancho y feo, le hacía parecer interesante y salvaje al mismo tiempo. Me quedé mirándolo de arriba abajo, intentando descubrir qué lo hacía tan atractivo. Quizás fuese la barba de dos o tres días, su aspecto desaliñado o los mechones de pelo que caían por su frente y que tenía ganas de ordenar. Se me estaba yendo la pinza y no conseguía seguir el hilo de las explicaciones.

Me fijé en mis compañeros y me di cuenta de que era la única que iba perdida, pero aun así, mi querido profesor no hizo el menor amago de bajar el ritmo de la clase, mucho menos de ayudarme. Me peleé de mil maneras distintas con el tronco que tenía delante, pero no fui capaz de separar la corteza y si no conseguía pasar del primer paso, mi lamparita de noche estaba abocada al fracaso. ¿Cómo se le había ocurrido a Lía enviarme a un taller de bricolaje sabiendo lo mal que se me daban esas cosas?

Por suerte, el rubito de aspecto surfista, después de echarse unas risas a mi costa, acabó apiadándose de mí.

—Buf, esto se me da fatal —confesé abiertamente.

—No hace falta que lo jures, pero como dice mi madre, de todo se aprende. Anda, abre el ángulo del cincel un poco más y golpea despacio con el martillo, pero sujetando ambas

herramientas con fuerza.

Hice lo que me dijo y un trozo de corteza salió por los aires tras despegarse del tronco.

—¡Lo tengo! —grité emocionada, incapaz de creerme que lo hubiese conseguido.

—Sabía que lo harías —respondió con una sonrisa seductora mientras comenzaba a recoger todo de forma apresurada—. Soy Fabrizio, pero todos me llaman Fab. Tengo que irme pitando, pero si te apetece, el próximo día te invito a una cerveza y me cuentas de dónde has salido, porque estoy seguro de que no te he visto antes por aquí.

—La verdad es que acabo de llegar al pueblo y no conozco a casi nadie, así que acepto.

No era mi estilo de chico, pero parecía simpático y me venía bien conocer gente nueva allí. Se despidió con un descarado beso en la mejilla y salió corriendo del taller, dejándome con la idea de que era el típico conquistador italiano que sale en las películas.

Tardé algo más de la cuenta en recoger todo el desastre que había ido acumulando durante la clase y, cuando quise darme cuenta, solo quedábamos el profesor diabólico y yo en el aula.

—Espero que te hayas dado cuenta de que esto no es para ti —afirmó acercándose.

—¿Me estás hablando a mí?

—¿Ves a alguien más por aquí?

—No, la verdad es que solo veo a un tío maleducado y bastante gilipollas que no sirve para enseñar.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras yo me preguntaba de dónde habían salido esas palabras. No podía creer que le hubiese dicho tal cual lo que estaba pensando.

Su mandíbula se tensó y estaba esperando una respuesta ácida a la altura, cuando empezó a reírse a carcajadas, dejándome totalmente descolocada. ¿Acaso se reía de mí?

—Y si no puedes soportarme, ¿qué haces aquí exactamente? —el brillo divertido no abandonó sus ojos.

—Todavía estoy intentando averiguar por qué una de mis mejores amigas me ha enviado aquí y...

—Espera ¿Lía es tu amiga?

Asentí cruzándome de brazos, no entendía qué tenía que ver Lía en todo aquello.

—Mierda, va a envenenarme el café como mínimo. —Se alejó hasta su mesa, cogió un papel y me lo tendió—. El taller se imparte los martes y los jueves a las horas que pone ahí. El curso termina a finales de marzo y el precio es de cincuenta euros al mes, material incluido. Si fallas dos clases seguidas, dejo de contar contigo y le doy tu plaza a otro.

—¿Así sin más? Acabas de decirme que esto no era para mí, ¿te acuerdas?

—Sí, pero valoro mi vida y como a menudo en la cafetería de tu amiga. Ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer.

Se dio la vuelta y desapareció sin más detrás de una puerta que había al fondo, dejándome pasmada y con la palabra en la boca. Yo no quería volver a ese horrible taller y estaba claro que él tampoco me quería allí. ¿Qué clase de poder ejercía Lía sobre su vecino?

5

UNA VENTANA AL PASADO



Valentina

—¿Y cómo te ha ido en el taller?

Después de ayudarla a recoger la cafetería y dar una vuelta por el pueblo recordando viejos tiempos, Lía y yo nos sentamos en la terraza de un bar a disfrutar de unas cervezas bien fresquitas y un aperitivo.

—Pues teniendo en cuenta que tu vecino es insoportable, bien no ha ido.

—Ay, no. ¿Qué ha hecho? —preguntó llevándose una mano a la cara.

—Ser un maleducado, un engreído y un déspota. ¿De verdad has pensado que iba a gustarme ese taller o es algún tipo de venganza por algo que no recuerdo haberte hecho?

—A ver, es cierto que a veces puede parecer un poco distante, pero...

—¿¿Distante?? Me ha tratado como el culo, me ha echado de la clase antes de empezar y solo ha cambiado de idea cuando le he dicho que me enviabas tú. ¡Menudos amigos te gastas!

—¡La madre que lo parió! A ver, no es que seamos amigos, somos vecinos y viene a tomar algo a la cafetería de vez en cuando. Suele ser bastante majo.

—Suele... —murmuré malhumorada porque lo defendiera.

—Vale, esta mañana ha venido a desayunar y estaba en plan capullo, pero ha terminado por confesarme que no estaba teniendo un buen día. Supongo que no ha sido el mejor momento para enviarte a su taller.

—¡Pues que lo pague con quien le haya arruinado la mañana!

—Bueno, pero... —añadió con tono pícaro— ¿qué te ha parecido? No me digas que no está bueno porque te envío a la óptica de la señora Estella para que te revise la vista.

Puse los ojos en blanco ante su forma poco disimulada de desviar el tema.

—No está mal, pero todo lo que tiene de atractivo lo tiene de idiota, así que no merece la pena ni para verlo de lejos.

—Y yo pensando que se me había ocurrido una gran idea al enviarte allí. Lo siento, Val, creía que matarías el tiempo y te vendría bien para conocer gente nueva en el pueblo. Entiendo que lo has mandado a la mierda, ¿no?

—Pues no preguntes cómo ha pasado, pero al final he terminado apuntándome al dichoso curso.

Lía comenzó a reírse mientras yo fruncía los labios como una niña pequeña, pero nunca fui capaz de resistirme a esa risilla aguda y contagiosa, así que el enfurruñamiento me duró entre poco y nada.

La amistad que me unía a ella era como un manto blanco, puro y sin impurezas. Siempre

habíamos sido sinceras y directas la una con la otra y creo que era eso lo que nos mantenía unidas a pesar de la distancia. Tuvimos épocas en las que hablábamos casi a diario y meses en los que nuestra relación sobrevivió a base de mensajes esporádicos y llamadas espaciadas en el tiempo. No sé lo que entienden otros por amistad, pero para mí, es ella. Es la certeza de que siempre estará en mi vida, aunque a veces desaparezca de la faz de la tierra durante semanas; es enfadarme cuando tengo un mal día y que no me lo tenga en cuenta; es reírnos a carcajadas hasta olvidarnos del motivo que ha provocado nuestras risas; es que siempre esté al otro lado del teléfono cuando la necesito; es entendernos con una simple mirada; reírnos; empoderarnos; salvarnos la una a la otra continuamente, de los demás, de la vida, de nosotras mismas.

Al llegar a casa, Fiorella me pidió que fuera a su habitación, estaba en la cama y quería saber si me gustaría acompañarla durante un rato. Acomodé las flores silvestres que había comprado para ella en un viejo jarrón y lo puse sobre una mesa redonda junto a la ventana. Si mi habitación me había parecido algo anticuada, la suya era directamente de otra época. Sin embargo, casaba a la perfección con el aura que esa mujer desprendía.

Me agradeció las flores y me confesó que nunca le dijo a mi abuelo que las silvestres eran sus favoritas. Él siempre le traía tulipanes. Por segunda vez, reímos juntas y sentí que un lazo de complicidad se iba tejiendo a nuestro alrededor.

—Me encantaría saber más cosas sobre mi abuelo, ¿cómo era de joven?

—Era un hombre muy guapo —afirmó con una sonrisa nostálgica en su rostro—. Alto, de anchas espaldas y ojos negros. Las muchachas hacían cola en la puerta del colegio para verlo salir y le enviaban guiños con el rabillo del ojo. Yo arriesgué y funcionó. ¡Vaya si funcionó! Fue mi hermana la que me dio el consejo y le estaré eternamente agradecida, pues Ángel y yo estuvimos coqueteando en la distancia durante varias semanas. Yo me encargaba de que coincidiésemos por el pueblo y cuando estaba segura de que me había visto, desaparecía sin más. Creo que en aquella época lo volví un poco loco, pero mereció la pena porque a partir de ahí, empezó a fijarse en mí. Y yo... yo ya andaba perdidamente enamorada de él.

Fiorella narraba su historia con una dulzura envolvente, mientras sus ojos, brillantes por la emoción de los recuerdos, se tornaban cada vez más profundos.

—Un día, varias familias organizaron una excursión a un pueblo marino que está a solo unos kilómetros de aquí, Vetri sul Mare. Cuando todos estaban entretenidos sacando la comida que habíamos traído, le pedí que nos perdiéramos juntos. Él aceptó, me dio la mano y corrimos hacía las afueras, donde descubrimos unas estrechas escaleras que bajaban por el acantilado hasta el mar. Bajamos todo el camino juntos, y al llegar al último escalón a pie de mar, con su mano apretando la mía, supe que no querría soltarlo nunca.

—Vuestra historia es preciosa —afirmé sintiendo la emoción calando en mi garganta—. Que volvierais a encontraros después de tantos años era casi imposible y recuperar aquello que debisteis sentir...

—Estoy segura de que él hubiera contado nuestros recuerdos mucho mejor que yo, le encantaba contar historias, ¿sabes?

—En eso mi padre se le parece mucho.

—Me alegra oír eso. ¿Por dónde iba? Ah sí, ya lo recuerdo, el día en que él me vio de verdad por primera vez. Ese día cambió todo, lo noté tan cerca que no pude seguir con el juego, ya no era capaz de separarme de él. Ese día me besó y ese beso puso mi vida del revés. Yo era una muchacha segura de mí misma. Mi padre era el dueño de una importante fábrica y me habían criado con bastantes comodidades. No éramos una familia rica, pero tampoco pasábamos necesidades. Por aquel entonces, yo era bonita, joven y algo despreocupada, pero conocer a

Ángelo cambió mi vida por completo. Me levantaba por las mañanas con la energía de una persona enamorada y como un torbellino iba soportando el pasar del día hasta que llegaba la hora de verlo. Me acostaba con una sonrisa en los labios, recordando los felices momentos que él me regalaba. Me llevaba a todas partes con su bicicleta cargada de libros y me prometía con ilusión que un día, cuando terminara los estudios, compraría una Vespa tan azul como el color de mis ojos y nos iríamos a recorrer la Costa Amalfitana, la Toscana y la Lombardía. En nuestras ensoñaciones, terminábamos nuestro viaje cruzando la frontera y alojándonos en una pequeña cabaña en Los Alpes suizos, rodeados de nieve y naturaleza. Vivimos momentos muy felices. — Fue casi imperceptible, pero noté como su sonrisa se apagaba un poco al pronunciar esas últimas palabras—. Fue increíble hasta que nos alcanzó el destino y nada pudimos hacer para sortearlo.

En ese momento, Fiorella se quedó callada, ya no me miraba, creo que no miraba nada en particular. Sus ojos se habían tornado acuosos y se dirigían al frente; su mente parecía encontrarse en otro lugar y en otra época. Pensé que iba a echarse a llorar y aguanté la respiración por miedo a romper el hilo de sus pensamientos.

—Cielo, si no te importa, seguimos hablando otro día. Esta pobre vieja necesita descansar un poco ahora. Valentina —añadió después de que me hubiese levantado, alargando su mano hasta alcanzar mi rostro —, me alegro de que estés aquí.

6

NO HA SIDO UN ERROR



Gianmarco

Cuando la vi entrar en el taller con la cabeza alta y evitando establecer contacto visual, mi cuerpo soltó la tensión que había estado acumulando desde que me había levantado esa mañana. La semana anterior me había esforzado por hacerle ver que no la quería en mi clase y, sin embargo, desde el momento en que se marchó no había dejado de preguntarme si la volvería a ver. Incluso pasé por la cafetería de Lía el domingo por si tenía la suerte de encontrarla allí. Valentina no estaba y la mirada acusadora que me lanzó mi vecina bastó para que me alegrara de haber comprado al fin una cafetera nueva para casa.

Observé a mi nueva alumna mientras ella sacaba las cosas que había traído en una mochila y las iba colocando con cuidado sobre la mesa. Tenía una delicadeza natural para moverse que me tuvo embelesado durante varios segundos.

Era bajita y más bien delgada, pero debajo del vestido verde claro que llevaba puesto se adivinaban unas curvas cuanto menos interesantes. Tenía el pelo castaño, casi rubio, recogido en una coleta alta con un montón de mechones sueltos y sus mejillas estaban rojas como si hubiese venido corriendo hasta aquí. Tenía un aspecto tan sexi que en ese momento no puede evitar pensar en cómo sería follarla contra la mesa. Sí, era su profesor y nuestro primer encuentro no había sido muy agradable que digamos, pero ante todo era un hombre y pocos podrían resistirse a la imagen de la ninfa pequeña y sensual que tenía delante de mis ojos. ¿Qué edad tendría? ¿Se quedaría el tiempo suficiente como para poder conocerla?

Poco me duró el espectáculo porque cuando quise darme cuenta, todas las mesas estaban ocupadas y mis alumnos esperando a que comenzara la clase. No sé si lo que dije esa mañana tuvo sentido o me pasé los cuarentaicinco minutos soltando una tontería tras otra porque lo único en lo que podía concentrarme era en ella. Por Dios, si parecía un maldito adolescente con las hormonas en plena ebullición.

La cosa se complicó cuando la vi cuchichear con Fabrizio y, sobre todo, cuando él se acercó para ayudarla con su proyecto y ella le devolvió una sonrisa que hizo que el muy cabrón se hinchara como un papagayo. Lo conocía desde que éramos unos críos y siempre me había parecido un cretino con ínfulas de conquistador.

Los observé de reojo mientras mi cabreo iba en aumento. No podía creerme que ella se dejase engatusar tan fácilmente por un tío como ese.

—Hay personas aquí que necesitan silencio para trabajar —gruñí en un tono lo suficientemente alto para que todos en la clase me escuchasen. La ninfa de ojos color avellana me miró por primera vez aquel día y tuve que contener las ganas de sonreír cuando vi toda la

furia que cabía en un cuerpo tan pequeño. Quería acercarme a ella y tocarla y ese pensamiento me dejó un tanto descolocado.

Continué con la clase ignorando las dagas que me lanzaba con la mirada. Me sentía complacido por haber logrado su atención y eso era suficiente por el momento. Expliqué brevemente los siguientes pasos del proyecto que teníamos en marcha y dejé que cada uno continuara a lo suyo. Pasé por todos los puestos de trabajo menos por el suyo y sí, lo hice de forma consciente. Había cogido el gusto a verla cabreada y quería tantear cuanto aguantaría antes de empezar a soltar veneno por esa boca que llevaba toda la mañana tentándome.

Pasé el rato mirándola de reojo, sonriendo a escondidas al sentir la rabia que le daba que el resto estuviese consiguiendo lo que a ella le resultaba un imposible.

—Veo que hoy has venido preparada —susurró Fabrizio señalando con la mirada las pocas herramientas que ella había traído.

—Sí, todo sea por no molestar a nuestro amable profesor —contestó Valentina a Fabrizio, alzando la voz para asegurarse de que yo la escuchara.

Seguí mi camino ignorándolos a ambos, aunque en el fondo solo tenía ganas de echarlos a todos para quedarme a solas con ella y bajarle los humos de una forma agradable para ambos.

El resto de la clase no fue tan divertida. Valentina se entretuvo coqueteando con el idiota de Fabrizio y mi buen humor se fue tornando cada vez más negro. Cuando solo faltaban cinco minutos para que acabase la hora, no pude soportarlo más. El idiota se había levantado y estaba detrás de ella, tan cerca que sus cuerpos se rozaban mientras le explicaba no sé qué sandez. Una mezcla de sentimientos empezaron a fundirse en mi cabeza hasta hacer explosión: frustración, rabia, impotencia... No quería ahondar demasiado, pero debí haberlo hecho antes de hablar y cagarla de la manera en la que lo hice.

—Por favor, escuchadme un momento —dije parándome al otro lado de Valentina y logrando captar la atención de los demás—. Esto es lo que pasa cuando uno se distrae y no presta atención a las indicaciones —afirmé señalando el material que había sobre su mesa—. La parte buena es que nos va a servir para que aprendáis la forma en la que no se debe realizar el trabajo. El lijado ha sido insuficiente y por eso el barniz fija los restos de corteza a la superficie, provocando un resultado desastroso ¿Lo veis? Podéis acercaros si lo necesitáis.

Valentina me miró atónita y noté como pasaba del enfado a la ira en milésimas de segundo. Estaba a punto de explotar, así que di por finalizada la clase antes de que montásemos un espectáculo delante de los demás.

Mientras volvía a mi mesa, escuché como el niño y ella hablaban de nuevo entre susurros y cualquier remordimiento que pudiese haber albergado, desapareció de un plumazo.

Creía que ya se habían marchado todos cuando escuché un sonido a mi espalda.

—No hacía falta ser tan cretino.

—La próxima vez estarás más atenta a las explicaciones en lugar de estar ligando con tu compañero. Aquí hay gente que se toma las clases en serio —respondí sin pensar.

—No soy sorda. No dijiste nada sobre la importancia de tener cuidado al lijar.

—Pero sí te avisé de que esto no era para ti.

—Y yo te dije que te metieras en tus asuntos. No me puedo creer que seas tan capullo, pero lo que entiendo menos todavía es que lo seas solo conmigo. —Hablaba a una velocidad asombrosa mientras sus mejillas se teñían de rojo y su pecho subía y bajaba con rabia. Era una mujer tremendamente sensual y no solo eso, sino que era capaz de ponerme en mi sitio sin ningún tipo de esfuerzo y eso solo me hacía desearla más—. Has estado ayudando a todos menos a mí y los dos sabemos quién es la alumna menos aventajada de la clase.

—Deja que lo adivine... ¿Tú? —pregunté sin reprimir ya la sonrisa que me provocaba verla enfadada.

—¡Aghhhh! —gritó moviendo los brazos por encima de su cabeza—. Eres completamente insoportable. Creía que iba a poder aguantarlo y había decidido seguir con esta mierda de taller solo para demostrarme a mí misma que un tío arrogante, insolente y demasiado pagado de sí mismo no iba a condicionar mis decisiones, pero ¿sabes lo que te digo? ¡Que os podéis ir a la mierda tú y tu maldito taller!

Joder, no. Se marchaba y en lo único que podía pensar era en encontrar algo que la hiciese cambiar de opinión. La quería cerca, muy cerca de mi cuerpo.

—Y si te digo que hoy me había propuesto enmendar mi actitud del otro día, ¿nos darás otra oportunidad a mí y a mi taller de mierda?

—No lo dices en serio, ¿verdad?

—Muy en serio.

—Hoy has sido mucho más capullo que la semana pasada.

—Ya, puede que tengas razón —reconocí frotándome la nuca con la palma de la mano—, pero tú tampoco me lo has puesto fácil. Te has pasado la clase riéndote y haciéndole ojitos al niño.

—¿A Fab?

—Ah, ¿ya le llamas por su diminutivo?

—¿Acaso te importa? —preguntó acercándose más mientras me retaba con la mirada. Acepté el reto y también di un paso al frente.

—Es posible.

Sentía su aliento mezclarse con el mío mientras nos mirábamos a los ojos. Esperaba una señal por su parte para dar el paso y acabar con la tortura que me suponía tenerla tan cerca y no tocarla. Los segundos se hicieron largos, interminables y al fin llegó la señal que estaba esperando. Entreabrí los labios y desvié la mirada de mis ojos a mi boca. No necesité nada más para lanzarme sobre ella y probar el sabor de su piel. El contacto me hizo olvidar que estábamos discutiendo, ni siquiera recordaba que hubiésemos estado hablando. Me quedé atrapado en su olor, en la forma en la que su cuerpo se pegó al mío y sus manos llegaron a mi pecho como si este fuese su lugar en el mundo. Quería que me tocara, que sintiese que tenía potestad para hacer todo lo que quisiese con mi cuerpo, pero algo me decía que si hablaba se rompería el momento.

Cogí su rostro entre mis manos para profundizar el beso y cuando encontré su lengua con la mía noté como mi erección pujaba por salir de su encierro. Estar así con ella era mejor de lo que podría haber imaginado. Valentina era una mujer sensual, delicada y ardiente a la vez.

Su cuerpo se relajó contra el mío, amoldándose en cada movimiento y mis manos volaron de su espalda a su culo, apretándola contra mí. Jadeamos a la vez y supe que si ella no me detenía, era capaz de follarla allí mismo, en mi mesa de trabajo, en mi taller, con la puerta abierta y la posibilidad de que cualquiera pudiese entrar y vernos de esa manera.

Y eso no iba a pasar.

Intenté apartarme un poco, pero sus labios se negaron a soltar los míos y saber que ella también me deseaba me lo puso todavía más difícil. Seguí besándola, pero bajando la intensidad poco a poco y conteniendo las ganas de hacer lo que realmente me pedía todo mi ser. Mis manos volvieron a su rostro y apoyé mi frente sobre la suya mientras ambos recuperábamos el aliento.

Después de unos segundos, Valentina se separó y la noté nerviosa.

—No vayas a decir que te arrepientes.

—Pero... —Lo sabía. Lo veía en su mirada, quería salir corriendo y hacer como si nada

hubiese pasado entre nosotros, pero era inútil, yo no iba a olvidarlo y no dejaría que ella lo hiciese tampoco.

—No ensuciamos el momento con mentiras. Tú querías que pasase y yo también, así que sea lo que sea, no ha sido un error.

Asintió lentamente, como si no estuviese segura.

—No sé qué decir.

—¿Qué tal un “nos vemos en la próxima clase”?

Volvió a asentir cohibida. Era adorable verla desubicada después de haberme insultado de casi todas las formas posibles. Me había sentido atraído por su carácter combativo, por la manera en la que me había plantado cara desde el primer minuto, pero sentir su abandono cuando nos habíamos besado me había dejado aturdido y con ganas de seguir conociéndola.



Valentina

Los días pasaron tranquilos. Todas las mañanas, cuando apenas había amanecido, salía a correr o a pasear por los alrededores de la granja con Lía. Mi cuerpo se había adaptado enseguida al nuevo entorno, a afrontar el día sin un plan marcado y a no tener un horario estrangulando los minutos y segundos del reloj. Pasé tiempo cocinando con Francesca, ayudando a mi tía Emilia con el huerto y escuchando las historias que Fiorella me contaba de su infancia y juventud. Era una mujer increíble, llena de bondad y también de misterios. Había algo en ella que me recordaba a mi madre, quizás porque era una mujer fuerte y también un alma llena de energía encerrada en un cuerpo con limitaciones. Adoraba sentarme a su lado y escucharla hablar, sentir su ternura e ir descubriendo capítulos de su vida. Y adoraba igualmente nuestros silencios, los momentos en los que nos sentábamos en el porche y simplemente mirábamos las montañas sin pronunciar palabra alguna.

Miré mi reloj de muñeca por enésima vez esa mañana y volví a notar el vértigo en la boca de mi estómago. Era martes de nuevo y eso significaba que lo vería otra vez. No había dejado de pensar en él y en el beso que nos dimos. No fue un beso corriente, sino el más intenso y arrollador que me habían dado en la vida. Todavía recordaba cómo me había abstraído de todo lo que nos rodeaba para sumergirme en la necesidad de acercarme más a él, de profundizar en sus labios, de tocarle, de sentirle.

Había hecho una videollamada con mis hermanas el domingo anterior. No podía sacar a Gianmarco de mi cabeza y pensé que hablar con ellas sería una buena terapia.

—¿Qué has hecho, qué? —preguntó Marta con los ojos muy abiertos mientras Paula reía y yo me mordía el labio.

—¿No lo has escuchado? Se ha liado con un tío que está buenísimo, pero que es un poco gilipollas. Y eso a los tres días de pisar Italia. ¡Eres mi ídolo, hermanita!

—Yo no he dicho que estuviese bueno —me quejé buscando excusas como cuando éramos pequeñas y discutíamos las tres.

—¿Y no lo está?

—¿Si está, dónde? —preguntó Marta, que había perdido el hilo de la conversación cuando mi sobrina Sara, el terremoto de la familia, había entrado a la habitación en la que mi hermana se había escondido para hablar con nosotras—. Pero, ¿se ha marchado el muy idiota? ¿Después del beso?

Paula soltó una carcajada antes de explicarle todo.

—A ver Martita, que te has perdido tres segundos de conversación. No hemos llegado a la parte de lo que pasó después del beso. De hecho, ni siquiera hemos llegado a la parte del beso, así que cierra esa boquita de piñón y deja que Valentina nos cuente. ¿Está bueno o no?

—Demasiado para mi cordura. Lo que no entiendo es por qué no puedo dejar de pensar en él si solo fue un beso. Además, ya os he dicho que me trató fatal las dos veces. De hecho, fue un capullo y me habló mal delante de toda la clase.

—Chiqui, pues ahí tienes tu respuesta —afirmó Marta en tono dulce—. Las chicas Cuevas no permitimos que ningún hombre nos trate mal. Valemos demasiado para eso. Por mucho que el beso te haya hecho temblar, solo es eso, un beso. La manera en la que te ha tratado dice mucho de él y a mi parecer, no merece la pena.

—¡Ya estamos! —interrumpió Paula—. A ver, que para follarse a un tío no hace falta que sea tu mejor amigo. A veces ni siquiera hace falta ni que te caiga bien. El chico está como un queso y te pone, porque eso no puedes negarlo.

—Me pone.

—Pues date una alegría, cariño. Líate con él, invítalo a tomar algo. Si fluye, experimentas lo que te apetezca y si no fluye, pues lo mandas a pastar y au. Así de fácil.

—¿Y vosotras dos no podíais estar de acuerdo por una vez en la vida? —sonreí sin ganas, me sentía confundida y un poco frustrada con la situación.

—Ni que nos hubieses llamado para que te dijésemos lo que tienes que hacer —ironizó Paula.

—Pues para eso mismo lo he hecho, lista.

—No, nos has llamado para desahogarte, pero ya sabías lo que te íbamos a decir cada una, así que ahora decídetelo y el martes por la tarde queremos un reporte con todo lo que ha pasado con ese hombre.

Y así, con dos opiniones diametralmente opuestas, colgué la llamada quedándome exactamente igual que estaba antes de haber descolgado. Si es que a quién se le ocurría consultar con ellas, que siempre habían sido como un ángel y un demonio sobre mis hombros.

Había comprado en la ferretería del pueblo el material que tenía que llevar y lo había dejado en la puerta de mi habitación la noche anterior para que no se me olvidara cogerlo. No podía olvidar esa bolsa por nada del mundo.

Elegí la ropa que me pondría, dudando más de lo habitual, y maquillé mis ojos por primera vez desde que había llegado a Villa Antea.

Entré en el taller a las once y dos minutos, después de cerciorarme de que la mayoría de mis compañeros ya habían llegado y no tendría que enfrentarme a mi temido profesor a solas. Sí, fue una actitud bastante inmadura por mi parte, pero los nervios que sentía en el estómago se antepusieron a cualquier pensamiento racional. Parecía una adolescente sin experiencia.

Comenzó la clase después de dirigirme una mirada breve y su actitud indiferente me escoció más de lo que quise reconocer. Durante la primera mitad de la clase, intenté hacer mi trabajo lo mejor que pude, fijándome en lo que Fabrizio hacía y dejando que éste me ayudara en algunos momentos. Esa vez, Gianmarco ni se inmutó al escucharnos murmurar y ni siquiera me llamó la atención cuando mi teléfono comenzó a sonar en mitad de la clase, sobresaltándonos a todos. Tal vez me había dado por imposible.

Después de reñirme a mí misma varias veces por estar demasiado pendiente de él, conseguí centrarme en lo que estaba haciendo, pero no puedo decir que de ahí sacara algo positivo. Fue un desastre. No logré que la segunda capa de barnizado quedara uniforme y la brocha se me enganchó dos veces en los restos de corteza que no me había dado tiempo a eliminar en la clase.

anterior. Juraría que lo había pillado riéndose a escondidas de mi torpeza, pero cuando lo miré para cerciorarme, solo me encontré lo mismo que llevaba sintiendo desde que había llegado, vacía indiferencia.

La clase terminó sin que le lanzara nada a la cabeza, aunque no fue por falta de ganas. Nunca había conocido a alguien con tantas personalidades distintas.

Recogí mis cosas y salí de allí prácticamente corriendo. Dios me librase de volverme a quedar a solas con él.

Pasé el resto de la mañana echando una mano a Lía. Su cocinero había tenido que salir por una urgencia y ella no daba abasto para sustituirle y atender a los clientes al mismo tiempo.

Los minutos pasaron volando y me gustó sentirme útil y poder ayudar a mi amiga. Además, servir mesas me permitió conocer a algunos de mis nuevos vecinos, que enseguida se interesaron por saber quién era yo y cómo había ido a parar a un pequeño pueblo como aquel. Acostumbrada a vivir en una ciudad como Valencia, con más de setecientos ochenta mil habitantes, la hospitalidad que me ofrecieron los lugareños de Villa Antea me hizo sentir aceptada.

Todo marchaba bien, estaba relajada e incluso me reía con los chistes que un par de jubilados me iban contando cada vez que me tocaba atender la barra, hasta que cierto hombre que había conseguido borrar de mi cabeza por un rato, apareció en mi campo de visión. Entró en la cafetería mirando el móvil y se sentó en una de las mesas sin prestar atención a nada de lo que lo rodeaba.

No pude evitar recrearme en la forma en la que la camiseta negra le marcaba la espalda y en las gotitas que caían de vez en cuando de su pelo. Tenía un aspecto demasiado sexi para mi cordura y recién duchado la cosa se ponía peor todavía. ¿Tendría una ducha en el taller? Imágenes de Gianmarco desnudándose poco a poco comenzaron a aparecer en mi memoria hasta que uno de los hombres con los que había estado hablando me trajo de vuelta a la realidad.

—Muchacha, ¿te encuentras bien? Te has puesto como un tomate.

—Yo... Sí, claro. Es que hace mucho calor aquí, ¿no crees?

Suspiré buscando el valor que necesitaba para acercarme a él.

—¿Qué te sirvo? —pregunté fijando mi mirada en la libreta que tenía en la mano para apuntar los pedidos.

—¿Valentina?

—Si te lo quieres pensar, vuelvo en unos minutos.

—¿Qué haces aquí? ¿Lía te ha contratado?

Me parecía increíble que después de haberme ignorado durante los cuarenta y cinco minutos que duraba la clase, ahora se interesara por mi vida, pero no iba a permitir que volviera a embaucarme. De ninguna manera me iba a dejar arrastrar por sus cambios de humor.

—No es de tu incumbencia. Ahora, ¿me vas a decir lo que quieres tomar o puedo irme a atender a otras personas?

—Joder, menudo carácter te gastas.

—No padezcas, te libro de tener que aguantarme.

Bufé sin creermelo surrealista de la situación y me di la vuelta para volver detrás de la barra, pero antes de que hubiese dado un paso siquiera, me agarró del antebrazo frenando mi huida.

—Espera —Miré hacia el lugar en el que su piel hacía contacto con la mía, sorprendida por el calor que desprendíamos juntos y en ese mismo instante, él me soltó—. Creo que hemos empezado mal y me gustaría borrar lo que ha pasado hasta ahora.

—Sabes que eso es lo típico que se dice en libros y películas, ¿verdad? —respondí mordaz, esforzándome para que no notase la esperanza en mi voz. Sí, estaba deseando claudicar y aceptar

su propuesta, pero no se lo pondría tan fácil.

—Está bien. Déjame compensarte entonces.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Me regaló una sonrisa de medio lado y supe que me había calado.

—Quiero llevarte a un sitio esta tarde. ¿Puedes venir al taller a eso de las cinco?

—Claro que puede —afirmó Lía a mi espalda—. De hecho, bonita, mi cocinero acaba de volver y ya no necesito más tu ayuda. Come algo y ve a casa a descansar, que te lo mereces. Mil gracias por lo que has hecho hoy. No sé cómo habría sobrevivido sin ti.

Me despedí de ambos justo después de confirmarle a mi profesor del demonio que iría a su taller por la tarde tal como me había pedido.

—Experimentar —susurré para mí misma mientras salía del bar con un sándwich en la mano, recordando los argumentos de Paula.

8

MI HISTORIA



Valentina

Al llegar a casa, preparé dos infusiones y una bandeja con las pastas favoritas de Fiorella y llamé a la puerta de su habitación.

—¿Te apetece compartir un té conmigo? —pregunté bajito por si todavía dormía, ya que acostumbraba a echarse un rato después de comer.

—Pensé que no lo preguntarías nunca —contestó riendo con ese sonido contagioso que ya había empezado a adorar.

Dejé la bandeja sobre una mesa baja situada junto al balcón y la ayudé a sentarse en la silla de ruedas mientras una idea daba vueltas a mi cabeza.

—Llevo unos días queriendo preguntarte algo, perdóname si estoy siendo indiscreta, pero no puedo sacármelo de la cabeza —dije mientras ella cogía una de las tazas y me miraba con atención—. ¿Qué pasó cuando el *nonno** Ángelo se marchó? ¿No os escribisteis? ¿No volvisteis a veros en todos esos años? Con todo lo que me has contado hasta ahora, cuesta creer que simplemente conociera a mi abuela Isabel y se olvidase de lo vuestro.

Lamenté haber dicho esa última frase en cuanto vi el dolor reflejado en sus ojos. ¿Quién era yo para juzgar las decisiones de otros?

Se quedó en silencio por un momento, mirando al vacío que se ocultaba tras las montañas que la habían acompañado durante toda su vida. Y ese silencio se me antojó eterno e incómodo. Había sido una mala idea caminar sobre heridas del pasado. Yo misma sabía de primera mano que algunas cicatrices no llegan a cerrarse nunca y la marcha de mi abuelo, debía ser una de ellas.

Fiorella dejó la taza que sujetaba en su regazo sobre la mesa y se esforzó por regalarme una sonrisa que llegó solo a mitad de camino.

—Creo que guardaré esa parte de la historia para otro día.

—Perdona, no debí haber preguntado —contesté apenada por haber apagado el brillo que siempre albergaba su mirada.

—¿Por qué no cambiamos hoy los papeles? Me encantaría saber algo más de ti. Sé que hay una buena razón para que estés aquí. Alguien fuerte y que se exige a sí mismo tanto como lo haces tú, no se coge unas largas vacaciones para visitar a unos parientes a los que casi no conoce. ¿Qué me dices? ¿Te apetece compartir conmigo tu historia?

Cuando decidí embarcarme en esta aventura, no pensé en la posibilidad de caer en un lugar en el que me sentiría como en casa, pero eso era justo lo que había pasado. Mis raíces estaban en España junto a mi padre, mis hermanas y mis amigos, pero Villa Antea tenía algo que me hacía

sentir como nunca me había sentido en mi propia ciudad. La granja, mi tía y la propia Fiorella se estaban abriendo paso en mi corazón y en mi vida de forma veloz.

Sentía que Fiorella me entendía. A pesar de no habernos visto en tantísimos años, se había tomado la molestia de mirarme de verdad y me estaba calando tan hondo que no pude negarme a lo que me pedía. Le hablé de mi madre, de lo importante que fue siempre en nuestra familia y de lo duro que fue aceptar que su enfermedad terminaría por arrebatárnosla.

—Cuando se puso enferma, mis hermanas y yo nos vinimos abajo, pero mi padre se mantuvo en pie y se convirtió en su roca. Creo que él siempre fue lo que ella necesitó en cada momento.

—Debió de ser muy duro para todos. No la conocía lo suficiente para poder opinar sobre ella, pero es obvio que amaba a su familia muchísimo. La vida es a menudo cruel con quien no lo merece.

Sentí que esas palabras significaban más de lo que parecían, pero no quise preguntar para no romper nuestro acuerdo de centrarnos hoy en mí historia.

—Cuando ella murió, nos costó reencontrar esa conexión familiar. Cada uno teníamos un papel distinto y perderla se sintió como si nos hubiesen extirpado una parte del corazón. Fueron mis hermanas las que despertaron y comenzaron a coser hasta que unieron todos los pedazos de lo que habíamos sido. Me siento muy afortunada de tenerlas.

Le conté como nos organizábamos para no dejar solo ni un minuto a mi padre y le hablé de lo mucho que me costó encontrar de nuevo mi sitio en la vida.

—¿Sabes una cosa? —me sorprendió, mirándome con una amplia sonrisa—. Se me acaba de ocurrir una idea genial. Hace mucho tiempo que no veo a tus hermanas ni al cabezota de tu padre. ¿Por qué no los invitamos a pasar aquí unos días? ¿Crees que les haría ilusión venir?

—¡Seguro que sí! Es una idea genial. Lo difícil será que consigan cuadrar sus agendas para coincidir, pero puedo preguntarles. —Me imaginé a mi padre mirando el barro en sus zapatos recién encerados, a Marta corriendo detrás de mis sobrinas y a Paula trajinando en la cocina con Emilia y no pude evitar sonreír. —Gracias, muchísimas gracias por esto.

—No hay de qué, cariño. Esta es ahora también tu casa y ellos son parte de la familia.

Pronunció las palabras mirándome a los ojos y supe que lo decía en serio. También yo había empezado a sentir las partes de mi familia más cercana.

9

EXPERIMENTANDO



Valentina

Llegué al taller de Gianmarco unos minutos después de las cinco, con el corazón acelerado y un nudo en el estómago mezcla de unos nervios mal digeridos y unas expectativas que me negaba a reconocer.

Me detuve a comprobar mi aspecto en el pequeño espejo de la entrada. Después de haberme cambiado cuatro veces de ropa, había optado por un vestido blanco de estampado floreado y unas sandalias con un poco de cuña. Me había hecho una coleta alta, sacando algunos mechones y había terminado el look desenfadado con un toque de rímel y brillo de labios.

Sonreí a mi reflejo y respiré hondo antes de entrar.

En el lugar en el que esperaba ver sentado a mi profesor del demonio, encontré a un chico desgarbado y con pinta de adolescente.

—Hola. Estoy buscando a Gianmarco. ¿Puedes decirle que estoy aquí? Soy Valentina.

Murmuró algo que no conseguí entender y desapareció tras una puerta que no había visto hasta ahora. Cuando volvió, me encontró admirando con curiosidad un mueble que estaba a caballo entre una cómoda y un armario. Era precioso y extraño a la vez.

—Saldrá en seguida. Puedes esperarle aquí, pero no toques nada.

Ese comentario me escoció y me pregunté si había nacido de él o solo estaba transmitiendo las palabras de Gianmarco. Sus salidas de tono concordaban con esa advertencia.

—Será miserable —mascullé entre dientes. Parecía que esa tarde iba a encontrarme de nuevo con el Gianmarco maleducado al que apenas soportaba y no tenía claro que quisiese seguir adelante con esa cita o lo que fuese aquello. ¿De verdad había aceptado tener una cita con un hombre que me trataba como si fuera un incordio en su vida?

Mi maldito profesor estaba tardando demasiado y el adolescente no paraba de mirarme de reojo como si yo fuese un bicho raro o alguien capaz de destrozar el local, lo cual no estaba ayudando a mejorar mi estado de ánimo ni mis nervios.

La mala leche iba en aumento, pero no pude evitar sonreír maliciosamente cuando se me ocurrió una pequeña venganza y comencé a pasearme entre los muebles solo para fastidiar a mi querido profesor. Cuando empecé a abrir los cajones de un pequeño escritorio, el chico me miró con desesperación y empezó a frotarse las manos sin saber qué hacer.

Tuve que girar la cabeza hacia el lado contrario para disimular la risa cuando advertí su cara de pánico, y justo en ese momento, apareció Gianmarco para terminar con la diversión. Le dijo algo al que supuse que era su ayudante y se acercó a mí.

—Llegas tarde —soltó sin más y cuando estaba a punto de protestar por su mala educación,

pasó por detrás de mí en dirección a la puerta y, rozando mi pelo con sus labios, añadió: —Veo que te estabas divirtiendo con mi ayudante.

Sentir su aliento tan cerca de mi cuello me hizo estremecer y perder el norte por unos segundos. Cuando quise reaccionar, solo vi su sonrisa canalla mientras se dirigía hacia la puerta del taller. Empezaba a pensar que disfrutaba haciendo que me sintiera desubicada.

Cuando volví a tener el control de mi cuerpo, salí tras él dispuesta a decirle un par de cosas, pero lo encontré subido a una Vespa de color azul y mi mente fue directa a la historia que Fiorella me había contado sobre sus inicios con mi abuelo, en concreto, al sueño de ambos de viajar por toda Italia en una moto como la que tenía enfrente. La coincidencia me abrumó y calmó mis ánimos.

Salí de mi ensimismamiento y me fijé en que Gianmarco estaba mirando mi vestido de forma descarada. Era obvio que no era la mejor indumentaria para ir en moto, pero demoró su mirada más de la cuenta con la única intención de ponerme nerviosa. Lo sabía. Disfrutaba de causar ese efecto en la gente, o quizás solo en mí, pero, aun así, no pude evitar sonrojarme mientras tenía los ojos puestos en mi cuerpo. No me gustaba sentirme vulnerable ni quería dejar que pensara que tenía ese poder sobre mí.

—¿Dónde vamos?

—¿Qué importa eso? Sube.

No me moví.

—Vamos, te he dicho que quería llevarte a un sitio y es justo lo que estoy intentando hacer. Sube, por favor.

Acabé cediendo, creo que más por masoquismo que por curiosidad y, mientras arrancaba la moto, lo escuché soltar con insolencia y un toque de picardía:

—Como no has llegado a la hora, puede que al final esto nos lleve toda la tarde.

Lo que él no sabía es, que en el fondo, yo me moría por subirme a su moto y volver a sentir su cuerpo muy cerca del mío.

El ruido del vehículo unido al del aire que chocaba con nosotros era ensordecedor, pero el paisaje era precioso. Valles, montañas y campos bañaban la tierra por todas partes. Pasamos junto a varios pueblos pequeños y alguna que otra casa perdida entre la naturaleza. Empecé a pensar en las vistas que ahora tenía al asomarme al balcón de mi habitación y a compararlas con lo que veía desde las ventanas de mi piso en España. Siempre me había gustado el ajetreo de la ciudad, tener cualquier servicio al alcance de la mano, transporte público, bares, tiendas. Pero desde el mismo momento en que había pisado los alrededores de Salerno, había sentido una fuerte atracción por la zona, las vistas, la brisa, las sensaciones que me embargaban al encontrarme rodeada de naturaleza.

Mi cabeza viajó por el ruido que hacían los vecinos que vivían en mi mismo edificio, por la cantidad de vehículos circulando, el humo, mi pequeño apartamento, su ascensor... y una sensación de angustia bastante conocida se instaló en mi estómago. La carretera, las curvas, las náuseas. Todo parecían una sola cosa.

Por suerte, justo en el momento en que creí que ya no soportaría un metro más subida en esa moto del infierno sin vomitar, Gianmarco redujo la marcha y se detuvo junto a unas rocas.

Bajé lo más rápido que pude, me quité el casco y me alejé de allí dando zancadas hasta que vi un recodo donde poder estar a solas y apoyar la espalda. Mi corazón latía acelerado y mi estómago avisaba de que no cantara victoria tan pronto. Respiré hondo, inspirando de forma profunda y soltando el aire en pequeños intervalos.

No había pasado el tiempo suficiente cuando apareció Gianmarco delante de mí con gesto

preocupado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sólo necesito un minuto. Enseguida voy —dije con la esperanza de que se marchase sin insistir.

—¿Es la moto? Podrías haber dicho que te daban miedo, joder —añadió cabreado.

Lo miré mal y al ver que no contestaba, se dio por vencido y se marchó.

La brisa del mar y el sonido de las olas me devolvieron poco a poco la calma y eso consiguió asentar también mi estómago.

Al girar el recodo en el que me había escondido, lo vi de espaldas, delante de un muro que no le llegaba a la altura de las caderas. Al otro lado no parecía haber nada más, como si la tierra terminase justo en ese lugar.

Conforme me acercaba, una visión maravillosa me nubló el pensamiento y me hizo olvidar lo sucedido. Delante de él, solo había un vacío inmenso y abajo, a muchos metros de distancia, el mar. Avancé unos pasos con miedo y, al asomarme al abismo, pude ver como las olas luchaban unas con otras y chocaban con fuerza contra las rocas. Me tambaleé ligeramente, y en ese momento, me cogió la mano con fuerza.

Su contacto provocó que mi piel se erizara y disfruté del calor que desprendía la suya en contraste con el viento frío que soplaba a nuestro alrededor.

Me hizo retroceder, pero no me soltó.

—¿Qué te parece?

—Qué podría quedarme aquí durante horas. Es como si el mundo terminase y empezase en este lugar.

—¿Tienes vértigo?

Negué. Se giró hacia mí y enlazó su mirada con la mía, haciéndome sentir una descarga que recorrió mi cuerpo en un segundo. Había algo nuevo en sus ojos, pero antes de que pudiese descubrir de qué se trataba, cortó esa conexión. Me sujetó la mano con más fuerza y me arrastró tras él colándose entre las fachadas de dos pequeños edificios, por un hueco por el que apenas cabía una persona y que llevaba a la parte trasera de una casa. Comenzamos a bajar unos escalones que ni siquiera había visto hasta ese momento. El viento golpeaba nuestros cuerpos y desordenaba mi pelo mientras descendíamos poco a poco.

Gianmarco aceleró el paso y el miedo a tropezarme y caer rodando por esas escaleras que parecían no tener fin, me sacó de mi estado de embriaguez. No había barandilla y las escaleras bajaban por la montaña serpenteando hasta llegar al mar. Comencé a pensar en detalles que no me ayudaban en lo más mínimo como qué altura tendría la montaña, qué pasaría si tropezara y cayera por un lateral de las escaleras o si las rocas que había al fondo estarían más o menos afiladas. Noté un calor insoportable subiendo por mi estómago y volví a tambalearme.

—Céntrate solo en el lugar en el que pones los pies —dijo girándose para mirarme a los ojos con una seguridad que me devolvió a la realidad—. No voy a dejar que caigas, ¿vale?

Asentí segura de que no lo haría y, después de unos minutos en los que intenté mantener mi mente donde él me había indicado, llegamos al final del camino.

Teníamos el mar a solo dos palmos bajo nuestros pies y, a nuestras espaldas, una enorme pared montañosa que nos hacía parecer muy, muy pequeños.

—¡Es increíble! ¿Cómo descubriste este sitio? —pregunté cuando conseguí recuperarme de la impresión que ese lugar me causaba.

—Me lo enseñó alguien que fue para mí como un abuelo. Decía que era su lugar favorito en el mundo porque fue aquí donde se enamoró de la mujer de su vida, en aquella roca. Ellos decían

que este era el lugar en el que el cielo roza las olas —dijo señalando un poco más a la derecha de donde nos encontrábamos—. Vengo siempre que puedo aunque hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Tu abuelo sabía el momento y el lugar exactos en los que se enamoró de tu abuela? —pregunté algo escéptica.

—Eso he dicho —respondió seco y me di cuenta de que había tocado un tema complicado.

—Perdona, no quería molestarte.

Apreté mi mano, que todavía no había soltado desde que nos habíamos dirigido hacia aquí y ambos permanecemos en silencio mirando el mar, las rocas, el horizonte. Después de unos minutos, se levantó y me ánimo a ponernos en marcha de nuevo.

Me preguntó si era capaz de volverme a subir a la moto y asentí agradeciendo que se preocupase por mí.

El trayecto fue corto esa vez. Descendimos la montaña hasta un pueblo que se encontraba a la orilla del mar. Era algo más grande que Villa Antea, pero conservaba el estilo pintoresco de la zona: fachadas coloridas, calles estrechas y el característico aroma a sal.

Andamos por sus calles con la tranquilidad del que no tiene prisa por llegar a algún sitio y al girar una esquina, encontramos un mercado repleto de objetos antiguos. Había muebles, colecciones de monedas antiguas, joyas y algunos aparatos algo destantalados como radios o máquinas de escribir. Olía a viejo y a polvo, pero de una forma encantadora.

Encontré un viejo tocadiscos que de inmediato me hizo pensar en mi padre y Gianmarco insistió en que lo comprara. Me dejé llevar por el entusiasmo y decidí que se lo regalaría las siguientes navidades.

Compramos unos trozos de pizza y los comimos mientras continuábamos nuestro paseo. Nos acercamos a la playa, pero a pesar de que ya estaba anocheciendo, había mucha gente y vi una mueca de decepción en su rostro.

—Tienes que venir en invierno, es increíble. Toda la zona gana encanto cuando hace frío y se ve casi desierta.

Estábamos de pie y sentía su cuerpo a mi espalda, a escasos centímetros del mío.

Volvió a inundarme su aroma, era una mezcla de madera recién cortada, barniz y pintura que me derretía por dentro. Me di la vuelta despacio, quedando muy cerca de él. Su mirada era tan intensa que me abrasaba y me hacía desear que estuviésemos en otro lugar más íntimo.

—Me encantaría saber lo que estás pensando —dijo apenas en un susurro.

—Eso le quitaría toda la emoción al momento, ¿no crees?

—Si lo que buscas es emoción, creo que puedo ayudarte. —Su sonrisa pícaro me desarmó, pero no quería rendirme tan pronto, me apetecía alargar aquel juego que nos traíamos.

—Eso ha sonado muy arrogante por tu parte.

—Dime que no quieres besarme ahora mismo, que no has pensado ni un solo minuto en lo que pasó el otro día.

Sus labios rozaron los míos, pero no se detuvieron lo suficiente. Solo podía pensar en una cosa y si no lo hacía él, sería yo la que acabase con la tensión que me estaba matando.

—Puede que haya pensado en ello un poquito.

—Solo un poquito, ¿eh? Pues tendremos que mejorar este recuerdo.

Su teléfono empezó a sonar justo cuando estábamos a punto de besarnos y soltó un bufido de frustración que me hizo reír. No parecía tener ganas de cogerlo, pero me separé un poco para darle intimidad. Cuando miró la pantalla del móvil su gesto se contrajo y marcó la opción de rechazar.

—Siento la interrupción.

—Puedes cogerlo, no me molesta.

—No era nada importante, ya devolveré la llamada más tarde.

Justo en ese momento, la melodía volvió a sonar y descolgó con hastío mientras se daba la vuelta y se alejaba lo suficiente para que no pudiese escuchar lo que decía.

Tardó casi diez minutos en volver y la mirada que traía ya me dio pistas sobre lo que ocurriría a continuación, aunque no por eso lo encajé con mayor agrado.

—Nos vamos.

Nada de “Siento que tengamos que irnos, pero ha ocurrido algo”. No, sus palabras fueron una orden, pero a pesar de que me molestó, decidí pasarlo por alto. Esa llamada lo había alterado y la cosa nada tenía que ver conmigo.

El viaje de regreso se hizo muy corto y ni siquiera me llegaron las náuseas. Cuando quise darme cuenta, estábamos parando a las afueras del pueblo.

—¿Por dónde voy? —preguntó. Yo miré hacia todos lados y reconocí el lugar, había aparcado bastante cerca de allí.

—Puedes dejarme aquí mismo.

—No voy a dejarte aquí siendo ya de noche.

—De verdad, prefiero ir caminando, pero gracias —afirmé bajando de su moto y tendiéndole el casco. El día había sido maravilloso y no quería que terminase, así que pensé en dar un paseo antes de coger el coche y volver a casa.

—Valentina, vuelve a subir a la moto.

Sus malos modales y la forma en la que me habló, como si tuviese derecho a dirigir mi vida, me cabreó. Nos mantuvimos la mirada durante lo que me pareció una eternidad y al final, con la intención de no quedarme con un mal sabor de boca después de una tarde casi perfecta, intenté contener mi respuesta.

—Gracias por todo, me ha encantado conocer una parte de la Costa Amalfitana y sobre lo de llevarme a mi casa, iré por mis propios medios, es aquí donde nos despedimos.

—¿Te han dicho alguna vez que eres terca como una mula?

—Adiós, Gianmarco.

—Tú verás lo que haces.

Su voz sonó fría, como si de verdad le hubiese molestado no salirse con la suya, y antes de que pudiese decir nada más, arrancó la moto y se marchó sin ni siquiera mirarme.

Una vez más, me quedaba con la sensación de que ese hombre era una especie de Doctor Jekyll y Mister Hyde y, sobre todo, me quedaba con las ganas de comprobar si sería capaz de volver a conseguir que mis piernas temblasen con sus besos.

10

PROBLEMAS EN EL PARAÍSO



Valentina

En cuanto puse un pie fuera de la granja, sentí la grandiosidad del paisaje que me rodeaba. Las enormes montañas, los árboles que parecían querer tocar el cielo con la punta de sus ramas. Sentí la brisa de finales de otoño acariciar mi piel y estirar mi pelo en todas direcciones, trayéndome una mezcla de olores que quise guardar y recordar para siempre: a tierra, a lavanda, a la dulzura de las moras maduras y la acidez de los limones. A aires nuevos.

Había pasado la mañana aprendiendo cosas de la granja de la mano de Alfonso. Era un hombre de apariencia seria, pero en cuanto pasabas tiempo con él, te dabas cuenta de que su seriedad solo era una fachada que utilizaba para hacerse respetar entre los trabajadores. Durante las horas que estuvimos juntos, aprendí un montón de cosas y entendí que la vida en una granja era incluso más dura de lo que había imaginado. Se levantaba a las cinco de la mañana cada día para comenzar sus labores y dirigir a la primera cuadrilla de trabajadores. Alfonso y su mujer no vivían en la casa principal, sino en una cabaña que él mismo había construido junto a mi abuelo y que se encontraba a unos cien metros del granero.

Después de mucho insistir, conseguí que me asignara algunas tareas para realizar durante la semana. Tenía la idea equivocada de que había ido allí de vacaciones y me costó hacerle entender que necesitaba sentirme útil y no una mantenida.

Estábamos moviendo unos sacos de pienso cuando me decidí a sacar un tema de conversación que llevaba días rondándome en la cabeza.

—Mi tía me comentó que las ventas de la granja han bajado considerablemente, ¿crees que es grave?

La expresión de su rostro me adelantó la respuesta.

—Empieza a serlo. Estamos sufriendo una crisis que empezó hace más de un año. Hemos perdido algunos clientes y eso nos ha obligado a retrasar las renovaciones que teníamos previstas para el primer trimestre. Las granjas de alrededor se han modernizado y me temo que estamos quedándonos atrás.

—¿Y no hay nada que pueda hacerse? ¿Un socio inversor? Tal vez el banco podría conceder un crédito poniendo el mismo negocio como aval.

—Tu tía es cabezona y no quiere saber nada de los bancos. Por más que me estrujo la cabeza, no sé qué más podríamos hacer y, como sigamos de brazos cruzados, me da que la cosa empeorará y tendremos que pensar en despidos.

—Dios, espero que no se llegue a eso. —Dejé en la camioneta el último de los sacos y me sequé el sudor de la frente con el antebrazo. El sol estaba apretando bastante desde primera hora

de la mañana—. ¿Puedo sugerir algo? —me aventuré—. No va a eliminar todos los problemas de golpe, pero creo que podría dar un empujón a las ventas. —No sabía si mi idea era descabellada, pero desde que Emilia me comentó que la cosa no iba demasiado bien, había estado investigando otros negocios similares y los cambios que habían llevado a cabo en los últimos años.

—Claro, cualquier idea es buena en tiempos de crisis.

—Creo que a la granja le iría bien un cambio de imagen y una campaña de publicidad a pequeña escala. También pienso que sería buena idea diversificar el negocio. Podríamos montar un puesto y vender los productos aquí mismo. Eso nos permitiría ahorrar parte de los gastos de distribución y le conferiría a la marca un valor más familiar.

—Vale, creo que me estás asustando con tanto entusiasmo —afirmó sonriendo.

—Lo digo en serio, si no podemos modernizar la granja por una cuestión económica, al menos podríamos empezar por actualizar el concepto que los clientes tienen de ella, mantener la imagen tradicional y hacer que eso sea lo que la diferencie de la competencia. Podemos crear un logotipo con unas letras atrayentes, contratar a un fotógrafo de esos que hacen milagros y pensar en un eslogan que defina la esencia de lo que aquí se ofrece. Algo que refuerce el trabajo en equipo, el valor de la familia en el negocio, los sabores de siempre... Encargamos unos cuantos anuncios, colocamos unos carteles y hacemos que la gente se interese por el producto y la forma artesanal de elaborarlo.

Cuando terminé de hablar, me di cuenta de que Alfonso me miraba embelesado, como si acabase de descubrirle el secreto de la Navidad y empecé a pensar que tal vez sí que me había pasado de entusiasta.

—No te ha gustado la idea —afirmé un poco decepcionada.

—Me ha encantado, Valentina. Ahora mismo pienso que eres un regalo caído del cielo porque todo eso que acabas de contarme me ha sonado a magia y a mí nunca se me habría ocurrido. Además, ni siquiera sabría por dónde empezar.

—¿Pero? —pregunté con recelo.

—Pero no creo que tengamos el dinero necesario para llevarlo a cabo. Lo siento, niña, pero las cuentas están temblando y la demanda de producto no hace más que reducirse. La situación no es la más óptima para invertir.

Cerré los ojos mientras pensaba en una solución. Quería ayudar a Emilia y no soportaba la idea de que la granja que un día fue de mi abuelo, esa en la que pasé parte de mis veranos siendo niña, pudiese desaparecer algún día. Ese lugar tenía que salir adelante y encontraría la forma de conseguirlo.

Al día siguiente, me desperté tarde pensando en Gianmarco. Recordé el momento en que me cogió de la mano y sus dedos se entrelazaron con los míos y también la decepción que sentí cuando aquella llamada interrumpió lo que prometía ser un acercamiento interesante y se llevó la armonía de la que habíamos disfrutado durante el día. Cerré los ojos e imaginé cómo sería tenerlo sobre mí, sentir su aliento en mi piel descubierta y sus ojos traspasando los míos; cómo sería sentarme a horcajadas sobre su regazo y devorarlo hasta quedarme saciada. Aunque tenía la certeza de que no sería fácil saciarme de él.

Tuve que obligarme a dejar de pensar en mi profesor del demonio para levantarme por fin de la cama y centrarme en algo productivo.

Me había acostado dándole vueltas a mi conversación con Alfonso y había encontrado un hilo del que tirar. Me incorporé en la cama y marqué el número de Pablo.

—¿Cómo está mi chica favorita? —preguntó risueño nada más descolgar.

—Divinamente, pero echando de menos a mis maravillosos amigos.

—¡Respuesta correcta! Ya empezaba a pensar que nos habías cambiado por algún italianini y por eso no te dignabas a escribirnos.

—Es que os pasáis la vida hablando en ese grupo de WhatsApp. Es imposible seguirlos el ritmo, en cuanto termino de leer todo lo que habéis escrito, se me ha olvidado la mitad.

Su carcajada me obligó a separar el teléfono de mi oreja por mi propia salud auditiva.

—Mira que tienes la cara dura. Sé de sobra que nos tienes silenciados.

—A vosotros y al resto de grupos que inunda mi teléfono, pero me queréis igualmente, ¿a que sí?

—Creo que te querría hicieses lo que hicieses.

No supe que responder a eso porque era la primera vez que me decía que me quería y escucharlo a través de la línea de teléfono me resultó un poco raro, así que solo dejé pasar unos segundos de silencio antes de plantearle mi idea.

—Tengo una propuesta que hacerte. Bueno, más bien quiero consultarte una idea que se me ha ocurrido para ver si te parece viable o una completa locura. —Le comenté las conversaciones que había mantenido con Emilia y Alfonso y le planteé mi idea—. No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada al respecto. Se me comen los demonios solo de pensar que este paraíso pueda desaparecer algún día. Tendrías que verlo para poder entenderme. ¿Qué digo verlo? Tendrías que sentirlo.

—A ver, vamos paso a paso. Lo primero, tu idea no me parece para nada una locura y creo que con un presupuesto bajo se podría conseguir algo decente si lanzas la campaña a través de redes sociales. Son un medio gratuito y muy potente hoy en día.

—Pero intentamos vender el valor tradicional y familiar de la marca, ¿no chocaría eso con el carácter global de las redes?

—A través de Twitter, Instagram o Tik Tok puedes vender cualquier cosa, ya sea un producto, una imagen, un lugar, un servicio... Lo que sea. Si quieres vender tradición, venderemos tradición.

—Vale, lo pillo. ¿Y conoces a algún *Community Manager* que sea la caña y que nos pueda hacer un buen precio? —pregunté mientras me mordía una uña.

—Tengo a un par en mente bastante buenos, pero no sé si aceptan proyectos nuevos, puedo tantearles y preguntar tarifas.

—Sí, por favor. Y ya que te veo tan comprometido y con ganas de ayudarme...

—Uy, miedo me das cuando me pones esa voz melosa.

—¿Harías tú el reportaje fotográfico? Antes de que digas nada, imagínatelo. Fin de semana en el paraíso con todos los gastos pagados y acompañado nada más y nada menos que por la mejor amiga que hayas conocido nunca.

—¡Qué morro tienes! —afirmó riéndose.

—Te pagaría. Lo que no sé es cuánto podría ofrecerte. Tendría que hablarlo antes con mi tía. De hecho, quiero plantearle un plan de actuación que no pueda rechazar y debo acompañarlo de un presupuesto, así que nada es seguro todavía, pero... ¿aceptarías?

—Sabes de sobra que no aceptaría ni un euro de tu parte y que soy incapaz de decirte que no a nada.

—¿De verdad?

—Que sí, pesadilla. Te aviso cuando tenga respuesta de los dos *Community Manager* que te comentaba y cuando lo tengas todo planteado, nos organizamos. Si quieres que te ayude con algo antes de que se lo comentes a tu tía, ya sabes dónde estoy y para las fotos, solo recuerda avisarme con tiempo para organizarme.

—Por eso no hay problema. Si todo sale bien, nos acoplamos a las fechas que tengas libres.
¡Pablo, creo que podemos salvar este lugar!

—Solo por escucharte reír así, merece la pena.

Miré el reloj que tenía en la mesita de noche y salí de la cama de un salto al ver la hora.

—Mierda, tengo que dejarte. Todavía estoy en la cama y voy a llegar tarde al taller.

—¿Todavía estás en la cama a estas horas?

Empecé a abrir cajones y a sacar ropa sin pararme a pensar en lo que escogía mientras me iba vistiendo y sujetaba el teléfono con el hombro.

—Sí, lo sé. Te mueres de envidia.

—Pues no te voy a mentir, me encantaría estar en esa cama contigo ahora mismo.

Me paré en seco y no supe cómo seguir la conversación. Ese tipo de bromas eran nuevas entre nosotros y me hacían sentir un poco incómoda. Solté una risilla forzada y me limité a responder que debía colgar porque llegaba tarde.

Cuando colgué y me miré en el espejo por poco no me da un parraque. Me había puesto un pantalón corto de correr con una camisa de vestir y unas sandalias de tacón alto. Divina de la muerte.

11

¿ARROGANTE, YO?



Valentina

Tras cambiar mi atuendo por unos pantalones de tela fina, un jersey granate que dejaba uno de mis hombros al descubierto y unas Converse blancas, salí corriendo hacia el taller sin ni siquiera pararme a maquillarme ni a desayunar. Cuando llegué a mi destino, pasaban más de quince minutos de la hora.

Entré de puntillas, temiendo que me cayera una bronca de mi profesor del demonio y, tras haber dado unos cuantos pasos, me extrañó no escuchar ningún ruido. Avancé entre los muebles hasta la zona de trabajo donde realizábamos las clases, pero allí no había nadie. ¿Dónde se habían metido todos? Saqué mi móvil para comprobar el día y la hora y no, no me había equivocado. ¿Sería que habían cancelado la clase y nadie me había avisado? De ese hombre bipolar me podía esperar cualquier cosa, pero confiaba en que Fabrizio me hubiese dicho algo para no hacerme venir en balde.

Me acerqué a la puerta desde la que Gianmarco apareció el día de nuestra “cita-no cita” y lancé un tímido *hola* que no obtuvo respuesta. Seguramente mi voz no podía escucharse a través de la madera.

Las manos me sudaban y el silencio se me antojó de repente demasiado espeso, así que decidí marcharme, pero cuando estaba a punto de llegar a la salida, oí un ruido y me giré.

—Valentina. —Su tono de voz fue tan bajo que dudé si lo había escuchado o había sido producto de mi imaginación. Gianmarco me miraba serio, pero creí sentir algo diferente en su voz, como si fuese incapaz de decidir si me quería allí o no.

—Hola.

Ambos permanecemos callados, mirándonos con cautela a varios pasos de distancia mientras yo volvía a sentir la humedad en mis manos y un cosquilleo en la nuca.

—¿Qué haces aquí?

—Es martes.

—También es festivo.

Alcé las cejas con incredulidad, pero las piezas tardaron poco en encajar. Si hubiese salido de mi habitación con tiempo de desayunar en casa, seguramente alguien me hubiese avisado.

—Esa parte se me escapaba.

El silencio nos rodeó de nuevo y esperé que llegara la siguiente pulla por su parte. Me había prometido a mí misma que la próxima vez que él atacara, yo lo haría de vuelta y me daba igual si eso sucedía cuando estábamos a solas o rodeados de toda la clase.

—¿Tienes hambre? —preguntó, sorprendiéndome.

—¿Por qué? ¿Piensas invitarme a comer? —respondí con una chulería poco habitual en mí.

—Puede.

—Pues te aviso que no he desayunado y llevo un rato escuchando a mi estómago rugir como un jabalí. —Mostró una sonrisa torcida que terminó por destruir mis defensas. ¿Cómo podía ser tan malditamente sexi?— ¿Qué pasa? ¿Es que las mujeres que conoces no comen?

—Anda, ven conmigo.

Lo seguí a través de la puerta misteriosa. Me gustó la idea de no saber qué iba a ocurrir ni donde me iba a llevar, al igual que el día de nuestra excursión.

Cruzamos una pequeña sala llena de utensilios y herramientas que parecía su lugar de trabajo y subimos unas escaleras. Al llegar al primer piso, abrió la puerta con llave y entramos a un lugar totalmente diferente. El contraste me impactó tanto que me giré a mirarlo.

—No te lo esperabas, lo sé.

Su casa era moderna, luminosa. Amplia. Los colores que predominaban eran el haya y el blanco mientras que el taller conservaba toda la esencia de una casa de pueblo antigua, con las puertas, ventanas y muebles originales, las paredes de color tierra y el suelo de barro cocido.

Avanzó sin esperarme y le seguí hasta la cocina. Allí me enamoré y creo que incluso llegué a suspirar embelesada. Era la cocina más bonita en la que nunca había estado. Me recordaba a las películas americanas con los techos altos y un estilo que mezclaba lo industrial con lo rústico. Me imaginé a una pareja cocinando juntos mientras unos niños hacían los deberes en la mesa, otro correteaba descalzo y algún otro desayunaba sentado en una de las bonitas banquetas de madera. Sin duda, una cocina de revista. La protagonista era una enorme isla en el centro con seis fogones a un lado y una zona para comer en el otro. A la izquierda, una mesa para unos 8 o 10 comensales y un frigorífico de dos metros de altura y doble puerta. ¿Para que necesitaría un hombre sólo una mesa y una nevera tan grandes? Cuando intenté responder a esa pregunta, me di cuenta de que no sabía absolutamente nada de él y en un acto reflejo, miré sus manos buscando un anillo por si tenía que salir corriendo. No lo encontré y en consecuencia, no pude evitar emitir un suspiro de alivio. Si se dio cuenta, no lo demostró.

—Comeremos pizza al estilo napolitano —afirmó sin preguntar, algo que hacía a menudo y a lo que no terminaba de acostumbrarme.

Cogió un cuenco que estaba sobre el banco de la cocina y lo puso sobre la isla para después quitar el trapo que lo cubría, dejando al descubierto una masa blanquecina.

—Eso no tiene mucha pinta de pizza —respondí sonriendo.

—Anda, ven.

Me acerqué despacio, pero me quedé a una distancia prudencial. Él dio un paso más en mi dirección y me atrapó con sus intensos ojos azules, provocando que mi respiración se acelerase. Lo deseaba. Lo deseaba mucho. Quería volver a sentir el roce de sus labios sobre los míos y comprobar si sus caricias aplacaban la electricidad que nos envolvía. Quería enredar mi lengua con la suya y sentir sus manos por todo mi cuerpo. Quería que volviese a hacerme temblar.

Vi como desviaba su mirada a mis labios y levanté un poco la cabeza, lo justo para darle acceso y dejarle claro que tenía mi beneplácito para avanzar, aunque sabía que no era el tipo de hombre que pedía permiso antes de dar un beso.

La espera se hizo una tortura y cuando sentí su aliento cerca de mi boca, mi cuerpo envió una reacción que fue a parar directamente entre mis piernas. No me estaba tocando, pero todo mi cuerpo vibraba de expectación. Estaba a punto de cerrar los ojos y dejarme llevar cuando lo sentí separarse poco a poco. Dio un paso atrás, después otro y me lanzó una sonrisa pícaro, dejándome mareada, expuesta y al borde del abismo. Podía lanzarme sobre él y coger lo que me había

prometido o podía ser fuerte y seguirle el juego.

Opté por lo segundo.

—Eso es porque todavía no te he dicho como debes cocinarla.

—¿Cómo? —pregunté, despertando de mi mundo interior y dándome cuenta, después de una eternidad, de que estábamos en mitad de una conversación. Me recompuse como pude intentando recordar de qué leches estábamos hablando— ¿Pretendes que haga yo la pizza? Esto no es lo que esperaba cuando un italiano me ha invitado a comer en su casa. Y luego, ¿qué? ¿Cocinarás tú para mí una tortilla de patatas? ¿Una paella?

—¿Por qué no? Me parece un buen plan siempre que tenga una profesora dispuesta a guiar mis pasos. Me gusta probar cosas nuevas —contestó guiñándome un ojo, haciendo que me preguntara si su respuesta se extendía más allá del ámbito culinario.

Mientras él preparaba los ingredientes para nuestra pizza, yo aprovechaba para observarlo con descaro. No había tenido muchas ocasiones para verlo sin el mono de trabajo que parecía ser su segunda piel. Llevaba una camiseta oscura y unos vaqueros desgastados que le sentaban realmente bien. Y su sonrisa, que tanto le costaba mostrar normalmente, brotaba casi de forma continua, como si no pudiese retenerla a tiempo.

Abrió un paquete de harina y espolvoreó un puñado sobre la encimera. Después, sacó la masa del cuenco con sumo cuidado y la depositó sobre la harina.

—Pon las manos unidas con las palmas hacia arriba, sobre el banco.

Obedecí y dejó caer un poco de harina sobre ellas. Después se colocó a mi espalda.

—Repártela bien entre ambas manos y ves apretando la masa poco a poco. La idea es que vaya cogiendo la forma adecuada sin que perdamos lo más valioso, las burbujas.

Su cuerpo no me tocaba, pero estaba lo bastante cerca como para que mi corazón comenzase a palpar un poco más rápido. Su altura le permitía ver sobre mi hombro lo que yo hacía en la encimera. Me hablaba despacio, con voz clara, ronca y esa seguridad que a mí empezaba a abandonarme. Noté cómo mis manos se volvían torpes y perdían fuerza y supliqué para que no se diera cuenta de que temblaban ligeramente.

—Ahora, comienza a estirla con las yemas de los dedos. No, así no, solo con las yemas —pidió muy cerca de mi oído, extendiendo así su tortura—. Ves estirando desde el centro hasta los bordes. Así es, con cuidado.

Iba haciendo lo que él me pedía sin apenas levantar la vista del banco. Sin embargo, notaba su aliento en algún lugar cerca de mi oreja y mi concentración se desvanecía con la misma facilidad que lo hace un diente de león ante un soplo de aire. Solo esperaba que se acercase un poco más, comprobar si sus labios se sentían calientes sobre la piel de mi cuello y si su corazón latía acelerado como el mío. Estaba a punto de dar un paso atrás para apoyar mi espalda en su pecho, cuando noté cómo la masa que tenía entre mis manos se quebraba.

—¡Oh, santa mierda! —mascullé en español.

Gianmarco rio con ganas mientras se separaba y se colocaba a mi lado. El sonido de su risa me pareció gracioso, como si de alguna forma no cuadrara con su persona y me contagié.

—Veo que hay más cosas que se te dan mal además del bricolaje. ¿No será que eres torpe con las manos?

—¡Eso no es verdad! —expuse arrugando la boca, fingiendo que me había molestado su comentario—. Y ahora, ¿cómo arreglamos esto, profesor?

Le puse ojitos y noté el momento en que el deseo inundó su mirada. De un movimiento rápido, colocó sus manos a ambos lados de la isla, dejándome atrapada entre ésta y él. Vi sus intenciones y estaba a punto de cantar victoria, pero en el último segundo, decidí que sería más

divertido seguir su juego. Con una fuerza de voluntad que no sé de dónde saqué, puse ambas manos en su pecho para frenar el avance justo cuando estaba a punto de abalanzarse sobre mis labios.

—Ah, ah —negué con la cabeza—. Estamos cocinando pizza y por el resultado de esta masa, creo que la clase que se me ha prometido, todavía no ha concluido.

Me lanzó una mirada de incredulidad a la que le siguió un resoplido que me hizo soltar una risita. Después cogió la masa entre sus manos y comenzó a trabajarla con soltura, delicadeza y fuerza, dándole vueltas, doblándola y trenzándola, para volver a estirla después. El movimiento de sus manos me tenía hipnotizada.

—Puedes volver a intentarlo la próxima vez —dijo mientras se lavaba las manos. Después me lanzó la toalla para que me secara después de hacer lo mismo que él.

—Ahora tenemos que dejarla reposar. ¿Te apetece un poco de vino?

Asentí mientras él sacaba una botella y dos copas.

—¿Has probado el vino de Sorrento?

—Todavía no, llevo poco tiempo en Italia y no entiendo mucho de vinos, para que engañarnos.

—Otra cosa que debes solucionar cuanto antes. Uno no puede venir a hacer turismo a La Campania y no visitar sus bodegas más destacadas.

Nos sentamos a la mesa y él llenó nuestras copas.

—Así que piensas que soy una turista...

—¿Y no lo eres?

—¿Qué clase de turista se apunta a un curso de bricolaje de varios meses de duración?

—Sólo las raras y las que tienen un problema serio con la materia —contestó mientras intentaba ocultar una sonrisa canalla. Me gustaba ese Gianmarco que apenas estaba descubriendo, el gamberro y desenfadado.

—Ahora soy yo la que no puede creer que hayas dicho eso. ¿Rara, yo? Pero si tienes más personalidades que vidas tiene un gato.

Se atragantó con la bebida por mi comentario y a punto estuvo de escupirla, lo que me hizo reír a mí también.

—Y dime, Valentina, si no eres una turista, ¿qué has venido a hacer a este pequeño pueblo?

Medité unos segundos mi respuesta. Quería que las cosas entre nosotros se mantuviesen en un plano ligero, por lo que no entraba en mis planes abrirme demasiado ni dar explicaciones. Gianmarco me gustaba. O mejor dicho, el Gianmarco que tenía hoy delante me gustaba, y mucho, pero no sabía cuándo aparecería de vuelta su versión arrogante y maleducada. Porque tenía claro que esa versión volvería tarde o temprano.

—Tengo familia aquí a la que hacía años que no veía y he decidido pasar un tiempo con ellos.

—Juraría que nunca te he visto antes en Villa Antea.

—Es normal, creo que la última vez que estuve aquí tenía nueve o diez años. He cambiado un poco desde entonces.

—Por esa época, yo no vivía en el pueblo.

—¿No eres de aquí?

—Mi madre lo es, pero yo nací en Roma y estuve viviendo allí hasta hace unos meses.

Me dio la sensación de que ese cambio en su vida escondía algo importante detrás, pero siguiendo mi decisión de mantener las cosas en un plano poco personal, decidí tragarme la curiosidad y no seguir preguntando. Gianmarco volvió a llenar nuestras copas y bebimos en silencio, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos.

—¿Preparada para comer la mejor pizza que has probado en tu vida? —preguntó después de un rato, terminando con el ambiente algo melancólico que nos había acompañado durante los últimos minutos.

—Oh, ya está aquí otra vez—dije fingiendo fastidio.

—¿De qué hablas?

—De tu vena arrogante. Llevaba un rato sin aflorar y empezaba a pensar que nos dejaría en paz por hoy.

Me miró con una ceja alzada hasta que no pude aguantar más y comencé a reír sin control alguno.

—Te estás divirtiendo a mi costa, ¿verdad?

—Hombre, tienes que reconocer que tienes el ego un poquiiiito más grande de lo que se considera normal.

—¿Yo soy arrogante? ¡Si tú ni siquiera escuchas cuando explico lo que vamos a hacer en clase! Como si fueras sobrada.

Me levanté de la silla y puse los brazos en jarras.

—Siempre te escucho, pero me cuesta más que a los demás seguir el ritmo de la clase. Tú lo has dicho, no soy muy buena con las manos y además, pensaba que se trataba de un taller de iniciación y ahí hay gente a la que se le da muy bien. ¿Qué digo bien? ¡Hay gente que hace virguerías! Y tú, en lugar de ayudar a quien tiene más dificultades, me tratas como como si fuese una apastada. Hay veces que ni me miras y otras que lo haces con una cara de desprecio que casi preferiría que no lo hubieses hecho.

Me observó durante varios segundos y me dio la sensación de que estaba analizándome. Llegué a pensar que le había sentado mal mi comentario y empezaba a arrepentirme de haber hablado demasiado cuando vi nacer una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Así que te molesta que no te mire. —Echó la espalda hacia atrás hasta apoyarse en el respaldo de la silla y su sonrisa se ensanchó con suficiencia.

—¿Eso es todo lo que has escuchado? ¡Eres imposible!

Sabía que me estaba tomando el pelo y me gustó el ambiente que se había creado entre los dos.

—Parece que hemos acabado con esta botella de vino —dijo poniéndose en pie— y hay una masa que seguramente hayamos dejado reposar durante demasiado tiempo. Ven.

Me sentí algo achispada al levantarme. Hacía tiempo que no bebía y no había comido nada desde el desayuno. Me tambalee un poco y él disimuló una sonrisa.

—Si llego a saber que te pondrías tan graciosa con dos copas de vino, te las hubiera ofrecido el primer día de clase.

—Estoy bien, solo es que tengo el estómago vacío —contesté en tono burlón.

—Pues entonces, beberemos agua durante la comida.

Lo seguí hasta el banco de la cocina intentando no tropezar con nada. Me preguntó si me veía bien para seguir estirando la masa yo sola y afirmé. Se puso a preparar una ensalada y después pusimos la mesa entre los dos.

—Te va a encantar este queso —afirmó mientras destapaba un trozo de mozzarella en cuyo papel pude distinguir el membrete de la granja de mi tía.

Tal vez hubiese sido el momento de decirle dónde me alojaba y quién era esa familia a la que estaba visitando, pero callé. Me gustaba la manera en que se estaban dando las cosas y me gustaba ese aura de misterio que flotaba en el aire.

Durante la comida, ambos estábamos de buen humor y algo achispados por el vino, lo que

ayudó a que la conversación fluyera en un vaivén de diversos temas acompañados de muchas risas. Hablamos de las diferencias culturales entre nuestros países, comentamos el carácter peculiar de ciertos personajes de Villa Antea dignos de mención y le confesé que nunca había estado en Roma. Me sentía tan yo misma a su lado como solo lo hacía junto a mi familia y amigos más íntimos. Gianmarco era capaz de sacarme de mis casillas en un solo minuto, pero también hacía aflorar mi mejor versión.

12

¿EN SERIO ME ESTÁS PREGUNTANDO?



Valentina

Alargamos la sobremesa durante horas. No tenía prisa por marcharme, por lo que después de recoger la cocina, acepté su invitación de tomar una copa en la terraza. Al salir al exterior, quedé maravillada con las vistas e instintivamente, me acerqué al muro, que apenas me llegaba por debajo del pecho. Apoyé los antebrazos y aspiré el aire que nos rodeaba. El sol estaba ya a baja altura, pero todavía podía notar su calor templando mi piel y la sensación de bienestar me invitó a cerrar los ojos e inspirar profundo.

Después de unos segundos de calma volví a percibir su olor, ese aroma mezcla de su propia piel con notas de madera y barniz. Pronto sentí su aliento en mi pelo.

—Date la vuelta —susurró en mi oído y abrí los ojos de forma perezosa mientras le obedecía lentamente.

Dejé mi espalda apoyada en la pared de piedra mientras contenía el aliento. Estábamos muy cerca el uno del otro, nuestros cuerpos prácticamente pegados. Y me vi reflejada en sus ojos: mi cautela, mis expectativas y mi deseo se confundían con los suyos.

Levantó su mano izquierda y acarició mi brazo desde el hombro hasta la muñeca, siguiendo con la mirada el camino que recorrían sus dedos. Una caricia lenta, que me hizo contener la respiración mientras me perdía en sus movimientos.

Quise decir algo, pero de nuevo me había quedado en blanco y terminó siendo mi cuerpo el que reaccionó en consecuencia, juntándose más al suyo, luchando contra cualquier brisa de aire que se atreviese a interponerse entre nosotros. Permanecí inmóvil, sintiéndome ingrátida y contando los segundos, que se hacían desesperadamente largos. Sentía el calor de su respiración sobre mi boca, el peso de su mirada en la mía y la fuerza de atracción que nuestros cuerpos ejercían el uno sobre el otro. Su mano rozó la mía a la altura de las caderas y nuestros dedos se entrelazaron como si ya lo hubiesen hecho cientos de veces antes. Nuestros labios entreabiertos se rozaron, se respiraron. Se acariciaron de forma tierna.

Gianmarco me miró a los ojos un segundo antes de besarme con más intensidad y de pronto, ambos nos devorábamos mientras sus manos subían con decisión por mi columna y yo me agarraba a su cuello. Me desarmó la forma en que su lengua lamía mis labios entre beso y beso, como si quisiese sentirme de mil formas distintas a la vez.

—Valentina... —Mi nombre saliendo de sus labios sonaba dulce y sexi como nunca me lo había parecido hasta ahora.

Notaba la humedad entre mis piernas y la necesidad de sentir su cuerpo en contacto directo con el mío. Todo lo que había a mi alrededor dejó de tener sentido. Solo había piel, bocas, saliva

y mi deseo enredándose en el suyo.

Cuando bajó la intensidad de sus besos y sus brazos dejaron de tener contacto con mi cuerpo, creí que caería en un abismo, incapaz de soportar mi propio peso.

—¿Quieres seguir? —preguntó serio. Sus palabras parecían una súplica y sus ojos se habían convertido en dos óvalos negros. Tenía la piel brillante por el calor que emanaba de su cuerpo y el pelo revuelto, como si acabase de despertar de una larga siesta. Era la imagen más sensual que había visto nunca.

—¿En serio me estás preguntando? —respondí sin dejar de mirarle y aprovechando para coger el aire que ya me faltaba.

Volvió a mí de una zancada y su boca atrapó la mía de forma casi violenta, haciéndome desear más. Más piel, más besos, más de todo lo que él significaba esa tarde.

Bajó sus manos hasta mi cadera y un gemido escapó de mi garganta cuando su boca empezó a descubrir mi cuello, besando, chupando y succionando cada centímetro que encontraba a su paso.

Recorrimos el camino hasta su habitación enredados, tropezando con todo lo que había por medio y al llegar a nuestro destino, de nuevo se separó de mí.

Lo observé mientras se quitaba las zapatillas y la camiseta, sin dejar de mirarme a los ojos y sin eliminar esa sonrisa canalla que sería mi perdición. Tuve ganas de acercarme y lamer desde su ombligo hasta la clavícula, pero me contuve, no por vergüenza, sino porque me apetecía todavía más descubrir cuál sería su siguiente movimiento.

Se acercó, me cogió de la mano y me colocó frente a un espejo en el que podíamos vernos desde la cabeza a los pies. Acarició mis labios con los suyos y se situó detrás de mí, dejándome de cara a nuestro reflejo. Me apartó el pelo hacia un lado y comenzó a recorrer mi cuello con su nariz mientras inspiraba el olor de mi piel y levantaba lentamente mi camiseta hasta quitármela por la cabeza.

—No cierres los ojos, Valentina. Observa lo bonita que eres, sensual, poderosa. Ardiente.

Siguió descubriendo mi cuerpo, dejando un camino de besos y mordiscos mientras yo observaba nuestro reflejo con la mirada turbia por el deseo. Sus manos acariciaban mi abdomen una y otra vez, haciendo de ello una placentera tortura. Cada vez que rozaba la costura del sujetador, el deseo de que traspasara la ropa interior se hacía más intenso, y más urgente también. Cuando por fin se deshizo del cordón de mi pantalón de un movimiento rápido, me agarré a su cuello con fuerza y alcancé sus labios. La fina tela resbaló por mis nalgas hasta los pies, dejándome expuesta ante el espejo y ante él.

Deslizó una mano hasta la parte baja de mi ombligo y comenzó a acariciarme por encima de las braguitas de encaje, haciéndome sentir más y más húmeda.

Comenzó a moverse con intensidad y dejé caer la cabeza sobre su hombro mientras me balanceaba al ritmo de sus caricias. Era deliciosamente perfecto.

—Abre los ojos. —Su voz ronca en mi oído despertaba mi instinto más sexual. Al ver que no respondía, detuvo sus movimientos y los abrí con bastante esfuerzo.

—Oh, vamos. No pares ahora.

La imagen que vi en el espejo me hizo jadear y de pronto, cada pieza de tela que había entre nosotros me molestaba. De un rápido movimiento, desabroché mi sujetador, dejándolo caer también al suelo. Ver sus manos sobre mi piel mientras sentía su tacto me hizo sentir fuerte y débil al mismo tiempo. Quería más de sus caricias, de su aliento rebotando en mi cuello y de esas contradicciones tuyas que me sacaban de mi zona de confort y empezaban a volverme loca.

Recorrió mi cuerpo con la mirada y detuvo sus ojos en los míos, devorándome a través del espejo y prometiéndome todo el placer que anhelaba. Contuve la respiración mientras ponía mi

mano sobre la suya y la guiaba hasta deslizarla bajo mis bragas.

—Estás tan excitada como yo y saberlo me está volviendo jodidamente loco —susurró con voz ronca mientras me besaba y acariciaba uno de mis pechos con su mano libre. Intenté darme la vuelta para quedar de cara a él y tener acceso a su cuerpo, pero me lo impidió, bloqueándose entre sus brazos y apretando con fuerza el pezón. Jadeé—. Todavía no —musitó sobre mis labios mientras comenzaba a acariciarme el clítoris en círculos—. Quiero verte en el espejo mientras te corres. Quiero ver tus ojos suplicando la liberación.

Sus palabras fueron la chispa que me quemó por completo. Noté cómo se tensaban todos mis músculos y cómo una neblina aparecía en mi mente y me llevaba muy lejos. El orgasmo me arrasó por completo, dejándome exhausta entre sus brazos. Pude sentir como éstos me rodeaban con más firmeza, impidiéndome caer al suelo.

—No aguanto más sin estar dentro de ti, pequeña —susurró en mi oído después de unos segundos.

Su voz ronca y sentir su erección en mi muslo reactivó mi deseo y me di la vuelta hasta colocarme de cara a él y poder demostrarle que yo también le necesitaba. Lo besé con fuerza mientras terminaba de desnudarle y aproveché cuando me agarró del culo para enlazar mis piernas a su cintura. La calma que nos había acompañado hasta el momento parecía haberse evaporado, dando paso a un ansia que lo devoraba todo a su paso. Nuestros cuerpos se mezclaron, desesperados por tocar, morder, pellizcar. Mi espalda golpeó contra una pared y sentí su polla presionando en mi entrada.

—Es... Espera. —Jadeé—. Condón.

—Mierda. —Se retiró de un movimiento brusco y puso cara de espanto—. Joder, lo siento. No sé en qué estoy pensando. Me despistas, Val.

—Deja de lamentarte y busca un preservativo. —Sonreí para quitarle hierro al asunto. Podía entender que se le hubiese ido de la cabeza con el calentón, yo misma no me había dado cuenta hasta el último segundo.

Solucionó el contratiempo en tiempo récord y volvió a cogerme en volandas, haciendo que mis piernas se enroscaran alrededor de su cintura. Lamió mi cuello como si fuese su helado favorito para terminar mordéndome el lóbulo de la oreja.

—Por favor, hazlo ya —ordené, o tal vez fue una súplica.

Acató mi orden como si llevase siglos esperando escuchar esas cuatro palabras y se hundió en mí despacio mientras me miraba a los ojos. Cuanto estuvo completamente dentro, se quedó quieto, dándonos tiempo para acostumbrarnos al otro y disfrutar de la sensación de triunfo que nos envolvió.

Cerró los ojos un momento, el cual yo aproveché para ser traviesa y empujar contra sus caderas.

—Veo que te han entrado las prisas y yo no tengo ninguna intención de hacerte esperar.

Regalándome esa sonrisa canalla que tanto me gustaba, comenzó a moverse despacio primero y fue incrementando la intensidad de sus embestidas hasta hacerme perder la razón. Entraba y salía de mi cuerpo con una seguridad aplastante mientras yo me derretía entre sus brazos hasta el final.

Nunca había mirado a nadie a los ojos mientras llegaba al orgasmo y con él ya lo había hecho dos veces en una misma noche. Siempre lo había considerado un momento muy íntimo, muy mío, pero ninguna de mis experiencias anteriores podía compararse a lo que acababa de vivir en esa habitación.

Me dejé caer sobre su cuerpo y él me llevó en brazos hasta la cama. Nos quedamos allí,

enredados en silencio, mientras se recomponían nuestros sentidos y el sopor nos alcanzaba.

13

LAS DUDAS DE LA MAÑANA DESPUÉS



Valentina

Me miré en el espejo del cuarto de baño y la imagen de mi cuerpo desnudo y enrojecido por el sexo me hizo sonreír. Me duché despacio, dejando que el agua caliente me devolviera poco a poco a la vida. Me sequé con una enorme toalla que encontré dentro del armario que había bajo el lavabo. Era tan mullida, que daban ganas de arroparse con ella y no soltarla nunca.

Había mirado mi teléfono antes de levantarme para descubrir que solo eran las seis de la mañana y ver que mi tía había contestado al mensaje que le envié la tarde anterior para decirle que probablemente no iría a dormir.

Mi mente no estaba todavía lúcida del todo y los pensamientos contradictorios llegaban de todas partes y chocaban unos con otros provocando un potente caos en mi cabeza. Había pasado un día y una noche maravillosas con un hombre por el que me sentía muy atraída. Se suponía que el sexo pondría fin a esa atracción y me permitiría seguir adelante, pero no había sido así. Mi cuerpo todavía vibraba al recordar la forma en la que él lo había tocado, al recordar su voz ronca en mi oído y los orgasmos que había vivido a su lado.

Y de repente, tuve miedo. Miedo a terminar enganchada de Gianmarco de la misma forma que lo estuve de Joan; miedo a sentir algo por un hombre al que apenas conocía y al que terminaría diciendo adiós cuando decidiese volver a mi vida real. No quería acercarme a la posibilidad de depender emocionalmente de otra persona, no en ese momento de mi vida. Aquel viaje era para cuidarme, para conocerme mejor, para explorar lo que me hacía sentir estar lejos de mi vida tal y como la había vivido hasta ese momento.

Dejé caer la toalla al suelo y volví a mirar mi reflejo. Observar las marcas de sus dedos en mi piel hizo que sonriera y que cerrara la puerta al pasado. Gianmarco era diferente a los hombres con los que solía salir. Era arrogante, cínico, maleducado, autoritario, engreído... y mi cuerpo reaccionaba a él de una manera sorprendente. También me había demostrado que era generoso en la cama, hablador y divertido. En resumen, una contradicción con patas.

Salí del baño esperando encontrarlo dormido en la cama, pero en aquella habitación no había nadie. Dudé al ver mi ropa esparcida por el suelo y terminé por vestirme, algo incómoda al darme cuenta de que no conocía demasiado a la persona con la que me había acostado hacía solo unas pocas horas.

Crucé el pasillo despacio. Mi corazón latía acelerado cuando lo encontré de espaldas en la cocina, descalzo y trasteando con unas sartenes. Llevaba puestos unos vaqueros desabrochados... y nada más. Me pregunté qué pasaría si me acercaba a él buscando repetir lo que había pasado entre nosotros hacía un rato. Haber decidido no profundizar en nuestra relación

no estaba reñido con disfrutar de él una vez más.

—Tienes un secador en el baño, puedes utilizarlo —dijo mientras me miraba por encima del hombro solo un instante, para después seguir recogiendo.

No sé lo que esperaba, pero su voz carente de calidez me hizo sentir de más en aquella casa y decidí que ya había tenido suficiente.

—No te preocupes, yo... Me esperan.

Me di la vuelta para marcharme cuanto antes y evitar que descubriera la decepción en mi mirada, pero antes de haber alcanzado la puerta de la cocina, noté el calor de su mano rodeando mi muñeca.

—¡Ni lo sueñes! —Me atrajo hacia él hasta que mi cuerpo chocó con el suyo.

—¿Cómo has dicho? —Enarqué las cejas ante su tono autoritario. Fue una advertencia.

—No te vayas todavía. —Sus dedos acariciaban mi mejilla—. Por favor.

Su voz era ahora mucho más suave y sus facciones se habían relajado, aunque su sujeción en mis caderas seguía siendo firme, recordándome lo que quería.

—Me quedo, pero solo si reconoces que no soy un desastre con las manos como dijiste ayer.

Gianmarco se carcajeó y los dos reímos mientras nuestros cuerpos se iban acercando poco a poco hasta estar totalmente unidos.

—Eso vas a tener que demostrarlo.

—¿Me estás retando? —sonreí mientras le mordía el lóbulo de la oreja, para después succionarlo con fuerza.

—Sí, y creo que no hay manera de que yo pierda en este reto— contestó mientras se deshacía con soltura de mis pantalones.

Desperté acurrucada en su cama, maldiciendo en silencio al darme cuenta de que me había quedado de nuevo dormida y eran las diez de la mañana, sin duda, hora de marcharse. Las dudas que había sentido tras haberme acostado con él la primera vez volvieron más amenazantes y no me paré a darle vueltas a la situación. Cuando quise darme cuenta, estaba sentada en la enorme *pick up* de mi tía, de regreso a casa.

Los siguientes días pasaron en un suspiro. Por las mañanas ayudaba en la granja. Tanto mi tía como Alfonso habían demostrado tener una paciencia infinita y ya era capaz de realizar varias tareas sin supervisión. Daba de comer a las búfalas, limpiaba las zonas de los establos donde se encontraban las ordeñadoras y llevaba la leche a la pequeña nave donde se confeccionaba el queso. También me había quedado con casi todas las labores administrativas y cuando tenía tiempo extra, simplemente le ofrecía ayuda a alguno de los chicos con lo que fuera que estuviese haciendo. El trabajo era duro pero muy gratificante. Las tardes las repartía entre hacer planes con Lía y trabajar en el proyecto publicitario de la granja. Pablo me había puesto en contacto con una amiga que era socia de una pequeña empresa de marketing en Roma y cada vez que hablaba con ella, me sentía más positiva sobre el futuro de la granja.

La semana anterior se habían celebrado las fiestas de Villa Antea y no había habido clases, por lo que llevaba varios días sin ver a Gianmarco, en concreto, desde la noche que nos acostamos juntos. No quería engañarme, pensaba en él más de lo que les había confesado a Lía y a mis hermanas e incluso se había colado en mis sueños más de una noche. Sin embargo, intentaba convencerme de que solo era atracción física y que desaparecería con el tiempo de la misma forma que había llegado, rápida e indolora.

Esa tarde hacía frío y no me apetecía salir de casa, pero estaba realmente aburrida. Fiorella dormía y Emilia había salido a ver a unas amigas. Entonces, recordé que unos días atrás, mi tía me había pedido ayuda para arreglar y limpiar el despacho de mi abuelo, una tarea que le

resultaba demasiado difícil debido a los recuerdos que esa habitación encerraba.

El despacho se encontraba en la planta baja, junto al salón. Preparé algunas de las cajas que Emilia había separado para esta tarea y me encerré en la estancia. Empecé por la estantería y descubrí que a mi abuelo le gustaba la poesía, en concreto la generación del veintisiete. Tenía libros de grandes poetas españoles como Miguel Hernández o Luís Cernuda y también varios ensayos sobre agricultura e industria. Observé los tomos, los limpié con una gamuza y volví a colocarlos en su sitio con sumo cuidado. Me sentía extraña por alterar el orden de aquel santuario. Era obvio que la mayoría de objetos de ese despacho no se habían tocado desde la muerte del *nono* Ángel.

Lo imaginé sentado en su viejo sillón de piel frente a su cuidado escritorio de roble macizo. Estaba revisando papeles, concentrado y, durante un momento, pareció quedarse absorto, con la mirada fija en un punto determinado. Seguí la línea que parecía trazar su mirada y me topé con una fotografía en blanco y negro envuelta en un marco de plata envejecida. Eran él y Fiorella, muchos años atrás. Ambos estaban sentados sobre una motocicleta, ella agarrada a su cintura, con un vestido por debajo de las rodillas y un pañuelo anudado a la cabeza. Se les veía realmente felices.

Volví a la realidad y comencé a revisar el escritorio. Sino espabilaba me daría la cena arreglando papeles. Cogí las cajas y fui clasificando lo que encontraba. Cuando llegué al último cajón del escritorio, noté que estaba cerrado. Busqué en los portalápices y en los otros dos cajones, pero no encontré la llave y me resultó extraño. Miré por todo el despacho hasta que finalmente me fijé en un pequeño cofre situado justo delante de la fotografía de mi abuelo y Fiorella. Era precioso y tenía grabadas las iniciales de ella.

Lo abrí con cuidado y cogí de su interior una llave que sirvió para mis propósitos. Dentro del cajón, descubrí una caja metálica que contenía un montón de cartas antiguas.

Supe que lo que tenía entre mis manos contenía un gran valor y, con curiosidad y algunas dudas, abrí la primera de esas cartas.

Querida Fiorella,

Llevo tres días en España y ya me parece una eternidad por no tenerte a mi lado. El viaje ha sido duro. Mi madre cogió mal de mar y se pasó todo el trayecto vomitando y quejándose. Mi padre ya no sabía qué hacer y hasta discutió con un empleado del barco sobre la forma brusca de conducir del capitán.

Madrid es una ciudad demasiado grande y la gente va corriendo de un lado para otro como si siempre llegasen tarde a algún lugar. Está sucia y le faltan nuestros campos y, sobre todo, nuestro rincón, aquel donde el suelo roza las olas. Cómo me gustaría estar allí ahora mismo, sentado detrás de ti y jugando con el viento a alborotar tu pelo. Tú fingirías que te molesta y yo aprovecharía el momento para robarte un beso. Sería un beso cálido, como el que me regalaste antes de marchar y que todavía vive en mis labios.

Mi amor, no sabes lo que echo de menos tenerte cerca, poder rozar tu mano cuando nadie mira y hacer planes para recorrer toda Italia.

Estudiaré mucho y un día, antes de lo que esperas, estaré allí y, con mi título debajo del brazo, pediré tu mano. Tu padre no podrá negársela a un ingeniero con mundo.

Te quiero. Escríbeme pronto. Muero por saber de ti.

Tu Ángel

La intensidad de sus palabras me golpeó y me encontré releendo la carta varias veces hasta

casi sabérmela de memoria. Una vocecita me dijo que no era asunto mío, pero la acallé y cogí el montón de sobres, observando que todos ellos eran cartas de mi abuelo para Fiorella. Habría por lo menos cuarenta. Los sobres, de color amarillento, estaban viciados y algo rotos, signo de haber sido manoseados infinidad de veces. Las hojas se veían desgastadas y entendí que esas cartas debieron ser lo único a lo que ella pudo aferrarse durante mucho tiempo.

De pronto, me sentí como una intrusa en aquel lugar, testigo no invitado de unas confesiones que se hicieron muchos años atrás. Metí el montón de cartas en la caja metálica, la cerré y guardé la llave en el pequeño cofre.

Al salir del despacho casi a trompicones, fui a buscar a Fiorella, buscando sentirme algo mejor conmigo misma.

La encontré en el jardín con un cuaderno entre sus manos y me senté a su lado.

—No sabía que pintabas, ¿te gustaría enseñármelos?

—Claro, pero no son buenos. Hace un año que dejé de pintar, cuando admití que el temblor de mis manos ya no iba a remitir —confesó mientras yo iba pasando las páginas del cuaderno de dibujo—. Siempre me ha gustado dibujar aves, me fascina la libertad con la que pueden echar a volar y alejarse de todo.

—O de todos.

—Sí, veo que me has entendido perfectamente. Durante años, soñé que era uno de ellos y volaba hasta tu abuelo. Después, durante el resto de mi vida, me he imaginado volando para alejarme de los problemas o solo para lograr ver la vida desde otra perspectiva.

—¿Querrías contarme más cosas sobre mi abuelo? Tengo curiosidad por saber cómo era. — Una curiosidad que había aumentado tras encontrar el tesoro escondido en su despacho.

—Tu abuelo era el hombre más detallista que jamás he conocido. Cuando éramos novios, todos los días cogía una flor y me la daba antes de entrar en clase. Yo la prendía en mi ropa o la guardaba en algún libro para que se secara y poder tenerla siempre. Me llevaba la mochila, me ayudaba a estudiar. Me hacía tan feliz que cuando nos separábamos, no podía dejar de pensar en él. Cuando nos reencontramos, muchos años después, seguía siendo el mismo hombre, con una sensibilidad asombrosa. Era capaz de reconocer cada uno de mis estados de ánimo, apartarse cuando yo necesitaba espacio y abrazarme cuando me sentía sola.

—Parece el hombre perfecto.

—Nadie es perfecto, cielo. Tenía un genio de mil demonios —contestó riendo.

Quería preguntarle por la separación, pero las palabras murieron en mis labios antes de pronunciarlas. Ella nunca me había nombrado las cartas, de hecho, siempre intentaba saltarse la parte de la historia en la que no estuvieron juntos. Sentía una gran curiosidad por esa época de sus vidas, pero no me pareció bien presionarla, no cuando ella se había abierto a mí de forma sincera.

Mi curiosidad tendría que esperar para ser saciada.

14

UNIENDO LAS PIEZAS



Gianmarco

Me desperté en alerta al escuchar ruidos en la cocina y me costó varios segundos recordar que había pasado la noche con Valentina. Las imágenes de esa preciosa mujer corriéndose bajo mi cuerpo mientras gemía mi nombre provocaron que mi miembro palpitara en mis calzoncillos. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con nadie.

Me levanté, me puse un pantalón de pijama y llegué al pasillo justo a tiempo de ver su delicioso culo salir de mi casa y la puerta cerrarse tras él.

—¿Pero qué? —¿De verdad se había marchado sin decir nada? Noté el enfado naciendo en la boca de mi estómago y convirtiéndose en una bola roja que acabó por ocupar todo mi pecho. Me hubiese gustado encerrarla entre las cuatro paredes de mi habitación y no dejarla salir hasta conocer cada milímetro de su cuerpo y cada mancha de su piel, pero de nuevo, esa maldita mujer se empeñaba en salir huyendo. Al principio, me había fascinado el halo de misterio que la envolvía. No sabía cómo había llegado al pueblo, quienes eran esos supuestos familiares con los que se quedaba ni cuánto tiempo estaría aquí. Pensé que si no lo descubriría por mí mismo, ella terminaría por contármelo, pero no había pasado ni una cosa ni la otra y ya estaba hasta las narices de permanecer en la ignorancia.

Furioso como estaba y sin pensar demasiado, cogí las llaves de la moto y bajé las escaleras de dos en dos, poniéndome la camiseta y las zapatillas por el camino.

Encontré a Valentina a las afueras del pueblo, subiéndose a lo que desde lejos parecía una *pick up* como la que a veces conducía mi tía. Pude haber acelerado hasta cortarle el paso, pero no quería quedar como un loco desquiciado. Sin embargo, me decidí a seguirla hasta averiguar algo más sobre ella.

Me desconcertó cuando cogió la carretera que salía del pueblo y me quedé totalmente helado cuando la vi cruzar el arco de la granja. Mi cerebro cortocircuitó en ese momento y solo atiné a apagar el motor, quitarme el casco y observar cómo desaparecía por el camino que llegaba hasta la casa.

Al día siguiente tuve que viajar a Roma para solucionar unos problemas que ya no eran míos, sino de mi padre y su amada naviera. Lo que parecía ser cosa de unas horas, terminó por obligarme a permanecer allí hasta el viernes. Pasé la semana cabreado, trabajando a destajo para volver a casa lo antes posible y sin recibir un mísero agradecimiento por su parte. Antes de marcharme, le advertí de que esa era la última vez que le acompañaba a visitar a ningún cliente.

El sábado por la tarde llegó el momento que había estado esperando. Era día de mercado y la mayoría de gente del pueblo se acercaba a comprar y a tomar algo en la plaza. Me asomé sin

dejarme ver y cuando vi a Valentina junto a Alfonso y Emilia en uno de los puestos, corrí a por la moto y me fui directo a la granja.

—¡Gianmarco, cariño! ¡Qué bonita sorpresa! Pasa, sé de alguien que se va a poner muy contenta hoy —dijo Francesca mientras me estrujaba en un fuerte abrazo—. Aunque debería echarte la bronca por no venir más a menudo. Te echamos mucho en falta, sobre todo ella.

—Lo sé, no tengo perdón, pero habla más bajo y dime donde está, que vas a estropearla la sorpresa— le dije bajito mientras seguía recibiendo sus besos, encantado de la vida—. No tendrás por ahí una de esas tortas de almendras que tanto me gustan, ¿verdad?

—Claro que sí, tesoro. Tú ve con ella y enseguida os llevo una bandeja. Está en el porche. ¡No sabes lo feliz que vas a hacerla con tu visita!

Me quedé un momento en el umbral de la puerta que separaba el comedor del porche y la observé detenidamente. Hacía unas semanas que no la veía y su aspecto había desmejorado bastante. Estaba en silencio e inmóvil como un mueble mientras miraba sus montañas, como ella las llamaba. Tenía una manta sobre las piernas y llevaba puesto su viejo chal de lana azul, el mismo con el que la veía siempre y que resaltaba el color profundo de sus ojos cansados. Era una mujer coqueta y algo vanidosa.

Sentí su fragilidad cuando la vi girar levemente la cabeza hacia donde yo me encontraba y esbozar una sonrisa franca, casi inocente, que exudaba felicidad. Ella era la única persona que nunca me había fallado. Era mi debilidad y también mi hogar.

Me aproximé y la envolví en un abrazo largo y sincero.

—Me has traído flores silvestres —dijo mirándome con una mezcla de ilusión y dulzura—. No hacía falta, nada más verte ya te he perdonado el haber estado tanto tiempo alejado.

—*Nonna*, yo... —El arrepentimiento me golpeó en cuanto sus brazos envolvieron mi cuerpo.

—Lo sé cariño, necesitabas tu tiempo después de aquella conversación difícil.

Me aparté lo suficiente para que su mano, que todavía seguía apoyada sobre mi mejilla, cayera sobre su regazo.

—No he venido a hablar de eso.

—Está bien, yo tampoco quiero hacerlo —afirmó cambiando el semblante a uno más serio—, pero espero que hayas pensado en lo que te dije. Tu madre me ha llamado esta mañana y parecía triste. Creo que las cosas entre vosotros no han ido muy bien durante tu visita, ¿me equivoco?

—En absoluto, pero si no quieren alejarme, deben respetar mis decisiones, los dos. —exclamé en tono firme. Sabía que ella volvería a ese tema una y otra vez. Le dolía ver como la relación que tenía con mis padres se tensaba y deterioraba cada vez más y yo odiaba verla triste. Inspiré profundamente para calmarme y suavizar mi tono de voz. Ella no se merecía estar en medio de aquello—. *Nonna*, si seguimos con este tema voy a arrepentirme de haber venido y no sabes cuántas ganas tenía de verte. ¿Por qué no me cuentas cómo van las cosas por aquí? Te noto cansada.

—Igual que siempre, tesoro —cedió después de unos segundos—. Emilia y Alfonso van de un lado para otro intentando supervisarlos todo. ¿Sabes que se rompió una de las ordeñadoras la semana pasada? Tendrán que ir a Roma a hablar con el proveedor porque los plazos de reparación son desorbitados y tenemos que cumplir con los clientes. No sé cómo lo van a hacer.

—No deberías de preocuparte por esas cosas. Estoy seguro de que lo tienen controlado.

—Cuéntame entonces cómo te va el trabajo. ¿Has restaurado algo bonito últimamente?

—El otro día terminé un cabecero que te encantaría. Si quieres, puedo llevarte al pueblo la semana que viene, te lo enseño y merendamos juntos en la plaza. Así ves a tus amigas, que la señora Grizzi me pregunta por ti cada vez que me la cruzo.

—Me parece un plan maravilloso. ¿Y qué sabes de Giulia, aprovechaste para quedar con ella cuando visitaste a tu padre?

—Deja de preocuparte por todos, *nonna* —afirmé acariciando su antebrazo—. No la vi esta vez, pero estamos en contacto y nos llevamos bien. Sigue trabajando para papá y se ha mudado a un piso más grande en el mismo barrio en el que vive su madre.

Puso su mano sobre la mía, que seguía apoyada en su antebrazo y me atravesó con esos ojos del color del cielo.

—Voy a serte sincera, ya que no veo brillo alguno en tu mirada cuando hablas de ella. Nunca pensé que fuera mujer para ti. Siempre fue atenta contigo y se encargaba de hacerte la vida más fácil, sobre todo con tus padres, pero os faltaba algo.

—Ya podías habérmelo dicho hace unos años —me quejé riendo.

—Si hombre, y que me tacharas de entrometida. A mi edad, una ya sabe cuándo es mejor quedarse calladita.

—Eres de lo que no hay.

Francesca llegó con su famosa torta de almendras y se sentó con nosotros en el porche. Esa mujer cocinaba como los ángeles.

Cuando me preguntaron en qué estaba trabajando, supe que era mi oportunidad para introducir el tema de Valentina.

—Hace un par de semanas empecé a impartir los talleres de los que te hablé antes de verano, ¿lo recuerdas?

—Ay, lo había olvidado, cariño y ni siquiera te he preguntado por ellos. ¿Y cómo se te da eso de ser profesor? La verdad es que sigo sin imaginarlo, con la poca paciencia que tienes.

—Oye, que soy un buen profesor —afirmé haciéndome el ofendido— y si no lo crees, pregúntale a la chica que tenéis trabajando aquí, ella podrá confirmártelo.

—¿Chica? ¿Qué chica? Solo hay hombres trabajando en la granja y los conoces a todos.

—Se llama Valentina, no recuerdo el apellido —mentí.

—¿Conoces a Valentina? Ay claro, me dijo que iba a unas clases en el pueblo, pero esta cabeza mía ya no sé ni donde la tengo. ¡Pero qué bonita casualidad! Esa muchacha es un encanto. ¿La reconociste?

—¿Cómo que si la reconocí?

—Es Valentina, la hija mediana de Román. —Soltó la bomba como si fuese algo obvio y mi cabeza empezó a funcionar a trompicones—. Coincidisteis alguna vez en la granja, pero claro, erais los dos muy pequeños y ella no tiene nada que ver con aquella chiquilla desgarrada que se pasaba los días corriendo de un lado a otro con el pelo enmarañado. Recuerdo que le encantaba venir a vernos. Es una pena que haya tardado tantos años en volver.

—¿Valentina es sobrina de la tía Emilia y nieta del *nonno* Ángelo? —pregunté conmocionado.

—Sí, hijo, parece que te está costando razonar. ¿Qué te pasa?

—No, bueno, es que ella no ha dicho nada de todo esto y pensé que solo era una empleada.

—Es posible que tampoco haya hecho la conexión y aún no sepa quién eres en realidad. Le he hablado de tu padre y de ti y le dije que trabajabas en el pueblo, pero no me acordaba de las clases esas que estás dando. ¡Ya verás cuando le diga que su profesor es mi nieto! Se va a quedar de piedra.

Dejé de respirar por un momento mientras analizaba la situación. Mi abuela me había hablado alguna vez del hijo que Ángelo tenía de su primer matrimonio y también de sus nietas, pero no sabía que mantuviesen tan buena relación y, desde luego, no me esperaba que una de ellas

pudiese estar viviendo aquí, en la granja. La situación era rara cuanto menos y sabía que lo mejor sería olvidarme de todo y poner distancia con Valentina, pero el problema era que cuanto más tiempo pasaba con ella, más me gustaba.

Me bastaron solo unos minutos para saber que mi abuela le había cogido mucho cariño. Me hablaba de Valentina como si su llegada fuera lo mejor que le hubiese pasado en mucho tiempo y eso provocó que mi curiosidad hacia ella aumentara todavía más. Me contó que estaba ayudando a Emilia y a Alfonso, que se llevaba bien con todos los empleados y que tenía varias ideas para no sé qué cambio de imagen de la granja. Al final, terminó por contagiarme su devoción mientras devorábamos la torta de almendras que Francesca nos había servido. ¿De verdad esa mujer era tan asombrosa como parecía?

15

MENUDA SORPRESA



Valentina

—Me he acostado con tu vecino.

Lía se atragantó con el café y tuve que palmear su espalda hasta que dejó de toser. Estábamos en la cafetería, sentadas en uno de los sofás del fondo mientras su hermano atendía al resto de clientes.

—Joder, ¿vas en serio? Pero, ¿no dijiste que era un chulo arrogante y no sé cuántas cosas más?

—Y lo mantengo, pero también sabe ser amable cuando quiere —afirmé sonriendo por la cara de sorpresa de mi amiga.

—Ya te dije que había tensión sexual entre vosotros. ¿Y cómo fue? ¿Os abalanzasteis el uno sobre el otro después de clase? Joder, si llego a saber que tenías esta noticia para mí hubiésemos quedado antes.

—No fue así. Me invitó a su casa, hicimos pizza juntos y no dejamos de hablar en todo momento. Y eso que no tenemos nada en común.

—Ya te dije que en el fondo no era mal tío. Y bueno, ¿ahora qué? ¿Piensas seguir viéndolo? Esa era la pregunta del millón.

—No lo sé. Bueno, verlo lo voy a ver en el taller, pero puede que lo mejor sea marcar las distancias. No quiero que se piense algo que no es.

—¿De qué estás hablando?

—Pues que nos hemos acostado y ya. No hay más ni lo va a haber.

—Uy, conociéndote, esa decisión encierra horas de darle vueltas a la cabeza. ¿Por qué no te dejas llevar y te olvidas de pensar tanto? Tampoco tienes nada que perder. Venga, Valentina, fluye por una vez.

Y eso era más o menos lo mismo que me había dicho Paula cuando la había llamado el día anterior. Pensé en ello tras despedirme de Lía y seguí haciéndolo hasta que encontré a mi tía y a Alfonso en uno de los puestos que habían colocado en la plaza con motivo de las fiestas. Tomamos algo y después volvimos a la granja juntos.

Cuando llegamos, salí al jardín guiada por las risas que provenían de éste. Suponía que se trataba de Fiorella y Francesca tomando un aperitivo aunque me sorprendió escuchar también una voz de hombre. Pero lo que de verdad me dejó de piedra, fue la visión de Gianmarco riendo despreocupado junto a ellas mientras almorzaban. Durante unos segundos, fui incapaz de moverme hasta que Fiorella me vio y se dirigió a mí.

—Valentina, cielo. ¿Ya habéis vuelto? ¿Había mucha gente en el mercado hoy?

Mi corazón palpitaba como si estuviese a punto de salir de mi pecho y sin embargo, Gianmarco me miraba con una tranquilidad absoluta, apoyado en el respaldo de su silla como si la situación no le afectase en lo más mínimo. ¿Cómo lo hacía?

—Bien, bueno... Sí, estaba lleno. No imaginaba que el mercado atrajese a tanta gente de los pueblos de alrededor —musité sin moverme del sitio.

—¿Has visto a quién tenemos aquí? —preguntó con una sonrisa enorme—. Acabamos de descubrir que mi nieto es también tu profesor. Ni siquiera me acordaba de que había organizado esas clases este año.

—¿Tu nieto? —La noticia me hizo dar un paso hacia atrás.

—Por si sirve de algo, yo me he quedado igual de impactado que tú —afirmó Gianmarco levantándose de la silla que tenía junto a su abuela. Fiorella era su abuela. La madre de su padre o de su madre. Tendría que repetírmelo varias veces para poder hacerme a la idea.

Mis habilidades sociales parecían haberse quedado en la puerta de entrada, así que me limité a sonreír de forma nerviosa hasta que Alfonso y Emilia aparecieron detrás de mí y Fiorella tuvo que volver a explicarlo todo desde el principio, cosa que agradecí.

Resulta que el hombre con el que me había acostado y en el que no podía dejar de pensar, era también el sobrino de mi tía Emilia. La situación era bastante surrealista y me estaba superando. No sabía cómo reaccionar ni que decir, así que cuando él se acercó a mí y me propuso entre susurros que nos marchásemos de allí para hablar tranquilamente, acepté sin pensarlo demasiado.

—Espero que esta vez no te marees. Intentaré ir despacio —afirmó con una sonrisa traviesa mientras señalaba su moto aparcada a un lado de la entrada de la casa. Observé aquella Vespa azul y me di cuenta de que seguramente no era una casualidad. Gianmarco debió creer que mi silencio se debía a las dudas.

—Te juro que yo tampoco sabía nada. Ahora sube, alejémonos de aquí y tengamos esa conversación que no podemos retrasar más.

Subí detrás de él, me agarré a su cintura, apoyé mi cabeza en su espalda y me dejé llevar mientras su olor a madera y barniz se mezclaba con los matices cítricos y silvestres que traía el viento.

Aparcamos cerca del paseo marítimo de Salerno y nos adentramos en el casco histórico.

—Todavía no entiendo cómo no nos dimos cuenta antes —dije exteriorizando lo que pensaba.

—Bueno, no es que hables mucho de ti misma.

—¿Cómo que no? El otro día te hablé de mis hermanas y de mi trabajo en España.

—Sí, y también cambiaste de tema en cuanto te pregunté qué te había traído a Italia y cuánto tiempo te quedarías.

—¿Qué quieres que diga? —respondí poniéndome a la defensiva—. No suelo contarle mi vida a desconocidos.

—¿Pero sí que te acuestas con ellos?

Me quedé paralizada mirándolo. ¿De verdad acababa de soltar eso?

—¡Increíble! —farfullé mientras me daba la vuelta y me alejaba a paso ligero. Caminé durante un minuto, o quizás fueron dos, no más, hasta que noté como me agarraban de un hombro y me daban la vuelta.

—¿Quieres esperar un momento? —preguntó sin soltarme.

—¡No, lo que quiero es que te vayas a la mierda! ¡Ah, y que me dejes en paz!

—Espera, por favor.

—¿A qué? ¿A que vuelvas a insultarme?

—No te he insultado.

—Sí, lo has hecho y te recuerdo que en esa cama no solo estaba yo. —Lo miré directamente a los ojos, demostrándole que no estaba dispuesta a claudicar ni a dejarme embaucar por su seguridad. Pero, ¿qué se había creído?

—Vale, pues no era mi intención hacerlo. Puede que no haya estado muy acertado con las palabras, pero es que me desconciertas. —Dio un paso atrás mientras se pasaba una mano por el pelo—. Cuando creo que sé por dónde vas, haces todo lo contrario a lo que había pensado. Joder, rehúyes todas mis preguntas y te marchaste a escondidas después de haberte acostado conmigo, como si solo hubiese sido un jodido error para ti.

—¿Crees que me arrepiento? —pregunté desconcertada.

—Uno no se marcha a hurtadillas si no está arrepentido.

No había sido un error. No estaba segura de que hubiese sido una de nuestras mejores ideas, pero definitivamente, no había sido un error. Si de algo tenía culpa ese hombre era de haberme regalado una de las mejores noches de los últimos años. Me había hecho sentir cómoda, me había hecho reír y joder, el sexo había sido brutal. ¿Un error? De ninguna manera.

—Siento haberme marchado sin decir nada —claudiqué, entendiendo su punto de vista.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. Supongo que fue una mezcla de varios sentimientos. Inseguridad, indecisión... Necesitaba pensar.

Creí que seguiría insistiendo, pero no lo hizo. Asintió a mis palabras, me cogió de la mano y comenzó a andar mirando al frente.

Paseamos por la calle principal del casco antiguo. Era estrecha, empedrada y estaba salpicada de pequeños y antiguos comercios. Me sentía cómoda a su lado, como si nos conociésemos desde hacía tiempo. Giramos hacia una zona menos comercial y también menos cuidada y mi mente viajó a cientos de kilómetros de allí.

—¿En qué piensas?

—Me recuerda un poco al centro de Valencia, mi ciudad. Puedes estar andando por una calle perfecta, limpia, con edificios preciosos que podrías observar durante horas y, al girar una esquina, te encuentras con la otra cara de esa misma realidad, una calle oscura, descuidada y que te invita a darte la vuelta. Es triste y me molesta que no pongamos remedio.

—Veo que no somos tan diferentes. Aquí también se lleva eso de meter la basura debajo de la alfombra.

—¿Qué es eso de ahí? —pregunté señalando una pared cubierta por el dibujo de una sirena. Estaba pintada de espaldas, asomada a una ventana que daba al mar. A su lado, habían dibujado un gato blanco y, junto a éste, una poesía preciosa que hablaba sobre un encuentro amoroso en una noche oscura. Me di cuenta de que había muchas más imágenes y poemas dibujados en las paredes de otras viviendas cercanas.

—Son poemas de Alfonso Gatto, un artista conocido de Salerno. La fundación que lleva su nombre y el ayuntamiento de la ciudad decidieron llenar el centro histórico con sus escritos para rememorarle.

—¿Hay más? —pregunté fascinada.

—Claro, vamos, te haré un recorrido. La más visitada es la de las escaleras “Dei Mutilati”, es el centro de la exposición. Si ésta te ha gustado, aquella te va a encantar.

Caminamos rápido por las calles de Salerno de la mano, ilusionados como dos adolescentes, buscando los murales de los que me había hablado.

—Llevamos más de una hora andando, ¿tienes hambre?

—No me había dado cuenta hasta que lo has dicho, pero creo que podría comerme un menú

completo con su pan y su postre, y seguramente no sobraría nada.

Me miró de forma extraña, como si fuese un ser venido de otro planeta y no pude descifrar lo que estaba pensando cuando volvió a cogerme de la mano y me llevó hasta el Duomo. Subimos por una rampa y entramos a una pizzería.

Gianmarco habló con la chica de la puerta y nos acomodaron en una terraza acristalada construida sobre una fachada. Era como estar suspendido en el aire.

—¿Estamos sobre el Duomo? —pregunté nuevamente fascinada.

—Lo estamos. No tiene mucho sentido y va en contra de cualquier intento de conservación del edificio, pero esta pizzería se encuentra incrustada en el mismo edificio de la catedral.

—Esto es... Me encanta.

—Los historiadores te matarían si escuchasen lo que acabas de decir.

—Pues entonces tendré que alegrarme de que no haya ninguno por aquí.

El camarero llegó y saludó a Gianmarco con confianza.

—¿Sabéis ya lo que queréis o esperamos?

—Estoy un poco perdida. —La carta era extensa y había algunos ingredientes cuya traducción se me escapaba.

—Pediré por los dos —afirmó Gianmarco mirando directamente al camarero en un tono grave que no admitía réplica, pero yo sí repliqué, por supuesto que lo hice.

—Soy capaz de elegir mi propia comida, gracias.

Pedí una de las pizzas con tono firme y juraría que vi un extraño intercambio de miradas entre aquellos dos hombres, pero duró apenas un segundo y no le di importancia. Me hubiera gustado añadir que no estábamos en el siglo XVIII, pero bastó con mi actitud y respuesta.

Hablamos de mis visitas a la granja cuando era pequeña. Según su abuela, habíamos coincidido alguna vez siendo niños, pero ninguno de los dos lo recordaba.

Cuando el mismo camarero de antes se presentó frente a nosotros y depositó nuestros pedidos sobre la mesa, no pude evitar abrir los ojos como platos. Mi pizza estaba compuesta por una combinación de ingredientes muy extraña y nada apetecible. ¿De verdad la había pedido con guisantes? Y no unos cuantos salteados aquí y allá. No, mi pizza estaba literalmente cubierta de guisantes de un tamaño considerable.

Gianmarco no pudo aguantar por más tiempo y empezó a reírse. Comenzó con una risilla floja y cuando me dispuse a asesinarlo con la mirada, llegaron las carcajadas. Se reía tan fuerte que las parejas sentadas en las mesas de alrededor nos miraban como si estuviésemos tarados y, como no podía ser de otra manera, terminó por contagiarme.

—Recuérdame que no vuelva a aceptar una invitación para comer contigo —dije cuando conseguí calmarme.

—A mí no me mires, tú eres la que no ha aceptado ayuda para pedir su comida —afirmó con las manos en alto a modo de rendición, pero con una sonrisa canalla impregnada en la cara.

—Ahí te doy la razón, pero no hubiese estado de más avisarme —afirmé cogiendo un trozo de pizza de su plato, que tenía bastante mejor aspecto que la mía—. Ahora te va a tocar compartir.

Me encantaba verlo sonreír, nunca lo hacía durante los talleres. Permanecía serio toda la clase, explicando o dando instrucciones de forma cortante, como si no quisiese relacionarse con el resto de nosotros.

—¿Llevas mucho tiempo dando clases?

—Solo unos meses. Nací en Roma, viví y trabajé allí hasta hace un año más o menos —me contó mientras rellenaba nuestras copas de vino—. Digamos que empecé a cansarme de la vida estructurada que llevaba en la ciudad y Villa Antea se convirtió en mi refugio. Pasé largas

temporadas en la granja de niño, y siempre me ha atraído la tranquilidad de este lugar. Tiene algo que lo hace especial.

—Creo que te entiendo —afirmé mirándolo a los ojos y preguntándome qué sería aquello de lo que había huido, porque estaba claro que esa historia era más compleja de lo que me había querido hacerme ver. No hice la pregunta, me moría de ganas de saber más, de entender algunas partes de su carácter que no cuadraban con el hombre que tenía en aquel momento sentado enfrente, pero no quería presionarlo.

—Dejé de venir tan a menudo cuando me matriculé en la universidad. Pasaba los veranos estudiando y cuando tenía tiempo libre, prefería pasarlo con mis amigos en la ciudad.

Su expresión se había vuelto algo sombría y ambos permitimos que el silencio nos acompañase durante unos minutos. Aproveché para observarlo. Sus facciones eran duras y su espalda ancha. Era alto, me sacaba más de una cabeza y llevaba el pelo castaño y casi siempre alborotado. Recordé la suavidad de su cabello al tocarlo, la calidez de su piel y la fuerza con la que me había levantado del suelo y había manejado mi cuerpo a su antojo. Maldije la distancia que nos separaba y deseé que me llevara lejos de allí.

Me sonrojé cuando descubrí que me miraba con una sonrisa taimada, como si fuera capaz de adivinar lo que estaba pensando.

Después de cenar, decidimos dar un rodeo y volver caminando por el paseo marítimo mientras hablábamos de la granja, de los trabajos que yo estaba haciendo para ayudar a Emilia y de los problemas económicos a los que se enfrentaba desde hacía unos años.

Los últimos metros hasta llegar a su moto los hicimos en silencio y por primera vez desde que conocí a Gianmarco, lo noté nervioso. Me pasó el casco, y antes de que me lo pusiera, sentí su mirada fija en mis ojos.

—¿Te llevo de vuelta?

Me gustó darme cuenta de que yo era el motivo de su nerviosismo y negué lentamente sin ofrecerle siquiera una sonrisa que lo tranquilizase.

—¿No?

Volví a negar en silencio y me acerqué despacio hasta que nuestros cuerpos se tocaron. Deslicé mis manos por sus hombros y las acomodé en su nuca, acariciando su pelo y enredándolo entre mis dedos.

—Todavía no quiero ir a casa. —Rocé mis labios con los suyos, esperando una respuesta por su parte antes de lanzarme al vacío y solté el aire que estaba conteniendo cuando se aferró a mi cintura y se apretó contra mí. —Me gustaría demostrarte que lo del otro día fue cualquier cosa menos un error.

Nos besamos. Y entre beso y beso nuestras sonrisas se escapaban y volvían a encontrarse. Sus labios sabían a mar y provocaban olas en mi estómago.

El viaje de vuelta se hizo demasiado corto. Nuestros gritos y risas se perdían entre el sonido del viento y el motor de su Vespa.

Esa noche me esforcé en demostrarle que estaba justo en el lugar en el que había elegido estar, en su casa, en su cama, perdida en el roce de su piel y en el tacto de sus manos. Su cuerpo se amoldó al mío de una forma distinta a como lo había hecho la última vez y, cuando cerré los ojos, tuve la certeza de que me estaba metiendo en problemas.

16

VENGANZA



Gianmarco

Mientras mis alumnos iban entrando en el local, yo reorganizaba mi mesa por tercera vez mientras miraba de reojo la puerta. Esperaba verla entrar de un momento a otro, pero sobre todo, esperaba hacerle pagar su segunda huida. Había vuelto a hacerlo. Cuando me levanté el domingo por la mañana, después de haberme pasado la noche disfrutando de ella como nunca lo había hecho con otra mujer, Valentina había desaparecido. La única diferencia fue que esa vez me había dejado una nota, dos míseras líneas en las que se disculpaba por tener que marcharse temprano y en las que ni siquiera dejó su número de teléfono. Es cierto que tenía la opción de ir a buscarla, ya que ahora sabía dónde se estaba quedando, pero mi orgullo no me lo permitió.

Esa mañana llegó la última al taller, cuando ya pensaba que no vendría y había comenzado con la explicación de lo que haríamos ese día. Al verla sentarse en su sitio y sonreír a Fabrizio, ardí de rabia. Estaba seguro de que había llegado tarde a propósito para no tener que enfrentarse a mí y que no se dignase a mirarme siquiera, pero tuviese una sonrisa dedicada para él... Quise devolverle lo mal que me había hecho sentir.

—Buenos días, Valentina. Avísanos cuando hayas terminado de hacer ruido y así podemos seguir con la clase —dije lo suficientemente fuerte para que todos me escucharan.

No contestó, pero me sentí satisfecho cuando vi por el rabillo del ojo la rabia con la que me miraba. Entonces sí, sentíamos lo mismo.

Seguí adelante con la clase, intentando ignorarla para no distraerme. Cuando terminamos, me puse a recoger la mesa de trabajo de espaldas, mientras los demás se marchaban.

—Esto no puede seguir así.

Escuché su voz justo detrás de mí, pero seguí guardando las herramientas como si nada. Necesitaba calmarme y meditar bien mis palabras antes de empezar a soltar acusaciones.

—¿No piensas decir nada? ¿En serio? A ver que lo entienda, podemos cenar en cualquier parte sin montar un escándalo, podemos hablar tranquilamente de quienes somos o queremos ser y podemos tener noches enteras de sexo increíble, pero luego entramos en este taller ¿y vuelves a comportarte conmigo como un capullo engreído?

Apreté los puños sobre la mesa.

—Creo que es mejor que te vayas, se te da bastante bien al fin y al cabo.

—¿Qué me vaya? ¡Ni lo sueñes! —gritó agarrándome del brazo y haciéndome girar para encontrarnos cara a cara. Me sorprendió su expresión, parecía tan enfadada como yo, pero no retrocedí. Me había cansado de jugar al gato y al ratón con ella—. Estoy harta de hacer siempre lo que tú ordenes. No pienso irme de aquí sin hablar contigo y que me expliques qué clase de

juego es este.

—¿No vas a marcharte? —insistí, queriendo asegurarme antes de dar mi siguiente paso.

—No.

Sin darle tiempo a reaccionar, recorrí el poco espacio que nos separaba y la besé con fuerza. Fue un beso urgente, demandante, con el que quise saciar mis ganas de ella, pero también demostrarle lo enfadado que estaba. Tiré de su pelo hacia atrás, haciendo que levantase la cabeza y me mirase a los ojos.

—Volviste a escabullirte de mi cama.

Vi la confusión en sus ojos y el momento exacto en el que entendió a qué me estaba refiriendo. Quiso separarse, pero no aflojé mi agarre. Estaba enfadado con ella, pero se sentía tan bien tenerla entre mis brazos, que me negué a permitirle que pusiera distancia entre los dos.

—¿De verdad me has ignorado durante toda la clase por irme el otro día sin decirte adiós? —preguntó dándome un empujón y apartándose de mí— ¡Te dejé una nota!

—¿En serio? ¿Una nota? ¿Y con eso queda todo arreglado?

No me contestó, pero me miraba como si tuviese ganas de estrangularme y su postura, con los hombros en tensión y los brazos en jarras, no hizo más que confirmar mi teoría.

—¿Te das cuenta de que te estás comportando como un niño?

—Puede ser —admití—. ¿Y tú te das cuenta de que tus escapadas después de acostarte conmigo están a punto de convertirse en un patrón?

—Es posible.

—¿Qué pensarías si fuese yo el que hubiese desaparecido las dos veces?

No respondió con palabras, pero no era necesario, sentí que mi pregunta había calado en ella y vi el momento justo en que sus hombros cayeron y la furia de sus ojos desapareció para dar paso a otra cosa que no tuve tiempo de descifrar.

No aguantaba ni un segundo más sin devorarla y eso fue exactamente lo que hice. Me lancé a su boca y Valentina respondió con el mismo ímpetu. Nuestras lenguas apenas tardaron unos segundos en encontrarse y entramos en una nebulosa de la que ya no pude salir ni quise hacerlo. Sentí el frescor de la menta mientras su lengua se envolvía con la mía rápido, como si estuviésemos enzarzados en una batalla que ambos sabíamos ya perdida.

La cogí de la nuca para controlar el beso, apoderándome de cada hueco de su boca. Valentina reaccionó con el mismo arrojo, como si nuestros cuerpos se hubieran encendido después de un largo letargo. Nuestras manos subían y bajaban con prisa, sin detenerse demasiado tiempo en un lugar concreto. La necesidad me cegaba y no era capaz de pensar en nada más que no fuera ella, en su olor, en su piel, en sus labios. En tenerla todavía más cerca y durante todo el tiempo posible. Quería llegar a ella como nadie lo hubiese hecho y quedarme en ese rincón del mundo durante semanas.

Mientras buscaba la cremallera de su vestido con mis manos, ella me cogió del pelo y separó mi cara de la suya para mirarme a los ojos, de la misma forma que lo había hecho yo antes. Sentí que buscaba algo y tuve miedo de que no lo encontrase. El enfado había desaparecido del todo, engullido por la necesidad de tenerla por fin dónde quería. Y no había forma de negarnos a aquello. A lo que había entre los dos.

Subí una mano hasta su cuello y acaricié su mandíbula, recorriéndola con el pulgar de forma lenta. Cuando cerró los ojos, aproveché para volver a unir mis labios a los suyos. Los rocé primero y dejé que fuera ella la que respondiera y marcara el ritmo. Nos tentamos el uno al otro y terminamos sonriendo entre besos, igual que habíamos hecho unos días atrás.

Poco a poco, la desesperación volvió a hacer acto de presencia y se nos fue de las manos. Los

besos volvieron a ser urgentes, las caricias parecían insuficientes y lo único que nos envolvía era el sonido de nuestros gemidos, las respiraciones descompasadas y los latidos a destiempo.

Me deshice de su vestido lo más rápido que pude y ella se hizo cargo de los zapatos. De un salto, se sentó en mi mesa y me atrajo hacia su cuerpo. Quería decir muchas cosas, pero ninguna me pareció suficiente y las palabras quedaron atascadas en mi garganta.

Separó las piernas, invitándome a colocarme entre ellas mientras me miraba a los ojos con picardía y deseo. Hice lo que me pedía en silencio y clavé mis dedos en sus muslos carnosos mientras la atraía hasta que nuestros sexos hicieron contacto. Sentir la humedad en la fina tela de sus bragas fue más de lo que podía soportar y tuve que apoyar la cabeza en su hombro y esperar unos segundos para controlarme. No quería que lo que estaba pasando entre ambos acabara antes de empezar.

Me olvidé hasta de quien era cuando pasó lentamente la punta de su lengua por el contorno de mi oreja, provocando un cosquilleo que fue directo a mi miembro. Desabroché como pude el cierre de su sujetador y ella se deshizo del resto de nuestra ropa interior. No quería que hubiese ni una sola prenda entre nosotros, solo nuestras pieles resbaladizas, húmedas, sintiéndose mutuamente.

Besé el hueco de su clavícula y su piel, dulce como un caramelo, se tornó de un color rosado que quise retener en la memoria. Deslicé las manos a sus pechos, trazando círculos sobre ellos con mis pulgares mientras ella se arqueaba, ofreciéndome la imagen más hermosa que había visto nunca. El contacto de nuestras carnes me hacía enloquecer y succioné uno de sus pezones mientras hundía dos dedos en su sexo. Sus jadeos se hicieron más intensos y me acerqué a su boca para recoger hasta el último de ellos.

—Mírame —pedí mientras sacaba mis dedos y volvía a deslizarlos dentro de su cuerpo una y otra vez, de forma lenta.

—Más rápido.

No tuvo que volver a pedirlo. Incrementé el ritmo de las embestidas y llevé el pulgar a su clítoris, repartiendo la humedad en círculos que la llevaron al borde. Sus gemidos, hasta ese momento contenidos, comenzaron a retumbar en mi oído y creí que yo mismo estallaría solo con verla explotar de placer.

—Mírame —volví a pedirle con urgencia y encontré justo lo que necesitaba.

Volvían a ser completamente verdes. Los ojos de Valentina me mostraron su lado salvaje y se tensaron mirando los míos, para después relajarse por completo. Perdí el contacto con su alma cuando dejó caer la cabeza hacia atrás emitiendo una larga exhalación.

Le di tiempo para volver poco a poco mientras besaba su garganta, su cuello, sus hombros desnudos. Valentina sabía a sal, a especias y a libertad. Y yo quería probar cada una de esas cosas a su lado.

Unos segundos después, me envolvió con sus piernas, haciendo presión para buscar un contacto más intenso y se me escapó una sonrisa al saber lo que venía a continuación. Me puse un preservativo que llevaba en la cartera, me hundí en ella lentamente y permanecí inmóvil durante unos segundos, intentando robar para mí un poquito de todo lo que ella era. Disfruté de estar en lo más profundo de su cuerpo mientras me perdía en sus ojos vidriosos.

—Di que no saldrás huyendo cuando nos separemos —conseguí pronunciar.

Ignoró mis palabras y apretó mi espalda con sus talones, pidiéndome así que me moviera. Salí unos centímetros de ella y me quedé quieto, manteniéndole la mirada y rogando que creyese en mi amenaza, aunque yo fuese el primero que dudase de mi autocontrol en aquel momento. Necesitaba que me prometiese que no iba a salir corriendo esa vez. Necesitaba que se quedase,

porque si no lo hacía, no volvería a perseguirla. No lo haría otra vez.

—Por favor —suplicó.

—Solo dilo.

—¿De verdad vas a hacerme prometerlo?

—Nos lo merecemos, Valentina. Y ambos lo necesitamos.

El silencio invadió la estancia y nos miramos de forma desafiante.

—Me quedaré —claudicó al fin.

Sus ojos me suplicaron que terminara lo que habíamos empezado y no había otra cosa que yo quisiese más en ese momento. Volví a hundirme en ella, reclamando lo que mi cuerpo creía que era suyo. Los dos soltamos la respiración de golpe, como si hubiésemos estado conteniendo el aliento desde el momento en que habíamos dejado de acariciarnos. Volvimos a besarnos con desesperación, con muchas ganas. Ella se inclinó hacia atrás hasta que su espalda quedó sobre la mesa, haciendo que la penetración se volviera más profunda. Gruñí por la ola de placer que me recorrió con la nueva postura, sujeté sus caderas con fuerza y ella se aferró al borde de la mesa, provocando que con cada embestida, nuestros cuerpos encajaran por completo. Nos movíamos al mismo ritmo y cuando su sexo se tensó sobre el mío, el orgasmo me traspasó como una daga, deshaciéndome de dentro hacia fuera.

Apoyé mi cabeza en su estómago mientras ambos recuperábamos el aliento hasta que empezó a contorsionarse y a reír.

—Tu aliento me hace cosquillas.

Levanté ligeramente la cabeza y le devolví la sonrisa. Besé la piel resbaladiza de su tripa, entre sus pechos, en su cuello. Valentina era cálida, salada. Deliciosa.

—¡Mierda! —Soltó de pronto dando un bote para apartarme y bajar de la mesa. Comenzó a recoger sus cosas desperdigadas por el suelo y a vestirse a toda prisa. Su piel se había vuelto de un blanco cetrino y yo solo me quedé quieto mientras la observaba moverse de forma rápida a mi alrededor.

—¿Estás bien?

—La puerta estaba abierta. Mierda, podría haber entrado alguien mientras nosotros...

—No creo que nos hubiésemos dado cuenta —contesté mucho menos afectado que ella. No había pensado en cerrar la puerta del taller, no había pensado en nada desde que se había terminado la clase y nos habíamos quedado a solas.

—¿De verdad te hace gracia? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Pero cómo se nos ha podido ir tanto la cabeza? ¿Qué nos podría haber visto cualquiera! Mira, yo... Mejor me voy.

—De eso nada —la cogí de la muñeca antes de que tuviera tiempo de escapar, poniéndome serio por primera vez aquel día—. Tú y yo tenemos cosas de las que hablar y va a ser ahora.

—Estás muy seguro de ti mismo —me encaró mientras se soltaba.

—Te considero una mujer de palabra y me has prometido que no ibas a salir corriendo esta vez.

Nos mantuvimos la mirada, la suya cargada de rabia, la mía haciéndole ver que por nada del mundo iba a ceder. Bajé la vista hacia el escote en forma de uve de su vestido y contuve las ganas de volver a besarla. Estaba perdido.

—Está bien, hablemos —dijo cruzándose de brazos en actitud hostil.

—Aquí no, vamos arriba.

Me puse los pantalones, recogí mi camiseta del suelo y me encaminé hacia las escaleras que daban directamente a mi casa. No estaba seguro de si ella me seguiría o se marcharía en cuanto me hubiese alejado lo suficiente y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no girarme y

comprobarlo.

Cuando llegué al piso de arriba, suspiré aliviado al notarla detrás de mí.

—¿Quieres tomar algo?

—Lo que sea que tengas sin gas estará bien.

Le traje un refresco de naranja y nos sentamos en uno de los sofás del salón.

—Acabo de darme cuenta de que el otro día quedé como un idiota al darte a probar el queso que se produce en la granja y decirte que te encantaría.

—Un poco sí —respondió riéndose—. La culpa fue mía. Debí decirte algo en ese momento.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No lo sé, supongo que no me apetecía desvelar el misterio todavía —afirmó con una sonrisa pícara en sus labios.

—¿Y por qué será que no termino de creérmelo?

Levanté su barbilla, obligándola a mirarme a los ojos. No tenía intención de ponérselo fácil. Se mantuvo en sus trece durante unos segundos, con una sonrisilla de sabelotodo que estuve a punto de comerme de un bocado, pero acabó bufando y su actitud risueña cayó a la vez que lo hicieron sus hombros.

—Está bien, no fue eso. Es solo que... Pareces un hombre demasiado complicado y me había prometido a mí misma huir de las cosas difíciles por un tiempo.

—¿Qué yo parezco complicado? —Me separé un poco de ella mientras me pasaba las manos por la cara en un intento de entender su forma de ver el mundo. ¿Ella creía que yo hacía las cosas difíciles?

—Tus cambios de humor, tus idas y venidas. Un día me llevas de la mano a descubrir sitios preciosos de la Costa Amalfitana y al siguiente me ignoras o me hablas como si fuese tonta delante de toda la clase.

—Yo no...

—Tú sí —Me interrumpió.

—Vale, puede que tengas razón, pero es que hay veces que me pones de los nervios. Tu secretismo, tus huidas, la forma en la que me ignoras mientras sonríes a Fabrizio.

—¿Estás celoso?

¿Lo estaba?

—No me gusta pensar que puede haber algo entre vosotros.

—Pues eso lo hace todavía más complicado. ¿No te das cuenta?

—No, creo que eres tú la que se esfuerza por verlo de forma complicada. Para mí las cosas son muy fáciles, Valentina.

—Vale, pues explícamelas. ¿Qué quieres de mí? —preguntó mirándome a los ojos de una forma que calentó todo mi cuerpo.

—Quiero conocerte. Estudiarte tan a fondo que pueda recrear cada centímetro de tu piel cuando no te tenga delante. Quiero verte disfrutar y quiero verte sonreír. Quiero identificar todas las tonalidades que caben en tus ojos. Pero, sobre todo, quiero que te quedes. No podré hacer nada de eso si huyes cada vez que nos acercamos.

Noté un cambio en su mirada y la tensión que había entre nosotros escapó por la ventana con la última brisa de la tarde. Sonrió de forma tímida y yo hundí mi nariz en su pelo, aspirando profundamente. El aroma de su champú se filtró en mi cerebro, proporcionándome el momento de calma que necesitaba. Escuché el sonido lejano de un claxon y el de la banda de música ensayando a un par de calles. Todo parecía ajeno a nosotros, demasiado lejano para tomarlo en cuenta.

El calor de su mano cerca de la mía, pero sin llegar a tocarme, me hacía cosquillas. Bajé la mirada despacio y me topé con sus labios entreabiertos. Los rocé con los míos despacio y comencé a saborearlos mientras sentía todas las terminaciones nerviosas en aquella parte de mi cuerpo. Nuestras lenguas se encontraron tímidamente, como si lo hicieran por casualidad y se descubrieran por primera vez. Se separó un poco, volvió a acercarse, y se alejó de nuevo cuando intenté alcanzarla con mi boca. Estaba jugando conmigo y debía reconocer que me volvía loco que lo hiciese.

Mis manos, que hasta ahora había conseguido mantener a raya, pasearon por su cuerpo buscando darle el placer que ella merecía. Mi pierna se coló entre sus muslos y sentí como sus caderas se apoyaban contra ella, frotándose lentamente para aplacar su propio deseo. Aparté su pelo a un lado y comencé a dejar suaves besos en su hombro.

—Quédate hasta mañana—susurré en su oído.

—Estás siendo muy exigente.

—Ya te he dicho lo que quiero y ahora voy a emplearme a fondo para convencerte de que tú quieres lo mismo —susurré mientras mordía el lóbulo de su oreja y tiraba de él con delicadeza. Escuché algo parecido a un gruñido y volví a mirarla mientras ella pronunciaba las únicas palabras que me servían en ese momento.

—Está bien, me quedo. Y por cierto, tú también me gustas, don arrogante.

**Gianmarco**

Me despertó la vibración del teléfono, pero estaba tan a gusto que hice lo posible por ignorarlo. Podía sentir el cuerpo cálido de Valentina todavía entre mis brazos y una sensación de paz que me dejaba sin fuerzas o más bien sin ganas de levantarme de aquella cama. Estaba en la maldita gloria.

Después de unos minutos, mi móvil volvió a la carga y supe que no podría dormirme de nuevo. Entreabrí los ojos lo suficiente para ver el nombre de mi tía en la pantalla, me levanté despacio y salí de la habitación intentando no hacer ruido.

—Hola tía, ¿todo bien?

—Sí, perdona cielo. Bueno... en realidad estoy buscando a Valentina y me preguntaba si la habías visto esta mañana. Cuando duerme fuera de casa suele volver pronto, pero hoy no lo ha hecho y tampoco me coge el teléfono. Estoy empezando a ponerme nerviosa y no sé qué más hacer. ¿Puedes acercarte a la cafetería de Lía por si está con ella? No quiero asustarla en su estado. Ay, madre, ¿y si le ha pasado algo?

—Espera, tranquilízate que no pasa nada. Valentina está bien, ahora mismo te la paso para que pueda decírtelo ella misma —afirmé entrando de nuevo en la habitación. Le tendí el teléfono a la aludida mientras se desperezaba sobre la cama de una forma adorable y ella lo acercó a su oreja, estando todavía más próxima a Morfeo que al resto de mortales.

Tardó unos segundos en asimilar la situación y cuando lo hizo, pegó un brinco quedando sentada en la cama con la espalda tan tiesa como si fuese a pasar revista. No pude contener la carcajada que salió sin permiso de mi garganta, pero cuando vi la mirada que me lanzó, me di la vuelta y hui al cuarto de baño entre risas. Mientras ella hablaba con la tía Emilia, llené la bañera de agua y tanto jabón que la espuma rebosaba por los bordes.

—¡Voy a matarte! —amenazó tras abrir la puerta que nos separaba solo un par de minutos más tarde.

Sabía que no estaba enfadada de verdad y verla completamente desnuda a la luz del día me nubló la razón. Recorrí su cuerpo con la mirada y el mío reaccionó rápidamente a lo que veía. Quería volver a hundirme en ella una y otra vez hasta no saber dónde terminaba su piel y comenzaba la mía.

Al darse cuenta de que la observaba, estiró de una toalla que colgaba cerca y se la puso delante, sin llegar a envolverse con ella.

—Pero, ¿cómo se te ocurre decirle que estamos juntos? ¿Qué habrá pensado? ¡Joder, joder y mil veces joder!

—Valentina, tranquilízate —pedí poniéndome de pie para estar a su altura—. Estaba preocupada. Ya es tarde y ha intentado llamarte varias veces al móvil. Solo iba a tranquilizarse cuando hablase contigo.

—¡El móvil! Ay madre, me quedé sin batería ayer. Pensaba cargarlo al volver del taller. ¡Mierda! ¿Ahora que hago? ¿Qué le digo?

—Cuando te enfadas te vuelves muy mal hablada, ¿lo sabías?

Una mirada me bastó para saber que mi comentario no había sido bien recibido, pero es que la situación no tenía mayor importancia. Éramos dos personas adultas y no teníamos que dar explicaciones a nadie.

—Lo siento. —Me acerqué y froté sus brazos de arriba abajo tratando de reconfortarla. Su piel era increíblemente suave y su gesto torcido me resultó de lo más dulce—. No podía dejar que pensara que te había pasado algo. La conozco, hubiera llamado a la policía antes de que te diera tiempo a volver.

Intenté ocultar la sonrisa que me producía verla tan enfurruñada por lo que Emilia pudiera pensar de ella. Me levanté y dejé un pequeño beso en sus labios antes de coger un par de toallas. A pesar de su rabieta, sabía deliciosamente a sexo, a mar y a locuras. Noté sus dudas y sus ojos clavados en cada uno de mis movimientos mientras me quitaba el pantalón de pijama para meterme en la bañera.

—Después de lo intensa que ha sido la noche, creo que nos merecemos un capricho —dije mirándola mientras señalaba la bañera llena—. ¿Te apetece?

Al ver que no se movía, la cogí de la mano e hice un puchero con el que conseguí media sonrisa. Se acomodó dentro, dejándome hueco detrás de ella y yo no tardé en sentarme a su espalda y comenzar a frotársela suavemente con mis manos. Poco a poco, la tensión de sus hombros fue desapareciendo y se apoyó sobre mi pecho. Pensé en el tiempo que hacía que no compartía tanta intimidad con otra persona y no pude evitar sonreír de nuevo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunté después de un rato de dejarnos llevar por el silencio.

—No muchos, tengo que revisar varias facturas que no cuadran. Algunas materias primas han subido de precio, pero me parece que hay un par de proveedores que se están aprovechando de la coyuntura para inflar su facturación. Sé que suena aburrido —afirmó riendo—, pero es una de las cosas que más me gustaba de mi antiguo trabajo, estudiar el mercado y negociar acuerdos más ventajosos que los que ya se tienen.

—Tienes razón, suena aburrido.

—Idiota. —Se giró riendo para darme un golpe en el hombro. Estaba a punto de besarme cuando escuchamos mi teléfono sonando en la habitación.

—¿No lo coges?

—Ya se cansarán —respondí dándole el beso que nos había robado la llamada perdida.

El problema fue que no se cansaron. Mi teléfono sonó una y otra vez. Llamadas encadenadas que dejaban claro que la persona que había al otro lado no se daría por vencido hasta obtener lo que quería y eso solo podía venir de una persona.

—Lo siento. Lo cogeré para que nos dejen en paz.

Salí de la bañera hastiado, me envolví la cintura con una toalla y entorné la puerta del cuarto de baño tras salir para que Valentina no tuviese que escuchar la conversación con mi padre.

—Pásamelo —dije de forma cortante nada más descolgar. Sin mirar la pantalla, sabía que era Isa quien llamaba, la secretaria de mi padre. Él le habría pedido que me llamase una y otra vez hasta que cogiese el teléfono y bien sabía que si lo apagaba, era capaz de llamar incluso a mi

abuela. No sería la primera vez.

Después de dos eternos minutos escuchando la música clásica que salía del auricular, la voz de mi padre sonó tan rotunda como siempre.

—Gianmarco, hijo. ¿Cómo va todo?

—Ahora mismo estoy ocupado.

—Menuda forma de hablarle a tu padre.

—Papá, lo digo en serio, me pillas en medio de algo y no puedo dejarlo todo cada vez que te acuerdes de mí. Si no te importa, prefiero ir al grano, ¿qué necesitas?

—¿De verdad tengo que repetírtelo? Quiero que termines de una vez con esa etapa hippie y vuelvas a tu vida de verdad.

—Mi vida es esta y me estoy cansando de tener que repetirlo una y otra vez. ¿No puedes entender que esto es lo que quiero?

—¿Cómo vas a preferir vivir en un pueblucho rodeado de cabras a estar preparándote para dirigir la que un día será tu empresa? Vuelve, Gianmarco. Estoy dispuesto a negociar contigo. Dime qué necesitas para coger hoy mismo el coche y mañana estar sentado en tu despacho.

Suspiré antes de responder. Estaba cansado, demasiado cansado de tener que explicarle lo mismo una y otra vez.

—No es cuestión de negociar, papá, es mi vida. No me entiendes porque nunca te has molestado en escucharme.

Un silencio ocupó la línea durante largos segundos y después su voz sonó serena, más de lo que había sonado en mucho tiempo. Solía llamarme enfadado, desesperado, frustrado, pero la seriedad y la calma que acompañaron esta vez a sus palabras, me hicieron dudar.

—Está bien. Ven, hablemos tranquilamente, explícame tus motivos otra vez y te prometo que intentaré entenderlo.

Era la primera vez que mi padre hacía el más mínimo esfuerzo por escucharme.

—Dime que no es ninguna treta para que vaya —respondí sin fiarme del todo.

—No lo es, aunque no te prometo no intentar convencerte para que vuelvas. Es un trato justo. ¿Vendrás?

—Lo haré. Este fin de semana tengo planes, pero puedo estar allí el viernes de la semana que viene.

Quería hacer algo especial con Valentina y tampoco pensaba dejar tirados a mis alumnos. Si de verdad estaba dispuesto a dialogar, tendría que ser flexible en las fechas.

—Le diré a Isa que me bloquee la mañana del viernes. No me falles, hijo.

—No lo haré.

Colgué maldiciendo en voz baja. No estaba seguro de si mi padre decía la verdad o había vuelto a manipularme para que fuese a Roma y terminase encontrándome con alguno de sus clientes. Si lo que pretendía era lo segundo, esa sería la última vez.

Me di la vuelta cuando noté la presencia de Valentina a mi espalda, preguntándome cuánto tiempo llevaría allí parada. Estaba apoyada en el marco de la puerta, con el pelo mojado y una toalla rodeando su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó guardando las distancias.

Me acerqué y acaricié su mejilla con las yemas de los dedos mientras estudiaba sus ojos, una mezcla de tonos verdes y almendrados que mostraban una preocupación sincera. Apoyé mi frente en la suya y cerré los párpados, inhalando su olor para calmarme. Podría pasar horas y horas a su lado y no creía que tuviese suficiente.

—Ahora sí. Mi padre tiene el don de sacarme de mis casillas, pero no voy a dejar que estropee

lo que nos queda de día.

—No pretendía escuchar, pero tardabas y salí a comprobar si estabas bien. ¿Te apetece hablar de ello?

Su mirada era dulce y quise envolverme con ella hasta que no existiese nada más.

—¿Recuerdas que te conté que antes trabajaba en la empresa familiar?

—Lo recuerdo, pero decidiste cambiar de vida e instalarte aquí.

—Eso es. Pues él nunca lo aceptó. Pensó que era una especie de rabieta o crisis existencial y que volvería una vez se me pasase. No le dijo a los clientes que me había marchado de la empresa, no contrató a nadie para cubrir mi puesto y ni siquiera ocupó mi despacho.

—Pero ha pasado ya un tiempo, ¿no?

—Casi un año y se ha quedado sin excusas de cara a los clientes. Según él, hay algunos que se irían a la competencia si se enterasen de que ya no formo parte de la plantilla, que solo confían en mí y que la empresa se vería en problemas si los perdiese. Al principio me convencía con sus argumentos y me pasé varios meses visitando a unos y a otros mientras abría aquí mi negocio e intentaba mantenerlo a flote. Tardé un poco en darme cuenta de que me estaba manipulando.

—Lo siento mucho, Gian. —Su manos acunaron mis mejillas, pero su mirada no fue de compasión ni siquiera de pena. —A veces, es difícil lidiar con las personas a las que más queremos. Estoy segura de que tu padre piensa que trabajar con él es lo mejor para ti. Tu misión es hacerle entender que no es así.

—Te juro que lo he intentado muchísimas veces, pero hace tiempo que desistí.

—Pero parece que ahora sí quiere escucharte, ¿no?

—Eso parece —respondí todavía poco convencido.

—Pues me alegro por ti, por los dos. Explícaselo de forma que no pueda cerrar los ojos o mirar a otro lado.

La miré como si fuese un ser extraño que había caído del cielo para ayudarme.

—¿Cómo pude dejarte escapar cuando éramos niños?

—Te aseguro que si nos hubiésemos conocido siendo niños, me acordaría de alguien tan arrogante y maleducado como tú.

—¿Ah, sí?

Le pellizqué el costado y se inclinó sobre sí misma. En el poco tiempo que habíamos estado juntos había aprendido unas cuantas cosas y que tenía muchas cosquillas era una de ellas. Adoraba escucharla reír mientras me suplicaba clemencia e intentaba escapar de mis manos y adoraba tenerla en mi casa, en mi cama, en mis brazos. En cualquier lugar cerca de mí.

**Valentina**

Llevaba unos días con la cabeza en otro sitio, en uno muy concreto. Gianmarco y yo habíamos pasado bastante tiempo juntos durante la última semana y eso me había hecho desatender mis labores. Para terminar con la dinámica, esa mañana me había encerrado a cal y canto con la montaña de papeles que parecía mirarme amenazante y no pensaba levantarme de la silla hasta que hubiese vencido la batalla.

Había montado mi centro de trabajo en el despacho de mi abuelo. Trabajar sobre su viejo escritorio, sentada en el sillón donde tantas veces estuvo él, me hacía sentirlo cerca, como si hubiese llegado a conocerlo en profundidad, como si de alguna manera, estuviésemos conectados.

Durante la última semana, había intentado no mirar el cajón prohibido ni siquiera de reojo, pero aquel día su interior me llamaba a gritos y no era capaz de concentrarme en el montón de facturas que tenía delante.

Suspiré profundamente, saqué la pequeña llave del cofre que había tras el marco de fotos y liberé aquella caja metálica cuyo contenido me tenía en vilo. La abrí despacio e inspiré el olor denso y rancio del papel encerrado. Miré el montón de cartas que permanecía allí, oculto, esperando la oportunidad de salir a la luz y lo acerqué a mi nariz. Aquellos sobres olían a polvo, a melancolía, a sueños perdidos y a desesperación.

Me moría de ganas de seguir descubriendo la historia de Fiorella y mi abuelo, así que acallé la vocecita en mi cabeza que decía que aquello no estaba bien.

Cogí una carta y comencé a leerla despacio, intentando imaginar cómo sería la voz del *nonno*.

Querida Fiorella,

Llevo aquí una semana, pero tengo la sensación de llevar media vida lejos de ti. Esta es la tercera carta que te escribo y el cartero todavía no ha traído ninguna tuya. Mi amor, te confieso que empiezo a ponerme nervioso. Abro el buzón tres veces al día y mi madre dice que tengo la cabeza en otro sitio. No es la cabeza lo que he perdido, sino el corazón, que sigue en Italia contigo.

Hoy han empezado las clases. La universidad es demasiado grande y los chicos demasiado estirados. No ha sido un buen día, pero he encontrado un momento para recordar nuestra última excursión juntos, cuando escapamos por el sendero que lleva a las ruinas. ¿Recuerdas cuando elegimos una de las casas destrozadas y nos imaginamos viviendo allí en el futuro? Todavía tengo esa visión grabada en la retina, tú y yo sentados en el porche viendo a nuestros hijos jugar

en el campo. Sé que dijiste que sólo tendríamos dos, pero creo que acabaré convenciéndote para criar, al menos, media docena. ¿Te imaginas lo divertido que serían las comidas familiares con mi madre intentando que no ensuciasen nada?

Sigo pensando en ti cada noche y también cada mañana al despertar. Cierro los ojos y todavía me parece que estás conmigo, regalándome tu risa, tus abrazos, tus besos. Siento la suavidad de tus dedos cuando revolvías mi pelo y las vibraciones de tu cuerpo cada vez que te retorcías con mis cosquillas. No diré más ahora, pero me muero por contarte todo lo que te echo de menos.

Escríbeme pronto, mi amor. Te quiero.

Tu Ángelo

Respiré profundamente, cerré los ojos y lo imaginé delante de mí, escribiendo y pensando en ella. Miré la foto que había sobre el escritorio, en la que una Fiorella joven y feliz sonreía a la cámara, despreocupada.

Solo tardé un instante en coger algunas cartas más. Ángelo escribía a Fiorella casi a diario. Le contaba como era su vida en Madrid y después trataba de describir cómo se sentía, cómo intentaba llevar la separación de ambos y lo mucho que le afectaba no tener noticias suyas. Me llegó su dolor, la frustración, la impaciencia, pero también la confianza ciega que tenía en ella y en lo que ambos sentían.

Revisé por encima el montón de sobres y descubrí que tres de ellos destacaban del resto por su tono más amarillento y su aspecto desgastado. Pasé las yemas de los dedos sobre el primero de ellos y cerré los ojos. El papel era frágil y estaba algo rasgado en cada una de sus dobleces. Cuando leí que la destinataria de esa carta no era Fiorella, sino un hombre llamado Marcello Rinaldi, respiré aliviada. Al fin y al cabo, leer la correspondencia de alguien a quien no conocía no pesaría tanto en mi conciencia.

Me desconcertó la primera frase, pero no dejé de leer.

Querida Fiorella,

Ya no puedo soportar más este silencio tuyo, ya van tres meses y me niego a pensar que sea voluntario, por lo que he decidido pedir ayuda a mi buen amigo Marcello. Necesito saber de ti, amor mío. Dime que estás bien, que me echas de menos.

He llegado a la conclusión de que no recibes mis cartas o que algo o alguien te impide enviarme respuesta. Por ello, esta vez mis letras para ti viajarán dentro de un sobre dirigido a él. Dentro meto dos hojas, ésta misma, y otra para él en la que le cuento mi situación y le pido que te entregue este mensaje en mano. También le pido que conteste mi carta unos días después de haberte entregado la tuya.

Fiorella, mi vida, siento hacer las cosas de esta manera y espero que no te moleste mi forma de actuar, no es desconfianza en ti, lo juro, pero necesito saber, salir de este aislamiento en el que me siento desde que no sé nada de ti. Estoy tan desesperado que no he encontrado otra solución. Perdona mi impaciencia, soy débil.

No olvides que eres lo más importante en mi vida y que te quiero como a nadie.

Tu Ángelo

Releí el texto y busqué, sin éxito, el otro mensaje del que mi abuelo hablaba, el que iba dirigido a su amigo.

Sus palabras transmitían un amor tan grande como doloroso. ¿Por qué Fiorella no había respondido a sus cartas? ¿Por qué ella siempre me hablaba del tiempo que pasó conociéndolo, pero rehuía hablar de la separación? Necesitaba respuestas y no dudé en coger el siguiente sobre

del montón, pero justo en ese momento, Pablo me llamó por teléfono.

Tenía buenas noticias, tardaría unos meses en poder viajar a Italia debido a un nuevo contrato de trabajo, pero me había concertado una cita en Roma con una conocida suya que trabajaba como *Community Manager*. Estaba seguro que esa mujer podría ayudarme con mis planes de modernizar la imagen de la granja.

—¿En Roma? ¿Estás bromeando?

—¿Hay algún problema? —preguntó sorprendido.

—Todo lo contrario. Acabas de darme la excusa perfecta para ir. Ahora solo tengo que convencer a Lía para que me acompañe. ¿Cuándo es la cita? Tendrás que darme su teléfono. ¿Es buena?

—Vale, para el carro y vamos por partes. No es buena, sino lo siguiente. Es la reina de las redes sociales y da la casualidad de que me debe un favor por haber utilizado alguna de mis fotos sin permiso. Al principio era reticente a recibirme porque se mueve más bien en el área de salones y fincas para eventos, pero no ha podido negarse a mis encantos.

—Nadie podría negarse a tus encantos, Pablo.

—Bueno, sé de una que siempre ha pasado de mí, pero dejémoslo ahí de momento. Volviendo al tema que nos interesa, habéis quedado el lunes por la mañana, tienes que llamarla para cerrar una hora y cuanto antes lo hagas mejor porque siempre va liada.

—¿Sabes que te adoro? ¡Qué ganas tengo de hablar con ella y ver lo que podemos hacer! Este lugar es asombroso, ya lo verás.

—Iré, lo prometo. Espero tener encauzado el nuevo proyecto en un par de meses. Después, soy todo tuyo.

—Te tomo la palabra.

Pasé el resto de la tarde con Fiorella y después de cenar, fui a la cocina. La tía Emilia y yo habíamos tomado por costumbre sentarnos un ratito a charlar cada noche con una taza de té entre las manos.

—Hoy me he adelantado. Toma cariño. Cuidado que está ardiendo —dijo sentándose frente a mí mientras me pasaba una taza humeante. Sus hombros estaban caídos y su sonrisa se veía menos real que de costumbre.

—Se te ve cansada, tía. ¿Un día duro?

—Veo que no se me da bien disimular.

—No es eso, es que ya te conozco un poco para saber que hay algo que te preocupa. ¿Es por el dinero?

—Últimamente siempre es por dinero. Seguimos sin tener liquidez suficiente para comprar ordeñadoras nuevas y la que reparamos hace unas semanas vuelve a fallar. Además, Alfonso me ha comentado que hay que cambiar varios metros de valla de la zona este y los números siguen sin salir. En fin, ¿qué voy a contarte que no sepas si eres quien gestiona las facturas y albaranes?

El cansancio que vi reflejado en su cara fue el impulso que me llevó a tomar la decisión que llevaba días meditando. Lo había hablado con mi padre y mis hermanas y los tres me habían aconsejado que repasase bien los números antes de lanzarme en una aventura como aquella, pero si tenía alguna duda, esa noche desaparecieron del todo. No iba a permitir que la granja se hundiera, no si podía evitarlo.

—¿Y si dejas que te ayude con los pagos?

—*Bambina*, no voy a aceptar que me prestes dinero porque no tengo la certeza de poder devolvértelo a corto plazo. No te estaba pidiendo ayuda.

Sabía que se cerraría en banda en cuanto se lo dijese, pero con lo que ella no contaba era con

mi determinación y mi cabezonería para luchar por aquello que me importaba.

—Vale, no aceptes mi ayuda, pero entonces valora mi propuesta para convertirme en tu socia.

—Sus ojos se abrieron como platos y dejó sobre la mesa la taza que estaba a punto de tocar sus labios—. Cuando mi madre falleció, mi padre quiso repartir su herencia. Dijo que él ya tenía suficiente para disfrutar lo que le quedaba de vida y que ese dinero nos ayudaría a mis hermanas y a mí a construir nuestro futuro. Durante todos estos años, no he tenido necesidad de gastar nada, hasta ahora. Sé que no será suficiente para arreglar todos los problemas, pero esta granja se ha convertido en un lugar muy especial para mí y quiero ayudar a mantenerlo.

—Valentina, agradezco mucho tu ayuda —afirmó cogiendo mis manos sobre la mesa—, pero no puedo aceptar que ligan tu futuro a esta vieja granja. Sería egoísta de mi parte dejarte hacerlo.

—Pero quiero hacerlo. Por favor, déjame formar parte.

—No tienes que poner dinero para formar parte, *bambina*. Esta ya es tu casa y Fiorella y yo, tu familia.

Sus palabras me conmovieron. Había empezado a sentir eso mismo, a sentirme parte del lugar y parte de esa familia y aquello solo me empujaba a mantenerme firme en mi decisión. Haría lo que hiciese falta para salvar el negocio.

—Pues como integrante de esta familia, quiero participar, quiero ayudar y poner todo de mi parte para reflotar el negocio. Prométeme que lo pensarás.

—Yo...

—No acepto un no por respuesta, tía —la interrumpí al ver su clara intención de negarse.

—Lo pensaré, es todo lo que puedo decir.

19

NO TENGO TUS RESPUESTAS



Gianmarco

Abrí los ojos y me encontré los suyos observándome detenidamente como si intentase ver más allá de lo que podía alcanzar su mirada. Me gustó que lo hiciera, que quisiese traspasar lo evidente y conocerme de verdad.

—Estás preciosa con esos ojitos de recién levantada.

—¿Es una broma? —preguntó mostrándome esa sonrisa que había empezado a volverme loco.

—Quizás te vea así porque me gustas.

—¿Y qué es lo que te gusta exactamente? —preguntó coqueta, arreglando un poco su pelo con las manos.

—Me gusta tu naricita respingona —afirmé poniendo un dedo sobre su nariz—, tu mirada profunda —añadí, rodeando sus ojos lentamente con las yemas de mis dedos—. Me vuelven loco tus tetas, tu culo, tus caderas. Me gusta tu risa; la forma en la que te retuerces cuando te hago cosquillas; que no puedas resistirte a mi pizza y que seas obstinada, dulce, pero también una auténtica guerrera. Me encanta que quieras luchar por la granja y me fascina la conexión que tienes con mi abuela.

Me quedé sorprendido por mi propia confesión y me pregunté si me estaba enamorando de la mujer que descansaba entre mis brazos de forma apacible.

—Yo... No sé qué decir. Tú también me gustas. Tal vez demasiado.

—¿Qué significa eso? —pregunté algo molesto por su respuesta. Había visto el miedo en sus ojos. Había intentado ocultarlo rápidamente, pero fue tarde.

—Yo... Nada, no significa nada. También me gustas —afirmó evitando mi mirada—, pero ahora tengo que irme.

—Lo estás haciendo otra vez.

Permanecí quieto en la cama mientras ella se levantaba y andaba de un lado a otro de mi habitación buscando su ropa, la cual no iba a encontrar allí porque recordaba habérsela quitado yo mismo en el salón.

—¿Qué?

—Huir. Creía que habíamos superado esa etapa. Me gustaría que te quedases, Valentina, pero no puedo seguirte siempre, yo también necesito que apuestes por esto. Si vuelves a irte... Esta vez no iré a buscarte. —Se quedó paralizada con la mano sobre el pomo de la puerta—. ¿Qué te frena? ¿A qué tienes miedo?

Tardó unos segundos en reaccionar en los que pensé que saldría de mi habitación y se

marcharía para siempre, pero en el último momento, suspiró profundamente y se dio la vuelta, mirándome con una tristeza que no había visto hasta ese momento. Tuve que contenerme para no ir corriendo hasta ella y abrazarla. Valentina necesitaba hablar, entender y explicar en voz alta sus propios sentimientos y yo necesitaba escuchar los motivos por lo que se alejaba de mí cada maldita vez.

—Tú también me gustas, Gian. Me gustas mucho y eso es lo que me asusta. Estamos jugando con fuego sin pensar en las consecuencias. —Suspiró mientras su cuerpo se aflojaba, pero no se movió del sitio—. Me encanta pasar tiempo contigo y estas últimas semanas han sido increíbles, pero si seguimos así... Sé lo que pasará. Acabaré colgada de ti, me enamoraré sin remedio y entonces tendré que marcharme. Los dos sabemos que no me quedará aquí eternamente. Mi vida está en España, mi familia, mis amigos y mi trabajo. Yo...

No aguanté más. Me levanté, cerré la distancia que nos separaba y la envolví entre mis brazos.

—¿Crees que a mí no me da miedo enamorarme de ti? —pregunté separándome lo suficiente para poder mirarla a los ojos—. Acabo de confesarte lo mucho que me gustas.

—Solo me estás dando la razón, ¿no te das cuenta?

—¿Qué me estás diciendo entonces? —me separé, empezando a enfadarme— ¿Qué me olvide de esto que pasa entre nosotros porque tarde o temprano acabará? ¿Qué finja que no me he hecho adicto a tus besos de buenos días, a despertarme con tus piernas enredadas a mi cuerpo? —Me senté en la cama porque necesitaba tomar distancia de ella. ¿Cómo podía decir que yo le gustaba demasiado y después salir corriendo como si nada?— ¿Y qué hacemos entonces, Valentina? ¿Lo dejamos así, sin más? ¿Serás capaz de saludarme como a un simple conocido cuando nos crucemos por el pueblo, dejarás de venir a clase los martes? Explícamelo bien, porque creo que yo no podré negar lo que hay entre nosotros así como así.

Coloqué los codos sobre mis rodillas y hundí la cabeza en mis manos. No entendía cómo, en solo unas semanas, habíamos llegado a ese punto, pero no quería dejarla marchar.

Noté que se acercaba despacio. Se arrodilló entre mis piernas con actitud vacilante, apartó mis manos y me besó de forma suave en los labios.

—No tengo respuesta a ninguna de tus preguntas. Solo estoy actuando por impulso. Estoy protegiéndome, protegiéndonos a ambos.

—Pues yo no creo que lo mejor sea dejar de hacer las cosas que queremos por miedo. Si siguiera esa premisa, ahora mismo seguiría trabajando para mi padre en lugar de estar aquí, restaurando muebles y dirigiendo mi vida tal como quiero hacerlo. Y tú tampoco estarías en Italia, lejos de todo, dispuesta a vivir algo diferente.

—Tal vez tengas razón, pero no puedo evitar sentirme así. Tengo miedo a dejarme llevar y pagar las consecuencias después.

Esta vez fui yo quien la besó. Sus labios estaban tibios y algo secos.

—Bueno —sonreí—, hemos llegado a la conclusión de que los dos tenemos miedo pero, ¿y si merece la pena? Como cuando dudas en montar en una atracción de feria porque sabes que los nervios van a torturarte hasta que empiece y la adrenalina emerja para llevárselos, pero aun así, repites solo para disfrutar de esos segundos de libertad. ¿Y si tú y yo, juntos, somos eso? —pregunté mirándola a los ojos—. Yo quiero descubrirlo. Sé lo que me haces sentir, Valentina y no quiero perder la oportunidad de disfrutarlo todo el tiempo posible. Puede que solo sean unos meses, pero no estoy dispuesto a perdermelo por miedo. ¿Qué me dices, te atreves?

Me regaló una enorme sonrisa y en ese momento supe que había ganado. Que la había ganado a ella y todo el tiempo que nos quedase juntos.

—Tienes razón. No quiero preguntarme después cómo habría sido.

Nos abalanzamos el uno en brazos del otro y sellamos el trato con palabras, con besos y también con nuestros cuerpos. Lo que Valentina y yo éramos juntos nunca lo había sido con nadie más.

—Tengo que ir a casa —susurró un rato después.

—No —protesté atrayéndola más hacia mí.

—Tengo trabajo que hacer en la granja.

—Me apuesto lo que quieras a que ya se han hecho cargo. Llama a la tía Emilia si no me crees —contesté mientras pasaba mi nariz por su cuello, tratando de convencerla.

Seguí mi camino desde el hueco que quedaba detrás de su oreja hasta su clavícula mientras deslizaba mis manos bajo su camiseta y las paseaba por su espalda sintiendo su piel todavía caliente por las sábanas. Su pelo olía a sales de baño, a jabón y a flores silvestres.

—Le debo más que eso y además, necesito mi cepillo de dientes —dijo en un hilo de voz.

—Hagamos una cosa —le propuse separándome unos centímetros—. Yo bajo a por un cepillo de dientes para ti mientras tú preparas algo de desayunar. Después, prometo dejar que te marches.

—Trato hecho, liante.

Me besó una vez más, se dio la vuelta y se marchó de la habitación dejándome embobado. Tardé solo diez minutos en coger lo que necesitaba de la tienda de al lado y, cuando abrí la puerta de casa, el olor a café inundó mis fosas nasales haciéndome inspirar con deleite.

Entré sin hacer ruido hasta la cocina y me quedé observándola desde el marco de la puerta. Se había recogido el pelo en un moño alto que dejaba a la vista su nuca y llevaba puesta solo una camiseta gris que habría cogido de uno de mis cajones y que dejaba al descubierto parte de sus muslos. No me escuchó llegar. Sonaba una canción en su móvil y movía las caderas al ritmo de la música mientras buscaba algo en un armario.

—Puedes utilizar el equipo de música siempre que quieras —la interrumpí y casi no pude contener la risa al verla dar un brinco.

—Te confieso que lo he intentado, pero no hay quien entienda ese aparato. ¿Cómo te gusta el café?

—Solo, sin azúcar. ¿Se está quemando algo?

Me miró fijamente como si no hubiese entendido mis palabras. Un momento después, se puso roja y contestó sobresaltada.

—¿Se quema? ¡Joder, no! ¡Menudo éxito de desayuno! Lo poco que tienes en la despensa y va y lo echo a perder.

No pude evitar sonreír al verla saltar y blasfemar mientras se quemaba los dedos al darle la vuelta a la tortita que tenía en la sartén.

—Ahora la culpa va a ser mía por no tener comida.

—Pues claro, y por distraerme también. Anda, siéntate, que ha quedado suficiente para los dos.

Colocó las tortitas en los platos y las cubrió con trozos de fruta y un buen chorro de chocolate. Después, puso en la mesa dos tazas de café, servilletas y cubiertos. Se sentó y se me quedó mirando. Yo todavía no me había movido del sitio. Verla desenvolverse con confianza en mi cocina, entre mis cosas y con mi camiseta puesta, me había dejado una sensación extraña en la boca del estómago. Me gustaba mucho tenerla en mi entorno. ¿De verdad había estado a punto de perder aquello?

—¿Piensas quedarte ahí parado observando cómo desayuno? Se te va a enfriar y no me hago responsable si acabo lanzándome sobre tu plato una vez haya vaciado el mío —afirmó con una

sonrisa pícaro.

Me senté frente a ella y empecé a comer.

—Debo confesar que está bueno. Tuve mis dudas cuando casi quemas mi cocina, pero te doy un notable.

—¿Solo un notable? Ahora ya no sé si te mereces mis tortitas —dijo torciendo los labios de forma graciosa—. Oye, ¿y cuándo te marchas a Roma?

—Tengo pensado salir el jueves después de comer. ¿Por qué, es que vas a echarme de menos?

—No te lo creas tanto. Ayer se me olvidó contártelo, pero yo también voy a estar en Roma este fin de semana. Tengo muchísimas ganas de conocer la ciudad.

—¿De verdad nunca has estado en Roma? ¿Cómo es posible?

—Pues no lo sé. Es una ciudad que siempre he querido visitar, pero por unas cosas u otras nunca he visto el momento de organizar el viaje —afirmó metiéndose el último bocado en la boca— ¡Dios, cómo me gusta la fruta con chocolate!

La visión fue tan sensual que las palabras salieron solas de mi boca.

—Como vuelvas a gemir así voy a tener que follarte sobre la mesa. —Valentina se puso roja a más no poder—. ¿De verdad te has ruborizado, pequeña? Pensé que ya habíamos superado esa etapa.

—Eres muy directo. Y por cierto, no me importaría nada que lo hiciéramos sobre la mesa, pero no ahora, tengo el estómago a punto de reventar.

—Me encantas.

—Tú sigue diciéndome cosas así y luego pregúntate quién tiene la culpa del tono rojizo de mi piel.

—Vale, ya paro. Me estabas contando que vas a Roma también.

—¡Ay, sí! Pablo me llamó ayer. Me ha concertado una cita con una *Community Manager* bastante conocida para el lunes. La verdad es que a pesar de estar en Valencia, me está ayudando muchísimo.

—¿Quién es Pablo? —pregunté sintiéndome incómodo por su efusividad.

—Es uno de mis mejores amigos. Te hablé el otro día del grupo, son los que siempre están llenándome el móvil de mensajes.

—Tienes razón, no me quedé con los nombres. Entonces, ¿te vienes conmigo el jueves por la tarde?

—No puedo —afirmó un poco menos alegre—, Lía se ha organizado para librar y hemos montado un fin de semana de chicas. La idea es ir el viernes y volver el lunes por la tarde, como mucho el martes.

Puse los dedos bajo su barbilla y la elevé para que me mirase a los ojos.

—Ey, me parece genial que hayas planeado el fin de semana con Lía. Seguro que lo vais a pasar en grande las dos. Si en algún momento te apetece verme, solo llámame y pasaré a buscarte. Yo también quiero quedarme hasta el lunes. Además de hablar con mi padre, me gustaría aprovechar para pasar tiempo con mis amigos.

—Pues ve haciéndome un hueco porque últimamente siempre tengo ganas de verte —exclamó recuperando la sonrisa.

Una vez se marchó, pasé el resto del día restaurando una cómoda antigua que había encontrado en un rastro hacía un tiempo. Trabajar en el taller me daba paz y me ayudaba a pensar. Solo hacía unas semanas que Valentina había irrumpido en mi vida y sin embargo, no podía quitármela de la cabeza en ningún momento. Había estado a punto de perderla y eso me había asustado de una manera que no esperaba.

Pensé también en Giulia, hacía tiempo que no lo hacía. Tendría que encontrar un momento del fin de semana para hablar con ella y asegurarme de que las cosas estaban claras entre nosotros. Suponía que estábamos en el mismo punto, pero necesitaba estar seguro de que mi pasado con ella no entorpecería mi presente con Valentina. Giulia había sido una de mis mejores amigas y el puente hacia mis padres desde que nos conocimos durante nuestra primera clase en el primer año de universidad. Nunca diría que casarme con ella hubiese sido un error, pero separarnos fue definitivamente la mejor decisión que he tomado en la vida. Siempre sería alguien importante en mi vida, pero no era ella la mujer capaz de volverme loco. ¿Lo sería Valentina?

20

LA REGLA DE LAS TRES CITAS Y UNAS AMIGAS MEDIO LOCAS



Valentina

El fin de semana en Roma estaba siendo una locura. Lía había convencido a su hermano para que la sustituyera también el jueves en la cafetería, así que habíamos comenzado nuestra aventura un día antes de lo previsto. El piso que sus padres mantenían en la ciudad era tan grande y laberíntico que ya me había perdido varias veces. Mi habitación estaba al fondo de un pasillo que comunicaba con otros dos y con una estancia que llevaba a la cocina y a un salón secundario donde hacíamos vida, bueno, la poca vida que estábamos haciendo en el piso.

Nada más llegar el jueves, Lía me había hecho cambiar mis botas por unas zapatillas de deporte y habíamos pasado varias horas caminando por la ciudad. Volvimos a casa sobre las ocho de la tarde, con el tiempo justo para cambiarnos de ropa y salir hacia el bar donde nos esperaban sus amigas, cuatro chicas de nuestra misma edad que me hicieron sentir incluida en el grupo desde el primer momento. Me recordaban a mis amigas y a mí misma: habladoras, un poco alocadas y dispuestas a defenderse entre sí a capa y espada.

Durante la cena, hablamos de viajes, de trabajo y de hombres.

—Bueno, Lía, te estaba dejando tiempo —afirmó Sara tras apurar su copa de vino—, pero ya no aguanto más. ¿Vas a contarnos cómo fue tu segunda cita con el chico misterioso? Nos tienes comiéndonos las uñas.

—¿Chico misterioso? —pregunté mirando con recelo a mi amiga—. A mí no me ha llegado esa información. Dispara.

—No es que sea misterioso. Es que solo hemos tenido dos citas y no lo quiero gafar. Os lo contaré si supera la barrera.

—Pero, ¿no vas a decirnos ni su nombre? —pregunté sin poderme creer que no me hubiese dicho nada en todo el tiempo que habíamos pasado juntas las últimas semanas— ¡Ay, Dios, lo conozco! ¿Es eso?

—Sois todas unas cotillas, he dicho que hasta que no pase la barrera de la tercera cita, no vais a saber nada.

—Solo entonces, se ganará el honor de que sepamos su nombre —afirmó Cris.

Las tres se miraron de forma cómplice mientras yo no entendía nada.

—Sara y Cris tienen la teoría de que en tres citas sabes si un chico te puede llegar a gustar realmente o debes darle puerta —explicó Lía acercándose a mí como si estuviese confesando un secreto.

—De teoría nada, es un hecho científicamente comprobado —la interrumpió Sara—. Te pongo en situación, Valentina. Hace tres semanas conocí a un chico en una aplicación de citas.

Estuvimos hablando durante unos días y un domingo quedamos para tomar café. La primera impresión fue buena, nos contamos cosas básicas cómo a qué nos dedicamos cada uno, que vivimos solos y poco más. La cuestión es que no faltó conversación y eso es un punto a su favor. La segunda cita fue una semana más tarde y se vio interrumpida por mi jefa, que me llamó desesperada para que fuera a la oficina a recoger una documentación que se había dejado. Ya sabes, un asunto de vida o muerte laboral —afirmó poniendo los ojos en blanco con dramatismo—. La cuestión es que antes de salir pitando del bar, él me besó. Y bueno, yo le devolví el beso porque estaba receptiva y porque el chico besa de forma intensa, eso también se lo voy a reconocer —confesó riendo—. Después de esa segunda cita, empezó a embalsarse y a escribirme todos los días y aunque me agobié un poco, volvimos a quedar y... ¿Sabes cuándo te das cuenta de que el chico que creías que podría empezar a gustarte tiene un tic o manía odioso?

—Creo que no me estoy enterando de nada —contesté soltando una carcajada.

—Que sí, mujer, es fácil. Cuando estamos en la fase de atontamiento no somos capaces de reconocer las manías o los gestos que luego nos dan tanta rabia. Te hablo de esos tics odiosos que tiene mucha gente y que solo ves cuando ya es demasiado tarde y estás enamorada hasta las trancas. ¿Me sigues? Bien, pues me pasé toda la tercera cita contando las veces que decía “ajá”, mientras yo estaba hablando ¡Más de veinte veces en tres minutos! Pero, ¿tú ves eso normal? Luego me di cuenta de que ni siquiera estaba prestando atención a lo que le decía.

—Y ahí fue cuando te diste cuenta de que era mejor no seguir viéndolo, ¿no?

—Pues eso es lo que tendría que haber hecho, cortar por lo sano, pero el chico era mono y teníamos bastantes cosas en común, así que le di otra oportunidad.

—La cuestión es que la cuarta cita fue una pérdida de tiempo porque Sara ya sabía que no había *feeling*, así que aprovechó para enviarlo a tomar viento fresco —me explicó Lía—. Y, cómo ésta, tenemos muchas más historias que corroboran la regla de las tres citas. Lo que te decíamos, está científicamente comprobado.

No sabía si era el momento de decirles que estaban como cabras, pero al ver tres pares de ojos mirándome con atención, no pude más que asentir y prometer solemnemente que en el futuro, intentaría poner en práctica esa loca teoría suya.

—¿Tú? ¡Creo que mi vecino ya superó la prueba hace tiempo! Reconoce que te mueres por sus huesitos.

—Lo reconozco. Me tiene loca.

—Ey, ¿de qué vecino estáis hablando? —preguntó Cris pidiendo al resto que se callara para escuchar mejor—. Dime que no se ha liado con tu vecino cañón. ¡Me lo había pedido!

—Pues las reclamaciones a ella, bonita —exclamó Lía señalándome.

—No sabía que estaba reservado, pero que sepas que no pienso devolverlo a corto plazo. Hemos superado la regla de las tres citas, así que me lo quedo. ¿No era así?

Todas empezamos a reír, metiéndonos con Cris y su fingida indignación por los supuestos cuernos que su amor platónico le había puesto conmigo.

Antes de salir del bar en el que estábamos cenando, nos hicimos una foto y la envié al grupo de WhatsApp de mis amigos, recordándoles lo mucho que los echaba de menos.

El resto de la noche pasó en un suspiro entre risas, bailes y anécdotas disparatadas.

21

CUESTIÓN DE CONFIANZA



Valentina

Gianmarco me besó en cuanto bajé del taxi en la puerta del restaurante en el que habíamos quedado. Lo hizo como si llevásemos semanas sin vernos, rodeándome la cintura con sus brazos e invadiendo mi boca hasta que a ambos nos faltó el aire. Me besó tal como necesitaba que lo hiciese. El resultado fue una sonrisilla boba que ni quise ni pude ocultar.

—Joder, te he echado de menos —afirmó apartándome un mechón de pelo de la cara.

—Yo también. Creo que la comida se nos va a hacer demasiado corta.

—¿Y si nos olvidamos del restaurante y vamos a mi casa? Te quiero solo para mí y aquí hay demasiada gente —preguntó volviendo a besarme de forma íntima, muy íntima. Estuve a punto de claudicar. Siendo sinceros, me moría por ir a su casa, desnudarlo y comérmelo a besos, pero también me apetecía sentarme con él en un restaurante y que me contase cómo le había ido la reunión con su padre. Sí, me estaba lanzando de cabeza a una piscina que tarde o temprano se quedaría sin agua.

—Deja de tentarme y entremos. En otro momento, si tienes tiempo, me encantará conocer tu casa y descubrir sus posibilidades —respondí guiñándole un ojo.

—Cuenta con ello, descarada.

Entramos en el restaurante cogidos de la mano y el *maître* saludó a Gianmarco como si lo conociese desde hacía tiempo.

—Venía a menudo cuando todavía trabajaba para mi padre y necesitaba un rato de desconexión. Está relativamente cerca de la oficina, pero no lo suficiente como para cruzarme con algún compañero.

—Hablando de tu padre, ¿cómo te ha ido con él?

Fui testigo de cómo le cambiaba el gesto. Se notaba que estaba cansado de la situación. Pensé en mi padre y en la relación tan diferente que manteníamos nosotros. Él había respetado y apoyado mi decisión de venir a Italia desde el primer momento e incluso me había ayudado a preparar el viaje. Hablábamos a diario por mensajes y nos llamábamos tres o cuatro veces a la semana. Formaba parte de mi día a día y pensar que pudiese ser de otra manera me resultaba inverosímil y tremendamente triste.

—No hemos hablado. He llegado a la oficina a las diez tal como habíamos quedado y solo con ver la cara que ha puesto Isa al verme ya he imaginado que él no se iba a presentar.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. Estoy seguro de que esa reunión urgente a la que ha tenido que asistir en la otra punta de la ciudad no ha surgido de improviso. Me apuesto lo que quieras a que ya lo sabía y

ha preferido no avisarme y que me presentara en la naviera.

—Pero, ¿por qué? El otro día parecía que quisiese arreglar las cosas contigo. ¿Estás seguro de que no estás pensando lo peor de él?

Me arrepentí de lo que había dicho en cuanto vi su gesto de indignación, no esperaba que yo lo defendiera. Por suerte, el camarero se acercó a nuestra mesa para apuntar el pedido y eso nos dio algo de tiempo para digerir la conversación.

—Perdona, no pretendía justificar lo que ha hecho tu padre. No te enfades conmigo, por favor.

Tardó unos segundos en mirarme a los ojos, sabía que me estaba evitando de forma deliberada, pero cuando por fin lo hizo, noté como se calmaba.

—No, perdóname tú. Me altero cuando hablo de él. Le he dado muchas oportunidades, Valentina, muchas, pero parece que no tiene inconveniente en desechar cada una de ellas.

—Entiendo que estés enfadado y tienes motivos para estarlo, es solo que me apena la situación. Creo que si se parase a escucharte de verdad, si tuviese la oportunidad de verte como yo lo hago cuando estás concentrado trabajando en uno de tus proyectos... Estoy segura de que le bastarían unos minutos para cambiar de idea.

—Eres demasiado optimista.

—No conozco a tu padre, pero creo que en el fondo todos buscan lo mismo, la felicidad de sus hijos. El problema es que el tuyo cree saber mejor que tú lo que te hará feliz.

—Es un narcisista de manual.

—Ten confianza en ti. Explícale cómo te sientes, hazle entender.

—Vale, lo volveré a intentar, pero tengo pocas esperanzas al respecto.

—¿Cuándo habéis quedado para hablar?

—Hoy a las siete. Él quería que nos viésemos antes, pero me negué. Tengo planes mejores para esta tarde con una chica que me tiene encandilado —afirmó con una sonrisa pícar.

Tras terminar el café, se marchó al baño y su teléfono, que seguía sobre la mesa, comenzó a vibrar. En la pantalla brillaba un nombre que no había escuchado antes, Giulia.

Llamó una segunda vez y una tercera.

Miré en dirección al baño, pero Gianmarco no volvía y todavía no tenía la confianza suficiente como para contestar su teléfono.

Pensaba que la chica ya se había rendido cuando entró un mensaje, y con mucha curiosidad y algo de culpa, estiré el cuello para ver lo que decía, antes de que se apagase de nuevo la pantalla. Alcancé solo a ver que Giulia le recordaba su cita para cenar esa noche. ¿Una cita? No sabía lo que aquello significaba, posiblemente nada en absoluto, pero la insistencia de esa mujer me había hecho sentir incómoda.

Me quedé en blanco mientras la inseguridad iba dejando un fino velo sobre mi piel, cubriéndola poco a poco.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —pregunté a bocajarro en cuanto volvió a sentarse a mi lado.

—He quedado con unos amigos, pero no creo que alarguemos mucho —afirmó con seguridad mientras pedía la cuenta al camarero con una señal de cabeza.

—¿Cenas con ellos?

—Seguramente sí. ¿Y tú que harás? ¿Tienes planes con Lía? ¿Otra salida de chicas?

La capa de incomodidad que había aparecido apenas unos minutos antes se hizo más fina, pero no desapareció del todo. Era posible que esa tal Giulia formase parte de su grupo de amigos y yo me había puesto a inventar cosas que no eran.

—Sí, cenaré con ella y sus amigas y puede que después terminemos en algún sitio en el que se

pueda bailar.

—¿Te aviso y hacemos por coincidir?

—¿Seguro? Pensé que querías disfrutar con tus amigos después de varios meses sin verlos.

—Me gustaría que los conocieras, solo si te parece bien. Tengo muchas ganas de verlos, pero parece que todavía no te has dado cuenta de que estoy totalmente enganchado a ti.

—Cuando me dices cosas como esa, me entran muchas ganas de besarte.

—¿Y se puede saber qué te lo impide?

En un momento se levantó, vino a mi lado de la mesa y me plantó un beso que me dejó sin palabras y también sin respiración.

—¿Vamos? —preguntó ofreciéndome la mano para que se la tomara y me levantase—. Tengo entendido que todavía no has visto nada de mi ciudad y pienso ponerle remedio a eso ahora mismo.

Quince minutos después, yo iba haciendo fotos con el móvil a diestro y siniestro, señalando edificios y monumentos como si fuese una niña pequeña en su primera excursión del colegio.

Sentí que me cogía de la mano y apreté la suya, observando el lugar en el que nuestros cuerpos se unían para después mirarlo a los ojos. Me topé con su gesto serio y paré en seco.

—Me pone nerviosa que me mires de esa manera. Para de hacerlo.

Se acercó, me dio un beso tierno y, todavía cerca de mis labios, susurró:

—Me gusta ponerte nerviosa, que te sonrojes y me sonrías con timidez. Y me encanta, me fascina, que cinco minutos después saques tu vena guerrera y me pongas en mi sitio sin apenas pestañear. Eres diferente a cualquier persona que haya conocido antes, Valentina.

—Eso es porque eres capaz de sacar lo mejor y lo peor de mí a la vez. No sé cómo lo consigues, pero no me gusta un pelo, así que no intentes camelarme, embaucador.

Después de unos segundos mirándonos en silencio, tiré de su mano y seguimos caminando. Los edificios eran preciosos, las fachadas estaban repletas de molduras, inscripciones, escudos e imágenes que parecían pequeñas estatuas y los portales eran verdaderas obras de arte con portones enormes de madera y aldabas doradas. Observaba todo maravillada, intentando retener cada detalle en mi memoria.

Divisé un montón de gente agrupada a unos metros delante de nosotros y aceleré el paso, arrastrando a Gianmarco conmigo. Mi corazón comenzó a palpar con más fuerza cuando nos detuvimos frente a La Fontana di Trevi.

—Dios, las fotos y las imágenes que se ven en las películas no le hacen justicia —susurré más para mí misma que para él—. Es preciosa.

—Lo es.

Me giré para mirarle y volví a ruborizarme al darme cuenta de que él me observaba a mí y no a la fuente.

—¿Venías aquí a menudo? Creo que si viviese en Roma acabaría en este mismo punto infinitas veces.

—Aun a riesgo de que me mates, tengo que confesarte que no. Supongo que cuando naces en una ciudad como esta, en la que se respira cultura en cada rincón, acabas acostumbrándote a su grandiosidad. Hay tantos rincones bonitos que en algún momento dejas de apreciarlos. —Se giró hacia mí y acarició mi mejilla—. Hoy estoy redescubriendo algunos de ellos a través de tus ojos.

Me acerqué para besarle, de nuevo abrumada por sus palabras y por lo que éstas me hacían sentir.

—Te invito a un helado.

—Está bien, pero no aquí —respondió cogiéndome de la mano de nuevo—. Aunque no lo

creas, la mejor heladería de la zona no es la que sale en todas las páginas web de viajeros, si no una que se encuentra a solo cinco o seis manzanas de la plaza.

—¿Y a qué esperas para llevarme?

—Chica impaciente.

Callejamos por una zona muy diferente, un barrio de verdad escondido entre esos lugares emblemáticos de la ciudad que todos conocíamos por los libros y la televisión.

El local al que me llevó era pequeño. Solo contaba con tres mesas redondas en las que podrían llegar a tomar algo cuatro comensales si se apretaban un poco y, por suerte, ninguna estaba ocupada. Nos sentamos en una de ellas junto a la ventana.

—¿De qué sabor quiere el helado la señorita? —preguntó Gian mientras yo miraba embelesada la vitrina que teníamos al lado.

—¿Solo puedo elegir uno?

Soltó una carcajada y supuse que había visto el pánico reflejado en mis ojos.

—Puedes pedir los que quieras, un día es un día.

—Pues creo que pediré tres, vainilla, avellana y mi favorito, pistacho.

—¿Vas a poder tú sola con tres bolas de helado? —preguntó alzando una ceja.

—Pues claro, ¿con quién te piensas que has venido?

Él pidió chocolate y limón, una extraña combinación que nunca se me hubiese ocurrido pedir. Lo observé mientras degustaba su copa, tan rápido que parecía que no hubiese probado nada igual en años.

—¿Y cómo descubriste este sitio? No es que se encuentre en una zona de paso que digamos.

—Mi madre me traía cuando era pequeño, casi siempre cuando quería compensar algo.

Noté como la voz se le quebraba con las últimas palabras a la vez que sus ojos se achicaban, como si quisiese borrar algún recuerdo. No me atrevía a preguntar, así que me limité a intentar borrar la tristeza que lo había alcanzado.

—Definitivamente, es uno de los mejores helados que he probado nunca.

Esbozó una sonrisa, pero las comisuras de sus labios ni siquiera intentaron alcanzar su mirada y cuando quise darme cuenta, mi mano acariciaba su pelo y mis labios besaban los suyos.

—¿Te apetece contármelo?

—Espero que no te moleste, pero preferiría no hablar más de mis padres por hoy.

Sabía que había una historia detrás, una que me contaría si algún día estaba preparado para hacerlo. Peiné su pelo y me esforcé por sacar un tema de conversación que consiguiese cambiar su estado de ánimo.

Después de un rato, comenzó a pasar sus dedos por mi antebrazo, haciéndome unas cosquillitas muy placenteras.

—Gracias. —Alcé las cejas a modo de pregunta para que se explicara—. Por no insistir antes, por respetar mis tiempos.

—No son tus tiempos lo que respeto, si no a ti. Quiero que cuando me cuentes algo sea porque realmente quieres compartirlo conmigo, porque de alguna forma te haga sentir mejor el hecho de decírmelo.

—Eres una mujer increíble —afirmó mirándome a los ojos—. No sé en qué momento me he ganado el derecho a estar contigo, pero no pienso desaprovecharlo.

—Yo tampoco. Sé que tuve dudas, pero ahora lo tengo claro. Merece la pena arriesgarse por ti, Gianmarco Iraldi.

22

EL SILENCIO NO PUEDE CUBRIR LA MENTIRA



Gianmarco

Estaba en el coche, perdido en mis pensamientos mientras esperaba a que Giulia bajase de su casa, cuando me llegó un mensaje de Valentina.

Valentina: Hola precioso, ¿cómo fue la reunión con tu padre?

Sonreí al leerlo y respondí en seguida.

Gianmarco: Podría haber ido mejor, pero por lo menos no nos hemos tirado nada a la cabeza.

Valentina: ¿Te apetece hablar?

Gianmarco: Prefiero contártelo cuando estemos cara a cara. Disfruta de tu noche con las chicas. Besos por todas partes.

Valentina: Besos!

Bloqueé el teléfono y me sentí fatal por no haberle contado que iba a cenar con Giulia. Había pensado hablarle de ella esa tarde, explicarle quién era y el motivo por el que habíamos quedado para cenar, pero una conversación nos llevó a otra y después... Después se me acabaron las excusas y fui un cobarde, para qué mentir.

Giulia bajó tarde, como era habitual, pero esa vez no me molestó, no al menos de la forma en que lo hacía en el pasado. Estaba guapa y elegante, como siempre, con el pelo suelto, un vestido ajustado en color verde y unos zapatos que la hacían parecer más alta de lo que ya era.

Aprovechamos el trayecto hasta el restaurante para ponernos al día. Seguía trabajando en el departamento de *pricing* de la empresa de mi padre, como había hecho desde que ambos nos graduamos.

Durante la cena, di rodeos a varios temas, intentando retrasar el que en realidad más importaba. La estuve observando. Parecía feliz, igual de feliz que lo fue durante nuestros años de universidad, cuando reíamos por cualquier cosa y bebíamos cerveza hasta caer redondos.

Llevábamos más de un año separados y todavía no habíamos tenido la conversación que nos debíamos. La idea de llevar vidas separadas había sido mía, pero a ella le pareció bien desde el principio. No cerramos la puerta a la posibilidad de un *nosotros* futuro, pero en aquel momento ambos sabíamos que la relación no funcionaba.

Nuestra ruptura no había sido traumática. No había habido gritos, reproches ni terceros

implicados. Solo dos personas reconociendo en voz alta que la manera en la que se querían ya no era la normal entre dos amantes. Y nos queríamos. Nos queríamos tanto que conseguimos seguir siendo amigos a pesar de que todo el mundo se puso en contra, a pesar de las advertencias y a pesar de los roces, que los hubo.

No fueron celos lo que sentí la primera vez que la vi de la mano de otro hombre, aunque tengo que reconocer que me escoció un poco y me costó acostumbrarme.

—¿Vas a decirme de una vez por qué estás tan nervioso o seguimos disimulando como si no pasase nada? —preguntó dejando la cuchara a un lado de su plato.

—Tan directa como siempre.

—Hombre, creo que te he dado tiempo de sobra, pero es que acaban de servirnos el postre y aún no te decides. No es propio de ti dar vueltas a las cosas y me estoy empezando a asustar. Venga, suéltalo, que no puede ser tan malo.

—Está bien —acepté poniéndome serio. Confiaba en que ambos estuviésemos en el mismo punto y que no perderíamos la amistad que habíamos conseguido mantener—. Cuando nos separamos hace algo más de un año, pactamos que podría ser algo temporal y quedamos en que llegado el momento nos sentaríamos y hablaríamos sobre el futuro. —Me quedé en silencio, esperando a que ella dijese algo, pero solo asintió con la cabeza, dejándome a mí el marrón de ser el primero en sincerarse—. Se supone que este tiempo ha debido de servirnos para averiguar si estamos mejor juntos o separados, ¿no es así?

—Lo recuerdo. ¿Y a qué conclusión has llegado durante estos quince meses?

—Yo... —Me pasé la mano por la cabeza nervioso. Esa era una de las conversaciones más difíciles que había tenido en mucho tiempo—. Creo que los dos estamos de acuerdo en que somos más felices teniéndonos como amigos que como pareja.

—¡No puedo creer que me estés diciendo eso! —exclamó sorprendida—. ¿Qué estamos mejor como amigos? Todo este tiempo separados solo me ha servido para darme cuenta de lo mucho que echo de menos tenerte en mi vida.

—¿Cómo? —pregunté, boqueando como un pez en busca de oxígeno.

—Cariño, yo te quiero. Quiero intentarlo. Me mudaré contigo a Villa Antea, teletrabajaré la mayor parte del tiempo y vendré a Roma cuando me necesiten en la oficina, pero tengo clarísimo que lo más importante es estar a tu lado todo el tiempo posible.

—Giulia, yo no... Yo...

De repente, estalló en carcajadas. No paraba de reír, inclinándose hacia adelante y atrás en su silla. Creo que hasta alguna lágrima llegó a soltar la muy cabrona.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¡Pues claro que te estoy tomando el pelo, bobo! —afirmó sin dejar de reír—. Tenías que haberte visto la cara, blanca como la pared.

—Eres una arpía.

—Lo sé, perdona. Es que no he podido evitarlo. Bueno, y ahora empieza a hablar —la miré extrañado sin entender qué era lo que pretendía que le contase—. ¡La chica! Entiendo que no vayas a contármelo todo, pero por lo menos dime quién es y cuánto tiempo lleváis juntos.

—Joder, eres buena leyéndome.

—Son muchos años cerca de ti, cariño.

—Deja de llamarme así, ¿quieres? —pregunté molesto.

—¿Prefieres amorcito? —siguió con la burla.

—Vale, tu ganas. Se llama Valentina y, casualidades de la vida, es una de las nietas del *nonno* Angelo. No llevamos mucho tiempo juntos, un par de meses entre unas cosas y otras, pero...

—Ella te importa —me interrumpió—, porque si hubiese sido de otra manera, no habrías sentido la necesidad de aclarar las cosas conmigo.

—Me importa. Me importa cada día más. A pesar de tu broma de antes, hace tiempo que tú y yo tenemos claro que en nuestro futuro no cabe una relación amorosa, pero sentía que nos debíamos esta conversación.

—Estoy de acuerdo. Y voy a decirte una cosa de la que creo que todavía no eres consciente —afirmó mirándome con dulzura—. Pequeño saltamontes, te estás enamorando de esa chica.

Puede que tuviera razón y lo que sentía por Valentina se me estuviese yendo de las manos, pero si algo tenía claro era que no podía permitirme ir tan lejos porque si lo hacía, acabaría dándome un enorme batacazo.

—Pues espero que no tengas razón porque si no, voy a quedarme realmente jodido cuando ella vuelva a España.

—¿Ella no vive aquí de forma permanente? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Me temo que no. Se quedará solo unos meses, un año como mucho.

—¿Y cómo te has tirado a esa piscina sabiendo que se estaba quedando sin agua?

—¿Masoquismo? Buf —suspiré sintiéndome agobiado—. No lo sé, Giulia. Tiene algo especial, algo que me hace querer más y más. Valentina es... No estaré lejos de ella mientras pueda evitarlo.

—Entonces, deberías pedirle que se quedara.

—Una propuesta un poco egoísta. Además, todavía nos estamos conociendo —afirmé con la boca pequeña.

—Uno tiene que luchar por aquello que le hace feliz, aunque a veces tenga que ser egoísta para alcanzarlo. Y ahora, vámonos de aquí, que se nos han hecho las mil con tanta cháchara.

—¿Te llevo a casa o a algún otro sitio?

—He quedado con todos en *Il Diabolo*.

—¿Ese *todos* incluye a los chicos?

—Claro.

—Voy contigo entonces. Había quedado con Vittorio en que le llamaría más tarde para preguntarle donde estaban y pasarme un rato.

—Si prometes portarte bien, igual hasta te presento a mi amigo especial.

—Así que hay un amigo especial... Pues has abierto la caja de Pandora y ya no tienes opción de cerrarla. No voy a separarme de tu lado hasta conocerlo.

Dudé en llamar a Valentina, pero al no haberle hablado de Giulia todavía, me di cuenta de que no era una buena idea. Lo mejor hubiese sido explicarle todo durante la comida, pero de nada servía lamentarse a toro pasado.

Me moría de ganas de verla, quería presentarle a Vittorio y al resto de mis amigos, pero tendría que conformarse con estar un rato con ellos y llamarla más tarde por si aún estaba a tiempo de quedar con ella.

Cuando llegamos a *Il Diabolo* era más de media noche y la cola llegaba hasta la esquina. Por suerte, uno de los gerentes era primo de Giulia y los chicos que estaban en la puerta la conocían.

Solo habíamos dado unos cuantos pasos por la pista, cuando me acerqué para preguntarle si sabía en qué lugar estaban nuestros amigos. Fue entonces cuando dos enormes ojos de color avellana me dejaron clavado en el sitio. Vi el dolor en su mirada y también vi como éste se transformaba en decepción y finalmente en enfado. Tardé un poco en entender lo que estaba pasando, en ser consciente de que tenía la mano en la cintura de Giulia y en que hace un momento estaba hablándole al oído. Entendí lo que debía estar pensando y vi cómo se contenía

para no acercarse y echarme en cara todo lo que en ese momento se le estaba pasando por la cabeza.

—No, mierda —maldije para mí mismo.

Escuché la voz de mi amiga de fondo, pero no fui capaz de entender lo que me dijo, ni siquiera lo intenté hasta que tiró de la manga de mi camisa y la miré.

—¿Es ella?

Asentí.

—Pues deberías ir y decirle quien soy porque creo que se acaba de montar una película en la que tú eres el villano y yo la exnovia que quiere recuperarte.

—No lo entiendes, no sabe que existes.

—¿No le has contado que estuviste casado? Pero, ¿en qué estabas pensando?

—Joder, Giulia, no me atosigues ahora y ayúdame.

—¡Pues corre tras ella y explícale todo! ¿A qué estás esperando?

Cuando volví a mirar en la dirección en la que se encontraba Valentina, ella ya había desaparecido.

—Mierda, tengo que irme. Siento dejarte sola.

—No te preocupes, sé dónde están todos. Si consigues que te perdone, ven y preséntanosla.

Fui corriendo en busca de Valentina, pero parecía habérsela tragado la tierra. Miré por todas partes, en la barra, en los baños, en cada maldito rincón de la discoteca. Cuando salí a la calle, habían pasado más de diez minutos desde que la había visto en la pista de baile y temí que se hubiese marchado pensando lo peor de mí.

Me encaminé al aparcamiento exterior en el que había dejado mi coche, dispuesto a recorrer en él los alrededores mientras la llamaba por teléfono. Obviamente, no respondió a mi llamada.

Me dio un vuelco el corazón cuando la reconocí en la distancia, sola en mitad de la noche. Podía haberle pasado cualquier cosa en aquel lugar alejado de todo y la culpa hubiese sido solo mía. Tenía la espalda apoyada en el coche de Lía y su cabeza reposaba contra el techo. Los ojos cerrados y los brazos dejados caer a ambos lados de su cuerpo, con las manos cerradas en puños.

Contra más tiempo la observaba, más me arrepentía de cómo había hecho las cosas.

**Valentina**

Era una tonta. Una idiota. Una ingenua.

Me sentía decepcionada, con él y conmigo misma. Me había culpado por dudar de él en el restaurante, cuando la tal Giulia le había llamado y le había dejado un mensaje para cerrar su cita de esa noche. Una cita, eso es lo que era. Había pasado la tarde conmigo y pretendía pasar la noche con ella. ¿Cómo podía ser tan cínico después de las horas que acabábamos de vivir? Si hasta le había dicho que merecía la pena arriesgarse por él...

Salí de la discoteca corriendo, sin avisar a nadie y sin coger el abrigo ni el bolso del guardarropa.

Después de varios minutos, fui consciente del frío que hacía. Tenía la cabeza apoyada en el coche de Lía y estaba intentando apaciguarme, cuando escuché un ruido a mi espalda y de golpe, fui consciente de mi estupidez. Estaba totalmente sola, de noche y en mitad de un aparcamiento mal iluminado.

Me giré de golpe cuando escuché otro sonido detrás de mí, esta vez más cerca, y me quedé helada cuando vi la figura de un hombre acercándose. Palpé mis bolsillos traseros y saqué el teléfono de uno de ellos con las manos temblorosas.

—Valentina, espera.

Escuchar la voz profunda de Gianmarco mientras me giraba para salir corriendo de allí me hizo sentir un profundo alivio. Pero me duró poco.

—No te vayas, necesitamos hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —afirmé retándole con la mirada, intentando mostrar una seguridad que para nada sentía.

—No hay nada entre la mujer que has visto y yo, te lo juro.

—¿De verdad pretendes que te crea después de lo que he visto ahí dentro? Siento decepcionarte, pero no soy tan tonta como pensabas —afirmé, mi voz destilando sarcasmo.

—No me hables así.

—¡Lo que me faltaba! —dije alzando las manos mientras el apretaba la mandíbula—. Pero, ¿tú te escuchas cuando hablas? Tengo derecho a estar cabreada y aunque no lo tuviera, me cabreo cuando me da la gana, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, pero si me escuchas un momento, cambiarías de opinión.

—Está bien. Habla. Di lo que tengas que decir —demandé cruzándome de brazos y elevando la barbilla. Estaba dispuesta a dejar que me contase cualquier milonga, de hecho, quería escuchar lo que fuera que se estuviese inventando sobre la marcha— ¿Qué pasa? ¿Ahora te falla la

imaginación?

—Así no. No aquí y no de esta manera. Ven conmigo.

Me cogió de la mano y me llevó hasta su coche, que se encontraba a solo unos metros del de mi amiga. Sentir sus dedos sobre los míos me desestabilizó, no estaba preparada para estremecerme con el toque de su piel como si nada hubiese pasado. No entendía por qué mi cuerpo tenía que llevarme la contraria en aquel momento, por qué no podía estar en sintonía con lo que mi corazón estaba sintiendo.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —afirmé enfadada conmigo misma mientras me soltaba de su agarre.

—Maldita sea, no pienso discutir esto en un aparcamiento de mala muerte.

—Pues no discutamos en absoluto. Date la vuelta y vuelve con tu amiga, seguramente te estará buscando y a mí ya me da igual.

—No digas eso.

—¿Qué? —pregunté sorprendida por el cambio en su tono de voz. Parecía más abatido, triste. En ese momento quise empujarle y abrazarle al mismo tiempo.

—Que te da igual. No me lo creo. Sé que estás decepcionada y solo te pido que vengas a mi casa y dejes que me explique. Te prometo que si después de hacerlo sigues necesitando alejarte de mí, yo mismo te llevaré con Lía y me iré hasta que decidas volver a verme.

Suspiré. Odiaba dar mi brazo a torcer en una situación como aquella porque si algo tenía claro, era que no quería parecerme a esas personas que creen ciegamente en las mentiras del otro y acaban perdonando lo imperdonable. Por otro lado, quería escuchar su versión de los hechos mientras lo miraba a los ojos. No por él, si no por mí.

Subimos a su coche y arrancó en cuanto cerré la puerta. No habían pasado ni dos minutos cuando su teléfono comenzó a sonar de forma insistente. A la tercera llamada, se arrimó al arcén y lo sacó de su bolsillo.

—Es Vittorio y él no suele insistir —explicó mientras me pedía perdón con la mirada. Yo me limité a encogerme de hombros y giré la cabeza para mirar por la ventanilla.

—Dime —respondió de forma brusca.

—...

—No me jodas.

Lo noté nervioso y me tensé cuando salió del coche y cerró la puerta demasiado fuerte. Fuese lo que fuese lo que estuviese hablando con él, no quería que yo me enterase y eso fue suficiente para rescatar mi cabreo.

Estuve observando por el retrovisor como se alejaba unos pasos del coche y comenzaba a andar de un lado a otro mientras hablaba por teléfono.

Mi mente era un torbellino, un cúmulo de pensamientos y sentimientos que se entremezclaban y salían disparados en todas direcciones sin orden ni sentido. De pronto, empezó a agobiarme estar en ese coche. El coche en el que debía haber llegado con ella.

Sin dedicarle más de un pensamiento a lo que iba a hacer, me quité los zapatos de tacón, salí del coche con cuidado de no hacer ruido y comencé a andar.

Antes de girar la primera esquina, me di la vuelta para comprobar que Gianmarco seguía inmerso en su discusión acalorada y no se había dado cuenta de mi huida. Era mejor así.

Me puse los zapatos antes de entrar en el primer bar de copas que encontré. No era muy grande, pero estaba lo suficientemente lleno como para pasar desapercibida a pesar de ir demasiado arreglada.

Algunos clientes hablaban en las mesas mientras otros jugaban al billar y a los dardos. Al

fondo, una veintena de personas bailaban al son de una música country, ajenos al resto del mundo. Fui directa al baño y llamé Lía.

—Por favor, dime que no arruino tu noche si te pido que recojas mis cosas del guardarropa y vengas a por mí.

—¿Val? ¡Llevo más de media hora buscándote! ¿Dónde te has metido?

—Estoy en un bar. Cerca de la discoteca, creo. Acabo de compartir contigo mi ubicación en tiempo real.

—Vale, no estoy entendiendo nada, hay demasiado ruido aquí. ¿Has dicho un bar? Pero, ¿estás bien?

—Si... Yo...

Se hizo el silencio mientras buscaba las palabras adecuadas para resumir en una frase lo que había pasado. Por suerte, mi amiga me conocía demasiado bien y no hizo falta continuar.

—Vale, acabo de ver dónde estás. En diez minutos estaré en la puerta.

Nada más colgar, mi teléfono empezó a sonar con una llamada de Gianmarco, la cual ignoré. Después llegó otra y otra más. Apagué el teléfono antes de subir al coche de Lía, la cual me recibió con gesto preocupado.

—¿Estás bien? —Preguntó arrancando y saliendo de aquel lugar.

—Estaré mejor cuando llegemos a tu casa —afirmé mientras tamborileaba con los dedos sobre mis rodillas.

—Me están llamando, ¿puedes cogerlo tú? Les dije a las chicas que les avisaría cuando te recogiera para confirmarles si volvíamos a *Il Diabolo* o nos íbamos a casa.

Saqué su teléfono del bolso y me quedé inmóvil, mirando el nombre de Gianmarco en la pantalla. Lo dejé sonar.

—¿Quieres cogerlo de una vez? Se van a preocupar.

—No son ellas. Dije bajando el volumen de la llamada.

Me miró como si me hubiesen salido dos cabezas, pero no dijo nada más hasta que llegamos a nuestro destino.

Me sentí abatida cuando entramos en casa y dejamos las chaquetas en el perchero de la entrada. Intenté iniciar mi huida hacia el baño, pero Lía se plantó delante de mí, con los brazos en jarras, mirándome como si estuviese a punto de reñir a una niña pequeña. Y eso es más o menos lo que hizo.

—¿Piensas contarme lo que ha pasado esta noche o tengo que llamar a mi vecino para que me dé su versión de los hechos? Porque estoy segura de que tiene algo que ver en todo esto.

—¡Ni se te ocurra hacerlo!

—Vale, pues entonces, tú y yo vamos a sentarnos en ese sofá y vas a contarme con detalle qué mierda ha pasado para que estemos rechazando sus llamadas y yo haya tenido que recogerte en un bar de country. ¡De country! ¿Estamos locos?

—El sitio no estaba tan mal —afirmé sonriendo por primera vez en un par de horas.

—El sitio era cutre a rabiar. Ahora dispara. ¿Por qué ha discutido la pareja del año?

—No somos pareja y para que lo sepas, tu vecino es un cabrón.

—¡Esa boca! Como te escuche tu padre, es capaz de viajar desde España para lavártela con lavavajillas. Y ahora, dime lo que ha pasado.

—Lo que ha pasado es que soy una tonta, para variar. Me gusta mucho. Tanto que decidí haceros caso a todos y dejarme llevar. *La vita è adesso*, dice Fiorella.

—Y entiendo que no ha salido bien. ¿Qué ha hecho ese burro ahora?

Le conté todo, la tarde tan increíble que habíamos pasado juntos, mis dudas cuando vi el

mensaje que le dejó esa mujer y todo lo que había pasado por la noche.

—Val, cálmate. Conozco un poco a Gian y no creo que sea así como dices.

—No, si yo tampoco lo creía hasta que lo he visto esta noche. Soy una ingenua Lía, además de una cobarde.

—¿Y cobarde por qué?

—Por huir como si fuese un ladrón en lugar de plantarme delante de él, escuchar lo que tiene que decir y mandarlo a la mierda a la cara, que es lo que se merece. —Exhalé despacio, intentando expulsar junto al aire, parte de la tensión que sentía—. Me importa, Lía, incluso más de lo que quiero reconocer, pero pensaba que era algo más para él que otra de las mujeres con las que se acuesta y ahora me siento... insignificante.

—Vamos, no digas eso. Estoy segura de que hay alguna explicación para lo que has visto. Puede que fuese una amiga ¿Cómo era? A lo mejor la conozco.

—Alta, rubia, guapa, elegante... Todo lo contrario a mí.

—¿Llegaste a ver su nombre en el mensaje? —preguntó con cautela.

—Sí, la mujer se llamaba Julia, Giulia o algo parecido. ¡Si hasta el nombre es bonito!

Lía puso la mano en mi pierna y me miró a los ojos con preocupación.

—Val, tienes que hablar con él.

—¿¿Sabes quién es esa mujer?? —pregunté atónita.

—Sí e insisto en que tienes que llamarlo. No quiero meter la pata y hablarte de cosas que solo sé a medias. Habla con él, Valentina. Hazme caso.

—¡Increíble! No me lo estás diciendo en serio, ¿verdad? —pregunté levantándome del sofá.

—Es que es mejor que te lo cuente él.

—¡Ni de coña! Ahora mismo me estás diciendo lo que sabes.

—Está bien, pero que conste que no creo que sea lo mejor que te enteres por mí.

—Sea lo que sea, ha tenido tiempo de sobra para contármelo.

—Ahí te doy la razón. Giulia es, o mejor dicho fue, su mujer.

Me debí quedar con cara de pánfila, porque empezó a frotar mis hombros y mis brazos como si quisiese hacerme reaccionar.

—A ver que me centre. ¿Está o estuvo casado?

—Pues supongo que lo estuvo porque desde que se mudó al pueblo hace más de un año, a ella nunca se le ha visto por allí.

—Ese supongo no me convence.

—Habla con él, es el único que tiene las respuestas, y si te importa tanto como me has dicho, deberías darle una oportunidad para explicarse. Deja que sea él quien te aclare cómo están las cosas con Giulia y después toma tus decisiones, pero necesitas conocer toda la historia.

—De momento, lo que necesito es irme a la cama y pensar.

Pasé el día siguiente haciendo nada. Era domingo, y a pesar de su insistencia, rechacé la invitación de Lía de acompañarla a casa de sus tíos a comer.

Me quedé en el sofá, en silencio, durante horas. Podía llegar a creer que la noche anterior no hubiese pasado nada entre Gianmarco y esa mujer, pero eso no justificaba que me hubiese ocultado que estaba casado. No la había nombrado ni una sola vez, como si tener o haber tenido una esposa no fuese algo digno de mencionar. Me sentía decepcionada, sentía que no había significado lo suficiente para él como para haberme contado algo así. Y escocía. Vaya si escocía porque él sí era importante en mi vida. No sabía cómo había llegado a ese punto, tal vez me había enredado en mí misma por el camino, pero estaba perdida. Me preguntaba qué hubiese pasado si las chicas y yo hubiésemos decidido ir a otro lugar esa noche, si no me hubiese

encontrado con la bomba explotando directamente en mi cara. ¿Me habría contado en algún momento lo de su mujer?

Para colmo, no podía olvidar sus labios acercándose a su oído mientras ella le devolvía una sonrisa perfecta. La mano de él descansando en su cintura como si aquel fuese su lugar en el mundo y esa complicidad entre ellos... No podía negarlo, estaba destrozada.

**Gianmarco**

Estaba que me subía por las paredes. La había llamado al menos treinta veces en menos de veinticuatro horas y también le había dejado varios WhatsApp. No sabía nada de ella desde el mensaje que me había enviado a las cuatro de la madrugada, en el que solo me informaba de que estaba en casa, que no se había visto con ganas de tener una conversación conmigo en ese momento y que sería ella quien me llamase.

Era culpa mía, eso lo tenía claro, pero marcharse sola en plena noche había sido una estupidez. Podría haberle pasado cualquier cosa y yo... Yo no me lo hubiese perdonado.

Con los codos apoyados en las rodillas y las palmas de las manos presionando mi frente, intentaba reducir el dolor de cabeza. Había pasado la noche y parte de la mañana en el hospital y mi cuerpo me pedía a gritos unas horas de sueño.

—¿Cómo está? —exigió saber mi padre, apareciendo en la sala de espera—. ¿Por qué no estás con ella en la habitación?

—Tranquilo, está bien. Siguen administrándole glucosa y vitaminas. La doctora ha dicho que en un par de días le darán el alta.

—Esto es... No pensaba que llegaría a este extremo, joder. Si lo hubiese sabido, habría puesto medidas, habría pasado más tiempo en casa o hubiese dejado a alguien al cargo.

Estaba agitado, nervioso y no paraba de moverse y mirar hacia todos lados. En nada se parecía al hombre frío y altivo que era en su día a día y verlo así me conmovió. Me levanté y le puse una mano en el hombro para que me mirase.

—Escúchame y no se te ocurra culparte. No podías hacer nada. Mamá arrastra el mismo problema desde hace mucho tiempo.

—Alargué mi viaje. —Me miró a los ojos y lo que vi en ellos me dolió directamente en el pecho—. No tenía ganas de volver, no tenía ganas de llegar a casa y encontrarme con la misma situación de siempre. No sé si será o no culpa mía —afirmó alejándose de mí lo suficiente para evitar el contacto—, pero es mi responsabilidad y le he fallado. Puedes irte. Me ocupo de aquí en adelante.

—Puedo quedarme un rato más o volver más tarde, cuando haya descansado un poco.

—He dicho que no. Ve a hacer tus cosas. Te llamaré si hay cambios.

Y sin más, se dio la vuelta y le preguntó a una enfermera dónde se encontraba la habitación de mi madre. Como siempre, él daba las órdenes y esperaba que el resto las cumpliésemos sin vacilar.

Nunca conseguiría entender a ese hombre al que llamaba papá. Nunca sabría qué le pasaba

por la cabeza; si era bueno o malo; si quería o no a mi madre; si me respetaba a mí; si era feliz.

Un rato después, me despertó el sonido del teléfono. Me levanté perdido, sin saber dónde estaba ni si había dormido cinco minutos o cinco horas.

Pasé la tarde con Vittorio, poniéndonos al día de lo que había sido de nuestras vidas en las últimas semanas. Por la noche, tras haber mirado mi teléfono unas cien veces, recibí un mensaje de Valentina:

Creo que mereces que te escuche, espero no equivocarme ¿Nos vemos mañana sobre las 12h?

Respondí al momento.

Gracias por darme la oportunidad. Te prometo que puedo aclarar lo que viste. Te paso la ubicación de mi casa. Te esperaré.

Prefiero una cafetería o un lugar al aire libre.

No quería hablar con ella en un lugar abarrotado de gente en el que cualquiera pudiera interrumpirnos. Quería mirarla a los ojos y que viera que estaba siendo sincero; quería pedirle disculpas por no haberle hablado de Giulia antes y contarle toda la historia desde el principio; quería poder tocarla mientras le explicaba. Joder, la quería para mí solo.

Tengo bastante que contarte y me gustaría hacerlo en privado. Prefiero mi casa, pero si no estás de acuerdo, acepto lo que decidas.

Ok. A las 12h en tu casa.

Suerte en tu reunión de mañana.

Quería decirle mucho más, que la echaba de menos, que sentía no haber hecho las cosas bien, que necesitaba un abrazo suyo, que me hubiese gustado tenerla a mi lado en el hospital la pasada noche, pero no era el momento.



Valentina

La casa de Gianmarco en Roma no era como la esperaba ni se parecía en lo más mínimo a la que tenía sobre su taller en Villa Antea. La del pueblo era una casa robusta, de muros anchos, en la que la madera estaba presente en cada rincón. Cada mueble parecía tener su propia historia y todos ellos en conjunto formaban una armonía que te hacía sentir bienvenido, cómodo. Sin embargo, el lugar en el que me recibió aquel día era un apartamento enorme, luminoso, decorado al estilo minimalista y... frío. El suelo era de color marfil y brillaba de tal forma que al principio me dio apuro pisarlo. Creo que Gianmarco confundió mi actitud dubitativa con vergüenza y me instó a pasar delante de él, señalándome el corto pasillo por el que debía avanzar.

El salón me dejó boquiabierta y me hizo pensar en las casas de decoración de las revistas que leía mi hermana Marta. Era como si nunca nadie se hubiese sentado en los sofás o cogido un libro de las estanterías que cubrían la pared lateral, desde el suelo hasta el techo.

Después de unos segundos en silencio, me ofreció algo de beber y pedí agua, aunque fue más por tener algo entre las manos que por sed.

Cuando regresó de la cocina, nos sentamos en el mismo sofá y dejó ambos vasos sobre la mesita de centro.

—Valentina, voy a ser directo, la mujer que viste la otra noche...

—¿Cómo haces para que este sitio esté tan limpio? —lo interrumpí.

—¿Cómo?

Las palabras habían salido solas de mi boca. Estaba tan nerviosa que había dicho lo primero que se me había cruzado por la cabeza. Las cosas no estaban saliendo como deberían. Estaba incómoda en aquella casa, delante de un Gianmarco que ya no sabía si era quien yo creía. Tal vez no lo conocía lo suficiente.

—Perdona, yo... No sé si estoy preparada para escuchar lo que tienes que decir —afirmé poniéndome en pie—. Quizás sea mejor dejarlo así. No nos hemos prometido nada, lo sé, pero me dolió que me mintieses y verte con esa mujer...

Se puso de pie frente a mí, me cogió de las manos y sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo.

—Por favor, solo te pido que te sientes y me escuches. No te mentí, Giulia es una amiga, una buena amiga. De lo que sí me arrepiento, y mucho, es de haber retrasado una conversación que deberíamos haber tenido desde el momento en que empecé a darme cuenta de lo que me importas.

Volví a sentarme, cerré los ojos un momento y separé mis manos de las suyas, lentamente.

—Me cuesta creer que te importe después de lo que vi.

—Lo sé y eso es solo culpa mía. Giulia y yo nos conocimos en la universidad, nos enamoramos y poco después de terminar la carrera, nos casamos. Éramos muy jóvenes y teníamos prisa por estar juntos. Nuestra relación siempre fue cómoda, tenemos el mismo grupo de amigos, ella trabaja en la empresa de mi padre y yo también lo hacía. Pasábamos casi todo el tiempo juntos.

—Lo entiendo, teníais una relación perfecta. Ahora es cuando me dices que nunca lo dejasteis del todo y que te has dado cuenta de que quieres estar con ella, ¿es eso? —exclamé en tono cortante. Me estaba mordiendo la lengua para no decirle que me importaba poco el tipo de relación que tuviese con su mujer y que podía irse a tomar viento con ella.

—No, para nada. Por favor, déjame terminar. Lo que en realidad pasó fue que nos habíamos propuesto comernos el mundo juntos y al final, fue el mundo el que nos comió a nosotros. A pesar de que teníamos cosas en común, también éramos muy diferentes en algunos aspectos, ella quería vivirlo todo, salir de fiesta cada fin de semana, viajar a un lugar diferente cada mes, probar cosas que para mí estaban fuera de los límites...

—¿Drogas? —pregunté sorprendida. La mujer elegante y sofisticada que vi a su lado no me pareció de ese tipo.

—Sin abusar de ellas, pero sí. Quería probarlo todo y yo la frenaba. Me sentía mal conmigo mismo por no darle lo que necesitaba. Creo que durante el último año de convivencia ambos nos dimos cuenta de que no teníamos futuro como pareja, pero el detonante fue saber que ella quería meter a más personas en nuestra cama.

—¿En plan trío? ¿Orgía? —Pregunté, todavía incapaz de asumir lo que acababa de contarme.

—Algo así. Me propuso ir a un club a probar, pensaba que sería bueno para nuestra relación. Me negué en rotundo, no era mi estilo y sigue sin serlo. Pero ver su cara de decepción al darse cuenta de que no podría convencerme me mató. No quería privarla de nada ni ser yo quien la frenase. Giulia ha estado siempre para mí, se merecía y se merece ser feliz y me di cuenta de que yo no era la persona indicada para estar a su lado, ni ella para estar al mío. A pesar de tener muchas cosas en común, teníamos mentalidades tan diferentes que nunca podríamos encajar del todo.

—¿Os divorciasteis?

—Nos separamos. Decidimos hacer vidas independientes, pero en lugar de cerrar la puerta del todo, pactamos que después de un año volveríamos a sentarnos a hablar de nosotros y de cómo nos sentíamos.

—¿Por si os arrepentíais y queríais volver a estar juntos?

Asintió y yo contuve la respiración mientras frenaba las ganas que tenía de echarme a llorar. Recordaba la forma en la que él había rodeado su cintura con cariño mientras ella lo miraba con complicidad y... ¿puede que amor? Aparté la mirada y estuve a punto de levantarme. Ya no quería escuchar la respuesta, no quería escuchar nada más de su historia, pero Gianmarco volvió a envolver mis manos entre las suyas con delicadeza, como si temiera que pudiese desaparecer en cualquier momento.

—Val, no me arrepiento —afirmó cogiéndome de la barbilla y haciendo que lo mirase a los ojos—. No hubiese empezado algo contigo si tuviese sentimientos hacia otra persona. Ha pasado más de un año y aún no había tenido esa conversación con Giulia. De hecho, me olvidé por completo de ese absurdo pacto hasta que empecé a sentir algo más por ti y creí necesario aclarar las cosas.

—¿Estás seguro de que no sientes nada por ella? Necesito que seas totalmente sincero, Gian.

Lo nuestro ya es bastante difícil sabiendo que tiene fecha de caducidad y que nuestras familias están algo mezcladas.

—Estoy seguro. Quedé con ella para aclarar las cosas, y aunque ya me lo imaginaba, está de acuerdo conmigo. No hay nada entre nosotros más que una bonita relación de amistad. De hecho, no sé cómo, pero ha descubierto que hay alguien más en mi vida y quiere conocerte.

—¿Conocer yo a tu mujer? —Pregunté asustada y me separé dando un brinco hacia atrás.

—No, conocer a una de mis mejores amigas.

—Creo que no estoy preparada para eso.

—¿Y para perdonar que te haya ocultado su existencia?

Su mirada era brillante y de un azul tan profundo que podría haberme quedado prendada de ella durante horas.

¿Podía perdonarle? Ya lo había hecho.

—Es posible —afirmé sonriendo de forma pícara—, pero tendrás que esforzarte un poco.

—Vale, digamos que estoy a prueba durante... ¿tres días?

—Una semana —respondí escondiendo la risa como pude.

—Está bien, una semana. Pues si te parece bien, empezaré mi penitencia cocinando para ti.

¿Aceptas comer conmigo?

—Mmmm. Vale, pero te advierto que soy exigente con la comida.

—Lo sé y te recuerdo que ya conquisté tu estómago un par de veces y que puedo volver a hacerlo.

Se puso de pie, me ofreció la mano para ayudarme a levantar y me atrajo hacia su cuerpo. El aroma a pintura y barniz inundó mis fosas nasales encandilándome como hacía siempre. ¿Cómo conseguía mantener ese olor tan delicioso en su piel si llevaba días sin pisar el taller? Cerré los ojos, esperando su beso. Cuando segundos después todavía no había sentido el roce de sus labios, los volví a abrir, encontrándome con sus ojos sobre los míos.

—Gracias por no salir huyendo —susurró sobre mi boca entreabierta.

—Hace tiempo que descubrí que no puedo huir de ti.

Nuestros labios se encontraron y nos besamos de una forma tan dulce que la sensación de gozo viajó por todo mi cuerpo. Las mariposas que ni siquiera sabía que vivían en mi estómago, desplegaron sus alas por primera vez, haciéndome sentir viva.

Hicimos juntos lasaña de verduras y se sorprendió de que yo también conociese la receta de Fiorella, esa que me había enseñado unos días atrás cuando yo cocinaba mientras ella me contaba cosas de su pasado, sentada en su silla de ruedas.

Después de comer, cogimos una manta y salimos a la terraza con lo que quedaba de la botella de vino que habíamos abierto durante la comida. Nos acurrucamos juntos sobre el sofá y decidí que ese era mi lugar favorito de la casa, a pesar de no haberla visto en su totalidad.

—¿Ya he pasado la prueba? —preguntó con una sonrisilla canalla después de un rato. Soltó una carcajada al escuchar mi risa y pensé en lo guapo que estaba con los hoyuelos a la vista.

Le di un beso, uno pequeñito. Aquella era la versión de Gian que más me gustaba, su yo relajado, risueño y desprovisto de pretensiones.

Seguimos llenando las copas mientras nos relatábamos batallas de nuestra infancia y adolescencia. Él había sido un niño serio, siempre con la responsabilidad autoimpuesta de complacer a sus padres. Había tenido una etapa rebelde a los quince o dieciséis años, no lo recordaba con exactitud, pero siempre de espaldas a su familia y no era capaz de recordar un solo día en el que se sintiera más libre que aquel en el que dejó su trabajo en la naviera familiar y cerró su piso en Roma para empezar una nueva vida en el único lugar en el que se había sentido

enteramente feliz, cerca de su abuela.

Los besos se alternaban con las palabras e iban acompañados de sonrisas en todo momento. Llegó un punto en que no supe si eran sus labios los que sabían a vino o el vino el que había capturado la esencia de Gian.

Quería más tardes como esa, más minutos infinitos escuchando cada anécdota, cada historia que quisiese compartir conmigo. Me sentía afortunada, dichosa, plena y en algún momento, entre beso y beso, nos quedamos dormidos en el sofá.

26

UN PASADO DUDOSO



Valentina

—Dispara, ¿cómo te fue con Mara? —me preguntó Pablo al otro lado del teléfono.

—¡Esa mujer es una pasada! Había investigado sobre la granja y sobre el tipo de publicidad que hace la competencia. Tenía dos propuestas para hacerme, una más económica y otra brutal. Dice que si no apostamos, nos comerán otros dos negocios de la zona que están pisando fuerte.

—¿Y qué piensas hacer?

Suspiré mientras seguía recogiendo la habitación.

—Tengo el dinero, pero lo más difícil va a ser convencer a mi tía para que lo acepte.

—Val, ¿estás segura de querer invertir todos tus ahorros en esa granja? En unos meses estarás de vuelta en España y no podrás controlar lo que se está haciendo con tu dinero.

Cerré los ojos. No quería pensar en lo que pasaría una vez regresase a mi vida anterior, de hecho, ni siquiera era capaz de visualizarme en ella. Tampoco quería contar días ni semanas ni meses; no quería abrir los ojos y darme cuenta de que lo que estaba viviendo tenía fecha de caducidad.

—Estoy segura. Este lugar es especial, Pablo, y tiene mucho potencial, solo le hace falta un empujón y quiero ser yo quien se lo dé. Tengo muchas ganas de que vengas a conocerlo.

—Pues estás de suerte, en tres semanas puedo estar allí con mi cámara y mis objetivos.

—¿Lo dices en serio? ¿Y el super proyecto que te tenía absorbido?

—Espero poder entregarlo a finales de mes. Después de hacerlo, necesitaré unos días para ponerme al día con trabajos atrasados y seré todo tuyo. ¿Te parece bien después de Navidad?

—¡No me lo creo! ¿Sabes si Sandra y Carmen podrán venir también? ¡Sería increíble teneros aquí a los tres por unos días! —La línea se quedó en silencio durante unos segundos—. Pablo, ¿estás ahí?

—Eh... Sí, perdona. Pues no sé cómo lo tienen ellas, pero seguro que si les preguntas, harán lo posible por organizarse. Tengo que dejarte, Val. Hablamos esta semana cuando haya cogido los vuelos.

—Vale. No sabes lo feliz que me has hecho.

—Cuídate.

Terminé de recoger la habitación y me fui directa al despacho que fue de mi abuelo. Sonreí cuando al abrir la puerta, me invadió el olor característico de esa estancia, un olor que relacionaba directamente con él.

Estuve absorta entre facturas y albaranes más de una hora y después me puse a repasar los números del último año. Por desgracia, descubrí que haría falta más dinero del que yo podía

aportar para que las cosas fueran como me gustaría. La mayor parte de la maquinaria con la que contaba la granja era demasiado antigua y eso había provocado que los costes en reparaciones se disparasen, sin embargo, comprar máquinas y utensilios nuevos suponía un gasto desorbitado que no podríamos afrontar. Tendría que bastar con mis ahorros y confiar en que un cambio de imagen y una buena campaña publicitaria hicieran que las ventas subieran lo suficiente para ir renovando el equipamiento poco a poco.

Estaba exhausta y deseando salir a tomar un poco de aire, cuando me acordé de las cartas de mi abuelo. Hacía días que no pensaba en ellas y ahora que me encontraba sentada en su viejo sillón, detrás de su enorme mesa de madera, parecía que éstas me llamasen a gritos. Cogí la llave del cofrecito y la utilicé para abrir el cajón que albergaba parte de la historia de amor del *nonno* y Fiorella.

Sostuve la segunda de aquellas tres cartas de color más amarillento que el resto.

La saqué del sobre, la dejé sobre la mesa y la estiré lo mejor que pude, pasando una de mis manos sobre ella para alisar las arrugas del papel.

Antes de comenzar a leer, la observé durante unos segundos, intentando prepararme para lo que pudiese descubrir. La última carta de mi abuelo a Fiorella había sido un grito desesperado. Había acudido a su mejor amigo para que hiciera de mediador, para que descubriese por qué no sabía nada de ella.

Cerré los ojos, cogí aire y deslicé el papel sobre mis dedos.

Querida Fiorella,

Hoy hace exactamente una semana desde que recibí respuesta de Marcello. No sé cuál es la oscura razón que le ha llevado a hacerlo, pero sé que miente. Él, mi amigo, mi hermano; aquel a quien defendí con uñas y dientes cuando llegó a la escuela y lo insultaban por ser diferente; al que acompañé cuando se derrumbó por la muerte de su padre; mi eterno compañero de aventuras y desventuras. Mi mano derecha.

De entre todas las personas de este mundo, ¿cómo puede darme él la espalda?

Estoy desesperado, mi amor, porque no lo reconozco a pesar de saber que es su letra la que está plasmada en el papel. En su carta, llena de embustes, dice que te entregó mi mensaje nada más recibirlo. También dice que lo leíste a desgana y le diste respuesta: Que ya no me quieres, que te cansa mi insistencia.

¿Cómo no ibas a quererme si me prometiste hacerlo durante toda la vida? ¡Miente! ¡Sé que lo hace! Y me duele porque después de ti, él es la única persona en la que hasta ahora he confiado. Dice que te has dado cuenta de que tu amor no era tan profundo y verdadero como me prometiste, que no me echas de menos y que mis besos ya no te faltan.

Si tan solo recibiera una sola de tus cartas.

Mi amor, te echo tanto de menos que apenas como ni hablo con nadie. Mi madre dice que me esperarás, que eres una buena muchacha y que un día, cuando yo pueda volver, tendremos una vida juntos. Sé que tiene razón, ella siempre la tiene. Solo necesito una palabra tuya y volveré a ser el de siempre.

Mi vida, te pido, te suplico, que me respondas.

Te quiero tanto o más que el último día que estuvimos juntos.

Tu Ángel

Respiré hondo y me hundí al pensar lo solo que tuvo que sentirse en España y lo fuerte que fue su amor para crear esa confianza plena en Fiorella.

Seguía sin entender nada, si él tenía razón al seguir confiando en el amor de aquella joven

Fiorella, si su amigo decía la verdad o le había mentado como él pensaba, si ella recibía las cartas que él le enviaba desde España. Tal vez alguien las interceptaba, sus padres, el propio Marcello... La manera en la que Fiorella hablaba de mi abuelo no dejaba dudas sobre cuánto lo amó durante toda su vida. Sin embargo, algo tuvo que haber pasado para que ambos acabasen formando sus propias familias, pero ¿el qué? ¿Qué pasó para que mi abuelo se diera por vencido?

Me vi tentada a coger una carta más, solo una, me dije a mí misma, pero acabé leyendo tres. Estaban datadas en días consecutivos y eran de nuevo un monólogo en el que mi abuelo se debatía entre contarle cómo le iban las cosas y suplicarle que diera señales de vida.

**Valentina**

Pasaron varios días en los que tuve que hacer un sobre esfuerzo para no asaltar de nuevo la caja metálica y devorar las pocas cartas que me quedaban. Tuve mucha fuerza de voluntad y todo porque me propuse hablar con Fiorella antes de seguir inmiscuyéndome en su vida, pero mis buenas intenciones se vinieron abajo el miércoles, tras una conversación entre Francesca y mi tía Emilia en la que estuve presente.

—¿Cómo está Marzia?

—Le dieron el alta, pero no está bien.

—¿Qué es lo que pasó? Alfonso me dijo que se desmayó estando en casa.

Mi tía hizo una mueca y pensé que podía tratarse de algo grave que no quería comentar delante de mí, así que inicié mi retirada.

—Bueno, si no me necesitáis por aquí —dije terminando de colocar las últimas tazas que quedaban en el lavavajillas— creo que iré a hacer una visita a Lía.

—No hace falta que te vayas, cariño —respondió ella—. Hablamos de mi hermana, estuvo ingresada la semana pasada.

—¿La madre de Gianmarco estuvo ingresada la semana pasada mientras estábamos en Roma?

—Sí, ¿no te lo dijo? El pobre pasó más de diez horas seguidas en el hospital mientras intentaba localizar a su padre.

—Dios, ¿y cuándo fue eso?

—El sábado por la noche.

El sábado fue la noche en que lo vi con Giulia en la discoteca y desaparecí sin dejar que se explicase. Y a pesar de la preocupación con la que cargaba, me había estado llamando sin parar para aclarar las cosas.

—Pasa demasiado tiempo sola —comentó Francesca con pesar, sacándome de mis pensamientos.

—Yo también lo creo, pero ya sabes cómo es. Le he pedido muchas veces que se venga a pasar unos días con nosotras, pero ni le gusta el campo ni es capaz de aceptar nuestra ayuda.

—Pues eso que le pasa no se va a solucionar solo. Debería dejar a un lado el orgullo y permitir que su familia la apoye como necesita, leches.

—Lo peor de todo es que ella no cree que tenga un problema y mientras no lo asuma, no hay nada que hacer.

—Tu madre me contó hace tiempo que el padre de Marzia también bebía demasiado —comentó Francesca dejándome a cuadros.

¿La madre de Gian era alcohólica? Entonces, mi tía pronunció otro nombre que hizo que mi corazón comenzase a latir con más fuerza.

—Sí, Marcello bebía demasiado, pero creo que nunca llegó a los extremos de mi hermana.

—¿¿Marcello?? —pregunté en voz demasiado alta.

—Sí, fue el primer marido de mi madre —afirmó restándole importancia al asunto—. Bueno, creo que deberíamos dejar de chismorrear y hacer algo de provecho. Como no me ponga con los pedidos, creo que nos va a ir muy mal el mes que viene.

Cuando quise darme cuenta, las dos se habían marchado, dejándome en mitad de la cocina totalmente en shock. Lo primero que hice cuando volví a ser consciente de dónde estaba fue llamar a Gian, pero no respondió, así que le envié un mensaje para proponerle que cenásemos juntos. No podía creer que su madre hubiese estado ingresada y yo no me hubiese enterado de nada. La noche que lo vi con Giulia fui muy dura con él, me precipité, lo juzgué y condené sin darle el beneficio de la duda, y mientras yo lo ponía en el papel de villano, él estaba en el hospital, solo, esperando que los médicos le informasen sobre el estado de su madre. Aunque no fuese exactamente culpa mía no haber estado a su lado, no podía evitar sentirme mal.

Un rato después, Fiorella dormía la siesta, Francesca se había marchado a su casa y mi tía andaba ocupada entre papeles. Parecía que todos los astros se hubiesen alineado y decidí tomarlo como una señal y enterrar por unos minutos mi fuerza de voluntad.

Entré en el despacho de mi abuelo, me quité las botas, me senté en el suelo y saqué la caja que tanto había echado de menos, disfrutando por unos segundos del frío metal entre mis manos.

En la primera carta, el *nonno* le decía a Fiorella que se estaba centrando en los estudios para no desesperar mientras esperaba noticias de ella. También le decía que había recibido una segunda carta de Marcello, pero que la había roto en mil pedazos sin siquiera leerla. Le pedía que permaneciera lejos de su amigo, que no confiase en él y terminaba recordándole lo mucho que la amaba. Siempre lo hacía, en cada carta.

Cuánta razón tuvo mi abuelo en desconfiar de su mejor amigo. Ahora que sabía que terminó casándose con Fiorella, no podía evitar sentir cierto resquemor hacia él.

Las siguientes cartas eran del mismo estilo. Me fascinaba su perseverancia y el amor incondicional que sentía por ella. En sus palabras no había el mínimo resquicio de duda, solo confianza plena en Fiorella.

Apenas sin darme cuenta, llegué a la penúltima carta. Me tomé un tiempo antes de leerla. Aun así, no estaba preparada para lo que había escrito en ella.

Querida Fiorella,

Ayer volví a casa después de diez días fuera. Mi padre denunció a la policía mi desaparición el segundo día, pero tratándose de alguien de mi edad, no se tomaron muy en serio mi búsqueda, cosa que agradezco. Necesitaba este tiempo de vacío, de soledad, para poder romperme sin que nadie intentara recoger mis trozos. No voy a contarte donde he estado ni lo que he hecho estos días, pero te aseguro que he visto el infierno y he estado tentado de quedarme en él.

En el hospital curaron mis heridas, pero nadie puede curar la que más duele, la que me causó tu carta.

Sí, la he leído. Y aunque sé que la mitad de lo que escribes no es cierto, también sé que no te has echado atrás y que antes de que yo recibiera el sobre, ya te habías casado con él. ¿Por qué, Fiorella? ¿Por qué has destruido todas nuestras posibilidades? Me habrías hecho menos daño pidiéndome que muriera por ti. Sabes que lo hubiera hecho.

Desde hoy, te prometo que dejaré de dedicarte palabras de amor, pero no me pidas que deje de escribirte porque no estoy preparado para decir adiós. Si a tu esposo no le parece bien,

puede escribirme él mismo y exigirme que no lo haga, aunque no servirá de nada. ¡Cómo me gustaría tener a Marcello delante ahora mismo! Le preguntaría qué te ha hecho, cómo ha conseguido manipularte para que accedas a pasar el resto de tu vida con él. Y después, lo destrozaría. No lo dudes. Acabaría con Marcello aunque fuese mi última acción en esta vida. ¿Qué demonios te ha hecho?

Solo Ángelo

Sus palabras y la firma como “solo Ángelo”, me llegaron al alma. No podía creer que la verdadera historia entre Fiorella y mi abuelo fuera tan distinta a la que siempre me habían contado. Se suponía que habían ido perdiendo el contacto y que ambos se habían vuelto a enamorar de otras personas. Esa carta demostraba que nos habían mentido a todos, pero ¿por qué? ¿Y por qué Fiorella se casó con Marcello a los pocos meses de marcharse el *nonno*?

Miré la caja y sujeté con manos temblorosas la última carta del montón. Cerré los ojos, intentando serenarme, y la acaricié despacio. Albergaba la esperanza de que ese trozo de papel contuviera las respuestas a todas mis preguntas y a la vez tenía miedo de lo que pudiera encontrar.

La abrí con cuidado, como si aquel papel pudiera hacerse pedazos en cualquier momento. Y comencé a leer.

Querida Fiorella,

Esta es mi última carta. Ni siquiera sé si has leído las que te he estado enviando durante los últimos seis años, quiero pensar que sí. Me gusta imaginarte leyéndolas en nuestro lugar secreto, mirando el horizonte que nos une y nos separa a la vez. Tu pelo castaño revuelto por el viento y tus ojos vidriosos a causa de la nostalgia y, ¿por qué no?, de lo que todavía sientes por mí.

¿Te preguntas como seríamos si no me hubiese marchado? Yo no, porque lo sé. Viviríamos en una pequeña casa a las afueras del pueblo, lo suficientemente alejada, para escapar de mi madre y de la tuya, pero lo bastante cerca como para que no te sintieses aislada. Tendríamos ya un par de niñas y los tres perros que siempre quisiste. Tú les harías trenzas a nuestras princesas y yo cuidaría de las tres para que no os faltase nunca nada. Seguramente, no tendríamos mucho dinero, pero nos sobraría amor. Amor del bueno.

Sé que prometí no volver a mencionar mis sentimientos, pero esta es una ocasión especial. Es la última carta que te escribo y, discúlpame, pero me he permitido soñar.

La semana que viene me casaré con Isabel, una mujer buena que se ha ganado mi cariño en este último año. Si no te he hablado antes de ella es porque nada tiene que ver con nosotros ni con nuestra historia.

Isabel es hija de unos amigos de mis padres y tiene un corazón enorme. Sé que te gustaría y que en otras circunstancias hubieseis sido grandes amigas, pero no tiene sentido que te hable más de ella. No a ti.

Escribir esta carta es lo más difícil a lo que me he enfrentado después de nuestra separación, pero por respeto a la mujer con la que voy a compartir el resto de mi vida, tengo que poner final a esto. Seguramente, tú lo hiciste hace muchos años, pero has de saber que hasta ahora, yo siempre he albergado esperanzas y he creído en nosotros. He creído por los dos.

Desde hoy, prometo intentar dejar de pensarte, prometo no dormirme imaginando tus rizos ni despertarme perdido en el azul de tus ojos. Desde hoy, lucharé por recordarte solo de vez en cuando y porque la bondad y el amor de Isabel, consigan llevar tu recuerdo a un lugar escondido de mi mente.

Con un dolor que lo abarca todo me despido de ti, Mi Amor. Me despido de nosotros.

*Por última vez,
Tu Ángel*

Las lágrimas corrían por mis mejillas sin control mientras doblaba el frío papel que tenía entre las manos. Sentí su tristeza, el sentimiento de pérdida, su desolación. Me imaginé sus manos temblorosas al entregar el sobre al cartero y la fuerza que tuvo que sacar de su interior para borrar los recuerdos y dar paso a otros nuevos.

Pensé también en mi abuela Isabel, ¿sabía de la existencia de Fiorella cuando se casó con el *nonno*? Mi padre me había hablado de lo mucho que se querían mis abuelos, de lo tierno que resultaba ver como cuidaban uno del otro. Supuse que el *nonno* habría conseguido amarla a su manera.

**Gianmarco**

Era divertida, apasionada y dulce. Una mezcla extraña que me absorbía hasta engullirme. Quería perderme en ella, conocer el significado de cada una de sus expresiones y descubrir todas las tonalidades que escondían sus ojos almendrados. Me sentía como un adicto y quería pasar a su lado cada minuto, exprimir el tiempo que nos quedase juntos, fuese éste el que fuese.

Había sonreído como un tonto la tarde anterior cuando recibí su mensaje en el que me proponía cenar con ella. Lo habíamos hecho en la intimidad de mi casa y nos habíamos quedado dormidos viendo una película en el salón. Ni siquiera sé de qué iba, porque solo estuve pendiente de ella.

Cuando abrí los ojos la mañana siguiente y vi que no estaba a mi lado, me levanté a buscarla. La encontré en la cocina, sentada en mi taburete, con una camiseta que ya era más suya que mía. Se había recogido el pelo en un moño alto y estaba leyendo el periódico y soplando la taza que sostenía entre las manos. Me miró de forma tímida, me acerqué y la abracé desde atrás, rodeando sus hombros mientras la besaba en la nuca y después en ese lugar donde el cuello comienza a fundirse con el hombro.

—Buenos días, dormilón. El café está recién hecho. ¿No tienes una cafetera de cápsulas como la gente de este siglo?

—El café de verdad no puede meterse en una cápsula, pequeña. Tienes que notar la diferencia.

Recogí mi taza y me senté frente a ella, dispuesto a disfrutar del desayuno con la mujer que estaba desordenando mi vida al tiempo que la hacía mucho más interesante.

Cuando terminamos, mientras yo fregaba los platos del desayuno, se acercó a mí y rozó con la yema de sus dedos una vieja cicatriz que quedaba cerca de mi cuello, en mi espalda. Todo mi cuerpo se tensó al instante.

—¿Cómo te la hiciste?

—No me gusta hablar de eso —respondí de forma brusca, cerrando los ojos para alejar los malos recuerdos.

Se apartó, se dio la vuelta y comenzó a apilar despacio los platos que quedaban sobre la isla de la cocina. No se había quejado, pero se estaba alejando o peor aún, pensando que era yo quien la apartaba de mi lado.

Supe que tenía que hacer algo, demostrarle lo importante que era para mí y solo había una manera de conseguirlo.

Conté hasta cinco en silencio y me di la vuelta. Me sequé las manos con un trapo y apoyé la

espalda en el banco mientras me agarraba al él con fuerza mirando su espalda.

—La primera vez que probé el alcohol fue en compañía de mi madre. —Suspiré y Valentina se acercó hasta situarse delante de mí, dejando medio metro de distancia entre nosotros. Apoyó la espalda en la isla de la cocina y permaneció callada, invitándome a continuar—. Miento, sería más acertado decir que fue junto a su cuerpo inerte, hundido en el sofá e incapaz de reaccionar cuando su hijo de seis años cogió, con miedo y mucha curiosidad, el vaso que ella había dejado sobre la alfombra. Sabía que no estaba muerta, recordaba haberla visto así otras veces, como también sabía que era inútil tratar de despertarla para decirle que era hora de cenar. En lugar de irme a mi habitación como solía hacer, ese día bebí el líquido que quedaba en el vaso y me quemé. Me ardió la lengua, la garganta, el estómago. Mi cuerpo ardía de tal forma que no sentí el dolor de los cristales clavándose en mi espalda cuando caí de culo sobre la mesita de centro, justo delante de mi madre.

Valentina se llevó ambas manos a la boca, ahogando un grito mientras me miraba con horror.

—¿No había nadie más con vosotros? ¿Tu padre?

—Ni siquiera la despertó el sonido del cristal haciéndose añicos. La chica que ayudaba en casa sí lo escuchó, llamó a urgencias y a mi padre, que estaba, como siempre, en la oficina. Cuando volví a casa después de unos días en el hospital, mi madre no estaba. Me dijeron que pasaría unas semanas con unas amigas, pero la verdad es que la enviaron a una clínica y no la vi hasta meses después.

—Dios, Gian. Debió de ser durísimo pasar esos días en el hospital sin ella.

—La necesitaba. Yo era solo un niño que había sufrido un accidente y necesitaba a su madre. Lloraba y la llamaba a gritos, todavía lo recuerdo. —Tragué saliva cuando vi una lágrima descender por la mejilla de Valentina, ella ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando. Me escuchaba con atención y me miraba como si quisiese borrar todo mi sufrimiento. Era bonita incluso con la cara manchada de lágrimas.

Era difícil recordar esos días, intentaba no hacerlo, pero con Valentina todo era distinto. Ella quería protegerme y cuidarme, como si yo todavía fuese aquel niño asustado; me impulsaba a sacar la oscuridad que llevaba toda la vida atormentándome y que había comenzado a expandirse desde la última recaída de mi madre.

Miré al frente porque me sentí incapaz de continuar con la historia si me miraba a los ojos. Sabía que se estaba conteniendo para no tirarse a mis brazos y rodearme con fuerza.

—Nadie se molestó en explicarme lo que había pasado y yo ni siquiera sabía que ella era la responsable de mis heridas. Al contrario, temía que estuviera enfadada conmigo por haber cogido su vaso sin permiso y haber roto la mesa. —Sonreí sin ganas—. Cuando volvió, no me buscó, ni siquiera para darme un abrazo, y creí que la indiferencia era su forma de castigarme por haberme portado mal. Me costó años entender que lo que la mantuvo alejada fue la vergüenza.

—Alguien debería haberte explicado que no era culpa tuya. ¡Por Dios, eras solo un niño! —Apretó los labios y noté que se contenía para no decir todo lo que pensaba.

—Lo sé, pero la situación en mi casa era... complicada.

—Ayer Francesca y la tía estuvieron hablando de tu madre. ¿La ingresaron la noche que pasó lo de Giulia?

—Sí. —Hice una pausa para buscar las palabras en mi cabeza. No esperaba que ella supiese eso.—. Nunca ha llegado a recuperarse del todo. A veces pienso que nunca lo hará. Ha pasado temporadas en centros especializados, pero siempre vuelve a lo mismo. Hubo un tiempo que creí que lo había superado. Pasó cinco años y tres meses sin beber ni una gota de alcohol, pero de repente, un día, la chica que tienen en casa la encontró borracha y prácticamente desmayada.

—Pero, tiene que haber alguna forma de ayudarla.

—Es posible, pero no quiere ayuda, ni siquiera nos deja sacar el tema de conversación. ¿Sabes lo que me dijo cuando le dieron al alta esta última vez? Que dejara de magnificar las cosas. Después puso una excusa y me colgó el teléfono. Así ha sido siempre.

Levanté la cabeza y vi como la expresión de Valentina cambiaba de la sorpresa a la aceptación. Veía en su rostro que quería seguir haciendo preguntas, proponiendo formas de ayudar, pero se resignó y en el fondo se lo agradecí. No quería seguir hablando de mi madre, no quería seguir recordando.

Cerró la distancia que nos separaba, acarició de nuevo mi cicatriz con la punta de sus dedos y puso sus labios sobre ella en el beso más dulce que nunca nadie me había dado. Después de unos segundos, la rodeé con mis brazos, estrechándola con fuerza y rogando porque nunca se fuese de mi lado.

—No es justo que tuvieses que vivir todo eso. Se supone que una madre ha de ser fuerte para sus hijos, que los tiene que proteger de todo y de todos.

—Lo sé y estoy seguro de que a ella le gustaría ser ese tipo de madre.

—Lo siento, Gian.

Se aferró a mi cintura y después de unos minutos, se separó lo suficiente para mirarme a los ojos y mostrarme su preciosa sonrisa.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer ahora?

—Sorpréndeme —exclamé, contagiándome de su repentino buen humor. Sabía que se estaba esforzando para hacerme olvidar.

—Preparar un picnic y pasar el día en algún pueblecito de la Costa Amalfitana. Todavía no me creo que aún no me hayas llevado a visitar la zona. ¡Te parecerá bonito!

—Hecho. Tengo el lugar perfecto para nosotros.

Y lo tenía. Llevaba días pensando en llevarla a esa pequeña playa a la que hacía meses que no iba. Era mi lugar secreto y quería compartirlo con ella, solo con ella. Quería que fuera nuestro.

**Valentina**

Gianmarco condujo su moto por la carretera que bordeaba la Costa Amalfitana. Hasta el momento, no había pasado más allá de Vetri sul Mare y me quedé maravillada con el paisaje escarpado, con la forma en la que el camino serpenteaba para bordear calas y las montañas. Pasamos por delante de varios pueblos sobre los que había investigado un poco en Internet y que tenía ganas de visitar, pero no paramos hasta cruzar un puente de piedra unos cientos de metros después de Amalfi.

Dejamos la moto a un lado de la carretera y atamos los cascos a ella.

—Me sorprende que no te hayas mareado.

—Una chica tiene sus recursos —sonreí divertida mientras le mostraba la caja de pastillas para el mareo que llevaba en el bolso—. ¿Dónde estamos?

—Ahora mismo nos encontramos sobre el Fiordo de Furore, una de las maravillas de Italia, situada entre las poblaciones de Amalfi y Positano. Sin duda, un lugar que nadie debería dejar de visitar, aunque sea una vez en la vida.

—Pareces un guía turístico. ¿Has traído a mucha gente aquí?

—A nadie. Nunca. —Me miró de forma tan intensa que jugaría que el azul de sus ojos se volvió oscuro, del color de la noche—. Y ahora que has visto la parte turística, voy a enseñarte mi lugar favorito en el mundo.

Me tendió la mano y la cogí con fuerza mientras lo seguía. Miré hacia abajo desde el puente en el que nos encontrábamos y quedé maravillada con el paisaje.

A muchos metros de profundidad y atrapada entre dos paredes montañosas, podía verse una pequeña cala de arena clara y aguas turquesas.

Gianmarco tiró de mí hacia delante, alegando que las vistas desde arriba debíamos dejarlas para el final. Cruzamos la carretera y comenzamos a descender por el sendero de escalones que bordeaban la montaña. Apenas llevábamos cinco minutos caminando cuando nos topamos con un muro de ladrillos grises que nos impedía seguir avanzando.

—Han tapiado el camino —afirmé decepcionada—. Aunque al otro lado del fiordo se ve otra hilera de escaleras. A lo mejor podemos bajar por allí.

—Te equivocas, mira allí—señaló con una mano mientras la otra seguía sujetando la mía—. Aquellas nacen al otro lado del puente y, aunque tienen un desvío para bajar a la playa, son las que se utilizan para ir caminando desde la carretera hasta el pueblo, que está como a trescientos metros en aquella dirección. Si te fijas bien, puedes ver otro tramo de las escaleras allí arriba —dijo señalando el lugar a lo lejos—. El camino que lleva a la playa también está cortado.

—No lo entiendo. ¿Cómo se accede entonces? Dime que no tengo que conformarme con ver la cala desde aquí.

Hizo una mueca divertida y me quedé colgada de su gesto como una tonta.

—Por el agujero. —No lo entendí al principio, pero entonces vi que alguien había hecho un hueco en el muro que impedía el paso con un martillo o algo similar—. Hace un par de años tuvieron que cerrar la playa porque hubo desprendimientos. En verano, esta minúscula cala se llenaba hasta el punto de que no cabía ni una sola tumbona más. Imagínate el daño que podrían hacer unas cuantas piedras cayendo desde allá arriba. Abajo, había un pequeño bar dónde servían un marisco buenísimo. También había un museo con historia del fiordo, una tienda de regalos y un puñado de casas de pescadores.

Me asomé desde donde estábamos y admiré de nuevo las preciosas vistas. Las casas, pintadas de colores pastel y tonos tierra, estaban engarzadas a las paredes de la montaña como si le pertenecieran. Sobre los guijarros que cubrían el suelo descansaban unas cuantas barcas de remos, alguna red y otros utensilios de pesca.

—Pero todo está como si los habitantes hubieran tenido que marcharse de repente. ¿No les dejaron recoger sus cosas? Fíjate, las sillas de esa azotea están sin tapar siquiera y en la playa, a ese lado, hay una hamaca que parece nueva. Da la sensación de que en cualquier momento saldrá alguien de alguna de las casas.

—En realidad, creo que nadie vivía aquí durante el invierno. Antigamente, estas eran las casas de los pescadores de Furore. Pasaban casi todo el año en el pueblo de arriba y se mudaban aquí en época de pesca. Ven, bajemos hasta la playa. Desde allí la vista es todavía más increíble.

—No parece que eso sea una buena idea —contesté mirando el muro que nos bloqueaba el paso.

—¿Tienes miedo, princesita?

Dio media vuelta, se agachó y cruzó al otro lado por el hueco. No me esperó, si no que siguió bajando escalones hasta desaparecer detrás de las primeras casas, sin girarse siquiera para comprobar si lo seguía. Sabía que lo estaba haciendo adrede, así como sabía que no me perdonaría a mí misma perderme aquello.

Crucé el muro con cautela, bajé unos cuantos escalones mirando hacia arriba para asegurarme de que nada caía sobre mi cabeza y llegué a la primera casa, cuya fachada era de textura rugosa y color arenoso. Alcé la mirada y descubrí que una de las ventanas estaba abierta y que de ella asomaba una cortina amarilla que bailaba al ritmo del aire. Anduve unos pasos más, rozando con los dedos de la mano los muros de las casas. A pesar de la cercanía del mar y de la fuerza con la que el viento debía chocar contra esas construcciones, no había desconchados ni restos de humedades en las paredes. La siguiente puerta era de madera y contaba con un llamador de golpeo en color bronce, bajo el cual una chapa anunciaba la ubicación de un museo.

Era como si hubiesen sacado a la gente de aquel lugar con prisas, en medio del ajeteo del día, impidiéndoles recoger sus pertenencias ni cerrar bien sus casas.

Bajé un poco más y divisé una terraza con varias sillas de plástico apiladas junto a una mesa del mismo material. No tuve que esforzarme mucho para imaginar a un hombre montando la terraza del bar y a unos cuantos bañistas esquivando a los pescadores que charlaban mientras reparaban alguna red sentados en el suelo. En mi visión, también había niños correteando por la arena y un grupo de adultos que los miraba de reojo. En las azoteas de las casas, la gente tendía la ropa o simplemente tomaba el sol, disfrutando de las vistas de ensueño. Era un sitio precioso, casi mágico.

—Te estás tomando tu tiempo —afirmó Gianmarco, apareciendo de la nada y haciéndome

pegar un salto. El muy canalla estaba radiante con sus vaqueros, su suéter de punto y sus *Converse* blancas.

Lo seguí hasta el final de las escaleras y llegamos a la playa de arena fina y salpicada de cantos rodados. Allí, dimos vueltas sobre nosotros mismos admirando todo lo que había a nuestro alrededor: frente a nosotros, la arena, bañada por un brazo del Mar Mediterráneo que penetraba bajo el puente de piedra en el que descansaba la carretera y que unía las dos partes del fiordo; a la izquierda, una pared montañosa de unos treinta metros de altura; detrás, más montañas, vegetación y una ría que aparecía de la nada y llegaba hasta la playa y, por último, a la derecha, unas cuantas barcas de pescadores perfectamente alineadas sobre la gravilla y un puñado de viviendas ancladas a la montaña. Mirar hacia arriba era refrescante a la par que aterrador. La altura de las paredes y la estrechez entre ambos lados me hacían sentir muy, pero que muy pequeña.

—¿Te gusta?

—Bueno, intento no pensar en el hecho de que en cualquier momento puede caer sobre nosotros una roca encima de la cabeza o que van a aparecer un par de carabinieri histéricos y nos van a llevar arrestados por haber accedido a esta maravilla del mundo de forma ilegal. Pero, apartando eso a un lado, no hay ni una pequeña parte de mí que se arrepienta de haberte seguido hasta aquí.

Nos quedamos en silencio durante un momento, ambos de pie, mirando en dirección al mar. Los únicos sonidos que llegaban a nosotros eran los de las olas al chocar contra las rocas y, de vez en cuando, el murmullo de algún coche cruzando el puente en lo alto.

Gianmarco abrió la mochila que habíamos traído, sacó una toalla doble, un par de cervezas y unos sándwiches y lo dispuso todo sobre la arena con sumo cuidado.

—Por tu expresión sé que he elegido un buen lugar para este picnic —dijo sonriendo con suficiencia.

—¿Un buen lugar? Este sitio es perfecto.

Me acerqué y rodeé su cuello con mis brazos justo antes de besarle.

—Gracias por esto.

—Quería que tuviésemos un lugar especial, como el de nuestros abuelos. Uno que sea solo nuestro y que seamos capaces de evocar solo con cerrar los ojos.

Sus palabras dieron en el blanco, rompiendo las pocas defensas que todavía me quedaban en pie.

Besé sus labios de forma tan suave que apenas pareció el aleteo de un pájaro. No quería seguir controlándome, no quería ser la chica prudente que siempre había sido. En aquel momento solo quise sentir.

—No sé cómo ha pasado, cómo te has metido dentro de mi cabeza, pero no voy a seguir ocultando lo que siento. Te quiero, Gian —afirmé hundiendo mis dedos en su pelo—. Adoro cada minuto que pasamos juntos, incluso aquellos en los que solo tengo ganas de matarte; adoro observarte en la cocina o mientras estás concentrado restaurando alguna de tus piezas; adoro el mímico con el que le hablas a tu abuela y la complicidad que tienes con la tía Emilia y odio cada minuto que estoy sola pensando en cómo será el futuro sin tenerte a mi lado. No sé cómo ha pasado ni cuándo, pero me he enamorado de ti, italiano maleducado.

Mantuvo sus ojos en los míos sin apartar sus manos de mi cintura, sin decir nada, sin sonreír ni salir corriendo. Después de unos largos segundos, empecé a sentirme incómoda y agaché la mirada para huir de la suya y lograr recomponerme.

—Bueno, creo que es hora de empezar a comer. ¿Tienes hambre? —pregunté sin perder del todo la sonrisa. No debía importarme si él no me correspondía, yo lo quería y no me arrepentía

de habérselo dicho.

Negó con la cabeza cuando intenté alejarme.

—¿Me quieres? —preguntó serio, aferrándose con fuerza a mi cintura.

—No te lo habría dicho si no lo sintiese.

—Me ha gustado escucharlo. —Apartó algunos mechones de mi pelo que la brisa marina se afanaba en desordenar y enmarcó mi cara entre sus manos—. De hecho, me ha gustado mucho escucharlo y quiero que me lo digas cada día, cada rato. ¿Podrás hacerlo?

Empecé a reírme y me solté de su agarre.

—Estás loco.

—Loco por ti, princesita. Por tus bailes, por tus sonrisas matadoras y ahora, también por tus “te quiero”. Repítelo.

—Te quiero, tonto.

—Yo también te quiero —afirmó con una amplia sonrisa que parecía pegada en su cara.

Picoteamos la comida que habíamos llevado entre besos y risas, entre caricias y leves roces. Después, se abrió como nunca lo había hecho y me habló de lo que significó para él crecer junto a una madre alcohólica y un padre ausente. Nunca estuvo solo, tuvo niñas, amigos y familiares que se encargaron de rellenar su tiempo; tuvo los veranos con Fiorella y el *nonno* Ángelo; las visitas constantes de la tía Emilia... pero no contó con lo que más necesita un niño, el calor de unos padres que lo protegiesen del mundo.

—Tu abuelo fue más figura paterna que mi padre y siempre le estaré agradecido por haberme enseñado a trabajar con las manos, a esforzarme un poco más de lo necesario y a no rendirme aunque todo me viniese en contra. Fue él quien me contagió la pasión por la restauración, ¿lo sabías? —Negué con la cabeza, fascinada por el brillo que desprendían sus ojos al hablar.

—No sé mucho de él. Tengo algunos recuerdos, pero a veces se difuminan y no sé si son reales o he terminado por inventarlos.

—Debería de haber vivido eternamente.

—Sí, eso me hubiese gustado. Ahora podríamos estar aquí sentados los tres, hablando de todo y de nada.

Miramos de nuevo hacia el mar y me dejé arrastrar por las notas de melancolía que parecían haber llegado a la orilla arrastradas por el viento.

—Hay algo que llevo tiempo queriendo contarte —confesé, mirándolo de reojo.

—¿Y por qué has esperado? Puedes decirme lo que quieras, lo sabes.

—Sí, es solo que... —Tragué saliva—. No me siento muy orgullosa de mi forma de proceder y no quiero que cambie la manera en la que me miras.

Colocó una mano sobre mi hombro y noté su calor a pesar de llevar puesto un jersey de lana.

—Dudo mucho que eso vaya a pasar, pero no tienes por qué contármelo si no te sientes cómoda haciéndolo.

—No, no. Quiero hacerlo. Me gustaría saber tu opinión. Es... Es sobre tu abuela y el mío.

—¿Qué pasa con ellos?

—Encontré unas cartas. Estaban guardadas en el despacho del *nonno* y la curiosidad me pudo. —Su mano bajó hasta mi antebrazo y comenzó a pasear los dedos bajo el jersey. Podía parecer que se trataba de una caricia despreocupada, pero yo sabía que lo que pretendía era darme ánimos para que siguiese hablando—. Son cartas que mi abuelo escribió a la tuya cuando se marchó a vivir a España.

Le conté todo, incluso el contenido de las mismas, y esperé su respuesta mientras retorció mis manos sobre el regazo.

—Creo que deberías hablar con ella, contarle que has encontrado y leído esas cartas.

—Lo sé. Sé que es eso lo que debo hacer, pero... Yo... tengo miedo de su reacción. He invadido su privacidad, he actuado a sus espaldas y si alguien hubiese hecho lo mismo conmigo me sentiría traicionada, dolida. Con solo imaginar sus ojos llenos de decepción, muero por dentro.

Acaricié mi mejilla con su pulgar y se acercó hasta estar a solo unos pocos centímetros de distancia, traspasándome su calor.

—Conozco bien a mi abuela y no termino de comprender cómo se ha formado ese vínculo tan especial entre vosotras en apenas unos meses, pero está ahí y es inquebrantable. No sé si le molestará o no que hayas leído esas cartas sin decírselo, pero estoy seguro de que te dirá la verdad. Tienes que contárselo y explicarle tus miedos.

—¿No te molesta que me haya metido en su vida de esa manera? Tu abuelo...

—No lo conocí. —Interrumpió—. Murió siendo mi madre pequeña. El único abuelo que he conocido fue el tuyo.

—Hablaré con ella hoy mismo. Sin excusas —afirmé convencida, levantando los hombros como si fuese un soldado antes de ir a la guerra.

—Así me gusta, mi pequeña valiente. ¿Quieres que vaya contigo?

—¿Harías eso por mí?

—Haría mucho más, pero todavía no lo sabes.

Sonreí tanto que noté la tirantez en mis mejillas.

—Significa mucho para mí, pero prefiero no meterte en medio. Es mejor que hable a solas con ella, aunque probablemente necesitaré un abrazo cuando termine esa conversación.

—Nena, no tienes que buscar excusas para acercarte a mi cuerpo. Sé que soy irresistible —afirmé hinchando el pecho y mostrando una sonrisa canalla, una que recogí con la mirada y prendí en mi ropa para rescatarla más tarde, cuando sola en mi cama, lo echase tanto de menos que me preguntase si sería una locura coger el coche de madrugada y conducir hasta el pueblo para colarme entre sus brazos.

—Sí, irresistible y con un enooooorme ego.

—No te creas, que el ego me sienta bien, como casi todo lo demás.

Nos echamos a reír y me di cuenta de que los nervios que había sentido un rato antes se habían esfumado por completo. Eso es lo que él hacía conmigo. Me atrapaba, me sujetaba, me calmaba, haciendo de mi vida un lugar más bonito, más cálido.



Valentina

Entré en casa con una sola idea en la cabeza, hablar con Fiorella. Ya no quedaban cartas por leer en la vieja caja de metal y las ganas de saber la verdad me estaban quitando el sueño.

Le había dado mil vueltas a la cabeza sin entender el motivo por el que ella no respondió a ninguno de sus mensajes, ni siquiera unas míseras palabras o una triste postal. Necesitaba saber qué había pasado realmente y me negaba a creer que me hubiese mentido sobre sus sentimientos. Además, yo misma lo había notado en sus ojos y en la forma en la que me hablaba de él.

Aunque estaba segura de querer enfrentarme a Fiorella, temía su reacción. Ella tenía todo el derecho del mundo a enfadarse conmigo por inmiscuirme en su vida.

Me acerqué a su habitación, llamé despacio a la puerta y la empujé cuando escuché el débil sonido de su voz dándome permiso para entrar. Vi cómo su rostro dibujaba una sonrisa sincera al verme y las dudas que habían rondado mi cabeza durante los últimos días, se debilitaron. Adoraba a esa mujer, su expresión dulce, las venas que cruzaban por el dorso de sus manos, el océano contenido en sus ojos, los hoyuelos que todavía se marcaban en su rostro a pesar del tiempo. En ese momento, entendí la pasión con la que mi abuelo se había enamorado de ella. Fiorella era preciosa. No importaban las canas, las arrugas o la flacidez de su piel. Tenía una mirada tan profunda que sentías cómo se hacía paso hasta tu alma, cómo era capaz de comprenderte, de hacerte sentir mejor contigo mismo. Tuve ganas de abrazarla y no soltarla nunca.

La estancia estaba tenuemente iluminada por una lámpara de pie y ella se encontraba sentada junto a la ventana cerrada que daba al balcón de su habitación. Llevaba el pelo recogido en el moño suave que Emilia le hacía cada mañana y el chal que Gianmarco le había regalado unos días antes cubría sus delgadas piernas.

Deslicé los pulgares por la longitud de mis dedos para deshacerme de la humedad que notaba en mis manos y dejé que mis pies, torpes por lo nerviosa que me sentía, me llevasen junto a ella.

Coloqué una silla junto a la suya, dejando al frente la ventana por la que ella estaba mirando y cogí aire con la esperanza de que me llenase de fuerza.

Fiorella aprovechó ese momento en el que yo dudaba para adelantarse, dejándome más que descolocada.

—¿Mi nieto te hace feliz? —La miré sorprendida—. Soy mayor, pero sigo conservando mi instinto y veros en la misma habitación es realmente entretenido. Él aprieta la mandíbula por no poder tocarte y tú te esfuerzas demasiado en no mirar en su dirección, pero siempre acabáis encontrándoos.

—Dios, que vergüenza.

—La vergüenza es algo que no sirve para nada. Hay un refrán español que os decía tu madre, ¿cómo era?

—El que tiene vergüenza, ni come ni almuerza. Lo repetía constantemente cuando éramos pequeñas —afirmé sonriendo.

Lo había vuelto a hacer. Había entrado a esa habitación con un nudo de nervios que apenas me dejaba respirar y Fiorella lo había deshecho en apenas unos segundos.

—Gian me hace muy feliz. Es dulce, atento y lucha por lo que quiere con coraje, aunque a veces se comporte como un arrogante y cabezota hombre de las cavernas.

—Ese es mi nieto —confirmó riendo—. Menos mal que tienes paciencia. Es un hombre muy especial, Valentina. No ha recibido todo el cariño que debería en su vida, tampoco tuvo el apoyo necesario para creer en sí mismo y seguir su propio camino, pero hace unos años consiguió despertar, encontrarse y, desde ese momento, se convirtió en el hombre que siempre supe que sería.

—Te preocupa que le haga daño cuando me marche, ¿no es cierto?

No era una pregunta, pues podía ver reflejada la preocupación en sus ojos.

—Me preocupa que tengáis que enfrentar la distancia. No es difícil ver lo que sentís el uno por el otro. Desprendéis algo cálido y potente cuando estáis juntos. —Bajé la cabeza porque no sabía qué responder a eso. Intentaba no pensar en el futuro porque al hacerlo me entraban ganas de llorar y tenía la intención de alargar la felicidad que sentía lo máximo posible—. Pero hay algo más, algo que no me estás contando, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Llevas varios días bastante rara y tengo la sensación de que has estado evitándome. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—¿Tú? ¡No, para nada! —me apresuré en aclarar—. En realidad, yo también quería hablar contigo. No sé cómo vas a tomarte esto. Sé que no está bien lo que he hecho, pero no puedo volver atrás y no estoy segura de que, de poder hacerlo, mi forma de actuar fuese distinta. —Suspiré y me pasé la mano derecha por la cara—. Hace unas semanas, Emilia me pidió que organizase el despacho de mi abuelo, me gustó la idea de estar entre sus cosas y conocer un poco más de él. Me sorprendió saber que era amante de la poesía y me fascinó descubrir algunas cosas de él que me recuerdan a mi padre —afirmé mientras la observaba jugar con el anillo que rodeaba su dedo anular—. En un cajón de su escritorio encontré una caja metálica con un montón de cartas que te pertenecen.

Si le sorprendió mi confesión, lo disimuló mejor de lo que yo lo hubiera hecho. Esperé a que dijese algo, a encontrarme con un gesto que mostrase su enfado, pero solo se mantuvo en silencio, instándome a continuar.

—Dios, sé que está mal y que no tenía ningún derecho. No sé si serás capaz de perdonarme, pero cuando leí la primera de las cartas, no pude parar. Sentí todo lo que él sintió por ti y recordé cada una de tus palabras durante estos meses. Era el mismo amor, ese que perdura en el tiempo. Seguí leyendo y me enganché a vuestra historia, a sus palabras, a su dolor.

—Valentina... —Su llamada se perdió en algún rincón de la habitación y casi pude escuchar el eco de sus palabras rebotando contra las paredes y el techo—. Debes pensar que soy una mala persona, y no te culpo.

—Dudé de tu amor hacia él al leer alguna de sus cartas, no lo niego, pero recordé la forma en la que siempre hablas del *nonno*, la sonrisa que se te escapa cuando te viene un recuerdo a la cabeza y el dolor que refleja tu mirada cada vez que te pregunto por el tiempo que estuvisteis

separados. Los gestos no mienten y sé que hay una parte de la historia que se me escapa. No tengo ningún derecho a preguntarte, pero voy a hacerlo por puro egoísmo, por necesidad. ¿Por qué lo apartaste de tu vida? ¿Por qué te casaste con su mejor amigo si todavía estabas enamorada de él?

Fiorella miró por la ventana y dejó los ojos fijos en algún lugar lejano antes de comenzar a hablar con voz pausada.

—Dejar marchar a tu abuelo fue la segunda cosa más dura a la que he tenido que enfrentarme. A veces pienso que el destino volvió a ponerlo en mi camino para compensar todo el sufrimiento de esos años. Todo lo que te he contado hasta ahora es cierto, cada palabra, cada sentimiento. Lo quise desde el primer día que lo vi y cuando conseguí que se fijara en mí, fue mi perdición. —Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos para continuar observando un punto lejano en las montañas—. Cuando se marchó a España, me acostumbré a coger mi bicicleta y escaparme a un pueblo vecino, donde estaba ese lugar que ya conoces y que siempre fue nuestro. Me sentaba en los últimos escalones y me lo imaginaba de pie en una playa lejana, perdido en el mismo horizonte que yo, solo que desde el otro lado. Eso me reconfortaba. Imaginaba que me llamaba y cerraba los ojos intentando sentir alguna de sus caricias. Lo amé con toda mi alma, y todavía lo hago.

La escuché en silencio. Las palabras salían pesadas de su garganta, como si se tratase de piedras que albergaba en su estómago.

—Unos días después de su partida, una nube de humo lo cubrió todo. No quería salir de casa, hablaba lo estrictamente necesario y comía solo cuando me obligaban. Me dejaba llevar por las personas de mi alrededor, sobrevivía por instinto. Pasadas unas semanas caí enferma, solo me levantaba de la cama para vomitar o retorcerme. Había perdido bastante peso y mi madre llamó al médico. Unos días más tarde, me abofeteó por primera vez en su vida, tras recibir la noticia del doctor: estaba embarazada. Aún recuerdo lo que me dijo: *Aquí termina tu vida*. Y en parte, así fue.

Fiorella me miró durante unos segundos y me vi reflejada en sus ojos vidriosos. Quise levantarme y abrazarla, pero mis pies no reaccionaron a tiempo y me quedé observándola en silencio, como si con solo una mirada pudiese reconfortarla.

—No sé cuántos días estuvo mi madre sin hablarme, tampoco me importaba. Me trataba con indiferencia y evitaba entrar en mi habitación, donde yo seguía consumiéndome en mi desgracia. Me negaba a pensar en el bebé que llevaba dentro, en las consecuencias que tendría para mí y para mi familia ser madre soltera. Lo que hoy en día es algo natural, en aquella época, y sobre todo aquí, en el centro de Italia, suponía la perdición de una mujer. Marcello, el mejor amigo de tu abuelo, era uno de los pocos que seguía viniendo a verme a menudo. Yo intuía que esa preocupación escondía algún sentimiento más profundo, pero no tenía la cabeza para torturarme con más problemas. En una de esas visitas me encontró vomitando, me ayudó a reponerme y acabé confesándole lo de mi embarazo entre sollozos. Pensé que de esa forma lo alejaría, pero no fue así. Él traía una carta de tu abuelo, la primera que yo recibía, ya que todas las anteriores habían sido interceptadas por mi padre. —Giró la cabeza en mi dirección y choqué de pleno con su dolor. Asentí despacio y ella volvió la mirada hacia la ventana—. Marcello me dejó sola para que entendiera bien las palabras de Ángelo y volvió esa misma tarde con dos propuestas. La primera de ellas fue prestarme dinero para que lo abandonara todo, mis padres, mis amigos, mi país, y corriera a buscar al hombre del que estaba enamorada. La segunda propuesta vino acompañada de una declaración de amor. Él quería casarse conmigo y hacerse cargo de mi hijo. Reconoció que le dolía traicionar a su amigo, pero le pesaba más lo que sentía por mí y la

convicción de que podía hacerme feliz. A cambio, me pedía solo una cosa, que tu abuelo nunca supiera que el niño era suyo, pasase lo que pasase. Tardé días en tomar una decisión y al final venció el miedo. ¡Fui tan cobarde!

—No lo fuiste, Fiorella. No digas eso.

—Cuando Marcello volvió a visitarme, yo ya tenía una respuesta. Me juró que me querría siempre y sé que lo hizo. Con mi decisión, salvé mi honor y el de mi familia, pero me puse una enorme losa sobre los hombros. Me sentía injusta con tu abuelo, una cobarde, me detestaba.

Me arrodillé frente a ella, incapaz de soportar por más tiempo la distancia que nos separaba. La cogí de las manos y lloramos juntas, no sé durante cuánto tiempo. Fiorella se deshacía entre mis brazos como una niña pequeña.

—No hables más, no necesito saber más, de verdad. Perdóname por haber destapado todo este dolor. No tenía derecho a inmiscuirme. Perdóname, por favor.

Se separó un poco para seguir hablando, pero mantuvo sus manos entre las mías y me miró a los ojos. Intenté transmitirle todo lo que sentía.

—Quiero seguir, Valentina. Te lo debo a ti y también a tu abuelo. La historia que tú conocías es la que él inventó para nosotros, para que la gente no hiciera preguntas. Sólo Emilia conoce la verdad, ni siquiera Marzia sabe lo que pasó realmente.

Asentí y volví a sentarme junto a ella, dándole el espacio que necesitaba para seguir abriéndose de aquella forma.

—Un día, me di cuenta de que tenía que velar por el bebé que crecía dentro de mí y poco a poco empecé a soportarme a mí misma y a cuidarme más. Me dije que él me recordaría a tu abuelo, que me permitiría tenerlo cerca para siempre, aunque yo lo hubiera alejado definitivamente de mí. Sus cartas, que en un principio había retenido mi padre, me fueron entregadas mientras otras seguían llegando cada pocos días. Leerlas una y otra vez era un castigo, pero también lo único que me mantenía en pie, hasta que Marcello me pidió que le contara que íbamos a casarnos. Lo hice, se lo debía. A partir de ahí sus mensajes comenzaron a espaciarse en el tiempo y la forma en la que me contaba las cosas era diferente. Noté su cambio, su dolor provocado por mí y volví a llorar su pérdida, una vez más. Dejó de hablarme de amor, respetó mi elección, se conformó. Y yo creí que me moría de pena.

—Te molestó que se rindiera. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Tal vez, si él hubiera sabido lo que pasaba realmente...

—No podía contárselo, Valentina. No podía hacerle eso. Y tuve miedo. Marcello y yo preparamos una boda modesta, solo iban a acudir sus padres, que no sabían nada de mi embarazo, y los míos. Pero unos días antes, la vida volvió a demostrarme que puede echarte abajo cuantas veces quiera, que aunque estés arrastrándote por el suelo, todavía puede ponerte una bota encima y enterrarte en lo más profundo de la tierra hasta dejarte sin aire. Lo único que me mantenía en pie, desapareció de un momento a otro. Mi bebé estaba muerto.

Me quedé sin aire, notando como mis lágrimas se vertían sin control, empañando su imagen. Pasé un brazo por encima de sus hombros mientras la atraía hacia mí y escuchaba sus sollozos, mezclándose con los míos. No sabía qué añadir, nada de lo que saliese de mi boca podía borrar o calmar lo que ella estaba sintiendo.

Continuamos abrazadas, llorando por esa esperanza que nunca llegó a nacer, por sus miedos, por lo sola que se había sentido, por esa herida que no sanaría nunca. Cuando nos calmamos, ella continuó con su historia. No pudo abandonar al hombre que la había apoyado a pesar de todos los obstáculos y siguió adelante con la boda.

—El resto de la historia ya la sabes. Marcello cumplió su promesa y cuidó de mí durante

muchos años. Y tras su muerte, la vida me devolvió lo que un día me había arrebatado. Y volví a ser inmensamente feliz.

Admiré a Fiorella más de lo que lo hacía antes. Era una mujer fuerte que había tenido que soportar demasiado, que sonreía a pesar de haber perdido dos veces al amor de su vida y que se sentía agradecida con la vida por haberle permitido pasar unos años a su lado.

—Hay quien muere sin haber tenido el privilegio de amar a otra persona.

Me fui de su habitación pensando en lo que sus últimas palabras me habían hecho sentir. Estaba enamorada de Gianmarco y era más feliz que nunca. Quería explotar ese sentimiento, vivirlo al máximo, besar sus labios hasta cansarme y pasar la noche entera hablando y conociéndolo un poco más.

31

UN SUEÑO



Valentina

Abrí los ojos poco a poco. Una tenue luz se filtró a través de las contraventanas y me costó unos segundos acostumbrarme a ella. No debían ser más de las seis, de otro modo, el sol brillaría con más fuerza y la luz traspasaría sin problemas la madera, iluminando por completo la habitación.

Suspiré por lo a gustito que estaba bajo el nórdico, con el brazo de Gian rodeando mi cintura como si quisiese asegurarse de que no me marcharía a ninguna parte. Mi mente viajó a lo vivido el día anterior, a nuestro picnic en el lugar más maravilloso del mundo, el nuestro; a sus besos; a sus dedos dibujando figuras en mi espalda mientras disfrutábamos del calor del sol del mediodía y a la confesión que ambos nos hicimos frente al mar.

Estaba enamorada del hombre que dormía a mi lado y ese sentimiento me hacía feliz. Era feliz cuando sentía sus labios calentitos sobre los míos; cuando me cogía de la mano mientras andábamos por la calle; cuando me susurraba palabras calientes al oído; cuando lo pillaba observándome en la distancia y cada vez que descubría hasta qué punto me conocía. Verlo, tocarlo, sentirlo. Todas esas pequeñas cosas me hacían rozar la felicidad.

Tenía ganas de gritar, de reír, de correr sin rumbo, de comerme sus sonrisas, de alisar su frente cada vez que la fruncía...

Me levanté con cuidado de no despertarlo, preparé el desayuno y le escribí una nota, recordándole que había quedado con Lía antes de que abriese la cafetería.

Mi amiga ya me esperaba sentada en nuestra mesa, con un delicioso desayuno que constaba de café, zumo, tostadas y bollería.

—Estoy hambrienta, ¿te he dicho ya cuánto te quiero? —pregunté sentándome frente a ella tras darle un sonoro beso en la cabeza.

—Has llegado justo a tiempo, acabo de servirlo todo. Bueno, ¿qué es de tu vida? Llevas días sin venir a verme, traidora. ¿Tan exprimida te tiene mi vecinito? —preguntó alzando las cejas con guasa.

—Calla, que no sabes lo que me ha costado salir de la cama dejándolo allí, tan mono y calentito.

—Uy, uy, uy. Esto me huele a encoñamiento.

—Encoñamiento del bueno. Le quiero y se lo he dicho.

—¿¿Qué?? —preguntó echándose las manos a la boca.

—Lo que oyes. Me he hecho adicta a él.

—Sabía que sentías algo, pero pensaba que serías incapaz de reconocerlo y mucho menos de

decírselo a él. Eres una valiente, amiga.

—¿Lo soy? Ahora mismo estoy en el mundo de las maravillas, el cual se encuentra demasiado cerca de un acantilado por el que acabaré cayendo. Los dos sabemos que esta relación tiene fecha de caducidad, aunque nos neguemos a hablar de ello. Intento no pensar en ello, pero estoy jodida, Lía.

—¿Has pensado en lo que harás? Las relaciones a distancia son difíciles, pero no imposibles.

—De momento, voy a seguir centrándome en el presente. Puede que no sea lo más sensato, pero los dos nos merecemos lo que estamos viviendo.

—No soy la mejor para opinar, pero sabes que siempre voy a apoyarte, tomes las decisiones que tomes.

—¿Cómo que no eres la mejor para opinar? ¿Y eso por qué?

—Bueno, mis relaciones tienden a ser más que cortas.

—¿El chico misterioso? No me digas que no ha superado la tercera cita.

—No —afirmó poniéndose seria y bajando la cabeza para que no pudiese leer su expresión.

—Vamos, cuéntame algo más —insistí poniendo morritos.

—La tercera cita fue bien. No paramos de hablar en toda la tarde, enlazábamos un tema con otro sin parar. Paseamos, paramos a tomar café y tarta y al final del día me confesó que se marcha un año a Australia a hacer surf.

—Joder.

—Pues eso digo yo, joder. Para un hombre que me atrae y con el que por fin siento que hay una conexión y tiene que largarse antes de empezar nada.

—Tal vez cuando vuelva...

—Prefiero olvidarme de los “tal vez”. Y ahora cuéntame, ¿has hablado con Fiorella?

—Lo he hecho. Le pedí disculpas y me perdonó sin más. Es una mujer maravillosa que ha pasado por mucho en la vida.

Le hice un resumen de nuestra conversación y quedó tan impactada como yo.

Cuando regresé a casa de Gian casi una hora después de haberme marchado, éste seguía durmiendo plácidamente en la cama, así que me quité la ropa y me acurruqué junto a su cuerpo disfrutando del momento.



Unos meses después

Valentina

Habían bastado unos meses para enamorarme de mi nueva vida. Unos meses para obtener la certeza de que perdería una parte de mí misma en el momento en que me alejara de aquel lugar. Sabía que echaría de menos las vistas espectaculares que me recibían desde mi ventana cada mañana; las conversaciones con Fiorella en el porche; la sensación de puro agotamiento después de varias horas de trabajo físico; compartir una taza de té con la tía Emilia antes de ir a dormir...

No pensé que llegaría a sentirme realmente cómoda entre tanto silencio o que disfrutaría realizando ciertos trabajos en la granja y, sin embargo, estaba encantada de hacerlo, me sentía útil y, lo más importante, parte de esa comunidad que formaban todos los trabajadores. Me había costado ganarme un sitio allí y, sobre todo, ganarme el respeto de mis compañeros. Todavía recuerdo como si fuese ayer la manera en la que me miraban algunos durante las primeras semanas y, aunque para ellos siguiera siendo “la española”, sabía que mi apodo se había convertido en una muestra más de cariño.

Por más que lo intentase, no conseguía imaginar cómo sería volver a mi vida anterior, despertarme en mi pequeño piso, coger el metro atestado de gente y meterme en una oficina en la que trabajaría nueve o diez horas al día con luz artificial y un ordenador que se convertiría en una prolongación de mí misma. Ya había pasado por eso y, si me hubieses preguntado en su día, te hubiese dicho que mi vida no estaba mal, que era cómoda, sencilla, funcional, pero después de haber estado en el paraíso... todo lo demás dejaba de tener sentido.

Habían sucedido muchas cosas en los últimos meses. Pablo había pasado cuatro días haciendo fotografías a la granja, a los trabajadores, a los alrededores y al pueblo. El resultado habían sido unas imágenes preciosas que mostraban la esencia de aquel lugar. Había conseguido captar la magia con su objetivo y solo faltaba que mi tía diese su brazo a torcer aceptando mi dinero para llevar a cabo el plan que había ido desarrollando en las últimas semanas. Tenía que convencerla fuese como fuese.

Al contrario de lo que había esperado, Gian y Pablo no habían conectado, de hecho, había sucedido todo lo contrario. Pablo se había mostrado excesivamente protector conmigo, rozando los límites de la educación y el civismo. Por su parte, Gianmarco se había vuelto loco de celos, cómo si mi amigo fuese una competencia a la que debía mantener lo más alejado posible. Habían sido unos días cargados de tensión en los que había discutido varias veces con ambos y terminé por sentirme aliviada cuando dejé a mi mejor amigo en el aeropuerto para coger su vuelo de vuelta a España.

También había conocido a la madre de Gian, una mujer alta, guapa y muy elegante que había aprovechado el único momento en que su hijo se había separado de nosotras para dejar claro que yo no le gustaba y que si por ella fuera, Gianmarco volvería con la que siempre sería la mujer de su vida, Giulia. Yo no me había quedado callada y le dejé claro que estaría al lado de su hijo mientras él me quisiera allí. Lo que no hice fue contárselo a Gian. ¿El motivo? seguía esforzándome por mantener intacta nuestra burbuja de felicidad.

Cada vez eran más habituales los momentos en los que me preguntaba si sería una locura quedarme allí, en la granja, con Fiorella y Emilia. Con él. ¿Querría Gian que me quedase? No me lo había pedido, seguíamos sin hablar de futuro, pero estaba segura de que el mañana se hallaba ya pisándonos los talones. La incertidumbre había ganado la batalla y la necesidad de saber qué sería de mí en los próximos años me creaba un desasosiego cada vez más latente. Quería hablar con él y a la vez no hacerlo nunca y ese nudo de contradicciones me tenía paralizada.

Era tarde cuando llegué a la cocina, nerviosa porque la tía Emilia por fin me había prometido que hablaríamos de mi propuesta, esa que le avancé varios meses atrás y sobre la que había estado dándome largas. Le había dejado caer que tenía varias ideas para la granja y que estaba decidida a conseguir que funcionasen. También había comentado algo con Alfonso e incluso le había confesado mis planes e ilusiones a Fiorella, la cual se emocionó tanto que prometió apoyarme y abrirme el camino con su hija.

Estaba ansiosa y casi vuelco mi taza de té al dejarla sobre la barra de la cocina donde nos sentábamos muchas noches a charlar solo las dos.

—*Bambina*, explícame bien ese plan de futuro al que no paras de darle vueltas en tu cabeza.

—Vale, puede que sea una locura y que no resulte viable del todo. Al fin y al cabo, llevo poco tiempo aquí y todavía se me escapan muchas cosas —dije, mostrándome de repente insegura.

—No digas tonterías. Te implicaste desde el primer día con todo lo que tiene que ver con esta granja. Te interesaste por su historia, empezaste a ayudar en los trabajos más duros y te conoces los libros de contabilidad al dedillo. Creo que como sigas así, pronto sabrás más del negocio que yo misma, así que dispara.

—Está bien. —Tragué saliva y enderecé la columna—. He pensado que en un futuro y después de remodelar algunas zonas, podríamos convertir parte de la granja en un lugar visitable. Quizás empezar por los establos y la nave donde se produce el queso. La gente vería de primera mano cómo viven las búfalas, los cuidados que necesitan, la forma de ordeñarlas... Después, en la nave, les mostraríamos todo el proceso de producción, desde que llega la leche recién ordeñada hasta que se convierte en el queso más delicioso del mundo. El recorrido podría terminar con una degustación en una pequeña tienda en la que venderíamos nuestros productos y, tal vez, otros alimentos de granjas vecinas. —Comencé a retorcer mis manos, apoyadas sobre la barra de la cocina que nos separaba—. Soy consciente de que podrían pasar años hasta tenerlo todo en marcha, pero he estado investigando y sé que es viable. Hay una granja en la zona de Paestum que ofrece degustaciones y menús basados en los productos que ellos mismos elaboran, no solo leche, si no también yogures, helados, tartas... Existen algunos complejos en el centro de Italia que se dedican por completo al turismo gastronómico y ninguno de ellos se encuentra lo suficientemente cerca.

De repente, me di cuenta de que había estado hablando durante varios minutos sin parar y bajé de la nube en la que me hallaba al fijarme en la cara de estupefacción de mi tía. Ella no había dicho nada aún y mientras el silencio se iba haciendo dueño de la habitación, mi entusiasmo se fue transformando en inseguridad.

—Perdona, me ha podido la emoción y me he venido arriba.

Sonrió de una forma tan abierta, tan sincera, que su gesto llenó mi pecho de algo blandito y confortable.

—Eres increíble, Valentina.

—Yo... —Me interrumpí porque no tenía ni idea de qué decir a continuación.

—Acabo de imaginar todo lo que has dicho, espacio a espacio, los detalles, y aunque es un objetivo muy ambicioso, me encantaría compartir tu sueño. No puedo prometerte que lo vayamos a conseguir, pero sí que lucharé contigo para conquistar cada una de las maravillosas ideas que tienes en esa linda cabecita.

—¿Lo dices en serio? —Me lancé a su cuello y la envolví en un abrazo que me supo a ilusiones y a un futuro lleno de promesas —. Gracias, gracias y mil veces gracias.

—Gracias a ti, *bambina*. Me has contagiado tu entusiasmo y tus ganas de hacer de este lugar uno lleno de proyectos, de vida.

—Lo vamos a conseguir, tía. Te lo prometo.

—Ay, Valentina, cuánta falta nos hacías por aquí.

Aceptó. Mi tía aceptó mi participación económica y mis ideas con la única condición de que, desde el momento en que firmásemos el acuerdo, nos convirtiésemos en socias. Me había hecho tan feliz su decisión que había empezado a mover todo esa misma noche para que la transferencia se hiciese efectiva cuanto antes y tuviésemos dinero suficiente para empezar con los cambios. La tía Emilia se había visto contagiada por mi felicidad y habíamos acabado las dos bailando en la cocina mientras nuestros téis nocturnos se quedaban helados.

Me acosté sintiéndome parte de algo grande, sintiéndome parte de esa nueva vida que tiraba de mí con fuerza.

¿Y si hacía de ese viaje algo definitivo? ¿Y si me quedaba?

**Valentina**

Abrí los ojos y fui consciente del calor de su cuerpo bajo el mío. Su piel ardía en contraste con el frío de la mañana que se colaba por el ventanal que la noche anterior olvidamos cerrar. Estaba prácticamente tumbada sobre él y el movimiento de su pecho se sentía como un balanceo apacible. La habitación estaba tranquila, apenas llegaba algún sonido de la calle por lo que supuse que todavía era temprano. Vivir en la granja me había hecho acostumbrarme a sus horarios y rara vez solía levantarme después de las seis de la mañana.

El cambio en la respiración de Gianmarco me chivó que se había despertado.

—Me quedaría en esta cama para siempre —afirmé arrullándome entre sus brazos.

—Hazlo.

—No me tientes, puede que te tome la palabra. Tenemos el teléfono para pedir comida y un montón de mantas en el armario. Creo que podríamos sobrevivir un par de años aquí.

Esperé escuchar su risa, pero se quedó totalmente quieto y su respuesta tardó en llegar.

—No me has entendido bien. Hazlo, quédate conmigo.

Me incorporé, apoyando el peso de mi cuerpo sobre el antebrazo para mirarle a los ojos y me encontré con una imagen que no era la que esperaba. Gian me observaba con expresión seria. ¿De verdad me estaba proponiendo que me quedase de forma definitiva?

—¿Qué... qué estás queriendo decir?

—Lo sabes perfectamente, Val —afirmó recogiendo un mechón de mi pelo para colocarlo detrás de mi oreja, manteniendo después la palma de la mano en mi mejilla.

—¿Quieres que me quede... para siempre?

—Quiero estar contigo. Sé que estás ilusionada con la granja y que más que un proyecto, se ha convertido en un sueño. Creo que podrías ser feliz aquí, Val, de verdad que lo pienso. Yo me esforzaría cada día para que lo fueses.

—Gian...

—No, espera, falta lo mejor. Podríamos despertar así cada mañana; dormir con nuestros cuerpos hechos un ovillo; preparar un picnic los fines de semana y disfrutarlo en nuestra cala; podríamos viajar juntos por toda Italia, por toda Europa. España está a menos de dos horas de vuelo y podrías invitar a tu familia y a tus amigos a pasar temporadas aquí, en la granja o en mi casa. Quiero que te quedes por mí, por nosotros, pero también por todo lo que este lugar puede ofrecerte. Yo... Sé que estoy siendo egoísta. —Se incorporó hasta quedar sentado en la cama, con la espalda apoyada sobre el cabecero y yo me coloqué de rodillas frente a él—. Soy egoísta por pedirte esto, pero no quiero tener que depender de un avión para poder abrazarte, no quiero

preguntarte cómo te ha ido la semana a través de una pantalla ni despertarme un día tras otro echándote de menos. Quédate, en mi país, en mi casa, en mi cama y convirtamos todo lo mío en tuyo también. Vive conmigo. Ya sé lo que es tenerte y lo quiero todo.

Las lágrimas resbalaban traicioneras por mis mejillas mientras observaba la ilusión y el miedo en sus ojos. Era el mismo miedo que yo llevaba semanas sintiendo.

—Vas a decir que no —afirmó bajando la cabeza y solo entonces fui consciente de que llevaba demasiado tiempo en silencio—. Lo entiendo. No te preocupes —añadió apartando la mirada, una que se había cargado de dolor.

Me acerqué más a él, me senté a horcajadas sobre su regazo y coloqué mis manos a ambas partes de su cuello, enmarcando su cara.

—Estoy enamorada de ti, Gian. Sabes que no lo esperaba, que intenté huir de esto mismo. — Sus ojos se agrandaron por la sorpresa—. Pero apareciste tú, y a pesar de que luché en contra, arrasaste con todo haciéndome olvidar cualquier cosa que no fuésemos nosotros. Me diste aquello que pensé que no quería y sin lo que ahora no puedo vivir. Estoy aquí, entre tus brazos, y no consigo recordar un lugar en el mundo en el que haya sido más feliz. Así que mi respuesta es sí.

—¿Cómo has dicho?

—Que sí. Que quiero quedarme a tu lado. Que quiero seguir conociéndote y queriéndote. Que quiero abrazarte y besarte todos los días y también seguir compartiendo momentos con tu abuela y con mi tía, a quienes considero ya parte de mi familia. Eso sí, tendrás que aguantar mis ñoñerías cada vez que eche de menos a mis hermanas, a mi padre o a mis amigos, tendrás que tener paciencia conmigo, pero a cambio, prometo prepararte arroz al horno todos los domingos, estar siempre que me necesites y compartir todo lo que soy contigo —añadí con la voz quebrada, secándome las lágrimas que se derramaban ya sin control—. Quiero quedarme, por mí, por ti, por nosotros.

Me dio el beso más tierno que había recibido nunca, un beso que me traspasó y que conmovió todo mi cuerpo, desde mis mejillas hasta la punta de mis pies. Sin separarse de mí, recorrió mis labios lentamente con la punta de su lengua para después volverlos a besar con una dulzura que me hizo temblar.

Con los ojos cerrados y sintiendo cada uno de sus movimientos, levanté los brazos y acaricié el nacimiento de su pelo mientras lo atraía hacia mí. Rocé sus labios con los míos, estaban calentitos y me hicieron cosquillas.

Sus ojos me llamaban, me esperaban con paciencia, y cuando alcé la mirada, me atraparon sin remedio. En ese momento me sentí tan suya como mía.

—Te quiero, Valentina. Mentiría si dijese que no sé cómo hemos llegado a esto, porque me fascinaste desde el primer día que entraste al taller con esa actitud curiosa e inquebrantable. Adoro tus sonrisas y tus legañas; tu manera de retarme y ponerme en mi sitio; que lleves mi ropa y pasees por mi casa como si siempre hubieses formado parte de mi vida; me encanta mirarte cuando no te das cuenta y escucharte hablar cuando algo te apasiona.

Nos desnudamos lentamente mientras sellábamos el trato con nuestras manos, con nuestra piel. Era la primera vez que podíamos amarnos sin el yugo del tiempo, sin el temor de que las páginas del calendario cayesen demasiado rápido.

Me tumbé boca arriba y le hice hueco entre mis piernas mientras saboreaba la piel de su mejilla, de su mandíbula, de su cuello. Sabía a presente, pero también a futuro, a ilusiones, a proyectos, a una felicidad resbaladiza a la que quise aferrarme con todas mis fuerzas.

Mis pezones salieron en su búsqueda cuando su boca los colmó de atenciones, haciéndoles

protagonistas de la fiesta que celebraban nuestros cuerpos. Tiré de su pelo, arqueando mi espalda cuando el placer se intensificó y el deseo amenazaba con desbordarme. Empujé su cabeza hacia abajo, dirigiéndolo donde más lo necesitaba y cuando llegó a su destino, alzó la barbilla para mirarme con esa sonrisa que tanto me gustaba.

—No me hagas rogarte.

—Valentina, deseo esto tanto como tú, créeme.

Y sin darme tiempo si quiera a interpretar sus palabras, me comió. Me comió con las mismas ganas que el lobo se comió a la abuelita, con el hambre de quien lleva días sin probar bocado y se sienta a una mesa llena de manjares. Su lengua entró, salió y se enredó en el lugar más sensible de mi anatomía haciendo que mi orgasmo llegase a su punto más álgido, provocando que mi cuerpo se tensase y temblase al unísono.

Mientras recuperaba el aliento, la calma y la cordura, sentí sus labios besando con delicadeza mis muslos, mi abdomen, mi ombligo, mi boca.

Cuando nuestras miradas se enlazaron, nos hice rodar, quedando a horcajadas sobre su cuerpo, sintiéndome entera. Me deslicé sobre él lentamente, absorbiendo poco a poco aquellas sensaciones que emanaban del momento, de lo que éramos juntos. Cabalgué sin prisa, retozando, rotando las caderas en una tortura cruel y deliciosa, hasta que el deseo tomó las riendas y dejé de sentir mi cuerpo como propio.

Nuestras almas temblaron a la vez y me perdí en el momento en que un gemido ronco escapó de su garganta, catapultándome a una neblina placentera y silenciosa.

El amor puede ser muchas cosas, puede hacernos muchas cosas y en ese momento, me hizo libre, poderosa, bella.



Valentina

La felicidad es tan frágil como un pedazo de cristal. Cuando la alcanzas, has de sostenerla entre tus manos con sumo cuidado, protegerla de todo, incluso de ti mismo. Y aun así, nada puede asegurarte el tiempo que conseguirás mantenerla intacta. No sabes cuándo puede aparecer una grieta o fragmentarse en mil pedazos.

Me había dormido pensando en él, en lo raro que se me hacía acostarme sola en mi cama después de haber pasado varias noches a su lado.

Pensé en el primer día que me llevó a la cala de Furore y en todos los momentos que habíamos vivido allí. Se había convertido en nuestro lugar favorito. La vitalidad que esa playa transmitía estando deshabitada me hacía sentir más viva que nunca. Recordé sus casas color pastel, las barcas de madera sobre la arena y la ría que se hacía camino desde lo alto del paisaje hasta ser acogida por el mar. Me concentré lo suficiente y fui capaz de sentir el calor de los rayos de sol sobre mis hombros, haciéndose hueco entre las montañas hasta conseguir llegar a la arena. Sentí los dedos de Gian jugando con mi pelo y creí escuchar el sonido de las olas mientras él me abrazaba por la espalda. Rememoré los olores, las texturas, su risa.

Pensé que sería tarde, pues hacía rato que daba vueltas en la cama y el sueño parecía haberse evaporado. Abrí los párpados buscando el reloj que descansaba sobre mi mesita de noche y sentí como si cientos de objetos punzantes se clavaran a la vez en mis ojos. Los cerré de golpe, con fuerza, llevándome las manos a la cara por instinto para protegerme de aquello que me dañaba. Me pregunté si no me encontraría en mitad de un sueño y lentamente fui tocando mis pómulos, mi boca, mi nariz y mis ojos. Todo estaba en orden.

Respiré hondo, sintiendo cómo el miedo iba ganando terreno y separé los párpados, solo un poco. Me obligué a mantenerlos de esa manera, entornados, hasta que el dolor se hizo soportable y pude comenzar a afrontar el siguiente problema. No veía nada.

Estiré los brazos para alcanzar lo que había a mi alrededor. Eran mis sábanas frías, mi colcha, la pared rugosa junto a mi cama con el pequeño desconchado a la altura de la almohada. Sentí la necesidad de inspirar profundamente, como si el aire que entraba a mis pulmones no fuese suficiente. Mis manos temblorosas buscaron a tientas hasta que logré alcanzar la lamparita y accionar el interruptor. Nada cambió, no hubo luz, ni siquiera claridad. Derramé mi inquietud sobre el inerte objeto zarandeándolo, haciendo girar la bombilla, retorciendo el cable y dándole golpes hasta que me cansé de intentar hacerlo funcionar.

—Valentina, tranquilizante y piensa.

Mi voz rezumbando en la habitación no me calmó en absoluto. En medio de mi respiración entrecortada y el sonido de las órdenes que se repetían en mi cabeza, comencé a escuchar fuertes ruidos que parecían venir tanto de dentro como de fuera de la casa.

Me armé de valor, me senté en la cama y bajé los pies con cuidado, como si al llegar a su destino pudieran encontrarse con algo diferente al suelo de madera que había bajo el colchón. Me levanté despacio, sintiendo el temblor arraigado en mi cuerpo, y estiré los brazos frente a mí mientras caminaba hacia la pared del fondo. Un miedo irracional se hizo con todo y, mientras me deslizaba junto al muro, casi esperaba que alguien me atacara por la espalda. Llegué hasta la ventana, abrí a tientas los cristales provocando un chirrido familiar y me peleé con el cierre metálico de las contraventanas. El frío arañó mis mejillas a la vez que el aire entró por mi nariz y mi garganta, dándome una pequeña tregua. Abrí los ojos a pesar del dolor y aspiré otra gran bocanada de aire, notando como algunos mecanismos se activaban en mi cuerpo.

Sentía las piernas cansadas y doloridas, y por algún motivo que desconocía, volvía a tener sueño.

La luz de la luna, junto con la que proyectaba un viejo farol situado a unos veinte metros de mi ventana, me permitieron entender dos cosas: era de noche y la electricidad seguía funcionando fuera de casa. Me di la vuelta, apoyando la espalda contra el marco de madera, intentando no cerrar los ojos a pesar de las ganas. Una espesa nube de humo negro fue todo lo que llegué ver. Inundaba cada rincón de la habitación y se colaba entre mi cuerpo y cualquier objeto que se encontrara a más de un paso de distancia.

Escuché sirenas y me erguí de golpe cuando comprendí lo que pasaba, estaba en medio de un maldito incendio. La casa se estaba quemando.

Corrí hacia la puerta, pidiendo auxilio, gritando a pleno pulmón los nombres de Emilia y Fiorella. Al abrirla, tuve que taparme la nariz y los ojos con el antebrazo, luchando contra el humo que entraba en mi cuerpo por cada orificio.

No llegué a ningún sitio. Sentí un dolor punzante en la cabeza, rápido como el dong de las campanas o el corte seco de la fruta con un cuchillo afilado. Todo desapareció de repente. La puerta, el humo, el miedo, la ansiedad, el dolor.

Recuerdo quedarme suspendida en un vacío placentero que me mecía con una ternura exquisita y recuerdo rendirme a lo que mi cuerpo pedía.

**Gianmarco**

El reloj del coche marcaba exactamente las dos de la mañana cuando mi mundo saltó por los aires. En la radio sonaba *I wanna be your slave*, de Maneskin a un volumen considerable que ahuyentaba el sueño. Me había empeñado en llegar a casa esa misma noche, fuese la hora que fuese y la reunión en el despacho de mi padre había durado más de lo previsto. Estaba cansado, pero pensar en ella y en todo lo que le haría al día siguiente era un chute de adrenalina para mi organismo.

Iba pensando en la sorpresa que se llevaría cuando me presentase por la mañana en la granja, durante el desayuno especial de los miércoles. Lo tenía todo planeado: me sentaría a la mesa como uno más y me quedaría en silencio hasta que ella me descubriese y después, le daría el regalo que llevaba días guardando, unos billetes para ir juntos a Valencia a ver a su familia.

Pero los planes no son más que un puñado de intenciones y los míos se rompieron en el mismo momento en que vi el humo y escuché las sirenas. Un camión de bomberos y dos ambulancias pasaron por mi lado a gran velocidad y mi corazón se estrujó cuando los vi adentrarse en el camino que llevaba a la granja. Pisé el acelerador a fondo mientras agarraba el volante con todas mis fuerzas y salté del coche en cuanto éste frenó cerca de la casona.

Recuerdo lo primero que vi como si volviese a tener la imagen delante de mis ojos. El fuego salía por dos de las ventanas del salón y el humo... recuerdo que era tan negro que me impedía ver lo que había al otro lado.

Gritos, sirenas, gente corriendo de un lado a otro, bomberos dando órdenes, el sonido horrible del fuego quebrando la madera...

No recuerdo salir corriendo en dirección a la casa, pero sí el repentino ardor en todo mi cuerpo cuando atravesé la puerta de entrada. Recuerdo que no podía respirar y no veía apenas nada, el dolor insoportable en mis brazos, mi desesperación, mis gritos y las llamas por todas partes.

Después de eso, todo estaba borroso en mi cabeza.

**Valentina**

Habría jurado que estaba escuchando a mi padre, a Marta y a Paula. También oía otras voces que no conseguía ubicar y que sonaban lejanas y mezcladas con la bruma que inundaba mi mente.

Me pregunté si seguiría soñando, pero me sentía tan viva, tan despierta.

Intenté moverme, pero no había parte alguna de mi cuerpo que reaccionase a las órdenes que mi cerebro enviaba. Quería abrir los párpados y comprobar si las manos ásperas que acariciaban mi antebrazo eran o no las de mi padre.

Notaba la claridad e intenté mover los ojos con la esperanza de que alguien se diese cuenta de que estaba allí, de que no dormía, pero el esfuerzo solo sirvió para cansarme aún más.

Una ola de sueño fue apoderándose de mí, desde las puntas de los pies, recorriendo mi tronco, mis brazos, mis pulmones. Mis pensamientos. Poco a poco, me sumergí en una pesadilla en la que me ahogaba en el fondo de un pantano tan profundo que no conseguía dejar de caer y caer.

Cuando desperté un tiempo después, me propuse no volver a dormirme nunca, pero parecía que mi vida se hubiese convertido en un bucle de malos sueños y momentos en los que luchaba contra mi propio cuerpo para hacerlo reaccionar.

Me concentré todo lo que pude e intenté mover una pierna, pero no lo conseguí. Probé con el brazo derecho y el intento también fue en balde. Recordé un sueño que se repetía en mi infancia en el que despertaba pero no podía moverme, tan solo abrir los ojos, lo cual solo servía para incrementar mi ansiedad. Pero ya no era una niña y eso significaba que debía ser capaz de superar mis miedos, solo tenía que relajarme y pensar en algo que me ayudase a alejar la ansiedad.

Intenté formar una imagen en mi cabeza:

Los campos que rodeaban la granja y que parecían no tener fin.

El frío de la mañana aclarando mis ideas.

Mis pies envueltos en las zapatillas blancas de correr que Marta me había regalado por Navidad.

Un pie y después el otro.

El camino de tierra que llevaba hasta la carretera que enlazaba con el pueblo.

La calidez de los rayos del sol sobre mis hombros.

Olivos centenarios.

Gotas de sudor que resbalaban.

De pronto, escuché el ruido seco de una botella de plástico al abrirse. Comencé a percibir

otros sonidos, como si el primero hubiese sido el detonante, la puerta que se abre y deja entrar al resto. Escuché murmullos, el ruido de una bolsa y una voz cálida y familiar.

—Te necesito, cariño. No sabes lo mucho que me faltas.

Era la voz rota de mi padre, reconocería ese tono en cualquier lugar. Hablaba bajito y parecía estar tan cerca que seguramente podría tocarle con la mano si estiraba el brazo. Si consiguiese hacerlo.

—¿Dónde estás, Valentina? ¿Por qué no vuelves con nosotros? —Escuché un suspiro que me rompió el alma—. Hoy ha venido Lía. Cómo ha cambiado, no la recordaba tan alta ni tan segura de sí misma. Me ha dicho que eres fuerte, pero que no te gusta que te organicen la vida y que despertarás solo cuando tú quieras hacerlo. Esa chiquilla te conoce de verdad.

La angustia con la que había despertado se estaba derritiendo con sus palabras. Solo necesitaba que siguiera allí conmigo, que continuara regalándome su voz, su cariño.

—Cuéntame una historia, papá. De esas que se te dan tan bien, que comienzan con una verdad y vas adornando hasta hacerlas parecer un cuento —le dije en mi cabeza.

Lo escuché sorberse la nariz y luego nada.

Volvió la angustia cuando pensé que se había marchado, que se había ido sin despedirse, sin dejarme sentir el calor de sus labios en mi frente. Quería llorar y odiaba no ser capaz ni siquiera de eso. Entonces escuché otra voz, la de Marta, y quise levantarme y abrazarlos a ambos.

—¿Por qué no bajas a la cafetería a tomar algo?

—La echo tanto de menos... Y esto... esto me recuerda demasiado a tu madre.

—No digas eso. Valentina va a estar bien. Los médicos dicen que volverá con nosotros en cualquier momento. Tenemos que ser fuertes para ella, papá.

—¿Y si no lo hace? Hace días que le quitaron la sedación y no reacciona. Dijeron que despertaría... Yo... —Su voz se quebró al final de la frase y mi corazón se partió en cientos de trocitos. Necesitaba decirle que estaba bien, que los escuchaba, que estaba despierta—. No he querido decir eso. Lo siento, cariño, solo estoy cansado.

—No te preocupes, papá. Todos tenemos derecho a derrumbarnos. Te llevo al hotel, necesitas dormir.

No podía permitir que se fuera sin saber que estaba bien así que concentré mis esfuerzos y conseguí abrir los ojos. La luz era cegadora, de un blanco insoportable, y poco a poco fui distinguiendo el foco incrustado en el techo, sobre mi cabeza. Pestañeeé despacio, intentando acostumbrarme a esa nueva claridad y de mi garganta escapó un gemido horrible cuando quise llamarlo.

—¿Valentina? ¡Valentina, por Dios, estás despierta! —gritó mi padre— ¿Puedes oírme? ¿Te encuentras bien?

La imagen era borrosa, pero pude ver sus ojos llenándose de lágrimas mientras se abalanzaba sobre mí para estrecharme entre sus brazos.

Poco después, el personal médico entró en la habitación. Revisaban las máquinas a las que estaba conectada y movían partes de mi cuerpo sin pedirme permiso, como si no me perteneciesen. Me hicieron preguntas absurdas como cuál era mi nombre, mi edad o cuántos hermanos tenía. Respondí a todas con paciencia aunque el dolor de cabeza comenzaba a ser insoportable.

Desperté a la mañana siguiente, sintiéndome bastante relajada. La habitación estaba en penumbra, iluminada por una lamparita situada junto a un sofá en el que dormitaba Marta, hecha un desastre, con el pelo enredado, unas marcadas ojeras y una camiseta que parecía ser tres o cuatro tallas más grande de la que necesitaba.

Intenté pensar en lo último que recordaba, pero en mi mente seguía habiendo un batiburrillo de imágenes y solo algunas tenían sentido. Algo grave debía de haberme ocurrido para que tanto Marta como mi padre estuvieran en Italia conmigo.

—¿Estás despierta? —susurré.

Se levantó sobresaltada y corrió hasta mi cama, cogiéndome de la mano.

—¿Estás bien? ¿Llamo al médico?

—No, dame un poco de agua y no me sueltes, por favor.

Llenó un vaso y me lo acercó mientras se sentaba en la cama.

—No sé si cabremos las dos con tanto cable —dijo apartándolos a un lado para hacerse un hueco a mi lado—. Te he echado de menos. Nos tenías muy preocupados, enana.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Qué ha pasado? Por más que intento recordar, todo está borroso.

—Tres días —contestó mientras me acariciaba el pelo—. Nunca había estado tanto tiempo sin hablar contigo, ¿sabes? Ni siquiera cuando te fuiste de Erasmus a Berlín y solo pensabas en salir de fiesta y conocer gente nueva.

—¿Tres días? ¿De verdad llevo todo ese tiempo inconsciente?

Marta bajó la mirada hasta mi mano y se detuvo a observar la forma en la que sus dedos acariciaban los míos.

—¿No recuerdas nada de nada? —Negué con la cabeza, cada vez más asustada—. Verás, hubo un incendio en la casa, mientras todos dormíais.

Las imágenes empezaron a aparecer en mi cabeza, primero de forma lenta y difusa y después como una película en cámara rápida. Decenas y decenas de fotografías horribles se presentaban ante mis ojos, horrorizándome.

—Marta, sigue por favor.

—Todavía no saben cómo pasó exactamente, pero creen que fue un cable en mal estado. Ocurrió en la planta baja, tú debiste despertarte por el ruido y al abrir la puerta de tu habitación, una viga te golpeó en la cabeza. Supongo que es por eso por lo que te cuesta recordarlo, el médico dijo que podía pasar. —Sentí un escalofrío. Yo parecía estar bien, pero algo no lo estaba—. El golpe te hizo rodar escaleras abajo y te encontraron junto a la puerta de entrada. Eso fue lo que te salvó la vida. Los bomberos te vieron enseguida y te sacaron de allí. Habías inhalado mucho humo y no reaccionabas.

—¿Y Fiorella y la tía Emilia? ¿Están bien? ¿Están aquí?

El silencio de mi hermana me puso nerviosa y su mirada pesada, esa que conocía tan bien, se volvió insoportable. Sentí una ligera presión en la otra mano y me giré para descubrir a mi padre, de pie junto a la cama. Ni siquiera me había dado cuenta del momento en que había entrado en la habitación.

Sus ojos me advirtieron que sufriría. Aun así, no estaba preparada para lo que vino a continuación. Nada podría haberme preparado para aquello.

—Valentina, ellas... —intervino mi padre con un hilo de voz.

—¡No! —grité llevándome ambas manos a la boca— ¡No es verdad! Dime cómo están. ¡Dime dónde están!

El silencio que inundó la habitación tras mis palabras, confirmó mis sospechas, esas en las que no quería creer.

Todo cayó a mi alrededor. Las paredes se derretían e iban deslizándose de camino al suelo, empujadas por la gravedad como si fuesen lava. Las imágenes se desdibujaban, los sonidos del exterior se percibían distorsionados y mi cabeza gritaba reclamando toda mi atención.

Me llevé el puño al pecho, como si al hacerlo pudiese arrancar todo el dolor que sentía allí.

—Valentina, deja de moverte, por favor. Te estás haciendo daño —insistía mi hermana mientras intentaba sujetarme las manos contra el colchón para bloquear mis movimientos erráticos. Mi padre permanecía inmóvil a mi lado, con los ojos llenos de tristeza.

—No han sobrevivido, Valentina. —Su voz grave logró que me detuviese en seco—. Ninguna de las dos. Pero tú sí, mi vida. Tú estás aquí con nosotros.

Mi corazón se detuvo, el pecho comenzó a presionar sobre mis pulmones y la vida se paralizó. Sin decir nada, miraba los ojos de mi padre y después los de mi hermana, buscando algo que me sacara de aquella pesadilla. Quería gritar. Necesitaba hacerlo con todas mis fuerzas para arrancar el dolor que estaba oprimiéndome, pero tan solo respirar me resultaba costoso.

—Muertas... ¿Las dos?

Mi padre y mi hermana se acercaron y me estrecharon entre sus brazos mientras me acariciaban el pelo. Los sollozos hacían que mi cuerpo convulsionara y con cada movimiento, sentía los huesos de mi tronco a punto de quebrarse. El dolor era insoportable.

Lloré recordando esa noche en que la que se habían ido y muchos de los momentos que habíamos vivido en los últimos meses. Pensé en los abrazos que me perdería, en las conversaciones en el porche con Fiorella evocando el pasado o en los ratitos que compartía con mi tía por las noches junto a una taza de té.

Todo me había sido arrebatado.

Los brazos de mi padre se desplazaban por mi espalda en suaves caricias. Él también lloraba y noté como se humedecía mi camiseta mientras lo apretaba más fuerte contra mí.

Tardé mucho en serenarme y adquirir la fuerza necesaria para separarme de ellos.

Unas horas después, el teléfono de mi hermana empezó a sonar, miró la pantalla y colgó sin responder.

—¿Era Paula? ¿Está aquí?

Fue apenas un segundo, pero capté el momento en que su mirada se desvió hacia mi padre antes de decir nada.

—Vinimos todos juntos en cuanto nos llamaron —afirmó evitando mirarme a los ojos.

—Tengo la sensación de que me estáis ocultando algo importante.

—Tranquila, cariño, Paula está bien. Ha ido al pueblo, pero no tardará en volver.

—¿A Villa Antea?

Mi hermana suspiró y volvió a cogerme de la mano, infundiéndome miedo en lugar de tranquilidad. ¿Qué más podía estar pasando? ¿Por qué no me lo decían de una vez por todas?

—La policía estuvo aquí y nos contó lo que pasó esa noche. También nos hizo preguntas sobre ti. Cuánto tiempo llevabas viviendo en la granja, que relación tenías con la tía Emilia y cosas así.

—¿Por qué? No lo entiendo —pregunté en un hilo de voz.

—Gianmarco llegó a la granja poco después de que lo hiciesen los bomberos. Venía de Roma e iba de camino al pueblo cuando se dio cuenta de que algo pasaba. Te vio antes de que te subieran a la ambulancia y cuando se dio cuenta de que su abuela y Emilia seguían dentro de la casa... —Cerró los ojos y tragó saliva—. Él entró a buscarlas.

El dolor en el pecho volvió igual de fuerte que hacía unas horas.

—Pero está bien, ¿verdad? —musité. Me faltaba el aire y comencé a boquear mientras me aferraba a las sábanas. Me estaba ahogando.

—Escúchame, Valentina. —Mi hermana me agarraba fuerte de los hombros, pero me costaba centrarme en otra cosa que no fuese llenar mis pulmones de oxígeno—. No está muerto.

Gianmarco no está muerto, ¿me oyes?

Busqué a mi padre con la mirada y él confirmó con un gesto las palabras de Marta.

—No lo está, cariño. Cálmate, por favor. Está vivo.

—Está vivo —repetí cerrando los ojos mientras sentía el aire volviendo a hacerse paso por mi tráquea.

—El policía que nos contó lo que pasó no quiso darnos más detalles. Solo que entró en la casa, que tuvieron que rescatarlo los bomberos y que fue trasladado a un hospital en Nápoles, pero no sabemos mucho más. Paula ha ido a casa de Francesca y Alfonso para ver si saben algo o pueden darnos el teléfono de sus padres.

Cerré los ojos con fuerza. Necesitaba pensar que él estaba bien, que la vida no iba a arrebatármelo también. No podía ser tan perra de quitarme todo aquello de lo que me había enamorado. Porque lo había hecho. Me había enamorado de una vieja casa en la que las tuberías ululaban y la madera del suelo crujía en el piso superior; de unas búfalas gruñonas y tercas que me hacían enfadar cada mañana; de una mujer sabia, inteligente y llena de amor que lucía siempre un chal azul a juego con el color de sus ojos; de las callejuelas empedradas de Villa Antea; de nuestra playa en Furore; de las escaleras interminables donde el suelo rozaba las olas.

Y de él. Sobre todo, me había enamorado de él y de la manera en la que me sentía solo con tenerlo cerca. De las cosquillas que provocaba su risa en mi tripa, del calor de su cuerpo bajo las sábanas, de sus manos sobre las mías amasando pizza, de sus susurros en mitad de la noche, de su mal humor, de sus enfados y de sus ojos, esos en los que era capaz de nadar una y otra vez sin cansarme. Me había enamorado hasta las trancas y me lo había jugado todo por ese amor. Yo, la de las listas interminables de pros y contras, la que siempre consultaba con la almohada, con mis hermanas y hasta con mi padre cada pequeña decisión.

Había dejado una parte de mí en cada conversación, en cada beso, en cada abrazo que les di y en cada rincón de esa granja a la que ya consideraba mi hogar. Partes de mí que ya nunca lograría recuperar.



Valentina

Esa misma tarde, aunque lo creyera imposible, un nuevo dolor volvió a azotarme y la tristeza se incrustó en mis entrañas de tal modo que pensé que siempre dominaría mi mundo.

No fue algo repentino, no me puse a llorar al momento. No, las lágrimas llegaron más tarde y secarlas fue una tarea imposible.

Al principio, tras recibir la nueva noticia, solo asentí y me quedé mirando a Paula como si no la reconociera, como si su mensaje no fuera coherente y ni siquiera su cuerpo le perteneciese. Ella seguía hablando, lo sabía porque su boca se movía y la preocupación se mostraba en sus gestos y en su mirada. Mientras la observaba, me pregunté por qué no me había puesto a gritar todavía, por qué no lloraba y maldecía y llegué a pensar que tal vez me había vuelto loca. No sería tan disparatado al fin y al cabo. Me acababa de enterar de que Gianmarco también estaba muerto, de que ya no lo vería nunca más.

Nunca.

Nunca es una palabra tan definitiva... ¿Cómo podía estar muerto si todavía podía sentir su olor impregnado en mi pelo? Podía escuchar su voz susurrando mi nombre y su risa llenando cada hueco de silencio.

Me quedé esperando a que algo sucediera, que el hospital volase por los aires, que yo despertase de una pesadilla, que llegase la desesperación, se colase por mis oídos y me aplastara hasta dejarme devastada. Fueron horas en las que mi mente estuvo en una profunda calma y me mantuvo aislada de todo y de todos.

Cuando llegó el dolor, lo hizo poco a poco, como un virus, infectando un órgano tras otro hasta alcanzar cada centímetro de mi alma. Fue entonces cuando mi cabeza despertó y empecé a comprender lo que significaba la noticia que había traído mi hermana.

Ya no sentiría sus brazos acercándose a él.

No me burlaría de su carácter mandón ni me subirían los colores cuando me hablase sucio.

Nunca más bajaría de su mano las escaleras de Vetri sul mare ni volvería a ver un atardecer en nuestra cala en Furore.

No apoyaría la cabeza en su pecho para dormirme con el latido de su corazón.

No intentaría volverlo loco en mitad de la noche con mis travesuras ni me quedaría embobada observándole trabajar.

No estaría en las fiestas del pueblo que se celebrarían al mes siguiente y ya no tendría la oportunidad de reconciliarse con su padre ni podría conocer al mío.

Gian no iba a volver.

No sé cuánto tiempo pasé sumida en el llanto, pero puede que fueran días. Todo pasó en medio de una neblina confusa y cuando quise darme cuenta estaba en mi casa, en mi cama, en España.

Tras la pena llegó el entumecimiento. Nada me afectaba, nada me provocaba enfado, pena ni alegría. Me daba igual estar en el sofá, en la cama o en el suelo.

Empecé a salir a correr solo para que mi padre y mis hermanas me diesen algo más de espacio, para reducir sus quejas, sus súplicas y sus caras de preocupación. Yo solo quería estar sola.

Unas semanas después de haber vuelto a España, mis hermanas se presentaron en mi piso y se sentaron en el sofá de mi salón, frente a mí, con gesto serio. Sabía lo que pensaban y también que vendrían tarde o temprano, pero no tenía fuerzas para decirles lo que ambas necesitaban escuchar.

Me hubiese gustado meterme en mi caparazón y que nadie me molestase durante un tiempo. Ser solo yo en mi mundo. Pero la familia es algo que te acompaña desde el nacimiento hasta la muerte y aunque yo no quise verlo en ese momento, necesitaba a mis hermanas para salir del lugar en el que me encontraba atrapada.

—Hemos venido a recuperarte.

—No puedes seguir así —añadió Marta en tono de reproche— Tienes que salir y seguir adelante.

—No lo entendéis, ninguna de las dos podéis entenderlo.

—¡Pues háblanos! —exclamó Paula— Dinos lo que sientes, lo que pasa por tu cabeza, pero no nos dejes fuera, porque no vamos a rendirnos nunca y lo sabes.

Subí las piernas al sofá y las envolví con mis brazos, como si esa postura me hiciese sentir más protegida, menos vulnerable, pero no fue así.

—Había encontrado mi sitio, y no era solo por él. Tenía un proyecto de vida, uno que hacía brillar mis ilusiones y me daba fuerzas para tratar de alcanzarlas. Ya sabéis que quería reflotar la granja y cómo me sentí cuando convencí a la tía Emilia de hacerlo juntas. Quería que Fiorella viera resplandecer de nuevo el hogar que con tanto esfuerzo construyó con el *nonno* y él... Existía una conexión entre nosotros, ¿sabéis? Puede que os parezca una tontería porque murió hace muchos años y casi no lo recuerdo, pero cada vez que me sentaba en su despacho, detrás de su viejo escritorio, podía sentirlo allí conmigo, guiándome, apoyándome... Yo... Había encontrado un lugar en el que me sentía más cómoda que nunca y de pronto siento que lo he perdido todo. Mis esperanzas, mis sueños, todo por lo que había decidido luchar.

Las lágrimas corrían por mis mejillas sin descanso. Hacía días que no lloraba y de repente, volvía a sentir que me ahogaba.

—No lo has perdido todo, Val.

—Lo sé, os tengo a vosotros y ojalá no me faltéis nunca porque entonces... —Cerré los ojos, incapaz de pensar en esa posibilidad—. Agradezco todo lo que estáis haciendo, aunque no lo parezca, y una parte de mí sabe que estoy siendo egoísta por haceros sufrir, pero... No puedo pararlo. No puedo arrancarme del pecho los recuerdos, los planes que hice, que hicimos. Todo se ha ido a la mierda y a pesar de que estáis aquí, me siento muy sola. —Hice un esfuerzo inútil por secarme la cara con las manos—. Él me quería. Solo nos lo pudimos decir un puñado de veces, pero su mirada, la forma que tenía de cuidarme... Me quería mucho. ¿De qué le sirve ese amor bajo tierra? ¿De qué me sirve a mí? Quiero volver en el tiempo y vivir los últimos once meses en bucle. Los besos, los abrazos e incluso todas las veces que discutimos. Lo quiero de vuelta. No es justo ¡No es justo!

Marta se sentó a mi lado y cogió mis manos antes de darme un beso en la sien y responderme.

—Si esto fuese una película, ahora mismo rebobinaría la cinta para darte lo que necesitas. Lo haría una y otra vez para no verte en este estado. Pero no lo es, Val. La vida sigue y tienes que levantar la mirada del suelo para captar lo que hay a tu alrededor, para encontrar algo que te atraiga, algo con potencial suficiente para volver a hacerte sonreír a la larga. Encuentra un objetivo, uno pequeño para empezar, y construye el resto a partir de ahí. No puedo ponerme en tu piel porque no he vivido, ni de lejos, lo mismo que tú, pero solo de imaginarme la posibilidad de perder a Toni o a las niñas, se me pone la piel de gallina y tengo ganas de vomitar. Solo puedo decirte que Paula, papá y yo siempre estaremos a tu lado.

—Lo sé. —Las miré a ambas y me sorprendió ver que también estaban llorando. Las estaba haciendo sufrir, a ellas, a mi padre, a mis amigos... Fui consciente de que tenía que parar aquello, pero no sabía cómo hacerlo. Había intentado alejarme, encerrarme en una burbuja con mi dolor, pero el amor de mi familia era más grande que mi desesperación y había traspasado mis barreras una y otra vez.

Al día siguiente salí a dar un paseo con ellas. Caminamos por el barrio, tomamos un café en la terraza de un bar y volví a casa. Recuerdo lo extraño que me resultó todo. El tráfico de la ciudad, la gente andando con prisa e incluso saludar al camarero al que conocía desde hacía años y que quería saber dónde había estado los últimos meses.

Un día más tarde, acompañé a mi padre al mercado y comencé a hacer lo que creía que el resto esperaba de mí. Hacía la compra, recados e incluso saludaba a los vecinos del barrio si me los encontraba por el camino. Aun así, me sentía como una impostora en mi propia vida.

¿Cuánto tiempo podría vivir así? ¿Podría encontrar ese objetivo del que hablaba Marta y que me devolvería las ganas de vivir?



Valentina

Me monté en el coche y conduje durante cuarenta minutos hasta Cullera, el pueblo en el que veraneaba con mi familia cuando mis hermanas y yo éramos pequeñas.

Eran casi las siete de una tarde de otoño y ese lugar, que recordaba abarrotado de gente, parecía un mero reflejo de lo que siempre fue y significó para mí.

Me senté en la arena. No había llevado una toalla ni una chaqueta que me protegiese del aire frío que llegaba del mar y golpeaba mi cuerpo con saña. Tampoco había ido sola. Me acompañaba el enorme vacío que se había pegado a mí como un chicle.

Al cerrar los ojos, pude ver a mi madre envolviéndome con una mullida toalla mientras besaba mi frente y frotaba mis brazos para hacerme entrar en calor, pero evocarla no fue suficiente. La necesitaba allí, a mi lado, abrazándome de verdad, secando mis lágrimas y recordándome que era lo suficientemente fuerte como para soportar lo que me había pasado. Necesitaba que me cogiese de la mano y curase mi corazón igual que lo hacía con mis heridas cuando era niña. Necesitaba su olor inundándolo todo y que me acariciase el pelo cada noche hasta que el sueño venciese a las lágrimas.

—Me haces falta, mamá —susurré al viento.

Con el paso del tiempo, las heridas físicas que causó el incendio habían desaparecido de mi piel, también había dejado de llorar constantemente e incluso era capaz de sonreír, pero las heridas internas todavía sangraban como el primer día. Mi padre decía que necesitaba tiempo para asumir lo que había perdido antes de ponerme a planificar lo que haría desde ese momento en adelante, pero yo sabía que nada me llenaría tanto como los planes que había hecho en Italia. Solo debía resignarme y aprender a vivir con ello.

Me asusté cuando noté que alguien se sentaba a mi lado en la arena y me sorprendí al descubrir que el intruso era Pablo, mi amigo Pablo. Lo había visto solo un par de veces desde mi vuelta. La mayor parte del tiempo evitaba sus llamadas y buscaba excusas para rechazar cada uno de sus planes.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Te conozco más de lo que piensas —Lo miré escéptica. Era imposible que hubiese adivinado que acabaría en esa playa en vez de en cualquier otro sitio—. Vale, me has pillado. Mis planes de esta tarde eran aporrear tu puerta hasta que me abrieses. Estaba a punto de aparcar en tu calle cuando te he visto salir del garaje y he decidido seguirte. Llámame loco, pero no paras de darme largas y quería asegurarme de que estabas bien. Llevo un buen rato observándote desde el paseo. No sabía si acercarme o no.

Hubiese preferido estar sola, pero no quería herir sus sentimientos.

—Gracias por darme el espacio que necesitaba.

El silencio nos acompañó durante unos minutos y mi mente me trasladó a otra playa, en otro país y con otra persona a mi lado. Pensé en la primera vez que Gian me hizo atravesar el muro que daba acceso a nuestra cala y por primera vez sonreí al recordarle.

—No sé si va a molestarte mi pregunta —susurró Pablo interrumpiendo mis pensamientos— ¿Tanto cariño le cogiste a ese hombre?

—¿Cariño? Lo quería —afirmé sin dudar. Hizo una mueca de disgusto y preferí ignorarla.

—Sé que son sus brazos los que te gustaría tener a tu alrededor, pero por favor, déjame quedarme a tu lado, Val. No me apartes como al resto. Comparte el peso de ese dolor que te está convirtiendo en alguien que no eres y te juro que te ayudaré a soportarlo, que cargaré con él por ti. Ya lo hice cuando se fue tu madre, solo déjame hacerlo de nuevo.

Sabía que me estaba mirando, podía notar sus ojos esperando a los míos, pero no fui capaz de girarme. No fui capaz de hacer otra cosa que no fuese llorar y estaba cansada de hacerlo. Después de un tiempo así, pensé que se marcharía y quería decir algo para evitarlo, pero las palabras no salían de mis labios. Entonces, colocó un brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia él con ternura, demostrándome lo que ya me había dicho con palabras.

—Me siento rota, Pablo. Me rompí aquella noche, y aunque las llamas no llegaron a tocarme, quemaron trozos de mi vida que jamás podré recuperar. — Me arrebujé bajo su cuerpo buscando la protección que me ofrecía mientras las lágrimas volvían a enturbiar la visión del mar que teníamos frente a nosotros. Eran lágrimas de dolor, pero también de resignación.

—Mírame —pidió separándose un poco y levantando mi mentón con sus dedos—. Encontraremos piezas nuevas para recomponer tu vida y tu corazón, te lo prometo. No voy a dejarte sola, pase lo que pase.

No sé si fue la intensidad en su mirada o la determinación con la que hizo esa promesa, pero le creí. Supe que él me ayudaría a reconstruir mis pedazos y que tarde o temprano, encontraría algo a lo que aferrarme, algo por lo que vivir.

CUATRO AÑOS DESPUÉS



Valentina

Descendí del coche de alquiler y me situé al pie del camino, justo debajo del arco de madera que llevaba años sin cruzar. Cerré los ojos e inspiré esa mezcla de aromas que una vez quise guardar en un frasco para poder recordarla siempre: el olor a tierra húmeda, a lavanda, a la dulzura de las moras maduras y la acidez de los limones. El sonido del viento y el del trino de los pájaros se mezclaba con otros que solo residían en mi cabeza, como el de *sus* risas, las voces de Alfonso dirigiendo a los chicos o los bramidos de las búfalas a primera hora de la mañana.

Sentía un nudo en la boca del estómago formado por los nervios y la expectación de estar de nuevo en ese lugar que significaba tanto para mí. Había apostado muchas horas de sueño y todos mis ahorros en el que sería mi futuro desde ese día. Sabía que no sería fácil y que todo el esfuerzo del último año y medio solo había sido una muestra de lo que estaba por venir, pero me sentía más fuerte que nunca y la ilusión por estar dando ese último paso colmaba mi corazón, haciéndolo latir con fuerza.

—Lo has conseguido —afirmó Pablo con una sonrisa mientras sujetaba mi mano con fuerza. Por un instante, había olvidado que estaba a mi lado y me alegré de que hubiese ganado la pelea que tuvimos cuando le dije que quería hacer aquello por mi cuenta y él se negó a dejarme sola.

—Lo he hecho. —Le miré a los ojos, sonriendo también—. Todavía queda mucho trabajo, pero siento que estoy recuperando parte de algo importante.

Hacía dos años que había tomado la decisión de volver a cambiar mi vida por completo y encontrarme de nuevo en aquel lugar suponía uno de mis mayores triunfos. Habían sido meses de interminable papeleo, de llamadas y videollamadas con el arquitecto, la asesoría y los encargados de la constructora. Me había negado a viajar a Italia hasta el último momento, pensando que el día que lo hiciera, que el segundo en el que pusiera los pies en aquel terreno, algo volvería a romperse en mi interior. Sin embargo, no estaba sucediendo de esa manera. Los recuerdos venían a mi mente como una serie de fotografías expuestas ante mis ojos, pero al contrario de lo que había pensado, no era dolor lo que sentía, si no nostalgia.

La tía Emilia me había dejado en herencia la parte de la granja que no me pertenecía tras nuestra asociación, otorgándome con ello la titularidad completa. Desconocía cuando había tomado esa decisión y enterarme me sorprendió y sobrecogió a partes iguales. Tardé en darme cuenta de los motivos que la habían llevado a hacerlo: ella confiaba en mí, creía en mí y pensaba que sería capaz de reflotar la granja y llevar a cabo aquel proyecto del que tantas veces habíamos hablado.

—Madre mía, esto es... es... —Mi voz se quebró mientras recorría la casa por primera vez.

Todo era nuevo, ya que no había sido posible recuperar nada tras el incendio. Sin embargo, la esencia de lo que siempre fue seguía allí, intacta. Si no supiese que era imposible, incluso hubiera jurado que la chimenea del salón era exactamente la misma, también la madera del suelo e incluso las puertas. Había comprado muebles nuevos por Internet y Pablo se encargó de enviarme fotos de todo cuando estuvo allí la última vez. Él había sido mis ojos y mis orejas durante todo el proceso de construcción y rehabilitación y nunca podría agradecerse lo suficiente. ¿El motivo para no haber venido antes? Supongo que fue el miedo a los recuerdos.

—¿Te gusta? —preguntó colocándose frente a mí.

—Es increíble.

—Pues espera a ver las habitaciones. Creo que hemos conseguido esa mezcla entre lo rústico y lo funcional que querías.

—Gracias. —Me acerqué y rodeé su cintura con mis brazos—. No lo habría conseguido sin tu ayuda.

—Sabes que haría cualquier cosa por verte feliz, Val.

Me dio un beso suave en los labios y subimos a ver el piso de arriba. Había mantenido la distribución de la casa, pero incrementado el tamaño de todas las habitaciones e incluido un vestidor y varios armarios.

Dejamos para el final la estancia que ocupé durante casi un año y que ahora se había convertido en una preciosa habitación para mis niños. Era la más grande del piso superior. Contaba con dos camitas cubiertas con gruesos edredones de *Lady Bug* y *Cat Noir*, los personajes de la serie de dibujos favorita de los mellizos. A la derecha, bajo el gran ventanal que llenaba de luz toda la estancia, había una estantería repleta de sus libros y cuentos, una alfombra de pelo color turquesa y una mesa con sillas acorde a la altura de mis pequeños. Al otro lado de la habitación, una zona de juegos que dudaba volver a ver en el futuro tan ordenada como lo estaba en ese momento. Las cortinas densas y pesadas que recordaba habían sido sustituidas por otras más ligeras de color turquesa, a juego con la alfombra. Del techo, colgaba una lámpara con forma de dragón.

—¡Les va a encantar! ¡Estoy deseando ver sus caritas cuando descubran todo esto! —afirmé emocionada.

Piero y Fiorella habían llegado a mi vida de la forma más inesperada. No fui consciente de que estaba embarazada hasta la semana diez de gestación y he de confesar que en un principio no me tomé bien la noticia. Cada vez que lo pienso ahora me siento una madre horrible.

Tardé varios días en asimilar toda la información que me dieron en el hospital cuando acudí por los mareos que llevaba sufriendo unas semanas. Pensé que se trataba de anemia provocada por la mala alimentación que había llevado desde mi regreso a España. Siendo sincera, había días en los que apenas probaba bocado, por lo que pensé que saldría de la consulta del médico con una reprimenda y una receta que incluyera vitaminas y hierro. En lugar de eso, crucé la puerta del hospital cargando con una maraña de sentimientos que tiraban de mí en direcciones opuestas.

Lo primero en lo que pensé fue en la extraña conexión entre mi historia y la de Fiorella. Gianmarco se había ido, al igual que lo hizo años atrás mi abuelo, dejando atrás una enorme sorpresa.

Fueron ellos, mis pequeños, los que me devolvieron las ganas de vivir y pusieron ante mí el mayor reto de mi existencia, convertirme en una madre de la que pudieran sentirse orgullosos. Todavía recuerdo la primera vez que escuché el latido de sus pequeños corazoncitos. Marta y Paula sujetaban mis manos, cada una a un lado de la camilla mientras dos gruesas lágrimas mojaban mis mejillas. A pesar de la ausencia de Gianmarco, fue un momento feliz y la primera

vez que sonreí de verdad tras haberlo perdido. Al ver sus cuerpos en la pantalla, sentí que una parte de él se había quedado conmigo y los mellizos se convirtieron en el regalo más importante que él podría haberme hecho.

El timbre de la puerta me devolvió al presente de forma abrupta.

Francesca se puso a llorar mientras nos fundíamos en un abrazo en el que nos transmitimos muchas cosas. Eran demasiados recuerdos y demasiados años de ausencia.

—Has tardado mucho en venir —sentenció Alfonso mirándome con esa seriedad que le caracterizaba y que era capaz de intimidar a cualquiera—. Lo sé. Y siento no haberme puesto en contacto en todo este tiempo. Mi padre me mantenía al día y yo solo...

—Sabía que volverías —añadió y, para mi sorpresa, me envolvió con sus enormes brazos, haciéndome sentir que, a pesar de haberme mantenido alejada todo este tiempo, era importante en sus vidas.

Cuando nos separamos, su mirada se perdió por encima de mi hombro.

—No sé si recordáis a Pablo. Vino a visitarme en una ocasión y estuvo haciendo bastantes fotos. Él es... —Dudé antes de afirmar quién era para mí en ese momento, como si el hecho de que mantuviese una relación con otra persona supusiese estar traicionando a Gianmarco. De alguna manera, lo había sentido así desde el inicio y estando de vuelta en Villa Antea, la culpabilidad se hacía un poco más pesada—. Mi pareja.

Alfonso retó a Pablo con la mirada durante varios segundos antes de estrechar la mano que éste le ofrecía.

—Lo recuerdo —afirmó sin mostrar el mínimo atisbo de simpatía hacia él.

Fue Francesca quien rompió el momento de tensión, pidiéndole a su marido que nos enseñara cómo habían quedado los establos, la nave donde se elaborarían los productos y el local que pretendía convertir en una fusión de tienda y cafetería. Había pensado colocar varios mostradores de cristal donde los clientes pudiesen ver y degustar los alimentos antes de comprarlos; cinco o seis mesas pequeñas en las que pudiesen sentarse a descansar y probar alguno de nuestros productos, cocinados con la leche de nuestras búfalas: café con leche, yogures, helados, quesos, tartas frías... La oferta era extensa, pero empezaríamos con cuatro o cinco elaboraciones para después ir ampliando en función de la demanda.

Cuando regresamos a casa, Pablo me acercó a él, sujetándome de la cintura.

—¿Qué se siente cuando por fin empiezas a ver tus sueños cumplidos?

—Me siento muy afortunada, aunque no puedo evitar pensar en mi tía y en Fiorella, en que ellas merecían vivir este momento tanto como yo.

—Hay cosas que no podemos cambiar, Val, pero estoy seguro de que estarían muy orgullosas de ti y de todo lo que estás consiguiendo.

Inspiré hondo. Él tenía razón y yo me había propuesto afrontar los cambios que me esperaban con ilusión y mirando hacia delante. El pasado me acompañaría en cada paso que diese y era consciente de que habría momentos difíciles, momentos en que los recuerdos me devolverían aquel dolor que había conseguido mantener a raya. Pero seguiría adelante, lo haría por mí, pero sobre todo por ellos. Por Emilia, por Fiorella, por Gian.



Valentina

—Buenos días, preciosa. —Pablo apareció en la cocina a medio vestir, frotándose el pelo con el que parecía haber tenido una intensa pelea durante la noche— ¿Qué haces levantada a estas horas?

Conservaba el estilo *híster* de siempre, aunque éste se había moderado notablemente con los años, dándole un toque más intelectual. El pelo rubio, algo largo y casi siempre alborotado; la barba corta y perfectamente cuidada; las gafas de pasta negras que utilizaba solo en casa o cuando íbamos al cine o a alguna exposición y, por su puesto, esas Converse negras que parecían una extensión de su cuerpo más que un complemento. Pablo era mi compañero, mi pareja y, durante mucho tiempo, también fue mi paño de lágrimas.

—Estoy habituándome a mi nueva rutina. Los horarios de la granja no tienen nada que ver con los que llevaba en Valencia. —Le di un beso y le acerqué una taza de café caliente con canela y un chorrito de leche, como a él le gustaba—. Siéntate. ¿Te apetecen tostadas o algún dulce? Francesca nos ha llenado la despensa.

—Solo el café. Anda, ven y tómate uno conmigo.

Llené una taza para mí, añadí un poco de azúcar moreno y me senté a su lado.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—En un rato bajaré al pueblo a ver a Lía.

—¿Quieres que te acompañe?

—Mejor no. Tenemos mucho de lo que hablar y puede que la cosa se alargue. Volveré a la hora de comer.

—Pues entonces prepararé mi famoso redondo de ternera. Trae hambre y una barra de pan. Voy a aprovechar que hemos madrugado para adelantar un poco de trabajo. Por cierto, ¿te importa si me instalo en el despacho?

—Lo que me importa es que sigas haciendo ese tipo de preguntas. Esta también es tu casa, a ver si te entra en la cabeza —exclamé dándole un golpecito en la sien con dos dedos—. ¿Me acompañas luego a Salerno a devolver el coche de alquiler y recoger la camioneta del concesionario?

—Cuenta con ello. Te veo luego.

El trayecto hasta el pueblo, que duraba apenas quince minutos, se me hizo eterno. Mis manos temblaban sobre el volante mientras mi cabeza se llenaba de recuerdos.

Aparqué a las afueras de Villa Antea e inspiré profundamente en cuanto puse los pies en el suelo. Mi mirada se perdió en las calles empedradas, en los pequeños edificios, los balcones

repletos de flores y las fachadas pintadas en tonos pastel. Todo a mi alrededor se sentía tan familiar, tan correcto, que mi corazón comenzó a latir más deprisa, reconociendo el lugar al que pertenecía.

Me costó apenas un par de minutos llegar a la calle en la que estaba ubicada la cafetería de mi amiga. Antes de entrar, mis ojos se posaron en el local que se encontraba apenas unos metros más adelante. El portón parecía el mismo, pero había sido pintado de color aguamarina.

Y estaba abierto.

Frené el impulso de acercarme y descubrir en qué lo habrían transformado tras la muerte de Gian. Definitivamente, no podía enfrentarme a tanto el primer día.

Abrí la puerta de la cafetería y sonreí en cuanto puse un pie dentro. Todo estaba tal y como lo recordaba, cada estantería, cada silla... Incluso la canción francesa que sonaba de fondo pertenecía a uno de los discos favoritos de Lía. Era como si no hubiese pasado el tiempo y por un segundo, casi lo creí posible.

—¿Valentina?

Me giré justo a tiempo de ver salir de la barra a un hombre sonriente, con el pelo rubio hasta los hombros.

—¿Fabrizio?

—¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer! —Me dio un efusivo abrazo y volvió a mirarme con los ojos bien abiertos, cómo si todavía no se creyese que estuviese delante de él—. ¿Cuándo has venido? ¿No se suponía que faltaba un mes para que te instalases?

—¡Sorpresa! Llegué ayer por la tarde, pero recién acabo de bajar al pueblo.

—Pues sé de alguien a quien vas a hacer muy feliz. Eso sí —añadió bajando la voz—, te aviso que las hormonas la tienen alterada perdida e igual se pone a gritar que a llorar a mares.

—Pues tú a aguantar como un campeón, que la que lleva a tu hija a cuestras durante los primeros nueve meses es mi amiga y solo por eso se merece toda la paciencia del mundo.

—¡Oh, no, y yo que pensaba que contigo me llegaban los refuerzos!

Ambos nos echamos a reír.

Atravesé el almacén hasta llegar al pequeño patio interior y allí encontré a Lía descansando con los pies en alto y los ojos cerrados. Estaba embarazada de casi siete meses y, con el calor de principios de verano, el cuerpo debía de pesarle como dos toneladas. Se la veía agotada, pero ya me había contado por teléfono que no pensaba quedarse en casa hasta que su niña decidiese que era el momento de llegar al mundo. A cabezota no la ganaba nadie.

Me acerqué despacio para no asustarla.

—¿Estás despierta?

—¡¿Val?! —Se levantó de un salto, olvidándose por completo de su condición y se lanzó a mis brazos—. Pero, ¿se puede saber qué leches haces tú aquí?

—Darte la sorpresa de tu vida. ¿De verdad pensabas que iba a arriesgarme a venir cuando mi sobrina ya hubiese nacido?

—No me lo puedo creer.

Sus ojos, brillantes desde el momento en que me había visto, comenzaron a desprenderse de las lágrimas retenidas y llamaron a los míos a copiar la operación. Volvimos a abrazarnos, esta vez absorbiendo cada detalle de la otra. Nos sentimos, nos inhalamos, nos miramos.

—Estás preciosa —afirmé secándome las mejillas—. Ese corte de pelo es muy tú.

Se había dejado la nuca descubierta y mechones más largos en la parte superior. Era un corte atrevido y le favorecía.

Lía y yo solo nos habíamos visto a través de videollamadas durante los últimos dos años. Mi

teléfono desapareció en el incendio y cuando Paula se ofreció a comprarme uno nuevo, le pedí que lo hiciese con otro número. Fue ella quien envió un mensaje a Lía para decirle que había vuelto a España y que necesitaba tiempo y ese tiempo resultó ser demasiado. Tardé casi dos meses en salir de aquella cárcel que me había autoimpuesto, física y mentalmente y después... Después concentré toda mi vida en mis bebés.

Pasó mucho hasta que me decidí a llamar a mi amiga, el miedo a que ella pudiese despertar recuerdos dolorosos y la vergüenza por haberla alejado de mí fueron mis excusas. Cuando descolgó y descubrió que era yo la que estaba al otro lado del teléfono, casi no me dejó hablar, me gritó y me colgó en menos de un minuto. Unas semanas más tarde, comencé a enviarle mensajes de audio. Al principio solo me disculpaba y trataba de explicarle que no me había sentido preparada para tener contacto con nadie que me recordase lo que había sucedido. Ella no respondía nunca. Después, empecé a contarle cosas del día a día, de la misma forma que habíamos hecho durante años mientras vivíamos en países diferentes. A menudo le hacía preguntas y un día recibí un mensaje de vuelta que me llenó de esperanza. No sé cuánto tiempo pasó exactamente, pero conseguí algo parecido a su perdón, aunque nuestra amistad nunca volvió a ser la misma. Le hablé de mi relación con Pablo y se sorprendió muchísimo cuando le conté que tenía dos hijos. Supongo que sumó dos más dos y pensó que Pablo era el padre de los mellizos, tampoco la saqué de su error.

El día que nombró a Gian me puse como loca. No sé lo que me pasó, pero le hice jurar que él nunca más estaría en una de nuestras conversaciones. Dolía demasiado recordarlo y tenía que hacerlo día tras día cuando miraba a la cara a mis pequeños.

—¿Preciosa? Si parezco un árbol milenario. ¡Es más fácil saltarme que rodearme! Cómo no salga pronto, me pongo en huelga.

—Chiara, no escuches a tu madre, son las hormonas hablando por ella.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Le sonreí y estuve a punto de abrazarla de nuevo, pero me lo impidió dándome un capón.

—Oye, ¿y esto a qué viene? —pregunté masajeándome la zona en la que me había dado.

—Te lo debía por lo mucho que me hiciste sufrir. Que sepas que te perdoné el haber desaparecido del mapa, pero olvidarlo, no lo olvido. Por cierto, ¿dónde están los sobrinos más bonitos del mundo entero? Tengo unas ganas de estrujarlos que no me aguantan.

—Pues vas a tener que aguantar unos días más, vienen pasado mañana con mi padre. Quería adelantarme un poco para quitarme el trabajo duro de encima. Por cierto, he convencido a Francesca y a Alfonso para que vuelvan a la granja.

—¿En serio? Pero, ¿no me dijiste que vivían en el pueblo de su sobrino y que estaban felices?

—Eso tenía entendido y fue por lo que dudaba en hacerles o no la propuesta. Ahora me alegro de haberlo hecho, están felices de volver a la granja y yo más. Francesca dice que ese es su sitio y están deseando conocer a los mellis.

—Todos estamos deseando conocerlos. Por cierto, ¿Pablo ha venido contigo?

—Sí, se ha quedado adelantando trabajo.

—¿Al final él también se muda a la granja?

Nunca me lo había dicho abiertamente, pero tenía la sensación de que había algo en Pablo que no terminaba de gustar a mi mejor amiga. Hay cosas que decides pasar por alto cuando tienes que mantener una relación de cualquier tipo en la distancia, pero ahora que había vuelto, tenía la intención de sonsacarle toda la verdad.

—No del todo. Su trabajo está en España y tiene que viajar a menudo, pero pasará mucho

tiempo aquí con nosotros.

—Ya, claro... Oye, ahora que estás aquí, creo que deberíamos hablar de ciertas cosas.

—Lo sé, pero dame algo más de tiempo. Acabo de llegar y necesito ubicarme antes de que saques la artillería pesada.

Sabía que mi forma de proceder era absurda e infantil. Había decidido volver al lugar en el que había vivido algunos de los mejores y peores momentos de mi vida, al lugar en el que lo había conocido a él, pero desde que había llegado a Italia, cada olor, cada calle, cada montaña era un maldito recordatorio de todo lo que había perdido.

Y dolía. A pesar del tiempo, dolía.



Valentina

Había venido más gente de la que esperaba. La idea de hacer una fiesta de bienvenida en la granja había sido de Lía, una forma de atraer a la gente del pueblo, que según ella vendría aunque solo fuera por cotillear, y también una excusa para invitar a distintos proveedores.

Hacía dos semanas que mi padre había llegado con los pequeños y en ese tiempo prácticamente no había salido de las inmediaciones de la granja. Hasta la noche anterior a la fiesta, pensaba que sería imposible tenerlo todo a tiempo, pero el milagro en el que no confiaba había aparecido de la mano de Alfonso y una cuadrilla extra de trabajadores a los que había conseguido contratar a última hora. La tienda había quedado preciosa, la nave estaba lista para comenzar su actividad y la amiga de Pablo a la que una vez quisimos contratar como *Community Manager* había hecho su magia en las redes sociales y ya teníamos un par de miles de seguidores.

La fiesta tenía lugar en el jardín. Lía, con su tripa redonda, su vestido color lila y sus zapatillas de deporte blancas, guiaba al personal del catering para asegurarse de que nadie cometiese ni un pequeño error; Pablo immortalizaba pequeños momentos con su cámara; Alfonso hacía visitas guiadas por la granja y Francesca lideraba la actividad en la cocina. ¿Qué hacía yo? Hablar con unos y con otros. Me habían encomendado las relaciones sociales, pero a mí lo único que me apetecía era que pasasen las horas, cerrásemos el circo y pudiese disfrutar del tiempo con mi familia.

Fiorella apareció de pronto entre mis piernas y estuve a punto de tirarle la copa de vino encima a Giuseppe, el hombre con el que estaba hablando en ese momento. Era uno de los proveedores que la amiga de Pablo nos había recomendado. También nos había avisado de que nos interesaba tenerlo de nuestro lado porque podía presentarnos a muchos clientes.

—*Piccola teppistella**. ¿Dónde está el abuelo? —pregunté cogiéndola en brazos y dándole un sonoro beso en su mejilla redondita.

—No lo sé. Estamos jugando al escondite.

—¿Y él lo sabe?

—Mmm... Supongo —respondió encogiéndose de hombros mientras ponía cara de buena, esa que le salía tan bien a mi pequeña gamberra.

—¿Fiorella? —presioné elevando las cejas.

—Vaaaaale, no lo sabe. Pero lo sabrá cuando me encuentre.

Giuseppe soltó una carcajada y acabamos riendo los tres.

—Seguramente te esté buscando por todas partes.

Después del divertido incidente, mi padre se quedó con los niños en el interior de la casa y a mí me tocó seguir entablando relaciones sociales.

Cuando noté que mi paciencia y mi sonrisa comercial ensayada estaban empezando a flaquear, decidí tomarme un descanso. Llevaba casi tres semanas sin fumar ni un solo cigarrillo, pero no me lo pensé. Cogí la cajetilla que había escondido en un cajón del despacho, salí de nuevo al exterior y me alejé de todos hasta que llegué a una zona desde la que podía observar la fiesta de lejos.

La primera calada me hizo toser y poner cara de asco, pero después de un par más, conseguí disfrutar de la falsa tranquilidad que me aportaba el tabaco.

Apoyé la espalda en el tronco de un árbol mientras observaba a los invitados y me quedé congelada al divisar la figura de un hombre, apartado del resto, mirándome fijamente. Por un momento, todo a mi alrededor se apagó. El silencio más absoluto cubrió mi mundo y creí que mi corazón había dejado de latir. Cerré los ojos con fuerza, pensando que ese lugar, después de tanto tiempo, me estaba jugado una mala pasada, pero cuando volví a abrirlos, Gianmarco seguía allí, a tan solo unos metros de distancia, mirándome con una extraña expresión que me provocó escalofríos.

Empecé a temblar y me froté los ojos, convencida de que estaba sufriendo una alucinación. Cuando aparté las manos de mi cara, él ya no estaba.

Suspiré profundamente mientras intentaba calmar mi respiración. No podía hacerme aquello a mí misma.

Encendí otro cigarro con manos temblorosas y lo apagué después de una sola calada. Estaba tan nerviosa que apenas atinaba a llevármelo a los labios. Recogí la botella de agua que había tirado al suelo y me la bebí del tirón. Después entré a la casa, me lavé la cara y me quedé en el baño durante casi veinte minutos. Sabía que sería duro volver, pero no esperaba que mi mente comenzase a jugar conmigo de aquella manera. ¿Qué me estaba pasando? ¿Era el estrés, los nervios, las emociones por volver a estar en aquel lugar?

Salí del baño algo más calmada, pero seguía cabreada conmigo misma por fastidiar un día tan importante como ese.

No había dado ni dos pasos cuando choqué con alguien.

—Lo siento —musité y me aparté para sortear a la persona sin mirar siquiera de quién se trataba. Lo único que quería era encontrar a mi padre y a mis hijos y refugiarme en ellos.

Acababa de darle la espalda a aquel hombre para dirigirme a la cocina, cuando lo escuché y mis pies quedaron completamente pegados al suelo.

—Así que es verdad que has vuelto.

Esa voz. Áspera, grave, profunda.

Su voz.

Y no parecía parte un sueño.

Me giré de golpe con el corazón encogido y sintiendo el temblor de cada uno de mis músculos.

Era real. Gianmarco estaba parado frente a mí con la mirada clavada en mis ojos, como si quisiese traspasarme con ella. Tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo.

Era él, no podía serlo y sin embargo lo era.

Llevaba el pelo más largo y sus facciones parecían más marcadas de lo que recordaba. Pensé en cerrar los ojos con fuerza, pero si aquello era un sueño, no quería despertar tan pronto. Me conformaba con tenerlo de esa manera, aunque fuese solo por unos segundos. Hacía tanto que no

lo soñaba, que no pude evitar sonreír.

Me acerqué despacio, teniendo cuidado de no ahuyentar su espectro o lo que fuese que tenía delante. Su mirada no me transmitía la misma confianza de antaño, como si el tiempo nos hubiese alejado hasta el punto de no poder entendernos.

Levanté la mano para acercarla a su mejilla, movida por la necesidad de sentir su contacto, su piel, su temperatura, cualquier cosa que me diese esperanzas, pero de un momento a otro, algo cambió y su expresión se tornó sólida, seca, fría como el hielo. Sus ojos se llenaron de algo que no reconocí y tampoco me gustó.

Tan solo alcancé a frenar el movimiento de mi mano antes de llegar hasta él. ¿De verdad era él? Creo que ni siquiera estaba respirando mientras trataba de descifrar qué clase de sueño retorcido era aquel, pero antes de que pudiese llegar a ninguna conclusión, gruñó unas palabras que no fui capaz de entender, pasó por mi lado sin tocarme y desapareció, dejándome sola y tan vacía que no era capaz de sentir nada.

Tardé unos segundos en salir corriendo detrás de él, pero cuando llegué a la cocina no había ni rastro de su persona.

Cuatro pares de ojos me miraban extrañados por mi abrupta llegada y yo los miraba de vuelta, intentando averiguar si me escondían algo. Francesca, a la que ni siquiera había visto todavía, se acercó y me sujetó del brazo.

—Niña, ¿te encuentras bien?

—No...Yo... Lo he visto, Francesca. Creía que era un sueño, pero debe ser una pesadilla porque se ha esfumado en el momento en que he intentado tocarlo. Estaba delante de mí y era tan real. Te lo juro.

—¿A quién has visto? Madre de Dios, estás pálida. Siéntate.

Me dejé llevar hasta una silla y me senté con los codos apoyados sobre las rodillas, intentando sobrellevar el mareo que sentía mientras mi cabeza daba vueltas a un ritmo vertiginoso. Francesca colocó una botella de agua en mis manos y me bebí la mitad de un trago.

—Respira, muchacha. ¿Qué es lo que te ha puesto de esta manera?

—Él. —Suspiré, sabiendo que me tomaría por loca cuando se lo contara—. He visto a Gianmarco, estaba aquí, en casa y hasta me ha hablado.

—Ay, cariño, lo siento, no debería de haber venido a la fiesta. —¿¿Qué?? Me congelé sin saber si estaba perdiendo la cordura o me había quedado sorda perdida. El día estaba siendo difícil y una auténtica locura—. Le dije que no era buena idea presentarse así, pero ya lo conoces. Es un cabezón sin remedio.

—Francesca, ¿qué estás diciendo? Yo... Él no...

—No te preocupes, hablaré con él.

—¿Con Gianmarco? —volvía a hiperventilar.

—Pero, ¿de quién estamos hablando si no? Muchacha, ¿te encuentras bien? Estás empezando a preocuparme.

—Gianmarco no ha podido estar aquí. Está... Él no está... Joder, está muerto. Muerto-muerto.

Los ojos de Francesca se abrieron de par en par y comenzó a abanicarme con una servilleta, pero yo empezaba a pensar que la que necesitaba ayuda era ella y no yo.

Alfonso apareció por la puerta y la preocupación se reflejó en su rostro en cuanto nos miró y se dio cuenta de que algo no estaba bien.

—Se ha encontrado con Gianmarco —aclaró su mujer antes de que él dijese nada.

—Mierda, me ha parecido que era él, pero no estaba seguro. Lo he visto marcharse hace unos

cinco minutos. ¿Qué te ha dicho ese cabeza hueca? ¿Te ha molestado?

Estaba temblando. Todo era tan surrealista que daba miedo.

Cerré los ojos intentando evadirme del mundo, encontrarle un sentido a todo aquello, pero fue imposible.

—¿Gianmarco está vivo?

Se giraron a la vez para mirarme como si me hubiese salido una cola en la frente.

—Pero, ¿cómo que si está vivo? —preguntó Alfonso—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—Responde, por favor. ¿Está vivo o no?

—Pues claro que está vivo, cariño —contestó Francesca abrazándome mientras yo permanecía laxa, sintiendo cómo las lágrimas mojaban mis mejillas y su delantal.

Gian no podía estar vivo. Si fuese así, yo lo hubiese sabido durante todo este tiempo, ¿no?

Me dejé mecer por Francesca, quien seguía rodeándome con sus brazos mientras me hablaba entre susurros.

Un rato después, Alfonso se había encargado de dar por finalizada la fiesta de inauguración; mi padre había conseguido que los mellizos se quedaran dormidos en sus respectivas camas y el personal que habíamos contratado para ese día, empezaba a recogerlo todo.

Nos habíamos reunido en el salón. Alfonso, Francesca y mi padre estaban sentados en los sofás, Lía y yo permanecíamos enfrente, en unas sillas y Pablo había preferido quedarse de pie.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —preguntó mi padre, que lucía tan aturdido como yo.

—No entiendo nada, Val —afirmó Lía acercándose a mí, intentando mantener la calma—. Pero, ¿por qué pensaste que estaba muerto?

—Porque eso fue lo que me dijeron, que entró en la casa a buscar a la tía Emilia y a Fiorella y tuvieron que rescatarlo los bomberos. Nos dijeron que estaba grave en un hospital de Nápoles y después... Después él murió. ¡No me lo puedo creer! —grité—. Papá, llama a Paula. Ella tiene que saber algo. ¡Nada de esto tiene sentido!

—Cariño, llamarla no va a solucionar nada.

—Necesito que vuelva a decirme lo que pasó, lo que habló por teléfono con su madre aquel día. Necesito saber si pudo equivocarse. ¿Y si se equivocó? ¿Me estás diciendo que todo este tiempo yo...?

—Está bien, la llamaremos, pero dentro de un rato, cuando nos hayamos calmado todos. Buscar culpables no va a cambiar nada. La realidad es que Gianmarco está vivo, mi vida, y eso es lo que importa.

—Yo... Tienes razón. Está vivo y eso lo cambia absolutamente todo.

Vi a Lía torcer el gesto mientras miraba por encima de mi hombro izquierdo y fui consciente de que me había dejado llevar por el momento, lastimando a quien menos lo merecía. Me giré, pero Pablo ya se había marchado y yo necesitaba aclarar muchas cosas antes de enfrentarme a él.

—¿Quién os dijo que había muerto? —preguntó Lía.

—Paula llamó a la madre de Gianmarco cuando Valentina despertó del coma —afirmó mi padre—. Sabíamos que preguntaría por él en cuanto le dijésemos que había resultado herido en el incendio.

—¡No pudo ser Marzia! —Francesca se llevó las manos a la boca y ahogó un grito—. Por Dios bendito, ¿cómo pudo hacer algo así? ¿Por qué?

Todos estábamos alterados y elevando la voz, por lo que despertamos a Fiorella de su siesta y ésta comenzó a llamarme desde su cuarto, finalizando así la reunión.

Pasé la siguiente hora con Lía mientras mis niños jugaban en el jardín. Los pensamientos ardían en mi cabeza y solo quería correr hasta el pueblo y buscar a Gianmarco.

—Necesito ir a verlo, Lía. Tengo que hablar con él.

—No es buena idea, Val. Cree que te fuiste sin más después del accidente, sin despedirte, sin preocuparte por cómo estaba él y sin responder a sus llamadas. No eres su persona favorita en el mundo y que hayas aparecido de nuevo en el pueblo sin decirle nada, no ha ayudado mucho.

—Pues por eso mismo. Tengo que explicarle.

—Yo dejaría pasar el día de hoy.

—Mierda, no va a ponérmelo fácil, ¿verdad?

—Lo complicado será que te deje explicarte. Sigue siendo el mismo cabezón que conociste hace años y lo pasó muy mal.

—Vale, eso lo entiendo, pero es que yo no hice nada de lo que piensa.

—Ya lo sé, pero tienes que tener paciencia. Oye Val, Piero y Fiorella son... —Las dos miramos en dirección a los mellizos, que jugaban a rodar como croquetas por el césped a unos metros de nosotras.

—Sí, son suyos. Pensé que lo habrías supuesto.

—Lo pensé alguna vez al principio, pero entonces me dije que serías incapaz de ocultarle algo tan importante a Gianmarco y asumí que eran de Pablo.

—¿De Pablo? ¿Cómo pudiste pensar eso? Si ni siquiera vivía con nosotros.

—No lo sé, nuestra confianza no era la de antes como para hacerte una pregunta así y tú dejaste claro que no querías hablar del pasado.

—¿Cómo está, Lía? ¿Lo ves a menudo? ¿Habláis? Me gustaría salir corriendo ahora mismo a buscarlo y por otro lado...

—Tienes miedo a su reacción. —Asentí porque era la verdad. Tenía miedo a que volviese a mirarme con la frialdad con la que me había mirado horas atrás. Miedo a que no me creyese cuando le contase la verdad. Miedo a que no me perdonase por haberme conformado con la noticia de que había muerto. Miedo a su reacción cuando se enterase de la existencia de nuestros hijos. Y miedo a que nunca volviese a mirarme como lo hacía en el pasado—. Se enteró hace una semana de que habías vuelto y vino a recriminarme que no se lo hubiese contado.

—Me odia —afirmé con voz temblorosa, asumiendo poco a poco la verdad que había en mis palabras.

—No eres su persona favorita, pero no creo que te odie.

Observé a mis pequeños jugar mientras reían alegremente, disfrutando del sol y de esa paz que transmite la naturaleza. Observarlos siempre conseguía llenar mi pecho de algo calentito y esponjoso, y esa vez no fue diferente.

Piero y Fiorella tendrían un padre y, a pesar de las circunstancias, estaba segura de que Gianmarco los querría incondicionalmente desde el mismo instante en que los conociese.

Cuando me acosté esa noche, Pablo todavía no había regresado. Le envié un mensaje pidiéndole que volviese conmigo, que perdonase mis palabras y que hablásemos como siempre lo habíamos hecho. No había pretendido hacerle daño ni dejarle fuera de la ecuación, simplemente había intentado sobrellevar una situación que se me escapaba de las manos y en lo último que había pensado era en él. Respondió poco después, asegurándome que estaría en casa pronto y que hablaríamos de todo por la mañana.

Me desprendí de la colcha y me quedé a solas con mis miedos.

Miedo a que Pablo se alejase de mí.

Miedo a que Gianmarco no quisiese escucharme.

Miedo a lo que pudiese sentir al volverlo a tener frente a frente.

Fue difícil conciliar el sueño sabiendo que Gian estaba a solo unos minutos en coche, que lo

había visto, que había escuchado su voz y que lo había tenido tan cerca que casi había conseguido tocarle.

**Gianmarco**

Estaba enfadado. Enfadado no, algo mucho peor y más feo. Había tenido la desfachatez de volver, y lo que era peor, de instalarse en la granja de mi abuela como si le importase algo ese lugar. Después de cuatro años desde que se fuera sin mirar atrás, después de cuatro putos años sin dar señales de vida.

Sabía que tenía relación con Lía, no hasta qué punto, pero sí que hablaban de vez en cuando. Mi vecina me lo había confesado una tarde en la que la melancolía me había hecho flaquear y me había dado por hablar del pasado. Lo que no esperaba aquel día fue su confesión, Valentina se había puesto en contacto con ella, con ella, pero no conmigo. Le eché en cara que la hubiese perdonado sin más, que se hubiese vendido a quien se marchó y no quiso saber de nosotros, aunque en realidad, lo que más me molestó fue que la llamase a ella y no a mí, pero eso no se lo dije.

Me había controlado para no salir a buscarla el día que supe que había vuelto. Me prometí que esperaría de brazos cruzados a que ella viniese a mí. ¿Tendría al menos la decencia de dar la cara? La respuesta fue un escueto no. Esperé varios días y mi paciencia se agotó cuando me enteré de que había organizado una fiesta en la granja. Una puta fiesta de bienvenida. Decían que había remodelado todo el complejo y que pronto estaría de nuevo en funcionamiento.

Intenté no pensar en ello. Ni en ella. Pero todo el maldito pueblo la tenía en boca y parecía que nadie hablara de otra cosa. Se rumoreaba que había vuelto para honrar a su familia, que estaba dando trabajo a gente del pueblo y que su regreso haría mucho bien.

—¡Una mierda!

Pasé las manos con fuerza a ras de la mesa y tiré lo que había encima, que básicamente era mi teléfono, la cartera, el mando de la televisión y un paquete de caramelos que llevaba allí varios días.

La había visto con mis propios ojos y joder, cómo dolía.

La mañana anterior me había levantado nervioso y me había quedado en casa tal y como le prometí a Francesca que haría, pero después de dar vueltas y más vueltas, pensando que mientras yo estaba allí encerrado, ella disfrutaba de su bonita fiesta, estallé. Conduje hasta la granja y estuve observándola durante un tiempo.

Ver cómo la gente del pueblo la recibía con sonrisas y abrazos mientras ella se movía de un lado a otro como si estuviese en su casa me puso de peor humor y cuando estaba a punto de marcharme de allí, cabreado conmigo mismo y con la vida, la descubrí sola, fumando tranquilamente mientras disfrutaba de una paz que no se merecía. Seguirle al interior de la casa

fue un acto reflejo, pues observarla en la distancia no había sido suficiente. Hacía apenas un par de horas que la había vuelto a ver y ya empezaba a tener en mí el efecto de una droga.

Cuando la tuve de frente, cerca, muy cerca, el impacto fue tan grande que me costó respirar. Estaba preciosa y más mujer. Se había teñido el pelo de negro y su cuerpo parecía haber ganado curvas con los años. Conservaba ese rostro de niña buena de antaño y la combinación era sensual y explosiva, tanto que estuve a un paso de mandarlo todo a la mierda y beber de su boca hasta perder la cabeza y olvidar lo mucho que la odiaba. Porque sí, puede que la desease, pero por encima de aquel sentimiento, la odiaba.

No dormí nada esa noche y nada más levantarme, llamé a Giulia.

—Dime que llamas para decirme que estás en Roma y tienes un planazo para esta noche. Estoy harta de los clientes endiosados que no tienen ni conocen educación alguna, por Dios.

—Ha vuelto —afirmé yendo directamente al motivo de mi llamada.

—Vale, ¿puedes no ser tan críptico? ¿Quién ha vuelto y de dónde? —preguntó en tono de burla.

—Ella. Valentina. Ha vuelto al pueblo, ha remodelado la granja y piensa quedarse aquí a vivir como si nada hubiese pasado. Y además de eso, ha tenido la cara de organizar una fiesta y la gente la ha recibido como si fuese la hija pródiga que ha vuelto para sacar al pueblo de sus miserias. ¿He sido lo suficientemente descriptivo o quieres más detalles? —solté de carrerilla.

—Jo-der. Entiendo que no tenías ni idea y te ha estallado en la cara.

—Ha aparecido mágicamente de la nada, de la misma forma que se marchó.

—Puedo imaginar cómo te sientes y que no te haga gracia poder encontrártela en cualquier sitio, pero creo que es tu oportunidad para hablar con ella y cerrar el pasado.

—Esa historia está más que cerrada.

—Pues razón de más para encararla.

El timbre sonó, interrumpiendo nuestra conversación. Me despedí de ella y colgué el teléfono, no porque pensase atender a quién se le hubiese ocurrido presentarse en mi casa a las nueve de la mañana de un sábado, si no porque la conversación con Giulia se estaba desviando hacia un lugar que no me apetecía visitar en aquel momento.

Abrí la nevera buscando algo para desayunar, pero me quedé mirando el interior sin fijarme en nada en concreto, recordando la cara de estupefacción de Valentina al encontrarse conmigo el día anterior. No me esperaba allí. Pero, ¿qué esperaba entonces? ¿Aparecer en mi país, en mi pueblo, en la granja de mi abuela y hacer como si yo no existiese?

El timbre volvió a sonar de forma insistente y resoplé a la vez que cerraba la nevera de golpe. ¿De verdad no se daban cuenta de que no eran horas para molestar a nadie? Antes de abrir la puerta de abajo desde el telefonillo, caí en la cuenta de que solo Lía tendría los ovarios de hacer algo así y además, no disculparse por ello. Cerré los ojos y me preparé mentalmente para su llegada. Lo que no esperaba para nada al abrir la puerta, era que fuese Valentina y no su amiga, la que estuviese del otro lado.

—No puedo creer que hayas tenido los huevos de venir aquí. —Mis palabras fueron hirientes, pero mi tono era suave como la seda.

—De verdad eres tú. —Su voz era suave como un caramelo, aquel con el que adoraba recrearme hace mucho, mucho tiempo. Aquel que se derretía en mi boca mientras lo saboreaba a conciencia.

Me miraba con tiento, cómo si intentase adivinar hasta donde llegaba mi enfado y cuál sería mi reacción a su presencia en mi casa. Aquella imagen estuvo a punto de hacerme flaquear, pero no podía dejarme llevar por los recuerdos, al menos, no por los buenos. Cerré los puños a ambos

lados de mi cuerpo y recordé que aquella mujer de apariencia vulnerable que me miraba buscando consuelo, era la misma que me rompió en dos sin siquiera avisarme.

Una carcajada salió directa de mi estómago, partiéndome en dos mitades iguales, la que quería soltarle reproche tras reproche para después sacarla de mi casa y de mi vida de la misma forma que lo había hecho ella años atrás, y la que se moría por arrancarle la ropa y follarla hasta olvidarme de todo y volver a sentir esos efímeros segundos de felicidad que hacía tanto que no sentía.

Darme cuenta de que estaba cerca de dejarme llevar por mis instintos me cabreó.

—¿A qué has venido?

—Yo... —Titubeó y se mordió el labio en un gesto jodidamente sexi. Estaba nerviosa o interpretando el papel de su vida—. Tenemos que hablar.

Volví a reírme y noté cómo se molestaba, lo cual me hizo sentir mejor.

—Hace años que dejó de importarme cualquier cosa que tengas que decirme.

—Vale, entiendo tu punto, estás enfadado, pero hay muchas cosas que no sabes y que deberíamos aclarar.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunté acercándome a ella, tanto que su olor inundó mis fosas nasales. Ese olor que había echado tanto de menos y que creí haber olvidado por fin.

La miré a los ojos y ella mantuvo la mirada sin inmutarse. A diferencia de la última vez que lo había hecho, no pude descifrar ni uno solo de sus pensamientos.

—Muy en serio —afirmó en voz baja y temblorosa y estuve a punto de sonreír al percatarme de que mi cercanía todavía le afectaba—. Dame media hora...

—Con media hora no tendríamos ni para empezar —respondí alzando las cejas.

Su mejillas se pusieron rojas al instante, captando el doble sentido de mi comentario mientras mis manos acariciaban la tela de su vestido de forma vaga, a la altura de sus muslos.

Como si despertase de un trance, dio un paso atrás y desvió la mirada hacia el ventanal que daba a la terraza.

—Entiendo tu enfado y que no te guste que me haya presentado de repente aquí, pero por favor, deja que te explique.

Perder el contacto con su cuerpo me hizo despejar la mente, como si hubiese despertado de un sueño de forma abrupta.

—Tus explicaciones llegan tarde y ya no tienen importancia alguna, así que no, no te doy ni cinco minutos.

—Gian, por favor.

—Es Gianmarco y te he dicho que no. A mí también me hubiese gustado tener la oportunidad de hablar contigo antes de que te marchases hace cuatro años y me la negaste, así que voy a hacer exactamente lo mismo. Ahora márchate. —Dio un paso hacia mí y yo lo di hacia atrás. No permitiría que me confundiese y me hiciese cambiar de opinión. Necesitaba que se fuese de mi casa, que se alejase de mí lo máximo posible—. No te humilles más y vete.

Noté el momento en que sus ojos se humedecían ante mi rechazo, pero permanecí erguido mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la puerta.

—Volveré a intentarlo.

—Harás el esfuerzo en vano, pero tú misma.

Cuando se marchó, el vacío se instaló a mi alrededor y también entre mis entrañas. Había deseado abrazarla cada minuto que había permanecido en mi casa, abrazarla e inspirar sobre su pelo para comprobar si seguía oliendo a sales de baño, a jabón y a flores silvestres.

Estaba jodido. Muy jodido. Apenas la había visto dos veces y ya volvía a sentir la imperiosa

necesidad de tenerla cerca.



Valentina

La conversación con Gianmarco había ido peor de lo que esperaba. Me había pasado la noche reproduciendo en mi cabeza lo que le diría y pensado en las muchas formas en las que podría reaccionar él cuando le contase todo lo que todavía no sabía, pero en ninguna de mis opciones estaba la posibilidad de que ni siquiera aceptase escucharme.

No me rendiría en mi empeño. Él tenía derecho a saber la verdad, a saber que no me fui dejándolo a él, si no que me fui sin nada. Tenía derecho a saber que fue su madre quien tomó la decisión por nosotros, dejándonos sin opciones. Ni siquiera me importaban los motivos que habían llevado a esa mujer a hacer lo que hizo, pero me negaba a cargar con una culpa que no me pertenecía.

Al llegar a casa, me encontré a Pablo cerrando la maleta sobre la cama y sentí como si una piedra me estuviese aprisionado la boca del estómago. Esa mañana, al levantarme, había encontrado una nota sobre la almohada en la que me decía que había salido temprano a comprar unas cosas en Salerno. Su lado de la cama estaba totalmente estirado, lo que significaba que había dormido en la habitación de invitados.

—Creía que tu vuelo no salía hasta las ocho. —Me acerqué despacio hasta quedar a unos prudentes pasos de distancia.

—Sí, pero hay huelga de personal. He llamado al aeropuerto y recomiendan llegar con al menos tres horas de antelación. Hay bastantes vuelos retrasados y parece ser que las colas del control son interminables desde esta mañana.

—Pablo, necesitamos hablar de todo esto antes de que te vayas. No pretendí decir lo que dije y no quiero que te alejes —afirmé rodeando la cama para colocarme frente a él—. Que esté vivo no cambia nada entre nosotros.

Me miró fijamente y supliqué en silencio que fuese capaz de ver en mis ojos que no mentía.

—¿Estás segura? ¡Por Dios, Valentina, es él! Perderlo te rompió en pedazos. No necesito que disimules conmigo porque estuve ahí, en primera persona, viendo cómo te agrietabas sin poder hacer nada. Fui yo quien intentaba reconstruir lo que quedaba de ti cuando creíste que lo habías perdido para siempre. ¿Cómo no va a cambiar nada que esté vivo? —Me cogió de los hombros y sentí que la pregunta era más para él mismo que para mí—. Es el padre de Piero y Fiorella. Él es el protagonista de la historia, ¿no te das cuenta?

Verlo sufrir de aquella manera y por mi culpa, dolía.

—Lo fue, pero ya no lo es. No niego que encontrarlo vivo ha sido un *shock* y todavía estoy haciéndome a la idea. No sé cómo pudo pasar todo esto y sé que su aparición impactará en

nuestras vidas porque es el padre de mis hijos, pero... —Suspiré y lo miré a los ojos mientras enmarcaba su cara entre mis manos—. Pablo, eso no cambia lo que siento por ti. Te aseguro que mis sentimientos son los mismos de ayer, los mismos de hace una semana. —Lo besé despacio, notando sus barreras todavía alzadas y poco a poco fui consiguiendo que se destensara y se abriera de nuevo a mí—. No te alejes, por favor. Sabes lo mucho que te necesito, lo mucho que te quiero.

—Yo también te quiero —susurró apoyando su frente en la mía. Sentí sus dudas, su dolor, su miedo y la culpabilidad se me hizo bola en la garganta—. Odio tener que marcharme justo en este momento.

—Lo siento —afirmé mientras una lágrima solitaria resbalaba por mi mejilla—. Tal vez, nunca deberíamos de haber venido a Italia. Puede que todo esto haya sido un error y te he arrastrado conmigo.

—No digas eso. Cumplir tus sueños nunca podría ser un error y nada va a impedirme estar a tu lado para ayudarte.

Lo acompañé al aeropuerto. Serían solo unos días sin vernos, pero sabía que lo echaría de menos. Me había acostumbrado a tenerlo a mi lado, en los buenos momentos y también en los más difíciles; me había acostumbrado a agarrarme a su mano y esconderme entre sus brazos cada vez que lo necesitaba; a disimular la sonrisa cuando lo veía untar mantequilla por ambos lados de la tostada; a no ruborizarme cada vez que lo encontraba apuntándome con el objetivo de su cámara; a compartir con él mi espacio, mis días, mi vida.

Nuestra relación había pasado por un momento crítico hacía unos meses. Él llevaba tiempo queriendo avanzar, pidiendo más de mí, más de nosotros. Hablaba de comprar una casa donde vivir los cuatro, pero su propuesta no encajaba en los planes que comenzaban a formarse en mi cabeza. Mi decisión de mudarme a Italia con los niños supuso un punto de inflexión y llegué a pensar que podría perderlo si seguía adelante, pero una vez más, Pablo me demostró su amor infinito, su lealtad incondicional y acabó compartiendo mis ilusiones y ayudándome a construirlas hasta hacerlas realidad.

—Nos vemos en unos días —afirmó besando de forma suave mis labios mientras nos despedíamos frente a la puerta de la terminal.

—No hace falta que vengas tan pronto. No quiero que alteres toda tu vida por mí.

—Cariño, ya lo hemos hablado. Mi sitio está aquí, contigo. Nos vemos el jueves de la semana que viene.

Mientras lo veía alejarse, pensé en la suerte que tenía de tenerlo a mi lado. Estuvo en mi peor momento y nunca me presionó, a pesar de haber dejado claros sus sentimientos hacia mí. Respetó mi duelo y encajó bien mis palabras cuando le dije que mi vida giraba en torno a mis hijos y que no cabía nadie más en mi corazón, no de la forma en la que él esperaba encajar. No sé en qué momento nuestra relación se convirtió en algo más, sé que fue progresivo, cociéndose a fuego lento. Él aportaba a mi mundo la serenidad, la confianza, la seguridad que quería y necesitaba para mi familia. Todos a mi alrededor lo adoraban, mis hermanas, mi padre, mis pequeños...

Cuando llegué a casa, organicé una excursión con los mellizos por la granja. Llevaban varios días allí y todavía no habían visto los alrededores. Estaban maravillados con las búfalas y se pasaban el tiempo observándolas y convenciendo a los chicos para que les permitiesen ayudar a cuidarlas y darles de comer.

—¡Madre mía, cuánto os he echado de menos hoy!

—Mama, si nos hemos visto esta mañana —respondió Fio con su voccecita dulce.

—Se supone que teníais que echarme mucho de menos, *piccola teppistella**. —Le hice cosquillas y ella se echó a reír mientras buscaba escondite detrás de su hermano. Lo miré a él y alcé mis manos, formando una especie de garra con ellas—. No creas que tú vas a quedarte sin tortura, que todavía no me has dicho cuanto me quieres.

—Te quiero, te quiero mucho, mamá —afirmó mi pequeño replegándose para evitar lo inevitable.

Le hice cosquillas también a él y cuando lo escuché reír, mi corazón comenzó a bombear con más fuerza. Había estado serio desde que llegó a Italia. Era un niño muy sensible y la pediatra me advirtió de que el cambio de hogar podría afectarle más que a su hermana.

Lo abracé de nuevo y le di un beso enorme y sonoro en la mejilla mientras borraba disimuladamente la lágrima que se me había escapado sin permiso. De reojo, capté la mirada cómplice de mi padre y le guiñé un ojo, haciéndole ver que lo tenía todo controlado.

Después de un rato, me llamó y nos sentamos a tomar un café mientras observábamos a los niños jugar. Fiorella preparaba deliciosos platos para su hermano con tierra y trocitos de plantas que cogía de aquí y de allá mientras él simulaba ser un cliente exigente.

—Es un gusto ver lo bien que se llevan.

—Lo es. Aunque ya tendrán tiempo de pelear cuando crezcan un poco. Si no, acuérdate de las broncas que teníamos nosotras tres cuando éramos pequeñas —afirmé viajando entre mis recuerdos.

—¡Cómo para olvidarlo! Parecía que os fueseis a lanzar unas sobre las otras y a los cinco minutos os contabais confidencias como si nada.

—El poder de la hermandad —exclamé sonriendo.

—Y hablando de familia... ¿Has pensado cómo vas a decirles que tienen un papá? Seguramente no entiendan la situación y espero que no sea tan impactante para ellos como lo ha sido para el resto de nosotros. Sus vidas van a cambiar de la noche a la mañana.

—Lo sé, no paro de darle vueltas, pero primero quiero centrarme en cómo decírselo a él.

—¿Todavía no lo sabe? —preguntó extrañado—. Pero, ¿no ibas a hablar con él esta mañana?

—Lo he intentado, pero ni siquiera me ha dejado decirle que lo he creído muerto durante todo este tiempo. Se niega a escucharme.

—Debes insistir, cariño. Se ha perdido casi cuatro años de la vida de sus hijos, ¿cómo crees que se sentirá cuando lo sepa?

—Hablas como si eso hubiese sido culpa mía. Estaba muerto, papá. ¿Te has olvidado de eso? —pregunté ofuscada, conteniendo el volumen de mi voz para que no llegase a los niños.

—Sé que nada de lo que ha pasado ha sido culpa tuya, cariño y no me olvido de lo difíciles que han sido estos años para ti, pero ahora que sabes que las cosas no son como creías, debes actuar correctamente.

Me cogió ambas manos y me las apretó entre las suyas sobre la mesa. Ese pequeño gesto fue suficiente para llenarme de fuerzas y darme el impulso que necesitaba. Gianmarco me escucharía. Puede que no fuese fácil conseguirlo, pero no pensaba rendirme. Él tenía derecho a saber la verdad y mis hijos tenían derecho a conocer a su padre. Cómo iba a apañármelas para dejar todas las cartas al descubierto sin salir herida, era algo en lo que intentaba no pensar.



Valentina

Sabía que las primeras semanas serían duras, pero habíamos abierto las puertas al público tres días antes y ya sentía que iba a desfallecer de un momento a otro. No dejaban de entrar reservas para visitas guiadas, tanto por teléfono como a través de la página web, y gracias a la increíble campaña de marketing que la amiga de Pablo diseñó para nosotros, las ventas se habían disparado, superando cualquier expectativa que tuviésemos. Mi instinto era acertado, la gente estaba muy volcada con lo natural y ofrecer un producto de calidad, unido a la transparencia que mostrábamos sobre su producción, estaba siendo un auténtico éxito.

Soportar ese nivel de estrés me había ayudado a no tener mucho tiempo para pensar en Gianmarco y su vuelta a la vida, pero cuando la casa se quedaba en silencio, me metía bajo las sábanas y cerraba los ojos... me resultaba inevitable pensar en cómo hubiesen sido las cosas si no me hubiese marchado después del incendio. Tal vez estaríamos casados y viviendo los cuatro en familia, o tal vez no. Fuese como fuese, ya nunca lo sabría.

—Val, vamos a llegar tarde —afirmó Pablo asomándose por la puerta del baño mientras yo terminaba de ponerme rímel en las pestañas. Había vuelto el día anterior y, aunque desde fuera daba la sensación de que nada había cambiado entre nosotros, una sensación incómoda se había instalado en mi pecho, recordándome que las cosas nunca solían ser tan fáciles. Había sido ese mismo miedo el que me había llevado a abrazarlo y besarlo con desesperación en cuanto puso un pie fuera del aeropuerto.

—Un minuto y salgo. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—Mierda, el cumpleaños empezaba a las ocho —afirmé mientras salía del baño con los zapatos en la mano.

—¿Por qué crees que llevo un rato metiéndote prisa?

Cogió el bolso y la chaqueta que había preparado sobre la cama y me esperó bajo el marco de la puerta, negando con un gesto de cabeza mientras sonreía.

—Creo que contigo jamás llegaré puntual a ningún sitio.

—Me alegro de que por fin lo hayas entendido —respondí devolviéndole la sonrisa que él me ofrecía.

Cuando pasamos por el salón, nos encontramos a los mellizos jugando con el abuelo a hacer torres con piezas de madera.

—No os acostéis muy tarde —pedí abrazando y besando a mis niños repetidas veces—. Y cuidado del yayo.

—Yo quiero ver una peli —pidió mi princesa con voz melosa.

—¡Y comer palomitas! —secundó la idea su hermano.

—No se hable más, peli y palomitas para mis niños —aceptó mi padre con una enorme sonrisa en su rostro.

—Como sigas consintiéndolos así van a querer volver a España contigo cuando te marches la semana que viene.

—No, mama. Es mejor que el yayo se quede aquí, que nosotros tenemos obligaciones —afirmó Fiorella muy seria—. ¿Quién le va a dar de merendar a las búfalas si el tete y yo nos vamos?

—Toda la razón, mi *piccola teppistella*. A lo mejor podemos convencer a los tíos y a las primas para que vengan de visita con el yayo la próxima vez, ¿qué os parece?

—¡Sí! —gritaron ambos a la vez.

Cuando llegamos a la fiesta de cumpleaños de Lía eran casi las nueve. Por suerte, había tanta gente en la cafetería, que nadie se percató de nuestro retraso.

No tuve que preocuparme por Pablo. Siempre fue extrovertido y, debido a su trabajo, estaba acostumbrado a entablar conversaciones con personas de las que apenas sabía nada. Lo dejé hablando de fotografía con la prima de Lía y su marido y me acerqué a la barra para buscar a mi amiga.

—Hola Fab, ¿has visto a Lía? Dime que no se ha dado cuenta de lo tarde que llegamos.

—Por supuesto que me he dado cuenta —afirmó ella, saliendo de la cocina justo en ese momento. Le pasó un par de bandejas a su marido y se acercó para darme un abrazo.

—Muchas felicidades. Me encantan esos pendientes —dije tocando uno de ellos con delicadeza.

—Regalo de cumpleaños de mi querido marido —respondió al tiempo que se giraba para guiñarle un ojo al mencionado—. Por cierto, tengo una mala noticia. —Me cogió del brazo y me giró de espaldas al resto de la gente—. Gianmarco está aquí.

—Me dijiste que no vendría —reclamé entrando en pánico y girándome para buscarlo con la mirada. No me había mentalizado para verlo esa noche y mucho menos para encontrarme con él estando Pablo a mi lado.

—Val, tarde o temprano vais a tener que veros. Este pueblo es muy pequeño.

—Lo sé, pero esperaba tener la oportunidad de verlo a solas y poder explicarme. El otro día no me dejó hacerlo y estaba cogiendo fuerzas para volver a intentarlo.

—Estás poniendo excusas. —Me miró con condescendencia y me sentí atacada.

—No estoy poniendo excusas, joder. No sabes lo difícil que es esto.

—Y no va a dejar de serlo por más tiempo que pase ¡Tiene dos hijos y no lo sabe!

Tenía razón, tanto ella como mi padre. Hacía más de una semana que había descubierto la verdad y no había sido capaz de decírselo. Hice un barrido con la mirada y me encontré con una escena que no esperaba. Gianmarco estaba en un rincón, con el hombro apoyado en una estantería repleta de libros. Hablaba de forma despreocupada con una mujer rubia, prácticamente de su altura y que vestía de manera espectacular, pantalones negros encerados de talle alto que estilizaban su cintura, blusa en color malva con un par de botones abiertos que dejaban ver su generoso escote y unos tacones que la hacían casi tan alta como él. Conversaban, se sonreían el uno al otro y capté esa complicidad de dos personas que se gustan. Verlo ligar con otra mujer causó una reacción en mí que no me gustó. Mi cuerpo se tensó y una bola densa y fea se instaló en la boca de mi estómago.

—No son pareja. —La voz de Lía cerca de mi oído me hizo dar un respingo. Cogí un par de

bandejas de comida que había en la barra y me puse a repartir comida entre los invitados. Cualquier cosa era mejor que quedarme quieta y pensar.

—No he preguntado —afirmé cuando me siguió.

—Ya, pero te morías por saberlo. Es Mara, viene con el grupo de amigos de Fab. Vive en Salerno y se han conocido esta misma noche, así que de momento, no hay nada entre esos dos.

Asentí y sin decir nada más, me alejé de mi amiga. Dejé las bandejas vacías en un par de mesas altas y me acerqué al grupo de gente con el que Pablo estaba hablando animado.

—¿Todo bien? —preguntó tras cogerme de la cintura y acercarme a su cuerpo, gesto muy habitual entre nosotros, pero que en ese momento me hizo sentir incómoda.

Se me pasó por la cabeza decirle que no me encontraba del todo bien y proponerle que nos fuésemos a casa, pero apenas llevábamos un rato allí y no tenía la intención de perderme la fiesta de cumpleaños de Lía.

—Sí, estaba hablando con Lía y Fab. Voy a fumar, vuelvo en seguida.

—¿Te acompaño?

—No, quédate si quieres. He visto salir a un par de personas que conozco y quiero saludarlas —mentí con la esperanza de poder pasar un par de minutos a solas, calmando el malestar que iba creciendo en mi pecho.

—Como quieras —respondió dándome un beso corto.

Saludé de pasada a la gente que estaba conversando en la puerta del local y me alejé de ellos, girando una esquina de la calle para conseguir la soledad que necesitaba. Solo cuando me cercioré de que estaba sola, me encendí un cigarro y di una profunda calada, dejando que el humo del tabaco inundara mis pulmones. La calle estaba tenuemente iluminada por el color ambarino de las escasas farolas, creando un aire melancólico que acompañaba a mi estado de ánimo.

—Deberías dejarlo. No te queda bien y además mata.

No podía decir que su voz me hubiese sorprendido, llevaba rememorándola en mis pensamientos desde el día que estuve en su casa y parecía encajar a la perfección con la noche.

Me giré para encararlo y me quedé absorta en sus facciones. No era capaz de leer absolutamente nada en su mirada y eso me ponía nerviosa.

—Lo sé. Tengo pensado dejarlo un día de estos.

—Creí que me presentarías a tu novio —afirmó con socarronería después de un rato en el que reinó el silencio mientras yo fumaba y él me observaba hacerlo.

—Y yo pensé que no tenías nada de lo que hablar conmigo. —Alzó una ceja sorprendido. No se esperaba que respondiera a su ataque, pero la situación me estaba sobrepasando. Suspiré. Necesitaba que me escuchase y para eso, tenía que evitar caer en sus provocaciones— ¿Has cambiado de idea? Tenemos que hablar, es importante.

—Vale, hazlo. —Su mirada se había vuelto férrea, opaca. ¿De verdad estaba dispuesto a escucharme o era una especie de trampa?

—¿Aquí? ¿Ahora?

Dio un paso en mi dirección, recortando la poca distancia que nos separaba y pude sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Siempre fue él, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—De tu amigo. ¿Ya sentías algo por él cuando estabas conmigo? ¿Pensabas en él cuando vino a verte aquel fin de semana y se quedó en la habitación de al lado? Vamos, dime la verdad. —Colocó la mano derecha en la pared sobre la que estaba apoyada, a la altura de mi cabeza,

dejándome atrapada entre el muro de ladrillos y su cuerpo, sin tocarme, pero creando una sensación de anhelo que me recorría de arriba abajo—. Contéstame, ¿siempre fue él?

—¿De verdad piensas lo que estás insinuando? No, nunca fue él mientras tú estabas en mi vida, ni antes ni durante, pero ahora es mi pareja, mi compañero. Dios, ¿y qué si lo es? ¡Tengo derecho a estar con quien me dé la gana de la misma forma que tú estabas deseando comerte a la muñequita rubia de ahí dentro!

Me arrepentí de mis palabras tan pronto como salieron de mi boca. Fueron una patada directa a mi estómago, primero, porque estaba reconociendo lo mucho que me había molestado verlo con otra mujer; segundo, porque le había demostrado demasiado de mí misma y eso solo lograría elevar más su ya hinchado ego.

Sus ojos se abrieron más, pero logró recomponerse antes que yo y se acercó despacio para hablarme al oído.

—Nunca podrá darte lo que necesitas.

En el momento en que su cuerpo entró en contacto con el mío, me sentí arder. No era capaz de moverme, me sentía como si hubiese sido amarrada a aquella pared con clavos.

—Gian... —Entrecerré los ojos y supliqué para que rompiera la barrera invisible que yo no me atrevía a romper. Había echado tanto de menos tenerlo de esa forma que el mundo entero se desdibujó a nuestro alrededor. En aquel momento solo importaba él, solo importábamos él y yo, juntos.

—¿Qué? ¿No vas a negarlo ni a defender a tu hombre? —Su nariz rozaba mi mejilla mientras realizaba un recorrido en dirección a mis labios. Cerré los ojos y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no ponerme a temblar. Había anhelado aquello tantas veces, su roce, sus caricias, su voz... incluso su actitud prepotente y ese ego que nunca cupo en su persona.

No podía moverme, pero de haber podido hacerlo, tampoco me hubiese alejado. Era demasiado bueno y tenía miedo de que todo desapareciese si decía o hacía algo incorrecto. Por ese motivo me quedé allí, temblando, esperando que fuese él quien tomase las decisiones por los dos mientras yo me perdía en aquellos ojos increíblemente azules con los que tantas noches había soñado.

Unió sus labios a los míos en un roce tan leve que me pareció la caricia de una pluma. Los míos se abrieron en respuesta, dejándose hacer y disfrutando de aquella efímera sensación. Cuando nuestras bocas se unieron al fin por completo, solo pude acercarme y beber de él. Definitivamente, aquello no era un sueño si no la más pura realidad. Su olor a barniz, a madera recién pulida y a pintura inundó mis fosas nasales transportándome a un tiempo al que había intentado regresar una y otra vez.

Nuestros besos se hicieron más profundos y me provocaron sensaciones que ya creía olvidadas. Sus labios sabían a sal; a los atardeceres que disfrutamos sentados en aquella cala prohibida a la que no me había atrevido a volver; sabían a noches de chupitos y confesiones locas en la terraza de su casa; sabían a todo lo que nunca nos deberíamos haber perdido.

Llevé mis manos a su pecho y me aferré a su camisa con fuerza, impidiendo que cayese en la tentación de separarse de mí y dejarme en la nada más absoluta. Las palmas de sus manos acariciaban mi espalda y me apretaban contra su cuerpo, como si él también tuviese el temor de verme desaparecer de un momento a otro. Noté las yemas de sus dedos en mi nuca, jugando con el nacimiento de mi pelo mientras nuestras lenguas se enlazaban cada vez con más fuerza.

De pronto algo cambió en él, su cuerpo se volvió más duro y lo mismo sucedió con su manera de tocarme, de besarme. Sus movimientos se tornaron menos suaves, más rudos; se aferraba a mi carne y tiraba de mi pelo mientras mordía y sorbía mi labio inferior. Sentí su rabia, sus ganas de

castigarme, su dolor. Mi deseo se transformó en tristeza y en comprensión y en medio de todo aquel cúmulo de sensaciones dispares, la imagen de Pablo vino a mi mente tan nítida como si lo tuviese justo delante.

—Para —pedí mientras intentaba alejarlo con un leve empujón, tan leve que ni siquiera debió notarlo. Él seguía besando, lamiendo, cogiendo de mí todo lo que quería y mi parte más débil me impulsaba a dejarme llevar hasta calmar su dolor, pero no podía, ya no, no después de haber recordado a Pablo—. Gianmarco, para. ¡Para!

Lo aparté ejerciendo más fuerza contra su pecho y me impactó lo desconcertado que parecía. Por un momento, lo sentí tan perdido como yo me encontraba y contuve el impulso de abrazarlo y cerrar los ojos hasta que nada más importase.

El sonido de nuestras respiraciones agitadas era el único que se escuchaba en aquella calle, o quizás era el único que llegaba a mis oídos.

Él se recompuso mucho más rápido que yo y cuando quise darme cuenta, su expresión volvía a ser fría. Apreté los puños, esperando el golpe que sabía que llegaría.

—Es tarde para arrepentimientos, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa cínica.

—Esto tampoco es fácil para mí. No lo entiendes, pensé que estabas muerto, Gian. ¡Muerto! ¿Sabes lo que fue perderlo todo en una sola noche?

—¿Muerto? —preguntó alzando una ceja con arrogancia— ¿De verdad no se te ha ocurrido nada más original? Déjalo ya, Valentina. Ni siquiera merece la pena.

—No lo dejo. Hay demasiadas cosas que no sabes y no puedo callarme más.

De repente, una voz dulce y melodiosa nos interrumpió. Era la chica rubia, la amiga de Fabrizio. Realizó una aparición casi divina, haciéndome sentir fuera de lugar.

—Siento interrumpir —afirmó batiendo sus pestañas en dirección a Gianmarco, como si yo fuese solo parte de la decoración—. Quería despedirme y dejarte mi número. Mis amigos se marchan ya y al ver que no volvías, he decidido ir con ellos. Espero que me llames.

Me quedé pasmada con el morro que esa mujer le echó a la situación, interrumpiendo una conversación que a la legua se veía que era importante, solo para hacerse notar y darle su número. Lo peor no fue aquello, sino el momento en que él se dio la vuelta y se marchó con ella, sin siquiera dirigirme una mirada.

Mis ojos se anegaron en lágrimas que aferré con todas mis fuerzas. No permitiría que nadie viese cómo me afectaba su desprecio.

Había estado a punto de decirle la verdad a Gianmarco y en el proceso, había cometido un error terrible que haría daño a la persona que menos se lo merecía.

Era tarde para pensar en Pablo.



Valentina

En cuanto volví a la fiesta, le dije a Pablo que no me sentía bien y nos marchamos de allí. No era mentira, me sentía morir. La culpabilidad por lo que había hecho se mezclaba con los celos que había sentido al ver a Gianmarco alejarse de mí junto a aquella mujer.

Hicimos el trayecto a casa en silencio. Necesitaba recomponerme y ordenar mis sentimientos porque, si seguía por el camino que había tomado esa noche, nada acabaría bien para mí. Tenía las cosas claras en mi cabeza, lo que debía hacer: dejar a Gianmarco en el pasado, por lo menos, la parte de él que me hacía soñar despierta y la que mi cuerpo reclamaba con desesperación. Debía pensar en él solo como el padre de mis hijos y para ello tendría que evitar situaciones de las que no estaba segura que pudiera escapar, como la de esa misma noche.

Al llegar a casa, me acerqué a ver a los mellizos. La cama de Piero estaba vacía y no me sorprendió encontrarlo en la de su hermana, ambos abrazados mientras dormían.

Ya en mi habitación, me estaba quitando los pendientes cuando Pablo salió del baño.

—Se te ve agotada, ¿te encuentras bien?

—Aja —respondí por inercia mientras continuaba desvistiéndome.

—Estas semanas están siendo muy intensas —susurró cerca de mi cuello, abrazándome por la espalda. Me tensé, sintiéndome indigna de su preocupación y su cariño—. Deberías bajar un poco el ritmo o tomarte un par de días de descanso. Puedo ayudarte y lo sabes, solo dime qué tengo que hacer.

—No hagas eso —pedí deshaciéndome de su contacto con molestia.

—Que no haga, ¿qué?

Su gesto de sorpresa me molestó. ¿De verdad no se daba cuenta de que algo pasaba? ¿No era capaz de ver que mientras él se deshacía por complacerme yo me dedicaba a ser una maldita egoísta?

—Ser tan jodidamente perfecto.

Lancé el vestido que acababa de quitarme sobre la cómoda y me puse el camisón bajo su atenta mirada. Conforme más me miraba él, más parecía crecer mi enfado. Cuando ya no tenía nada más que hacer, me marché de la habitación dejándolo con la boca abierta. Necesitaba alejarme, de él, de mí, de los dos. Bajar a la cocina a beber agua me pareció una excusa tan buena como cualquier otra. Me hubiese gustado salir a fumarme un cigarro, pero en el último momento, decidí que sería capaz de calmarme sin recurrir a esa tonta adicción que demasiado me estaba durando.

Diez minutos después, ya me había dado cuenta de que había montado una pataleta y de que

lo había pagado precisamente con la persona a la que debía pedir perdón. Entré en la habitación y lo vi sentado en la cama, apoyado en el cabecero mientras ojeaba su móvil. Sus ojos mostraban preocupación y sentí que la culpa se hacía más y más grande hasta casi ahogarme. Me senté de frente a él, pero fui incapaz de mirarle a la cara.

—¿Vas a contarme lo que pasa en realidad? —Elevó mi barbilla con sus dedos en un gesto que me recordó a las comedias románticas antiguas y me dedicó una sonrisa cálida.

—Todo es lo que pasa, Pablo. Pasa que ha sido poner un pie en Villa Antea y ver como el mundo se zarandea hasta colocarse del revés. No esperaba que nada sucediese de esta manera... No pensé demasiado en cómo serían las cosas y jamás imaginé que la vida pudiese ser tan hija de puta.

Con movimientos suaves, comenzó a retirar las lágrimas que llevaba toda la noche conteniendo y que comenzaban a caer en cascada por mis mejillas. Sentía la respiración alterada y mi corazón latiendo con fuerza. Necesitaba liberarme, liberar toda la bola de sentimientos y contradicciones que no hacía si no crecer en mi pecho, dejándome sin aire.

—Sácalo, Val. Dime cómo te sientes. Siempre de frente, ¿recuerdas?

Su mirada me mataba, su comprensión, su amor, su lealtad y hasta su empatía se hundían en mi estómago haciéndome sentir el ser más vil sobre la faz de la tierra. No lo merecía y sin embargo, era incapaz de dejarle ir. Él era mi bastón, mi toalla mullida después de un día de lluvia. ¿Cómo iba a desprenderme de todo aquello?

Sequé mis lágrimas e inspiré profundamente antes de hablar. Era el momento de ser una chica grande.

—Es por Gianmarco, siento que no ha pasado el tiempo entre nosotros y a la vez es como si nos separase un abismo.

Su gesto se endureció y no intentó disimularlo.

—Estaba en la fiesta, ¿no? Habéis hablado. Cuando has salido fuera y has tardado tanto en volver, estabas con él —afirmó en lugar de preguntar y yo asentí en respuesta. Él quería saber más, lo veía en sus ojos, pero también veía el miedo a lo que pudiese descubrir si seguía tirando del hilo. Supliqué en silencio para que se detuviese allí, para que no tuviese que confesar una verdad que abriría una brecha entre nosotros, para que la noche no terminase en catástrofe, pero las cosas nunca suceden como a mí me gustaría.

—¿Le has contado sobre Piero y Fiorella?

—No me ha dado la oportunidad de hacerlo.

Me miró a los ojos y sentí el momento exacto en el que descubrió la verdad.

—¡Dios, ha pasado algo entre vosotros!

Tragué saliva y asentí con la cabeza mientras observaba cómo sus ojos se llenaban de una decepción que me dolió en lo más hondo.

—Solo fue un beso.

—¡Mierda, Valentina! —Se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación mientras rumiaba palabras que no era capaz de entender. Estaba discutiendo consigo mismo y me daba miedo interrumpirlo.

Cuando se paró de espaldas a mí esperé unos segundos y me acerqué hasta colocar la mano en su hombro.

—Lo siento. Entiendo que no me perdones, pero créeme, lo último que quiero es hacerte daño. No he pensado en las consecuencias, no he pensado en el error que estaba cometiendo hasta que ya ha sido demasiado tarde.

Se dio la vuelta y me miró. Estaba llorando. Yo le había hecho llorar.

—Valentina, ¿tú me quieres?

—Por supuesto que te quiero —exclamé enmarcando su cara con mis manos—. ¿Cómo puedes preguntármelo si quiera? Sí, la he cagado de forma monumental y ni siquiera tengo derecho a pedirte que me perdones, pero por favor, no dudes de lo que siento por ti.

—No puedo, Valentina. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras te cargas todo lo que hemos construido. Yo... necesito pensar.

Apartó mis manos y se alejó.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté asustada.

—De momento, dormir abajo.

Me dio un beso en la frente, cogió su teléfono y se marchó, dejándome sola en aquella enorme habitación. Sola con la mano que me apretaba la boca del estómago, sola con una versión de mí misma que no sabía que habitaba en mis entrañas, una capaz de traicionar a quien me quería, capaz de traicionarme a mí misma. Una persona que no sabía que podía llegar a ser.

Sola con mis miedos.

**Gianmarco**

—¿A qué viene esa cara? —preguntó Lía sentándose a mi lado y poniendo delante de mí la cerveza que le había pedido a Fabrizio. Había estado tan concentrado en mi teléfono, que ni siquiera la había visto llegar.

—¿Tú no estabas descansando?

—Uy, veo que no estás de muy buen humor. ¿Me voy? Mira que con este tripón si me contestas mal soy capaz de sentarme encima de ti y espachurrarte contra el suelo —afirmó levantando las cejas con guasa.

—No, perdona, solo estoy molido. Me he pasado la noche trabajando en un proyecto y no he dormido más de dos horas. ¿Cómo va la semana? Tu fiesta de cumpleaños fue un éxito.

—Ajá— murmuró mientras me lanzaba una mirada suspicaz que me dio a entender que sabía lo que había pasado entre Valentina y yo. Llevaba cuatro días pensando en aquel beso, en el momento en que me olvidé de todo y me acerqué a ella sin ser consciente de lo que hacía. Recuerdo que solo podía mirar sus labios y que una fuerza me atraía hacia ellos bloqueando cualquier pensamiento en contra. Me dejé llevar. Fue su olor, su cercanía. Era ella, Valentina. Mi Valentina. Solo que en realidad nunca fue mía—. Venga, suéltalo ya.

—Joder, no debería de haber pasado nada. Me cegué, fue un error y no permitiré que vuelva a pasar.

—¿Estás seguro de que fue un error?

—Lo estoy. Primero porque ya no siento nada por ella —comencé a enumerar levantando los dedos—; segundo porque no podría perdonarle lo que hizo y tercero porque nunca, nunca, volvería a confiar en ella. Así que sí, estoy seguro de que ese beso fue un jodido error. ¿Te parecen suficientes razones?

—Me parecen demasiadas.

—¿Podrías perdonarla tú si nunca se hubiese puesto en contacto contigo después de irse como lo hizo?

—Si te digo la verdad, me costó mucho hacerlo y nuestra relación no había vuelto a ser la que era, pero ahora que está aquí de nuevo es como si el tiempo no hubiese pasado. —Me apretó el antebrazo y la miré a los ojos por primera vez desde que habíamos empezado a hablar de Valentina—. Es la misma de siempre, Gianmarco.

—Creo que nunca llegué a conocerla.

—No debería meterme, pero has sacado tú el tema, así que ahora vas a comerte con patatas mi consejo: escucha su versión de la historia, te aseguro que tuvo un buen motivo para marcharse

como lo hizo.

—No me digas que te has tragado eso de que me creía muerto.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó sorprendida mientras se removía incómoda en la banqueta, la cual parecía bastante pequeña para soportar el tripón de mi vecina.

—Me está poniendo nervioso verte ahí. Anda, baja y siéntate en un sofá normal.

—No puedo. Tengo que irme ya o no llegaré a mi cita con el ginecólogo y no pienso perderme la última foto de mi hija. Porque de verdad espero que sea la última.

—¿Cuándo sales de cuentas? —Le ayudé a bajar de su asiento y justo en ese momento apareció su marido con las chaquetas de ambos.

—En menos de cuatro semanas y espero que seas puntual —afirmó dirigiéndose a su tripa mientras la acariciaba con mimo.

—Lía, vamos a llegar tarde, que luego vas a paso de tortuga —intervino Fabrizio.

—¿A paso de tortuga? Me gustaría verte a ti con todo esto alrededor y diez quilos más encima. ¡A paso de tortuga, dice!

—Anda, marchaos ya y luego me enseñáis la ecografía.

—Te la enseñaré si sigues mi consejo —respondió mirándome sobre su hombro justo antes de salir por la puerta y guiñarme un ojo.

Me quedé allí sentado, terminando mi cerveza mientras pensaba en las palabras de Lía. Tal vez no fuera tan malo enfrentar a Valentina y dar a nuestra historia el cierre que nunca tuvo. No creía que fuese capaz de perdonar lo que me hizo, pero si ella seguía insistiendo como hasta ahora, no tendría más remedio que escucharla.

Seguía pensando en ello cuando el destino hizo de las suyas y la propia Valentina entró en la cafetería. Venía distraída hablando por teléfono y colgó en cuanto se dio cuenta de que yo estaba allí, observándola en silencio. No la saludé y tampoco sonreí cuando la vi titubear.

—Hola, ¿sabes si Lía está dentro? —preguntó, incómoda.

—Acaba de marcharse. Tenían la última ecografía del bebé.

—Ah, bueno, entonces... la llamo luego. Había quedado con ella en que me pasaría durante el día, pero tenía que haber avisado antes de venir.

Estuve a punto de dejarla marchar, pero las palabras de mi vecina volvieron a mi cabeza. ¿Qué tenía que perder?

—¿Te apetece tomar algo? —pregunté provocando un gesto de sorpresa en ella.

—Vale. ¿Estás seguro?

—No te lo preguntaría si no lo estuviera —respondí más seco de lo que pretendía.

Pedimos nuestras bebidas al hermano de Lía y nos sentamos en una mesa al fondo de la cafetería. Mi primer error fue no calcular que en aquel rincón tendríamos que sentarnos muy juntos, tanto que en ocasiones mi rodilla rozaba la suya, haciéndome sudar.

Nos mantuvimos la mirada durante varios segundos. Iba vestida de forma sencilla, con zapatillas de deporte, vaqueros y una camiseta de manga corta. No llevaba ni una gota de maquillaje y tuve que reconocer que estaba incluso más guapa que la semana anterior en el cumpleaños de su amiga.

—Aunque te cueste creerlo, me marché de Italia pensando que estabas muerto —afirmó rompiendo el hielo mientras me miraba con cierta timidez—. No te dejé tirado como crees.

Era terca como ella sola. Le había dicho varias veces que no quería explicaciones del pasado, que ya no importaban los motivos por los que se marchó sin decir adiós. Le había hecho pensar que mi decisión de no querer más información se basaba en la más pura indiferencia, pero ¿acaso era cierto? Porque solo tenía que plantarse delante de mí para que toda mi determinación se

esfumase y fuera sustituida por unas increíbles ganas de tocarla y estrecharla entre mis brazos. La verdad era que no, no había pasado página, pero sus explicaciones me daban miedo. No quería escuchar que no fui importante para ella, que prefirió huir a lamer sus heridas en solitario antes que quedarse a mi lado y afrontar la pérdida, no quería oír de sus labios que mi amor no fue suficiente y tampoco quería escuchar mentiras. Y, sin embargo, allí estaba, aferrado a la posibilidad de que aquella absurda excusa tras la que se escudaba no fuera tal, si no la verdad, por muy rocambolesco que pareciera todo.

Sería bonito poder creerle y disfrutar de nuevo de sus labios, de sus caricias, de sus gemidos, del olor de su piel e incluso de su expresión al llegar al orgasmo. Sería fantástico poder olvidar el daño, aparcarlo en un rincón durante unas horas y volver a vivir todo aquello que tantas veces había anhelado, pero... ¿qué pasaba con el miedo a volver a sufrir? ¿Sería capaz de tragármelo también?

—¿Me estás escuchando?

—Eh, no, perdona. ¿Qué decías?

—Te decía que no te miento. Entiendo que estés enfadado, que lleves años enfadado conmigo si pensaste que me había ido sin más, pero es que eso no fue lo que pasó. Además, por esa regla de tres, yo también podría estar enfadada.

—¿¿Perdona?? —pregunté incrédulo, esa vez dedicándole toda mi atención.

—¡No me buscaste! Si lo hubieses hecho, nada de esto habría pasado. Nos hubiésemos dado cuenta del error y lo habríamos solucionado juntos.

—¡Esto es lo último que me faltaba por oír! ¿Esa es tu estrategia? ¿Darle la vuelta a la historia para que parezca que todo es culpa mía y así sentirte mejor por haberme dejado tirado para irte con Pablo?

—¡No te dejé para irme con él!

—¿Ah, no? ¿Me vas a decir que no es tu novio? Bueno, digo novio, pero a lo mejor estáis casados y hasta tenéis hijos. —La vi removerse en su asiento y pensé que se levantaría para marcharse, pero aun así, quise darle la estocada final. Quería hacerle daño y por su gesto, supe que lo conseguí—. Tengo que decir, que ya nada me extrañaría viniendo de ti.

—Me conoces.

—Nunca te he conocido de verdad.

—Eso es mentira —afirmó y pude ver que contenía las lágrimas con orgullo—. Es lo que te dices a ti mismo para justificar tu versión de los hechos, lo que *tú* tuviste que vivir, pero no tienes ni idea de lo que pasó en realidad. No voy a pedirte perdón por algo que no hice.

—No te lo he pedido —respondí serio. Ella dio un trago a su refresco y vi cómo recuperaba la entereza que había ido perdiendo durante la conversación. Vi en ella a la mujer fuerte que tanto había echado de menos—. Está bien, cuéntamelo. ¿Por qué pensaste que había muerto?

—Tras el incendio, estuve varios días en coma —comenzó a relatar con los ojos clavados en sus manos, que se movían distraídos con el vaso que tenía delante— y cuando desperté, lo hice rodeada de mi padre y mis hermanas. Me dieron la noticia de la muerte de la tía Emilia y de tu abuela y me dijeron que estabas ingresado en otro hospital porque habías entrado a la casa en llamas intentando salvarlas. En aquel momento, creí que no lo soportaría. Ni siquiera me acuerdo bien de aquellos días, de las conversaciones con mi familia, de las instrucciones que me daban los médicos... Todo está difuso en mi memoria. Sé que Paula se marchó a buscar a Francesca y a Alfonso para que le diesen información sobre tu estado. La policía ni siquiera había dicho si estabas grave y ella volvió con la peor de las noticias.

—¿Me estás diciendo que tu hermana fue quien se inventó mi muerte? ¿Por qué iba a hacer

eso? Ni siquiera me conocía.

—No, no. Ella no se inventó nada.

Seguía moviendo los dedos sobre el vaso, cada vez más nerviosa, como si no estuviese segura de seguir adelante con la historia.

—¿Qué os dijo Paula? —presioné.

—Francesca le dio el teléfono de tu madre. —Me dirigió una mirada cautelosa antes de continuar—. Fue ella quien le dijo que habías muerto.

Me aparté como si su cercanía pudiese golpearme. ¿Se había vuelto loca?

—Acabas se acusar a mi madre de algo muy grave.

—Tal vez estabas mal y ella pensó lo peor.

—No —la corté—. No estuve tan grave como para que nadie pudiese pensar que podría morir. Sufrí quemaduras en brazos y piernas. —Subí las mangas de la camisa de lino que llevaba puesta, dejándole ver las cicatrices que cubrían casi la totalidad de mis antebrazos y vi su gesto de horror antes de que se llevase ambas manos a la boca.

—¡Por Dios, el dolor tuvo que ser horrible!

—Lo fue, pero no fue comparable al que sentí cuando Lía me dijo que habías desaparecido ni comparable al que sufrí al descubrir que te habías marchado lejos por voluntad propia y no querías saber nada de mí.

—Yo no...

—Ya te he escuchado —afirmé mientras me cubría los brazos de nuevo. No podía pretender que creyese lo que me había contado. Mi madre podría ser muchas cosas, pero nunca jugaría con mi vida.

—Pero no me crees.

—Si te soy sincero, no sé qué creer.

—Eso ya es más de lo que pensabas hace un rato, así que puede decirse que hemos avanzado bastante.

Levantó la mirada de sus manos y cuando sus ojos encontraron los míos, me regaló una sonrisa tan bonita que quedé paralizado. No recordaba lo que se sentía cuando ella me hacía ese regalo, cuando lograba que me sintiese la persona más afortunada del mundo. Su sonrisa era de esas que te calientan el alma y te alborotan el estómago. De esas que te impactan para bien. Que te llenan y te vacían en un instante. Una sonrisa que se queda prendida en tus pestañas y te acompaña de por vida.



Valentina

Observarlo mientras jugaba con los mellizos me había llenado el corazón de cosas bonitas. Puede que lo mío con Pablo no fuese un amor de película, pero si de algo estaba segura era de que lo quería. Lo pasábamos muy bien cuando nos invitaba a pasar el fin de semana en su chalet y organizaba un montón de actividades para hacer los cuatro juntos. Me gustaba que su mensaje de buenos días fuese el primero que recibía por las mañanas y también su forma optimista de ver el mundo. Me gustaba que fuese siempre el primero en afrontar los problemas, que supiese cuándo necesitaba espacio y me lo diese sin pedir explicaciones. Me gustaban tantas cosas de él que no entendía las dudas que se habían anudado en mi pecho desde que Gianmarco había resucitado de entre los muertos. Había bastado una mirada de las suyas, un roce y un beso demoledor para arrasar con todas mis creencias y dejarme sumida en el más absoluto caos.

Miré de nuevo en dirección a Pablo y a los niños y se me encogió el corazón. Él tenía razón, no podía destruir lo que habíamos construido por una ilusión, por un recuerdo. No sabía si Gian llegaría a creerme algún día ni tampoco lo que sería de nosotros si llegaba a hacerlo. ¿Había acaso un nosotros?

En aquel momento, creí saber lo que debía hacer y tomé la decisión de olvidarme de las mariposas, los colibrís y la magia de los cuentos para centrarme en lo que debía ser.

Esa noche acosté pronto a los niños y preparé la mesa de forma especial para Pablo y para mí. Mi padre había vuelto a España y teníamos la casa para nosotros solos. Quise hacer algo especial, algo que le hiciese sentir bien, querido, valorado.

Había cocinado su plato favorito, lasaña de espinacas y gorgonzola; de fondo sonaba un disco de Melendi que tenía por lo menos una década y las velas daban al salón un toque íntimo que sabía que le gustaría.

—¿Qué es todo esto? —preguntó cuando bajó las escaleras tras darse una ducha.

—Hacía tiempo que no nos dedicábamos una noche a nosotros —respondí sonriendo mientras llevaba los platos a la mesa. No respondió, pero su mirada se quedó prendada en mi cuerpo.

Durante la cena, estuvo más callado de lo normal, más pensativo. No habíamos vuelto a tocar el tema de lo que pasó en la fiesta de cumpleaños de Lía, pero yo había tomado la decisión de luchar por nosotros y le pediría perdón las veces que hiciese falta.

Después de sacar varios temas de conversación en los que apenas participó, me preguntó por el trabajo en la granja.

—Está siendo más duro de lo que pensé. Hay cosas que se me escapan de las manos y Alfonso me plantea algunos problemas que no tengo ni idea de cómo solucionar. A veces creo

que soy más una carga para él que una ayuda.

—No te agobies. Todo está yendo más rápido de lo que esperabas, pero no tiene por qué ser algo malo. Las visitas guiadas están siendo un éxito y la lista de espera es cada vez más larga. Es normal que no puedas controlar todos los aspectos del negocio, pero para eso tienes a Alfonso y al resto de trabajadores. Deja que él se ocupe de su parte y tú céntrate en el resto. ¿Has pensado en contratar más gente?

—Estaba esperando a ver cómo iban las reservas para los próximos meses. No me gustaría coger a alguien nuevo y tener que prescindir de él en poco tiempo. Yo creo que si la cosa sigue así, necesitaremos como mínimo a una persona más en la tienda y dos en producción.

—Te has convertido en toda una empresaria —afirmó mientras recogíamos los restos de la cena.

—Voy a hacer café, ¿quieres uno?

—Sí, yo lo preparo. Después de la cena que te has marcado, es lo mínimo que puedo hacer.

Me senté en el sofá y esperé a que él se colocase a mi lado. Sabía que era el momento de sacar el tema que llevábamos arrastrando toda la noche.

—Siento mucho lo que pasó en el cumpleaños de Lía. De verdad, no sé lo que me pasó, no sé cómo fui capaz de hacer lo que hice, pero te aseguro que no volverá a suceder nada parecido. Esta mañana me he encontrado a Gianmarco por casualidad en la cafetería y hemos podido hablar como dos personas adultas. Le he contado que fue su madre la que nos hizo creer que estaba muerto.

—Habrás flipado —respondió sin ocultar lo incómoda que le resultaba aquella conversación.

—No estoy segura de que me haya creído, pero me conformo con que me haya dejado explicarme. He decidido que no voy a insistir más. Tiene derecho a creer lo que quiera y eso no tiene por qué afectarme. Esperaré unos días a que la cosa se calme y entonces le hablaré de Piero y Fiorella.

—Deberías de habérselo dicho ya.

Suspiré y le acaricié el brazo que tenía apoyado sobre el respaldo del sofá mientras le miraba a los ojos.

—Espero que puedas perdonar lo que hice y vuelvas a confiar en mí. Sabes lo mucho que te quiero y me arrepiento de haberte hecho daño. No lo mereces.

—Llevo enamorado de ti desde el primer día que te vi. —Me apartó un mechón de pelo de la cara y lo acomodó con dulzura detrás de mi oreja—. Teníamos dieciséis años y cuando Marta nos presentó, lo primero que pensé fue que estabas totalmente fuera de mi alcance. Dios sabe que el día que me aceptaste como pareja fue uno de los más felices de mi vida. He luchado lo impensable por nosotros, porque esta relación saliese adelante y nunca te arrepintieses de aquella decisión.

—Nunca me he arrepentido, lo sabes. No hables como si te estuvieses despidiendo de mí, por favor. Sé que las cosas se han puesto difíciles, pero lo superaremos juntos, como siempre hemos hecho. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Me acarició la mejilla, siguiendo el rastro de las lágrimas que escapaban a pares de mis ojos. Supe que ya había tomado su decisión, lo vi en su mirada y se me revolvieron las tripas al darme cuenta de las consecuencias que tendría aquella conversación.

—Te he querido tanto que hice mío tu dolor, pero en el fondo, siempre supe que nunca te tendría del todo, no cómo te tuvo él. Asumí que su recuerdo siempre te acompañaría y que su sombra aparecería entre nosotros de vez en cuando; asumí que nunca lo olvidarías y que una parte de tu corazón siempre sería suya. Lo asumí y me adapté porque estar a tu lado seguía

siendo lo que más importaba, porque tenerte, aunque solo fuese en parte, compensaba lo demás.

—Yo te quiero, Pablo. No lo dudes, por favor —imploré, porque la certeza de que lo iba a perder se había hecho más y más grande.

Enmarcó mi cara con ambas manos y secó mis lágrimas con sus pulgares una y otra vez mientras me mira a los ojos. Esperaba ver en ellos una pequeña duda de la que tirar, pero solo veía determinación, tristeza y dolor. Un dolor provocado por mí.

—Yo también, Val. Te quiero como el primer día y no creo que deje de hacerlo nunca, pero si apenas podía luchar contra un fantasma, ahora que él ha vuelto... No puedo.

Nos abrazamos y lloramos juntos la pérdida del aquel nosotros que fuimos y nunca podríamos volver a ser. Lloramos por los planes de futuro que nunca veríamos cumplidos. Mis lágrimas me dejaban exhausta, pero las suyas me pesaban en el alma.

—Quiero que seas feliz, Val y quiero serlo yo también, los dos nos lo merecemos —afirmó después de un rato—. Las cosas no estaban del todo bien en España y venir aquí ha sido el golpe final. Puedo perdonarte que lo besaras, no hoy, pero sé que llegaría a hacerlo en algún momento, pero ¿confiar? Tus ojos brillan más desde que él ha vuelto y eso me está destrozando. No puedo quedarme y observar cómo te alejas poco a poco, lo entiendes, ¿verdad? Yo también merezco ser feliz y lo que tú puedes darme ya no es suficiente.

—Todo esto es una locura —exclamé entre sollozos.

—La vida te está ofreciendo una segunda oportunidad.

—La vida es tan injusta.

—Elige ser feliz. Sé que todavía sientes algo por él. —Quise replicar, pero me tapó la boca con dos dedos para que no lo hiciese—. Yo he disfrutado de tenerte a mi lado durante dos años y te juro que volvería a hacer todo exactamente igual aunque hubiese sabido cómo iban a terminar las cosas entre nosotros.

—Yo... Siento todo esto. Me has dado mucho y también a Piero y a Fiorella. Vamos a echarte muchísimo de menos.

—Lo sé, y yo también a vosotros —afirmó abrazándome de nuevo y dándome un beso en la frente.

Cuando se subió al coche al día siguiente, sentí que perdía un trocito de mí misma. Quizás Pablo nunca fue el hombre de mi vida, pero sí el único que nunca me falló.

Me rompió el alma cuando me pidió que no lo llamase, que esperase a que lo hiciese él cuando estuviese preparado. No podía evitar pensar que se marchaba para siempre, que lo perdía también como amigo, como compañero.

Durante casi dos semanas me dediqué solo a trabajar y a cuidar de Piero y Fiorella. La guardería que había encontrado en un pueblo cercano les encantaba y ambos parecían haberse adaptado con facilidad a su nueva vida. No tuve contacto con Gianmarco en ese tiempo, tal vez porque evité las visitas a Villa Antea y, siempre que necesitaba algo, enviaba a Francesca o a Alfonso con la excusa de la sobrecarga de trabajo. Había necesitado ese tiempo para mí misma y me había servido para ordenar, en parte, la maraña de pensamientos y sentimientos que parecían jugar al escondite dentro de mi cabeza.

**Gianmarco**

Llevaba todo el día restaurando un conjunto de muebles para una tienda con la que colaboraba desde hacía varios años. No tenía que entregar el proyecto hasta varias semanas más tarde y, sin embargo, ya lo tenía prácticamente terminado. Y no, no es que hubiese resultado ser más fácil o rápido de lo que había pensado al negociar los plazos con el cliente, si no que llevaba muchos días trabajando casi sin descanso, en concreto, desde que había hablado con Valentina y ella me había contado su versión de las cosas.

Había repasado una y otra vez nuestra conversación. No me pareció que estuviese mintiendo, pero... ¿Mi madre? Ni siquiera me había atrevido a llamarla para preguntar si era cierto.

Sin embargo, había tenido tiempo de sobra para pensar y hurgar en los recuerdos de aquella época. Tuvo una recaída grave cuando mi abuela y mi tía murieron. Unas horas después de que me dieran el alta a mí, la ingresaban a ella con una fuerte deshidratación y tanta cantidad de alcohol en sangre que llegamos a temer por su vida. No estoy seguro de si aquel susto fue el detonante que la llevó a buscar ayuda profesional y tomar la decisión de alejarse del problema que había guiado su vida durante una eternidad, pero me alegraba decir que llevaba sobria desde entonces. Nuestra relación había mejorado con los años, pero seguía estando lejos de ser la habitual entre madre e hijo. Supongo que hay cosas que yo nunca podré olvidar y otras que ella no podrá perdonarse.

Estaba debatiéndome entre llamarla o no cuando la mujer que alteraba mi sueño, mi trabajo y mi vida en general, apareció justo delante de mí. Estaba preciosa, de nuevo sin una gota de maquillaje en la cara, con unos simples vaqueros y una camiseta negra de tirantes. Sentí la necesidad de acercarme a ella, de oler ese aroma que no había olvidado con los años. Tenía ganas de enterrar mi mano en esa mata de pelo oscuro que tan bien le sentaba y tirar de él hasta hacerla gemir. Cerré las manos en puños, tratando de paliar el cosquilleo que sentía en las palmas, un cosquilleo provocado por la necesidad de tocarla, de acariciar su piel y hacerla estremecer.

—¿Qué haces aquí? —Mi tono de voz fue más cortante de lo que pretendía.

—Tenemos que hablar.

—Creía que ya habías dicho todo lo que querías el otro día. —Estaba cansado de hablar con ella sin llegar a ningún lugar y lo único que me apetecía en aquel momento era escuchar sus jadeos mientras me la comía entera. Quería sus suspiros, su respiración acelerada y esos ruiditos que salían de su garganta cuando se excitaba.

—¡Maldita sea! ¿Podemos saltarnos la parte en la que tú dices que no quieres saber nada más y yo insisto en que es importante que hablemos? Sentirse rechazado una y otra vez es bastante

molesto y mi paciencia tiene un límite —exclamó frustrada.

Recorrí la distancia que nos separaba en dos zancadas y actué por impulso cuando puse una mano en su nuca y la miré a los ojos, queriendo adentrarme en ellos. A nuestras bocas las separaban apenas unos milímetros y tuve que hacer un esfuerzo titánico para controlar mis ganas de besarla.

—¿De verdad piensas que estoy rechazándote?

Notar su cuerpo contra el mío me volvía loco. No sé si fue consciente del gesto, pero sus labios se abrieron ligeramente, dejándome sentir el calor de su respiración sobre los míos.

—Gian...

—Si vuelves a repetir mi nombre, te follaré sobre la mesa de trabajo y volverá a darme igual que la puerta del taller no tenga un puto pestillo.

Sus ojos se agrandaron y supe lo que estaba recordando. Aquella mañana, años atrás, estaba enfadado con ella y la frustración me pudo igual que lo estaba haciendo en ese momento. Apreté ligeramente mi agarre sobre su piel y la reté con la mirada a que dijese mi nombre y liberase la tormenta que se había creado en mi interior.

—¿No piensas decir nada? —presioné sobre su boca.

—No me provoques —respondió altiva.

—Deseas que pase. Quieres que te baje los pantalones, que te suba a esa mesa y te recuerde que no hay nadie que conozca tu cuerpo y sus reacciones como yo.

Coloqué una mano en su cadera y la atraje hacia mí para que notase lo duro que estaba. Mi otra mano reptó por su espalda hasta colarse por debajo de su camiseta y noté cómo se estremecía ante mi contacto.

—¿Qué pasaría si metiera la mano dentro de tus braguitas ahora mismo? ¿Te encontraría mojada, Valentina? ¿Sentiría tu deseo en mis dedos?

Su nuez de Adán subió y bajó con dificultad. Estaba nerviosa, pero me sorprendió con una respuesta directa y sincera. Valentina había cambiado. Era la misma de siempre, pero se había fortalecido, convirtiéndose en una mujer todavía más fascinante.

—Sí.

—Dilo entonces. Dime lo que quieres que pase.

En lugar de pedir lo que quería, lo cogió directamente. Sentí sus labios sobre los míos en un impacto que hizo estallar cientos de emociones. No fue un roce lento, sino una declaración de intenciones en toda regla. Sus labios se abrieron y su lengua irrumpió en mi boca, dispuesta a conquistarla, lo cual no le costó más de unos segundos porque ya me tenía por completo. Mis manos viajaron por su espalda hasta llegar a su culo y apretarlo con fuerza. Los dos jadeamos a la vez y sentí que podría explotar de un momento a otro como un inexperto adolescente. Así me tenía.

—No pienso pasar de aquí si no lo dices, Valentina, así que piensa lo que quieres y cógelo.

—Quiero hacerlo, Gian. Necesito hacer esto.

Solté todo el aire que estaba conteniendo y noté una sensación de victoria, de euforia, viajando por mis venas y recorriendo mi cuerpo.

Me obligué a calmarme porque no había nada que desease más en aquel momento que fundirme en ella, pero no permitiría que pasase de aquella manera. Quería hacerlo despacio, deleitarme con cada centímetro de su cuerpo, acariciarla, lamerla, disfrutarla y disfrutar con ella y no un polvo rápido sobre mi mesa de trabajo.

La sujeté de la cintura y la ayudé a bajar al suelo.

—Vamos. —Le ofrecí la mano. Me miró confundida, pero terminó por asentir y tomarla en la

suya. Cuando entrelazamos nuestros dedos sentí un cosquilleo que me llenó de miedo y esperanzas. No sabía qué pensar de esa noche, del día siguiente, de nosotros. Ni siquiera sabía lo que yo mismo estaba dispuesto a dar, pero observar la manera en la que encajaban nuestras manos, una sobre la otra, me transmitió una seguridad que hacía tiempo no sentía.

Al llegar a mi habitación, nos quedamos uno frente al otro, sin tocarnos y dejando que el silencio y los segundos pusiesen las cosas en su lugar.

Me quité la camiseta sin dejar de mirarla a los ojos y ella hizo lo mismo con sus sandalias y así, poco a poco, por turnos, fuimos desprendiéndonos de las prendas de ropa que nos separaban hasta quedar únicamente cubiertos por la mirada del otro. La suya me abrasaba, me pedía que me acercara y que cumpliera con todas las promesas que había estado haciendo desde que había entrado en el taller.

—Eres todavía más bonita que antes.

Sus mejillas se enrojecieron al instante, como si no estuviese acostumbrada a recibir ese tipo de halagos, sin embargo, no se echó atrás, puso sus manos sobre mis hombros y comenzó a deslizarlas por mi piel en una larga caricia que pasó por mis brazos, mis clavículas, mi pecho. Después, cogió una de mis manos y recorrió despacio cada quemadura, cada cicatriz dibujada en mi piel desde la muñeca hasta más allá del codo. Cerré los ojos e intenté apartar la desconfianza y el miedo.

Era consciente de que estaba jugando con fuego y que éste siempre tendía a ganar, pero las manos que me tocaban por fin eras las correctas y los labios que se posaron en mi cuello, los que llevaba demasiado tiempo esperando. La cogí de la cintura y repasé su cuerpo hasta llegar a su nuca. La besé despacio, recreándome en cada movimiento de nuestras lenguas, tratando de grabar en mi memoria cada segundo, cada sensación que me producía tenerla desnuda entre mis brazos.

No podía aguantar la espera porque lo quería todo de ella. Mis dedos acariciaron sus pliegues de forma lánguida. Valentina estaba húmeda y caliente para mí.

Tuve que cerrar los ojos con fuerza para controlar el impulso de entrar en ella en ese momento y saciarme de una vez por todas. Mi polla pedía a gritos que lo hiciera, pero mi alma quería más, quería horas más largas para adorarla, quería que aquella noche fuese eterna para nosotros.

—Joder —musitó cuando deslicé dos dedos dentro de ella y los mantuve quietos, dejando que se acostumbrase—. No pares ahora.

Obedecí sus órdenes y me moví despacio, entrando y saliendo de su sexo con facilidad mientras acariciaba su clitoris con mi pulgar. No tardó en regalarme sus gemidos y esos ruiditos ininteligibles que me ponían a mil y que llegaban cuando se acercaba su orgasmo. Soplé sobre uno de sus pezones y después me lo llevé a la boca mientras ella se retorció entre mis brazos.

Ni siquiera puedo describir lo que fue llevarla a ese lugar de nuevo, sentir que su placer volvía a pertenecerme y que era yo y no otro quien le proporcionaba a su cuerpo lo que necesitaba.

Antes de que pudiese darme cuenta, descendió poco a poco por mi cuerpo, besando, acariciando y haciéndome vibrar de placer. Durante su recorrido, mantuve los ojos cerrados y el corazón abierto. Había pasado demasiado tiempo sin sentir y parecía irreal estar reviviendo sensaciones que no creí poder recuperar nunca. Cuando me di cuenta de cuál era su destino, la sujeté de las axilas.

—Quiero estar dentro de ti —me quejé.

—Pues vas a tener que esperar, porque aquí he encontrado a un antiguo amigo que dice haberme echado de menos y quiero saludarle como se merece.

Solté una carcajada que inundó la habitación. ¿Dónde estaba la chica tímida a la que le

avergonzaba dar el primer paso?

Cuando sus labios se acercaron a mi erección y sopló sobre ella, creí que moriría de excitación. ¿Podía uno morir de eso? Mi miembro reaccionó con un movimiento involuntario y ella alzó la mirada con una sonrisa pícaro. Estaba disfrutando del poder y yo lo hacía con cada uno de sus triunfos.

Me envolvió con una mano y me acarició lentamente mientras su lengua exploraba mi glándula. Observarla mientras me lamía y se relamía era una imagen tan puramente erótica que tuve que apartar la mirada para recuperar el control de mi cuerpo. Poco a poco, su boca fue sustituyendo a su mano y sus labios me envolvieron por completo. Estaba en el puto paraíso.

La dejé jugar solo un poco más, me encantaba tenerla arrodillada mientras me comía entero, pero la necesidad de estar dentro de ella era más fuerte que el resto.

Le pedí que se levantara y la ayudé a hacerlo mientras calmaba sus quejas con mis besos. La tumbé sobre la cama, lamí sus labios, su cuello y sus pechos. Su piel era un lienzo en blanco sobre el que quería dibujar mi vida entera.

Después de ponerme un preservativo, enlazamos nuestras miradas y fui entrando poco a poco en ella. Sentí que mientras penetraba en su cuerpo lo hacía también en su alma. Era Valentina, mi Valentina. La mujer con la que quise romper todas las barreras. La mujer que quise para mí. En mi cama, en mis brazos, en mis proyectos y en mi vida. Y allí, enredado en la fusión de nuestros cuerpos, me di cuenta de que la verdad no importaba tanto como poder recuperarla. Sería capaz de perdonarla, sería capaz de todo por tenerla de nuevo a mi lado.

**Valentina**

Hay momentos que permanecen suspendidos en el tiempo y en el espacio. Momentos que no pertenecen a esta vida y tampoco a otras. Son momentos tan intensos y efímeros que ni siquiera estas seguro de que pertenezcan a la realidad o al mundo de los sueños. Eso fue lo que viví con Gian desde que entré en su piso aquella tarde hasta que salí de él al día siguiente. Su mirada me hizo sentir deseada, pero también amada. ¿Era posible que todavía sintiese amor por mí? Sus ojos decían que sí acallando mis miedos.

Me dormí sobre su pecho mientras las yemas de sus dedos trazaban figuras en mi espalda. Me sentía saciada en todos los sentidos, me sentía relajada, a gusto en mi propio cuerpo, en paz. Era como si hubiese llevado un peso sobre mi espalda sin darme cuenta y esa noche me hubiese desprendido de él. El nudo de mi estómago se había aflojado y en mi cabeza, todo permanecía en un silencio tranquilizador.

Me desperté sola en su cama. Lo escuchaba hacer ruido en la cocina, por lo que supuse que estaría preparando el desayuno. Cerré la puerta de la habitación y cogí el teléfono de la mesita de noche para llamar a Francesca.

—Buenos días, ¿cómo han pasado la noche los peques? ¿Ya se han levantado?

—Esos niños son un amor. Piero se despertó a eso de las cuatro porque quería ir al baño. Preguntó por ti, pero se durmió en seguida. —Una punzada de culpabilidad atravesó mi pecho.

—En menos de una hora estaré allí. Muchas gracias por quedaros con ellos, no me dio tiempo a buscar una canguro.

—Niña, ya te dije anoche que si me entero de que contratas a una canguro estando Alfonso y yo aquí al lado, voy a cabrearme mucho contigo. Y ni se te ocurra darte prisa por volver, que esos angelitos todavía siguen durmiendo.

Justo en ese momento, Gian abrió la puerta con cuidado. Por suerte, solo me escuchó despedirme de ella.

—Está bien. Gracias por todo, Francesca. Nos vemos en un rato.

—¿Todo bien en casa? —preguntó Gian mientras se acercaba a la cama. Asentí y sonreí cuando me dio un beso en los labios. No me había dado tiempo a preguntarme en cómo cambiarían las cosas entre nosotros después de esa noche, pero sus labios sobre los míos calmaron cualquier pensamiento negativo.

—Buenos días. Mmmmm, sabes a café.

Su mano se colocó en mi nuca y profundizó el beso. Cuando nuestras bocas se separaron, me sentí aturdida por el vacío repentino.

—Vamos, he preparado tostadas con tomate y jamón.

—Buf, muero de hambre.

—Lo imaginé, anoche no cenamos nada.

Nos sentamos uno a cada lado de la isla y desayunamos en un silencio que sabía a complicidad, a pequeños avances. Tan solo se escuchaba el crujir del pan entre nuestros dientes y las cucharillas al golpear la loza de las tazas.

—Estaba todo buenísimo —afirmé tras limpiarme la boca con la servilleta.

—Nos ha faltado el zumo, pero no esperaba tener visita. ¿Tienes que volver pronto a casa?

—Sí, no puedo entretenerme mucho. —Frunció el ceño y se quedó pensativo. Supe que estaba conteniendo una pregunta y adiviné de dónde venían sus dudas.

—Creo que hay algo que quieres saber y no te atreves a preguntar, ¿cierto?

—Puede que me dé miedo tu respuesta.

—¿Por qué? No voy a mentirte.

—Porque lo que digas podría volver a cambiarlo todo y ahora mismo me siento bien teniéndote aquí. No estoy seguro de querer saciar mi curiosidad.

—¿Tiene algo que ver con que el otro día me vieses con Pablo?

—¡Joder, tiene todo que ver! —apoyó los codos sobre la encimera y enterró la cabeza entre sus manos como si estuviese luchando una batalla consigo mismo. Quería ayudarle, pero no sabía cómo.

—Haz las preguntas que necesites y después haré yo las mías, ¿te parece bien?

—¿Qué hay exactamente entre vosotros? —preguntó sacando la cabeza de su escondite.

—Una bonita relación de amistad.

—No me mientas, Valentina —siseó.

—No me has dejado terminar. Ahora mismo somos solo amigos. ¿Si hemos sido algo más? Sí, durante un tiempo Pablo fue mi pareja.

—Y si solo sois amigos, ¿qué mierdas hace viviendo contigo? ¿Me estás diciendo que convives con tu ex como si fuese lo más natural del mundo?

—Es difícil y largo de explicar, pero hace poco que lo hemos dejado. Gian, que hayas aparecido de entre los muertos ha sido un *shock* para mí, pero también para las personas que hay a mi alrededor.

—¿Quieres decir que vuestra ruptura tiene algo que ver conmigo?

—Claro que tiene algo que ver. Pablo cree que tu sombra siempre ha estado entre nosotros y ahora que has vuelto...

—¿Pablo cree? —Estaba enfadado y a la defensiva y eso hacía muy difícil que pudiese hacerle entender los motivos por los que habíamos dado por terminada nuestra relación.

—Sí, él sabe que nunca podría quererle como te quise a ti. —Sus ojos se abrieron en demasía y me di cuenta de que había soltado las cosas a las bravas—. Ha estado a mi lado durante todo este tiempo. Los primeros meses, cuando yo no era más que un zombi a la que tenían que recordar que debía comer y beber para seguir respirando, y mucho después, cuando la vida siguió poniéndome a prueba.

—Parece el hombre perfecto —soltó con desprecio, dejando los cubiertos sobre el plato. Sentí que volvía a alejarse, que lo perdía de nuevo, y me entró miedo.

—Pero no eres tú.

El impacto de mis palabras nos golpeó a los dos a la vez y nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—¿Qué significa eso?

—¿De verdad quieres que te lo explique? Pablo ha sido y es el mejor amigo que nunca he tenido. Lo ha dado todo por mí y nunca estaré lo suficientemente agradecida con él, pero... No lo quiero de la misma forma que te quise a ti. —Que te quiero a ti, evité pronunciar.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada sobre esto, pero yo también tengo preguntas enquistadas. Ayer vine para aclararlas.

—Está bien, dime.

—¿Por qué no me has buscado en todo este tiempo? No entiendo cómo pudiste creer sin más que me alejaría de ti y menos sin despedirme ¿Ni siquiera dudaste?

—Te busqué, por supuesto que te busqué —me interrumpió algo cabizbajo—. Pero no dejaste señales ni pistas. Fui al hospital en el que habías estado ingresada y no pudieron darme ningún dato. Solo me dijeron que tu familia y tú os habíais marchado el día anterior al que llegué. Llamé a Lía y estaba igual de perdida que yo, solo que ella sí que había conseguido verte cuando todavía estabas en coma. Tu teléfono no daba señal y no sabía a quién acudir. Joder, no me digas que no te busqué, porque estuve desesperado por saber dónde estabas. Después me enteré de que habías vuelto a España. No recibí ni un solo mensaje por tu parte ¡Ni uno solo! Estaba desesperado porque me quedaba sin opciones y no tenía ni idea de dónde buscarte. Me negaba a pensar eso que dices que admití con tanta soltura, pero, ¿qué querías que hiciera? ¿Viajar a Valencia y buscarte puerta por puerta?

—No lo sé. Maldita sea, no lo sé.

—Sí, tal vez fui un cobarde. Puede que tirase la toalla demasiado pronto, pero se me acabaron las ideas y terminé por creer lo que resultaba más evidente, que no querías que te encontrase.

—Y entonces empezaste a odiarme.

Se levantó, rodeó la isla hasta estar frente a mí y puso sus manos sobre mis mejillas, envolviéndome con ellas.

—Nunca he podido odiarte. Créeme, lo he intentado, porque cualquier sentimiento era mejor que el vacío de sentir que me habías abandonado, que después de perder la granja y a ellas, ya nada te ataba aquí, que yo no era suficiente para que te quedases. Odiarte hubiese sido la opción más fácil, pero no pude hacerlo.

Apoyé mi frente sobre la suya y después lo besé, tratando de absorber su dolor. Los dos habíamos sido engañados por la situación, por el destino, por la vida.

—¿Has...? —Cogí aire y me separé un poco para poder verle mejor— ¿Has hablado con tu madre?

—Lo he hecho esta mañana mientras dormías. —Me quedé muy quieta, a la espera de que siguiese hablando. Su mirada no me ofrecía pista alguna—. Lo ha negado.

Me separé rompiendo nuestro contacto y llevé mi plato a al fregadero. Necesitaba pensar y no podía hacerlo mientras me estaba tocando. Su madre mentía, pero ¿por qué?

—No lo entiendo.

—¿No pudo equivocarse Paula?

—No. Le he preguntado mil veces, la última cuando descubrí que estabas vivo. Lo siento, pero tu madre está mintiendo.

—No sé qué pensar —reconoció hundiendo los hombros. Después de un rato, me atreví a preguntar.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tampoco lo sé.

Los segundos pasaron mientras permanecíamos callados en su cocina. Yo con la espalda

apoyada en el fregadero mientras sostenía el trapo con el que me había secado las manos, él recostado en sus antebrazos sobre la encimera de mármol, a dos o tres metros de distancia. Y los segundos se convirtieron en minutos.

No sabía qué decir, que añadir a aquella extraña conversación que acabábamos de mantener. Parecía que habíamos llegado a una calle sin salida en la que no nos atrevíamos a permanecer juntos, pero tampoco éramos capaces de dar marcha atrás para dejar salir al otro.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando decidí moverme. Di un paso corto hacia delante, después otro. Pasé por su lado deseando que me detuviera, pero no lo hizo. Fui a su habitación y comencé a recoger mis cosas despacio, dándole tiempo para que me siguiese y me pidiera que me quedara, pero eso tampoco sucedió. Antes de marcharme, susurré un “nos vemos” que me supo a derrota y al que él no respondió.

Gianmarco solo me miró en silencio mientras yo me alejaba sosteniendo mi corazón en una caja de cristal.

**Gianmarco**

Tardé demasiado en reaccionar. Mi mente había colapsado al llegar al final del laberinto y no encontrar nada. Tenía todas las versiones de la historia y éstas se empeñaban en no coincidir. Mi madre me había dicho que estaba muy nerviosa aquellos días, que ni siquiera recordaba la llamada de Paula, pero que estaba segura de no haberle dicho a nadie que yo había muerto. La rotundidad con la que lo afirmó me dejó de nuevo en la casilla de salida de ese tablero en el que me estaba visto obligado a jugar. Y lo odiaba.

Observé a Valentina y supe que estaba esperando una reacción por mi parte, algo que le diese una pista de lo que pasaba por mi cabeza. Sin embargo, el desorden de mis pensamientos era tal que ni yo mismo me aclaraba.

Me sentí un imbécil cuando la vi bajar la cabeza y pasar a mi lado, esperando que la detuviese. Quería hacerlo, moría por hacerlo, pero ¿qué iba a decirle? Me había convencido a mí mismo de que conocer la verdad no era tan importante como recuperar a Valentina, pero había algo que me impedía liberarme y dejarme llevar del todo. Todavía podía escuchar la respuesta de mi madre, su tono incrédulo cuando le había preguntado, como si la estuviese acusando de una atrocidad.

La mujer con la que había pasado una de las noches más mágicas de mi vida se despidió con unas palabras que no llegué a escuchar, tan absorto como estaba en la imagen de sus hombros caídos y la expresión de decepción que le cubría el rostro. Quise acercarme, estrecharla entre mis brazos y borrar a besos su tristeza. En lugar de eso, me quedé inmóvil viendo cómo se marchaba de mi casa y tal vez de mi vida, una vez más.

Sí, fui un capullo, pero finalmente algo hizo clic en mi cabeza.

Cuando aparqué frente a la puerta de la granja, habían pasado un par de horas desde que ella se había marchado de mi casa. Solté todo el aire antes de salir del coche y esperé que no fuese demasiado tarde.

Fue raro llamar al timbre de aquel lugar que siempre consideré un poco mío. De hecho, fue la primera vez que lo hacía, pues la puerta de mi abuela siempre había permanecido abierta durante el día.

La puerta se abrió de golpe, sacándome de mis pensamientos y tras ella apareció Francesca, con su sonrisa dulce y ese mandil a cuadros que nunca se quitaba.

—Niño, ¿qué haces tú aquí? ¡Qué alegría verte! Tenía pensado hacer una tarta de almendras y llevártela al taller uno de estos días.

—Pues no seré yo quien te quite esa idea de la cabeza —respondí sonriendo. Adoraba a esa

mujer, era como mi segunda abuela, a pesar de que apenas la había visto durante el tiempo que estuvo viviendo con su sobrino.

Me dio un abrazo que me supo a gloria y me trajo recuerdos de tiempos pasados. En ese momento, apareció Valentina en el recibidor y cuando me vio, su tono de piel se tornó blanco como la leche. Cerró la puerta que tenía a su espalda y se acercó a paso rápido hasta situarse al lado de Francesca.

—¿Qué haces aquí? —Sus pies no paraban quietos y las palmas de sus manos frotaban la parte superior de sus vaqueros una y otra vez. Se había ido de mi casa decepcionada, pero en aquel momento sentí que pasaba algo más.

Nos observamos uno al otro sin decir nada hasta que Francesca se disculpó con una excusa que ni siquiera recuerdo y se marchó, dejándonos solos.

—Quería decirte algo. ¿Puedo pasar?

Miró de soslayo hacia atrás por encima de su hombro y se puso tensa, haciendo que mi curiosidad aumentara.

—Lo siento, pero no es un buen momento. No creo que las cosas hayan cambiado mucho desde que me he marchado de tu casa hace solo un rato y yo... Tengo cosas que hacer —continuó prácticamente en un hilo de voz.

Cierto oportunista malnacido pasó por mi mente y me enfurecí.

—Tienes prisa en que me vaya. ¿Por qué? ¿Está él aquí? ¿Ha vuelto y no quieres que me vea? Joder, Valentina, acabas de irte de mi casa, acabamos de pasar la noche juntos. ¡No puedo creerlo!

—No grites, por favor. No es nada de lo que piensas, pero ahora no puedo hablar contigo. Te llamo luego.

Supe que pretendía cerrarme la puerta en la cara y lo impedí adelantando la pierna y sujetándole del codo.

—Dime la verdad y me iré sin hacer ruido —mascullé entre dientes, enfadado, herido, traicionado de nuevo. Quería que me mirase a los ojos y me dijese lo que estaba pasando, lo que sentía de verdad, por mí y por él.

—Mami, dile a este hombre que se vaya —pidió una vocecita que venía de detrás de ella.

La vi cerrar los ojos con fuerza y acariciar la cabecita rubia de un niño que se aferraba a sus piernas para esconderse. ¿Había dicho mami?

—No te preocupes, cariño. Es amigo de mamá —afirmó mientras se soltaba de mi agarre de forma disimulada.

—Pero te está gritando y no quiero que te grite. Que se vaya.

Se agachó para estar a su altura y le habló con una voz tan dulce que casi pude saborear la miel en mi paladar.

—Los amigos también discuten a veces, cielo, pero recuerda lo que te digo siempre, hay que ser educado con las personas que vienen a visitarnos.

Asintió no muy convencido y se giró hacia mí, sin salir de detrás de las piernas de su madre.

—Hola, amigo de mamá. Gracias por haber venido, ¿te apetece irte ya?

Estaba claro que estaba haciendo un esfuerzo enorme por ser educado y no decepcionar a su madre. Me quedé petrificado, intentando asumir que Valentina fuese madre, en concreto, la madre de aquella pequeña criatura que tenía frente a mí.

El pelo le caía sobre los hombros y era de un color claro como el trigo. Era delgado. Me fijé en su boca diminuta y en la réplica en miniatura de la nariz chata de Valentina que tanto me gustaba. Terminé por mirarle a los ojos, unos ojos azules tan profundos como el océano. Unos

ojos que me recordaron muchísimo a mi abuela Fiorella. Era el mismo tono que veía cada mañana al mirarme en el espejo.

La realidad me golpeó de forma tan brutal que tuve que dar un paso atrás. ¿Cuántos años tendría?, ¿tres?, ¿cuatro? Lo que estaba pensando no podía ser cierto.

—¿Por qué me mira así tu amigo, mamá?

Di otro paso atrás y alcé la mirada hacia Valentina. La suya era de terror, cosa que no hizo si no corroborar mis sospechas. Ese niño que se aferraba con miedo a su madre no podía ser otro que mi hijo.

Mi hijo.

Mío.

Hecho de mi carne, de mis células, de mi piel.

—Esto no puede estar pasando. Dime que lo que estoy viendo no es verdad.

—Tienes que irte. Te prometo que mañana te explicaré todo, pero no aquí, no así —suplicó y miró de reojo al niño, que parecía incómodo con la situación. ¿De verdad esa personita era mi hijo?

—Me voy, pero hablaremos en mi casa mañana a primera hora. Si no estás, vendré a buscarte.

—Allí estaré, lo prometo.

Antes de que la puerta se cerrase del todo, la escuché hablar en ese tono meloso que nada tenía que ver con el que había utilizado conmigo.

—Vamos, mi *bambino coraggioso**, que me ha dicho un pajarito que hoy tenemos *arancini** para comer.

—¡Yuju! —gritó el niño y quise poder observar la escena por un agujero.

Conduje hasta casa sin darme cuenta de lo que hacía.

No necesitaba la confirmación de Valentina. Nadie que no fuese de mi familia podría tener los ojos de mi abuela.

Grité de frustración y de rabia y tuve la genial idea de pegarle un puñetazo a la pared, como si fuese el protagonista de una película de mafiosos.

Capullo.

Me hice un daño horrible y tuve que curarme los nudillos con Betadine caducado, que fue lo único que pude encontrar en el botiquín de mi cuarto de baño.

¿De verdad me había convertido en padre de un momento a otro? Yo, que era incapaz de cuidarme a mí mismo, que vivía sin horarios, sin rutinas y que contaba con un nulo conocimiento del mundo infantil en general. ¿Cómo había podido pasar? ¿Y cómo había sido capaz de ocultármelo Valentina? Hacía casi dos meses que había vuelto al pueblo. Dos jodidos meses.

Al día siguiente me levanté temprano, me dolía la espalda y la cabeza de dar vueltas como una croqueta sobre la cama. Solo había conseguido dormir las cuatro horas inmediatas a haber ingerido la pastilla que tomé por desesperación. Iba a volverme loco.

Corrí un rato en la cinta, me duché y me desesperé al comprobar que el reloj marcaba las ocho y media y todavía no tenía noticias de ella. Ni si quiera tenía su número de teléfono y la desesperación me llevó al único lugar en el que podía conseguirlo.

Entré en la cafetería con mucha prisa y poco humor y encontré a Lía sirviendo en la barra. Esperé a que terminara y cuando se acercó, su cara de cansada y la enorme tripa que la acompañaba a todas partes calmó un poco mis ánimos. ¿Cómo se habría visto Valentina embarazada? ¿Habría tenido náuseas, dolores?

—Buenos días.

—Hola vecino, ¿te pongo un café?

—No, solo he venido a pedirte un favor.

—Soy toda oídos, pero que sepas que cuando este monstruito nazca, pienso cobrarme todos los favores que he ido repartiendo con generosidad.

—Vaya, pues espero que no me pidas que cambie un pañal porque la cosa puede salir muy mal si tengo que encargarme yo. —Una punzada me atravesó al recordar que debí aprender a hacerlo con mi propio hijo—. Necesito que me des el teléfono de Valentina.

Se quedó en silencio, mirándome mientras sopesaba la idea.

—¿Puedo preguntar para qué lo quieres? Ya sabes, no me gustaría meterme en problemas.

—Hemos quedado para hablar esta mañana y necesito saber a qué hora vendrá.

—¿Va todo bien?

—Nada va bien desde que ayer descubrí que tengo un hijo. —Se llevó ambas manos a la boca y ahogó un grito—. Mira, no quiero pagarlo contigo. Entiendo que lo sabías y que ella te pidió que no me lo dijeras. No estoy de acuerdo, pero no quiero gritarle a mi vecina a punto de dar a luz. Ahora, ¿puedes hacerme el favor de darme su teléfono?

—Lo siento. Y sí, ella me pidió que no te lo dijera. Supe que tenía... Supe que era madre hace un tiempo, pero nuestra relación no era lo que se dice cercana y yo... asumí que el padre era Pablo.

—Ok, ¿me das el teléfono? —insistí, cerrando las manos en puños para contener todo lo que quería salir de mi boca.

Le envié un mensaje y le dije que la esperaba a las afueras del pueblo, donde solíamos quedar para correr cuando éramos solo dos personas que se gustaban y se estaban conociendo. También le avisé de que si en una hora no había llegado, me iría directo a la granja y no saldría de allí sin la explicación que merecía. ¿Estaba siendo duro con ella? Seguramente sí, pero el cabreo que me acompañaba desde el día anterior me impedía ver las cosas de otra manera.

**Valentina**

—¿Cómo se ha podido complicar todo tanto, papá? —pregunté a través del teléfono. Le había llamado en cuanto había recibido su mensaje de buenos días, ese que nos enviaba a mis hermanas y a mí cada mañana desde que nos independizamos— ¿Qué voy a hacer ahora? Tenías razón, tenía que haberle explicado todo el primer día.

—Cariño, haz lo único que puedes hacer, contarle la verdad y decirle cómo te sientes.

—¿Y los mellizos? Ayer me costó bastante tranquilizar a Piero, la primera impresión que ha tenido de su padre no ha sido la mejor.

—No te castigues. Estabas intentando hacer las cosas bien, pero a veces la vida nos da un empujoncito y otras una enorme patada en el culo. En este caso, tocaba la segunda opción.

—Esta mañana me han preguntado cuándo va a venir Pablo.

—Es normal, están acostumbrados a tenerlo cerca.

—Lo sé, pero me mata que mi vida personal les afecte. Todos estos cambios van a ser difíciles para ellos.

—O a lo mejor no, nuestros niños son fuertes. Mira lo bien que se han adaptado a vivir en un país distinto. Les encanta su nueva guardería, poder pasar la tarde al aire libre en el jardín y hacer excursiones en el campo. Son felices.

—Sí, creo que lo son —admití mientras los observaba dormir desde la puerta de su habitación—. Papá, ¿crees que lo estoy haciendo bien con ellos?

—Mi vida, pasaste los peores momentos de tu vida después de aquel incendio. Durante meses, te vi tan apagada, tan vacía, que llegué a tener miedo de no recuperarte nunca. Y entonces, un día cualquiera, un análisis sentenció que un pequeño ser estaba desarrollándose en tu interior. No quisiste creerlo, nada cambió para ti, pero en el momento en que la doctora Millares puso el ecógrafo en tu vientre y escuchaste el doble latido de sus corazoncitos, algo hizo clic en tu mente. Resurgiste de lo más hondo, Valentina, emergiste convertida en madre, en MADRE con mayúsculas, en una madre que lleva luchando por sus niños desde aquel mismo día; en una madre que no se ha venido a menos por no tener al padre de las criaturas a su lado; en una madre que no se asustó cuando supo que no era una vida, sino dos las que dependerían de ella; en una madre que no dejó de hacer planes para sus bichos cuando le dijeron que tendría que pasar el último mes de embarazo en cama y en una madre que lucha con uñas y dientes por su familia desde que se levanta hasta que agota la última hora del día. Eres la mujer, la madre más valiente que conozco e igual que lo he visto yo, estoy seguro de que Gianmarco podrá darse cuenta y te agradecerá todo lo que has hecho por vuestros hijos. No te vengas abajo mi niña, no dudes de ti

misma ahora, sigue demostrando al mundo lo grande que eres.

Asentí en silencio aunque sabía que no podía verme. Cómo echaba de menos tenerlo a solo unas escaleras de distancia para llamar a su puerta y hundirme en sus brazos cada vez que lo deseaba. Él siempre sería mi héroe, mi tarro de suerte, mi inyección de vitamina.

Poco después de colgar, me llegó un mensaje de un número que no tenía grabado y en seguida supe de quién se trataba.

Nos vemos en una hora en los bancos que hay a las afueras del pueblo.

Respondí al momento:

Tengo que pasar por la guardería primero. Puedo estar allí a las diez y media, no antes.

Ok.

Desperté a mis pequeños a besos y los llevé a la guardería. Hay niños que lo pasan mal las primeras veces que se quedan en un nuevo colegio, los míos solo lloraron cuando los dejé el primer día. Era la semana de adaptación y apenas estuvieron allí una hora, que a mí se me hizo eterna. Sin embargo, cuando volví a por ellos, con el corazón encogido y un sentimiento de culpa que me había impedido alejarme más de una manzana del centro, los encontré jugando tranquilamente. Piero montaba un puzle con una de las profesoras y Fiorella jugaba a lanzar unos coches por unas rampas junto a otros niños. Tan solo habían llorado durante unos minutos después de marcharme yo. Al día siguiente, ambos se despidieron de mí con un fuerte abrazo y una sonrisa en la cara. Sí, mis mellis eran fuertes y, sobre todo, felices.

Aparqué el coche cerca del lugar en el que había quedado con Gianmarco y caminé hasta allí con una sensación extraña en la boca del estómago.

Lo encontré apoyado en el respaldo de un banco. Llevaba puestos unos vaqueros claros, zapatillas de deporte y camiseta de manga corta azul marino. Estaba inquieto y se tensó en cuanto vio que me acercaba.

Me hubiese gustado colocarme a su lado y pasar la yema de mis dedos por su ceño fruncido hasta borrarlo, enredar mis manos en su pelo alborotado y hablarle de sus hijos, de los dos, mientras lo miraba a los ojos. Quería contarle todo sobre ellos, cómo me enteré de que ambos crecían dentro de mí, los cambios que acarreó aquella noticia, de qué manera ellos me salvaron cuando me creí perdida. Quería explicarle lo que sucedió el día que asomaron al mundo por primera vez, cómo me sentí al llegar a casa y quedarme a solas con ellos, cómo eché en falta tenerlo a mi lado en aquel momento. Quería contarle todo sobre nuestros pequeños —*nuestros*, que extraño sonaba aquel plural cuando siempre habían sido míos—, pero en cuanto Gian me miró a los ojos, supe que nada sucedería como yo esperaba.

Me senté en otro de los bancos, guardando distancia por prudencia. Suspiré de forma silenciosa e intenté relajar mi cuerpo. No quería que notase que me temblaba hasta el alma.

—¿Es mi hijo? —preguntó con tanta dureza que lo sentí un ataque.

—Gian, yo...

—¿Es o no es mi hijo?

—¡Maldita sea, así no! Hay mil formas de hablar sobre esto, no elijas la más difícil.

—¿En serio? ¿También vas a controlar cómo me lo tomo?

—No quiero controlar nada, solo me gustaría que te calmares un poco para tener esta conversación.

—Lo sabía. Lo supe desde que vi sus ojos. ¡Son mis malditos ojos, los malditos ojos de mi

abuela! ¿Cómo has podido ocultármelo? Ese niño es mi hijo. Mi-hi-jo. No tenías ningún derecho a mantenerlo alejado de mí. No tenías derecho a quitarle a su padre. —Sus palabras eran cuchillos que se clavaban en mi carne y la abrían para hacerla sangrar. No medía las formas ni tampoco las consecuencias de sus golpes— ¿Quién te crees que eres, Valentina? ¿Quién? ¿Una especie de Dios que todo lo decide?

—¡Basta! —grité perdiendo la paciencia, incapaz de soportar más reproches— ¿Tengo que recordarte que para mí tú estabas muerto?

—No voy a entrar en si eso es verdad o una historia que te conviene demasiado, pero llevas aquí dos meses. ¡Dos meses en los que has tenido muchas ocasiones para contármelo!

—No era fácil, no me dejabas hablar. Lo intenté desde el principio —argumenté sin demasiada convicción. La humedad se agolpaba en mis lagrimales, pero me negaba a dejarla salir y que tomase un protagonismo que no le correspondía. Quería hacerme entender, que comprendiera todo lo que había tenido que vivir sin él, que sufrir sin él, y el *shock* que había supuesto volver a encontrarlo, vivo.

—Haberlo intentado más. No estamos hablando de confesarle a tus padres que has suspendido un examen, hablamos de mi vida, joder. Me has robado dos meses de mi hijo y a saber si no me robaste toda su existencia —afirmó mientras se frotaba la cara con las manos—. No te reconozco Valentina, no tengo ni idea de quién eres. Una vez te conocí, me gustaste e incluso creí que eras la mujer con la que quería compartir mi vida. Qué equivocado estuve contigo.

En ese momento, el llanto ya había vencido la batalla. Gianmarco se estiraba del pelo con rabia mientras yo escondía la cabeza entre las manos para ahogar los sollozos que no era capaz de controlar. Ni siquiera podía mirar aquellos ojos cargados de decepción, de tristeza, de rabia, de un dolor que se mezclaba con el mío y se hacía insoportable.

—Lo siento —musité mientras secaba mis mejillas con mis manos—. Siento haberme comportado como una cobarde. Tienes razón en que debería de habértelo dicho en cuanto te vi. Si sirve de algo, no quería hacerte daño.

—Pues lo has hecho.

Estaba intentando ser empática, juro que lo estaba intentando con todo mi ser y creía haberlo conseguido. Entendía su pesar e incluso su rabia, pero sus golpes atinaban justo en mis puntos débiles y terminaron por elevar mis defensas.

—Mira, no he venido aquí para discutir contigo. Te he pedido disculpas por estos dos meses, pero empiezo a cansarme de ser tu saco de boxeo. No lo merezco y no voy a aguantarlo más.

Permanecimos allí sentados, separados por el rencor, la culpabilidad y el miedo. Quise decir muchas cosas, pero ninguna de ellas salió de mi boca. Desde lejos, debíamos parecer dos almas perdidas, dos almas que no sabían cómo quererse, pero tampoco eran buenas en permanecer alejadas.

Un rato después, levantó la cabeza del suelo y me miró fijamente.

—Quiero conocerlo.

—Por supuesto. Pensaremos la mejor forma de hacerlo.

—¿Pensar? No tengo nada que pensar. —Su tranquilidad había durado menos de un suspiro y su cuerpo volvió a tensionarse como las cuerdas de un violín. Se puso de pie—. Voy a conocerlo ahora, no pienso a esperar más.

—No ¡Maldita sea Gianmarco, es un niño! Tenemos que hacer las cosas bien.

—Me importa poco hacer las cosas bien o mal, pero no pienso esperar ni un minuto más. Bastantes años me he perdido de su vida.

Y fue justo en ese momento en que la cuerda, que se sostenía unida apenas por un hilo, se

rompió, dejándonos a cada uno en un bando distinto. Había sido paciente con él porque no podía imaginar lo que hubiese sido perderme los primeros años de vida de mis hijos y porque sabía que yo no había actuado bien reteniendo la noticia durante casi ocho semanas, pero aquello se empezaba a parecer demasiado a una pataleta de niño chico y no iba a permitir que su capricho pasara por encima del bienestar de mis hijos. Me levanté y me acerqué hasta quedarme a solo dos pasos de su cuerpo.

—No vas a verlo hoy, te pongas como te pongas. Entiendo que ahora mismo estés enfadado, entiendo que se te lleven los demonios por toda la situación, pero uno —expuse contando con los dedos—, no soy yo la culpable de que no hayas sabido de su existencia hasta ahora y dos, no pienso anteponer tus necesidades a las de mi hijo. Si no eres capaz de pensar en él antes que en ti, es que estás muy lejos de convertirte en su padre.

—¿Y de quién es la culpa?

—¡Pregúntale a tu madre! —grité—. Pensé que estabas muerto. ¡Muerto! ¿Sabes lo que fue enterarme de mi embarazo mientras estaba destrozada por tu pérdida? ¿Sabes lo que es querer morirte y no poder hacerlo porque dentro de ti hay vida y esa vida depende de que sigas adelante? Comía, bebía, salía a la calle e iba a las revisiones médicas solo por esa vida que crecía dentro de mí. Yo solo quería meterme en la cama y despertarme cuando el dolor hubiese pasado. —Suspiré, recordando las palabras de mi padre—. Llevo más de cuatro años luchando por ser una buena madre, enfrentando sola cosas que en la vida pensé que llegarían, así que no voy a permitir que nadie me diga, y mucho menos me imponga, cómo debo hacer las cosas con mi hijo, aunque ese alguien seas tú. Nos sentaremos, te guardarás en el bolsillo toda esa rabia que ahora sientes y hablaremos de lo que es mejor para Piero.

Nuestras respiraciones estaban agitadas. En algún momento nos habíamos acercado el uno a otro y mi dedo índice apuntaba en dirección a su pecho. Noté cómo me temblaba la mano y la retiré. No quería que descubriese mi vulnerabilidad, no en ese momento en el que necesitaba mostrarme inquebrantable ante él.

No sé si advirtió lo al borde que me encontraba o fueron mis palabras las que consiguieron aplacar sus ganas de luchar, pero tras mi discurso, pude ver cómo sus hombros caían ligeramente y su mandíbula se relajaba. Me miró a los ojos y sentí que buscaba algo en ellos que no conseguía encontrar.

—Está bien, lo haremos a tu manera. Dime qué es lo que tengo que hacer para estar en su vida cuanto antes.

—Lo primero que debes saber es que no tienes un hijo, si no dos. Piero tiene una hermana melliza.

Sus ojos se abrieron de golpe mientras el tono de su piel se tornaba cada vez más pálido. Me miró durante varios segundos sin decir nada, supongo que tratando de asumir lo que acababa de escuchar. Mientras lo observaba, empecé a pensar que había sido demasiado brusca en darle a noticia, pero, ¿qué podía hacer, esperar el momento adecuado y que después me echase en cara el no habérselo dicho antes?

—Una niña. Tengo dos hijos —afirmó tan bajito que apenas pude escucharlo.

—Su nombre es Fiorella. —Dejé que el nombre de mi hija paladeara en mi boca y sonreí al ver que Gianmarco volvía a abrir los ojos sorprendido—. Pensé que ese sería el nombre que hubiésemos escogido si hubiésemos podido hacerlo juntos. ¿Te gustaría venir un día de esta semana a casa? Podría enseñarte su habitación, sus cosas, y después sentarnos y pensar juntos la mejor forma de hacer las presentaciones. No soy yo la que debe tomar todas las decisiones, debemos hacerlo juntos —afirmé con suavidad.

—¿Me hablarás de ellos? —preguntó visiblemente emocionado y tuve la tentación de recorrer la distancia que nos separaba y acunarlo entre mis brazos. La persona vulnerable que tenía delante no se parecía en nada al tipo arrogante e hiriente con el que me había topado minutos atrás.

—Te contaré todo lo que quieras saber.

Estaba totalmente convencida de que Gianmarco sería un gran padre, que no tardaría en quererlos, en cuidarlos y en darles el lugar que les correspondía en su vida. Lo que no sabía era si en ella habría un hueco también para mí.

Lo quería, no servía de nada negármelo a mí misma. Pasar la noche con él, ser el centro de sus caricias, de sus abrazos, de sus besos y sus miradas había bastado para darme cuenta de que él era mi hogar, uno al que siempre querría regresar.

Al llegar a casa, escuché la risa de Fio en la cocina y fui directa allí. Lo que me encontré al entrar, me hizo soltar una carcajada y olvidarme de todo lo vivido durante el día. Mi pequeña se encontraba de pie sobre un taburete, con su delantal de *Lady Bug* lleno de manchas de varios colores y la coleta medio desecha y salpicada de trozos de comida. Bailaba mientras intentaba remover una masa que parecía demasiado densa para ser comestible.

—¿Se puede saber qué hace mi *piccola teppistella* sola en la cocina? ¿Dónde está Francesca?

Me miró con cara de niña buena y tuve que taparme la boca para no reírme.

—Estábamos con *Fonso*, pero se ha marchado a acompañar a Piero a hacer pipí porque no podía aguantarse más.

—¿Y te ha dejado quedarte sola en la cocina? —pregunté alzando una ceja y sabiendo que no me estaba diciendo toda la verdad.

—No —confesó en un hilito de voz y sin mirarme a los ojos. La había pillado—. Me ha dicho que me quedara terminando de ver la peli, pero yo tenía una idea genial ¡Hacer la cena para todos! Voy a cocinar espagueti a la *bolo...* a la *boño...* a la *boñoñesa*, como los que hace Francesca. El otro día le ayudé y lo hice casi todo solita, ¿sabes?

Le di un abrazo, le arreglé un poco la coleta para que no le cayesen los mechones de pelo sobre los ojos y dejé un sonoro beso en su mejilla regordeta.

—Cariño, es una idea maravillosa, pero ya sabes que no puedes estar sola en la cocina.

—Jo, es que quería hacerlo solita para que vieseis que ya soy mayor.

—Mmmm —Me rasqué la cabeza en un gesto exagerado— ¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir? ¿Qué te parece si me convierto en tu pinche esta noche?

—¿Qué es un *pinche*?

—Un pinche es el ayudante del cocinero. Tú tienes que mandarme tareas y yo las hago. Todo gran chef tiene un pinche a su lado.

—¡Sí! Yo quiero ser una gran chef.

—Perfecto, pues yo me pido ser tu gran pinche.

Saqué un delantal del segundo cajón, nos lavamos juntas las manos y nos pusimos a preparar los espaguetis más deliciosos que nunca había probado. Sí, quizás la masa estaba algo dura y la salsa de tomate contaba con un toque extremadamente dulzón, pero llevaban tanto amor, tantas risas, que me supieron a gloria.

**Gianmarco**

Tan solo había dormido un par de horas seguidas. Asumir de un día para otro que era padre, no solo de uno, si no de dos niños, y que éstos tenían ya casi cuatro años, no estaba siendo fácil. Le había dado vueltas a mi conversación con Valentina y reconocí que no le había puesto fácil hablarme de ellos. Recordé el primer encuentro con mi hijo, la forma en la que él defendió a su madre, cómo quiso que me marchara de su casa al pensar que no la estaba tratando bien, a pesar de lo pequeño que era y de la inseguridad que cargaba en su mirada. Había defendido a su madre.

¿Se parecería Fiorella a su hermano? Me arrepentía de no haberle pedido a Valentina que me enseñase una foto, pero no me atrevía a escribirle en ese momento, no después de la forma en la que me había comportado con ella.

Necesitaba pensar con calma antes de hacer o decir nuevamente algo de lo que pudiese arrepentirme.

Bajé al taller y me puse a trabajar, solía funcionar cuando tenía que tomar alguna decisión importante o la vida se me complicaba, pero no lo hizo en esa ocasión. Mi mente viajaba a una velocidad tan vertiginosa que mis manos no pudieron si no hacer un desastre del proyecto que tenía delante. Después de un par de horas intentando reparar el estropicio sin éxito, hice lo único que podía hacer para seguir adelante, subí a casa a cambiarme de ropa, recogí algunas cosas y me fui a Roma, dispuesto a encontrar las respuestas que necesitaba.

Cuando llegué a la que había sido mi casa durante la mayor parte de mi vida el reloj marcaba las ocho de la tarde. Había avisado a mi madre con un mensaje de que iría a cenar. Si se sorprendió, no dijo nada al respecto.

Fue mi padre quien abrió la puerta y me recibió con un corto abrazo. Nuestra relación había mejorado durante los últimos años, sobre todo, desde que asumió que nunca volvería a trabajar en la empresa familiar y que el camino que había escogido, aunque no le gustase, era el que me hacía feliz.

—¿Cómo estás, hijo? Me ha sorprendido que me llamase tu madre para decirme que venías a cenar, pensaba que no pasarías por aquí hasta el mes que viene por lo menos. No es que me queje. —Llegamos a la cocina, abrió la nevera y sacó una cerveza para cada uno.

—Lo he decidido sobre la marcha. Tengo que hablar con mamá y me ha parecido mejor hacerlo en persona. ¿Dónde está?

—Creo que arriba organizando algo, seguro que baja en seguida. Oye, ¿estás bien? —preguntó acercándose y colocando una mano en mi hombro.

—Sí. Bueno, no lo sé. Han pasado muchas cosas últimamente y me está costando asumirlas.

—Es por Valentina, ¿verdad? —me sorprendió que la nombrase y di un trago a mi cerveza para desprenderme de su contacto. ¿Qué sabía él de Valentina?—. Tu madre me habló de ella hace tiempo. Ya sabes, cuando la terapeuta le recomendó que no se encerrase en sí misma.

—No pensé que hablaseis de mí —afirmé, poniéndome a la defensiva.

—Gianmarco, no hemos sido unos padres ejemplares, eso no hace falta que lo diga, pero estamos tratando de ser mejores ahora. Tu madre dijo que esa chica era importante para ti y que ha vuelto a Villa Antea. Supongo que debe de ser duro después de cómo terminaron las cosas entre vosotros. ¿Cómo lo estás llevando?

Justo en ese momento, mi madre entró en la cocina y me dio un beso, interrumpiendo nuestra conversación.

—Me alegro de verte, cariño. ¿Te quedas a dormir?

—Supongo que sí.

—¿De qué hablabais?

No había pretendido enfrentar las cosas nada más llegar, pero se había dado de aquella manera y no pensaba echarme atrás.

—Del regreso de Valentina.

Nos dio la espalda y empezó a sacar vasos y platos limpios del lavavajillas. Me pareció extraño porque siempre habían tenido en casa una persona que se encargaba de la mayoría de las tareas. De hecho, era la primera vez que la veía recoger la cocina.

Miré a mi padre y él parecía tan sorprendido como yo.

—Vaya. ¿La has vuelto a ver?

—Sí, hemos coincidido varias veces. Mamá —la llamé, pero ella se giró solo un momento y siguió guardando platos—, ella insiste en que se marchó de aquí pensando que yo había muerto.

—¿Qué? —Se sorprendió mi padre— ¿Cómo pudo pensar eso?

—Según dice, su hermana llamó a mamá y ella fue quien le dio la noticia cuando Valentina todavía estaba ingresada. Después le dieron el alta y su familia se la llevó a España con ellos.

—Pero, ¿esa chica está bien de la cabeza? Tu madre sería incapaz de hacer algo así.

—Eso mismo me dijo mamá cuando la llamé el otro día.

Mientras hablábamos, mi madre seguía recogiendo como si la cosa no fuese con ella. Un mal presentimiento me golpeó por dentro. Su actitud era extraña y no me había mirado a los ojos desde que habíamos sacado el tema.

—Mamá, ¿no hay ninguna posibilidad de que dijese algo en aquella llamada que se pudiese malinterpretar?

—Pero, ¿qué iba a decir tu madre? —respondió mi padre adelantándose—. Perdona que te lo diga hijo, pero es mejor que te alejes de esa mujer. De todas formas, ¿a qué ha venido ahora después de tantos años?

—Ha vuelto para reconstruir la granja y volver a ponerla en marcha, pero no ha venido sola. —Suspiré antes de soltar la bomba que había guardado hasta ese momento—. Valentina ha venido con nuestros hijos. Acabo de descubrir que soy padre de mellizos.

El sonido de la loza rompiéndose reverberó en mi cabeza durante varios segundos. A mi madre se le había resbalado un plato de las manos y éste había caído al suelo, haciéndose añicos.

—¿Estás bien? —preguntó mi padre mirando a mi madre, que se aferraba con ambas manos a la encimera, todavía dándonos la espalda. Se giró lentamente y sus ojos me confesaron lo que ya sabía.

—¿Hijos?

—Sí, no lo sabíamos por aquel entonces, pero ella estaba embarazada cuando se marchó.

Mamá, si hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, de que dijese algo que Paula pudiese malinterpretar...

Apretó con fuerza el paño que tenía entre las manos mientras su mirada me decía lo que yo ya sabía. La traición siempre es dolorosa, pero duele mucho más cuando llega de alguien que te importa, de alguien que siempre debió estar de tu lado.

—Te juro que cuando llamaste el otro día no lo recordaba. Yo... Bebía mucho aquellos días. —Su mejillas se sonrojaron de la vergüenza y algunas lágrimas cayeron de sus ojos, empapando su cara—. Cuando la abuela y la tía murieron me sentí tan culpable por lo distanciada que estaba de ellas, que me vine abajo. Siempre pensé que ambas estaban muy unidas y que yo no encajaba en aquella relación. Fui yo la que se alejó, la que dejó de coger sus llamadas y evitaba verlas. Fui yo la que las dejó a un lado sin pensar que podría llegar el día en que fuese demasiado tarde para recuperarlas. Después del incendio, bebí más y más. Quería olvidar y la bebida conseguía acallar mi conciencia y me regalaba el silencio que tanto necesitaba—. Aparté la mirada. Estaba tratando de que empatizase con ella, de que la entendiese, pero nunca lo haría, nunca podría perdonarle aquello que estaba a punto de confesar. Mi padre se acercó e intentó reconfortarla pasándole un brazo sobre los hombros—. Te juro que no recordaba esa conversación, la debí enterrar en el fondo de mi memoria. Ni siquiera recordaba haber hablado con esa chica, solo lo olvidé durante todo este tiempo, pero cuando me preguntaste el otro día, estuve pensando y al final me vino a la cabeza. Fui yo, cariño, yo se lo dije.

—¡Marzia! —Mi padre la soltó como si quemase y dio un paso hacia atrás mientras ella se deshacía en lágrimas—. Dime que no es verdad lo que acabas de decir.

—¡Ni siquiera lo recordaba! Tenéis que creerme.

—¿Por qué? —musité, todavía incapaz de asumirlo.

—Sé que no es un buen motivo, ahora que el alcohol no nubla mi mente soy capaz de darme cuenta, pero ella no me gustaba para ti. Te habías ido de Roma, te habías alejado de nosotros y yo... Vi cómo la mirabas. Pensé que terminarías por marcharte a vivir a España con ella y yo no quería perderte, no podía. Perdóname, hijo, por favor —suplicó.

—¿Qué te perdone? —grité— ¿Sabes cómo lo pasé cuando me enteré de que se había ido sin despedirse? ¿Tienes idea de la forma en que me rompió aquello?

—Gianmarco. —Mi padre me advirtió para que bajase el tono, pero no podía controlar la bola de rabia y rencor que se había alojado en la boca de mi estómago.

—¿Acaso sabes cómo la he tratado desde que ha vuelto al pueblo? ¿Con qué desprecio la he mirado y la he acusado de mentirosa? No, no lo sabes, aunque eso no es culpa tuya. Eso lo he hecho yo solito, así de imbécil soy. Pero escúchame bien —exclamé irguiendo la espalda—, si hay algo que no puedo perdonarte es que por tu maldita mentira tengo dos hijos de cuatro años a los que ni siquiera conozco. Dos niños que han crecido pensando que su padre estaba muerto. ¿Cómo coño aparezco ahora en sus vidas? ¿Tienes idea de lo que me has robado, mamá?

—¡Gianmarco! —Me frenó mi padre y casi se lo agradecí porque no me veía con fuerzas para dejar de reprocharle todas las consecuencias de aquella llamada de teléfono que ni siquiera recordaba— ¡Ya basta! Te ha dicho que lo siente. Sé que eso no borra el pasado ni arregla la situación, pero tu madre ha luchado mucho para curarse de su enfermedad y no puedes echarle en cara cosas que dijo estando ebria.

Miré a uno y después al otro. No quería empeorar la situación ni seguir diciendo cosas de las que después podría arrepentirme, ese error ya lo había cometido con Valentina.

—Es mejor que me vaya. Ya hablaremos.

Escuché los sollozos de mi madre y a mi padre suplicar que me quedase, pero no me di la

vuelta. No podía.

Cuando subí al coche, me di cuenta de que yo también estaba llorando. La había cagado tanto con Valentina que ni siquiera me atrevía a llamarla para pedirle perdón. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo conseguiría que me escuchase después de lo difícil que yo le había puesto las cosas?

**Gianmarco**

Llevaba parado frente a su puerta unos minutos, tratando de controlar el batiburrillo de sentimientos que me habían golpeado justo cuando me disponía a llamar al timbre.

Los recuerdos vinieron solos. Casi podía sentir el olor a quemado en el ambiente y escuchar el sonido de las sirenas mezclado con el crepitar del fuego arrasando con todo. Temía cerrar los ojos y encontrarme de nuevo en medio de aquella pesadilla que me había perseguido una y otra vez durante los últimos años. Sin embargo, si me esforzaba, también podía sentir el calor de aquel hogar, el olor de la tarta de almendras de Francesca, el tararear de mi tía Emilia cuando cocinaba y los abrazos en los que siempre me envolvió mi abuela.

También había sido justo allí, bajo el marco de la puerta que tenía enfrente, donde había conocido a mi hijo, a Piero.

Respiré hondo, estaba demasiado nervioso y no era el estado de ánimo idóneo para la conversación que me esperaba. Notaba las palmas de las manos húmedas y el corazón latiendo con fuerza bajo mi pecho.

Valentina estaba seria cuando abrió la puerta, casi como si le molestase verme allí. Vestía un pantalón ancho y algo sucio, una camiseta de manga corta y unas botas de montaña. Llevaba el pelo recogido en un moño deshecho y en su frente se distinguían perlas de sudor.

—Llegas pronto.

—Puedo volver más tarde si quieres —respondí tras mirar el reloj y darme cuenta de que había llegado casi veinte minutos antes de la hora acordada.

—Es igual, pasa. Subo a darme una ducha rápida, vuelvo en seguida.

No me dio tiempo a decir nada más cuando ya se había marchado, dejándome solo en el salón. Era la misma estancia que recordaba de siempre, pero a la vez era otra totalmente diferente. El toque de Valentina estaba presente en todas partes. Los colores tierra mezclados con otros más claros; las mantas, cortinas y alfombras en tonos cálidos... Todo me recordaba a ella.

Me acerqué a una estantería y cogí una de las fotos repartidas por doquier. En ella aparecía Valentina con el pelo alborotado y una sonrisa que no había vuelto a ver desde hacía demasiado tiempo. A un lado se veía a Piero y al otro, una niña casi tan rubia como él, con los ojos de color avellana y una sonrisa igualita a la de Valentina. Sentí un escalofrío al ser consciente de que en aquella fotografía que tenía entre las manos se encontraba mi familia.

Mi familia.

—Siento haberte hecho esperar. —Cerré los ojos un momento, intentando calmar las emociones que estaban a punto de desbordarme y dejé la fotografía en su lugar. Ella se retorció

los dedos y casi sonreí al observar ese gesto tan suyo y que no había visto en años— ¿Quieres algo de beber?

—No.

Su amago de sonrisa desapareció y yo maldecí por lo bajo por haber sonado tan cortante.

—Ven conmigo entonces.

La seguí en silencio, aprovechando los segundos que tardamos en llegar arriba para calmarme e intentar dejar de estropear las cosas. Nos paramos delante de una puerta entreabierta y cuando la cruzamos, tardé unos segundos en darme cuenta de que estábamos en la habitación de nuestros hijos, aquella en la que jugaban, dormían, se entretenían pintando o con cualquier otra cosa. Ni siquiera sabía qué les gustaba.

La cama de la derecha tenía una cubierta de un hombre vestido con un disfraz de gato negro y una estantería llena de libros. Sonreí al ver que había títulos en castellano y también en italiano. Trataba de retener cada detalle que pudiera servirme para conocerlos un poco mejor, para intentar llegar a ellos cuando los conociese por primera vez. Sobre la cama, descansaban varios muñecos de la película *Toy Story* y también un par de monstruos feos y peludos. Me acerqué y pasé las cuentas de un ábaco de un lado al otro, recordando lo mucho que me gustaba ese juego cuando era pequeño.

—A Piero le encantan los números y se pasa el rato contando cualquier cosa, los macarrones de su plato, las búfalas que ya han sido ordeñadas... Sabe de memoria cuantos coches tiene, cuantos cuentos y cuantos muñecos.

Me di la vuelta, siguiendo la voz de Valentina a mi espalda, pero me detuve a mitad de camino cuando mi mirada se posó sobre otra cama. Ésta tenía una cubierta roja con lunares negros y, al igual que la anterior, estaba cubierta de peluches.

Valentina comenzó a hablar de forma pausada, sin mirarme a los ojos, como si tuviese miedo a romper el momento.

—Fiorella nació treinta y siete minutos antes de que lo hiciera Piero. Fue un parto natural. Marta estaba conmigo, apretando mi mano y apartándome el pelo de la frente mientras me daba ánimos. Recuerdo que las dos sonreíamos mientras yo empujaba y sudaba a mares. La epidural hace milagros. —Fui incapaz de responder a su sonrisa porque solo podía pensar lo mucho que me hubiese gustado estar en el lugar de Marta cuando mi hija vio el mundo por primera vez—. Me pusieron a Valentina en el pecho para que notara mi calor corporal y fue uno de los momentos más felices que recuerdo. Era tan pequeñita. Poco después, empecé a escuchar los murmullos del médico y las enfermeras cada vez más alterados. Los miré sin entender y después a Marta, buscando una respuesta. Le pidieron que saliera del paritorio a la vez que me quitaron a mi niña de los brazos. Marta dice que empecé a gritar para que me la devolvieran, pero yo solo recuerdo el ruido de las máquinas pitando, las batas azules corriendo de un lado a otro y la mirada de preocupación de mi hermana antes de salir de aquella habitación. Me explicaron que había prolapso en el cordón y que debían realizar una cesárea de urgencia.

—Perdona, ¿un qué?

—El cordón no estaba donde se suponía que debía de estar y Piero lo presionaba con su cuerpo, lo cual era peligroso para él. Nunca en mi vida había pasado tanto miedo.

—Mierda, Val. Lo siento, no puedo imaginar lo que tuviste que pasar.

—No es culpa tuya, nada hubiese cambiado aunque estuvieses allí.

Sus palabras se clavaron directas en mi estómago. Después de haber pasado por aquello, de haber criado y protegido ella sola a nuestros hijos durante cuatro años, ya no me necesitaba. Había aprendido a ser madre y padre sin mí.

—Lo entiendo.

—Lo que quiero decir es que el resultado hubiese sido el mismo. Me practicaron una cesárea y Piero nació poco después. Pasó seis días en incubadora, seis días en los que morí por no poderlo coger en brazos, pero ahora es un hombrecito fuerte y decidido.

—Igual que su madre —se me escapó.

La mujer que tenía delante no se parecía a la chica dulce e indecisa que conocí años atrás, la mujer que tenía delante era más fuerte, más decidida y estaba dispuesta a llegar donde hiciese falta para defender a los suyos. En ese instante me di cuenta de algo importante, moría por ser una de esas personas que formaba parte de su círculo de protección.

—¿Quieres ver fotos?

—Por su puesto. ¿Puedo preguntarte donde están ahora?

—Marta vino ayer con mi padre, Ricardo y mis sobrinas. Solo van a estar unos días y han aprovechado para hacer una excursión.

Se acercó a una estantería, cogió un par de álbumes de fotos y se sentó en la cama de Fiorella.

—¿Puedo? —pregunté señalando el hueco a su lado y ella solo asintió sin mirarme.

Abrió uno de los álbumes y en la primera página apareció un bebé delgadito y rojo como un tomate. Llevaba puesto un gorrito de color verde pastel y estaba tapado con una sábana de hospital hasta la cintura.

—Esta es la primera foto que le hice, ya en la habitación. Lloró como una loca al nacer, demostrando que tenía unos pulmones fuertes y unas ganas enormes de descubrir el mundo. Pesó dos quilos setecientos gramos y nada más verla, me di cuenta de que se parecía a ti.

La sonrisa de Valentina iluminó toda la habitación y no pude evitar rozar sus dedos con los míos cuando acaricié la primera fotografía de mi hija. Ella retiró su mano de inmediato, como si el leve roce de mi piel le hubiese resultado insoportable. Y dolió, pero no podía reprocharle nada.

Cuando pasó la página, me encontré con la misma imagen de la tristeza y el desamparo. Supuse que aquella era la primera foto de Piero. Aparecía encerrado dentro de una incubadora, conectado a varios cables y máquinas. Sentí como si una mano me estuviera estrujando el corazón.

Me costó apartar la mirada de aquella imagen que ya no podría olvidar nunca, pero cuando lo conseguí y miré a Valentina, vi una lágrima silenciosa caer por su mejilla mientras ella andaba perdida en los recuerdos de aquellos días que debieron ser durísimos. Nos quedamos en silencio, ella necesitaba tiempo para recuperarse y yo para asimilar lo que acababa de escuchar.

Su teléfono sonó de forma estridente, despertándonos del letargo en el que nos encontrábamos. La cara de Valentina pasó de la tristeza a la preocupación en cuestión de segundos.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando colgó.

—Era el hermano de Lía. Ella y Fabrizio estaban en una revisión del bebé y algo no estaba bien. No ha sabido decirme qué era, pero me ha pedido que vaya.

—Vamos, voy contigo.

Salimos de la granja corriendo y llegamos al hospital sin apenas darnos cuenta. En la sala de espera nos encontramos con el hermano de Lía, sus padres y la madre de Fabrizio. Nos contaron que le estaban practicando una cesárea porque el bebé venía con dos vueltas de cordón. Todos estaban preocupados y nerviosos hasta el punto de que podía sentir el miedo de cada uno de ellos.

Me aparté a un lado, pensando en todo lo que tuvo que pasar Valentina años atrás mientras yo seguía con mi vida, ajeno a todo. La había acusado desde el primer día, negándome siquiera a

escucharla, dándole con mi desprecio en las narices una y otra vez mientras ella intentaba contarme cómo fueron las cosas en realidad, cómo mi madre le había hecho creer que yo había muerto. Había sido un imbécil, un idiota egoísta incapaz de ver más allá de mi propio ombligo. ¿Y qué había hecho ella después de todo eso? Abrirme las puertas de su casa y ofrecerse a compartir conmigo momentos y recuerdos que le pertenecían tan solo a ella. Puede que parte de la culpa fuese de mi madre, pero no me había hecho falta nadie para comportarme como un imbécil y estropearlo todo con Valentina desde que había regresado.

Un rato después, el médico apareció en la sala y confirmó que todo había ido bien y que tanto el bebé como su madre estaban fuera de peligro. El suspiro de alivio fue general y los abrazos comenzaron a repartirse en todas direcciones.

Fabrizio fue directo a la habitación de Lía y el resto nos quedamos fuera durante un rato para darle a la madre tiempo de recuperarse.

—¿Vamos? —preguntó Valentina levantándose de su asiento, con las ganas de conocer al bebé marcadas en cada expresión de su rostro.

—Adelántate tú, yo iré en seguida.

Tardé casi quince minutos en serenarme y dirigirme a la habitación. Cuando me asomé por la puerta entreabierta, pude ver a Valentina con el bebé en brazos. Era una imagen perfecta. Su cara inclinada sobre la del niño, su pelo negro cayendo en cascada a un lado, su sonrisa más bonita y unos ojos llenos de ternura, de amor, de palabras dulces. ¿Cómo había estado tan ciego?

Antes de que me descubriesen, di un paso atrás y salí de allí sin decir adiós. No me sentí con fuerzas de entrar en aquella habitación y verla sostener a un bebé cuando nunca la había visto sostener a los nuestros. No me sentí con fuerzas para mirarle a la cara y pedirle el perdón que no merecía.

**Gianmarco**

Llegué a casa exhausto emocionalmente. Me di una ducha más larga de lo habitual y cuando estaba preparándome un café, sonó el timbre.

No reconocí al hombre que había en mi puerta. Lo observé detenidamente mientras él hacía lo mismo conmigo, como si estuviese analizándome. Algo en su expresión me resultaba familiar y sin embargo, estaba seguro de no haberlo visto nunca antes.

—Siento presentarme de esta manera, pero no tenía tu teléfono y he creído que ya era hora de conocer al padre de mis nietos —afirmó con tranquilidad mientras yo tragaba el nudo que ocupaba toda mi garganta.

—Por favor, pase.

—No me llames de usted, no soy tan viejo.

Lo llevé al comedor y señalé el sofá de tres plazas para que se sentase.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Café, zumo, una cerveza?

—No. Mi hija no sabe que he venido, así que solo puedo quedarme un momento. —Asentí en silencio y me senté en el otro sillón para quedar frente a él. Nos separaba un antiguo baúl que hacía las veces de mesita de centro—. He venido a meterme donde no me llaman, pero prometo ser breve. Entiendo que las cosas para ti no han sido fáciles últimamente, descubrir de golpe que tienes una familia tiene que ser algo bastante difícil de digerir.

—Lo es. Todavía lo estoy asumiendo.

—Mira, mi hija ya ha pasado por mucho y me gustaría saber que ha cubierto el cupo de desgracias. —Me tensé pensando que iba a pedirme que me alejase de ella y que me reprocharía la forma en la que la había tratado—. Es fuerte y ha trabajado mucho para superar los obstáculos que le ha puesto la vida, pero se merece ser feliz de una vez por todas.

—Estoy de acuerdo contigo. Sé que no me he portado bien con Valentina y no se lo merecía. En realidad, no se merecía nada de lo que ha pasado.

—Verás, no estaba muy seguro de lo que iba a decirte una vez estuviese aquí. Quería tenerte delante y mirarte a los ojos antes de decidir, pero de repente, lo tengo claro. Quédate con ella si la amas como creo que lo haces, si estás dispuesto a darlo todo y a quererla como se merece, pero si no es así, si estoy equivocado y tienes dudas, si sigues pensando que ella fue capaz de marcharse sin mirar atrás sin una razón de peso, entonces, déjala ir porque mi hija no se merece a alguien que la quiera a medias.

—Lo sé, Román. Ella no merece nada de lo que ha pasado.

—No es a mí a quien tienes que dar explicaciones. Yo solo he venido a conocerte y a traerte

algo.

Abrió la bolsa de tela que llevaba en las manos, sacó de ella una caja metálica y la colocó con cuidado sobre el baúl que había entre nosotros. Esa caja me recordó demasiado a aquella otra que Valentina guardaba con las cartas que un día su abuelo le envió a la mía. La observé desde mi sitio, pero no la toqué ni me acerqué a ella, como si al hacerlo fuese a dar un paso importante hacia una dirección desconocida.

—¿Qué es?

—Tendrás que descubrirlo tú mismo—. Lo miré, buscando más respuestas que no llegaron. Unos segundos después, se levantó y me tendió la mano.

—Espero volver a verte pronto.

—Yo también. Gracias por venir, Valentina siempre habla con orgullo de ti y empiezo a entenderla —afirmé mirando de reojo el regalo que me había traído.

Cuando se marchó, me hice el café que había dejado a medio preparar antes de la inesperada visita de Román y volví a sentarme en el sofá. La caja yacía en el mismo lugar donde él la había dejado. Era algo más pequeña que aquella que recordaba de mi abuela, aquella que debió quemarse junto a todo lo demás. La observé mientras terminaba el café y después la abrí con cuidado, como si pudiese desintegrarse entre mis manos.

No me extrañó encontrar dentro un montón de cartas atadas con una fina cuerda. Lo que me extrañó fue descubrir en ellas la letra redondeada de Valentina. Cogí la primera. Era solo un párrafo y la fecha que aparecía en el encabezado era de hacía casi cuatro años.

Hola Gian,

Te echo de menos. Dios, cuánto te echo de menos.

Mis hermanas no paran de repetir que tengo que quitarme el pijama, reponerme, empezar de cero y no sé cuántas cosas más. Si te digo la verdad, no escucho la mitad de lo que dicen, solo intento hacerles creer que no estoy tan mal como me siento para que me dejen sola. Sé que sueno egoísta y, por suerte, nadie leerá nunca esta carta, pero no tengo ganas de empezar de cero, no tengo ganas de escuchar consejos, no tengo ganas de salir al mundo y descubrir que tampoco estás tras la puerta de mi casa.

Solo quiero que vuelvas y que traigas contigo a tu abuela y a la tía Emilia.

Tu Valentina

(Sí, he decidido firmar de la misma forma que lo hacía el nonno, porque a pesar de que no estés aquí, sigo sintiéndome tuya y sintiéndote mío)

Sus palabras me rompieron el alma y sentí su dolor como si fuese el mío propio. Seguí leyendo para descubrir que durante varias semanas estuvo escribiendo casi cada día. A veces eran solo frases sueltas, otras, páginas enteras. Hubo algunas que me conmovieron especialmente, que me hicieron llorar y enfadarme conmigo mismo hasta preguntarme lo que ya me había preguntado ella, ¿por qué no la busqué con más ímpetu? ¿por qué tiré la toalla y creí que sería capaz de abandonarme? Ni siquiera yo era capaz de responderme.

Hola Gian,

No puedo creer que no estés aquí ahora mismo. Deberías estarlo, no es justo que tenga que pasar por esto sola. No es justo que me dejes después de haber metido a dos personas en mi cuerpo. ¿De verdad hay dos niños dentro de mí? ¿De verdad voy a ser madre sin ti?

No puedo, Gian, no puedo hacerlo sola. Lo siento, pero ni siquiera soy capaz de cuidar de mí misma. He perdido casi siete kilos desde que volví a Valencia y todavía no me he preocupado de buscar un trabajo o revisar cuánto dinero tengo en la cuenta del banco. Me da todo igual.

Solo he tenido ganas de meter la cabeza debajo de las sábanas y dormir durante toda la eternidad. ¿Lo ves? No puedo ser madre. No lo conseguiré, no sin ti. Así que vuelve aquí y da la cara.

Tu Valentina

Hola Gian,

¡Los he visto y hasta he podido escuchar el latido de sus corazoncitos! Sonaban tan rápido y tan fuerte.

Siento haber sido débil la última vez que te escribí, he estado a punto de romper esa carta, pero después pensé en conservarla para leerla en el futuro y darme fuerzas porque, si algo he aprendido durante estos últimos meses, es que la vida puede cambiar por completo en apenas un segundo. Un día sonrías y al siguiente lloras. Estamos hechos de debilidades, pero también de fortalezas y estos dos pequeños que crecen dentro de mi vientre serán las mías. Solo he tenido que verlos en esa pantalla para estar segura de que voy a luchar por ellos hasta que no me quede aliento, de que los cuidaré siempre y los protegeré lo mejor que pueda. Sé que va a ser difícil, el mayor reto de mi vida y que te echaré en falta cada vez que los mire a los ojos, pero seré fuerte y tendré el apoyo de mis amigos y de mi familia. Me equivoqué mucho al decirte que estaba sola.

Si tan solo hubieses podido quedarte hasta conocerlos... Me encantaría mirar la ecografía contigo a mi lado y que me ayudases a entenderla, porque si te soy sincera, he fingido ante la ginecóloga cuando me ha preguntado si veía el bracito de nuestra niña. ¡Ay, que no te lo he dicho! Tendremos un niño y una niña, unas mezclas perfectas de nosotros.

Gracias por tu último regalo antes de dejarme, un regalo que nunca nadie podrá igualar.

Te quiero.

Tu Valentina

En aquel momento, las lágrimas me emborronaban la vista, pero seguí leyendo, leí durante horas hasta que no quedó ni una sola carta en la caja. Horas en las que llegué a escuchar su voz en mi cabeza mientras me describía cómo se sentía. Me contó cada visita del médico durante el embarazo, la preocupación antes del parto, su miedo a no ser una buena madre. Me escribió sobre cada momento importante que tuviese que ver con ella o con nuestros hijos y, de alguna manera, me sentí partícipe.

La última carta era la más larga y era una despedida. Podía sentir en cada letra lo difícil que había sido para ella decirme adiós. *“Pablo ha encontrado por error la caja y se ha sentido traicionado. Dice que está cansado de ser el único que lucha por nosotros, que siempre estarás en medio, que no he pasado página porque no he querido hacerlo. Me ha pedido que deje de escribirte y que destruya todas las cartas. ¿Cómo puedo negarme cuando en parte sé que tiene razón? No te he olvidado y no creo que pueda hacerlo nunca. Sí, duele menos que al principio, pero sigo creyendo que mi destino estaba junto a ti y que en otra vida somos la preciosa familia con la que no nos dio tiempo a soñar”.*

Traté de sentir empatía por ese hombre, pero los celos pudieron más y solo pude seguir odiándolo. Lo odiaba por haber sido siempre un punto de apoyo para Valentina, lo odiaba por los años que llevaba en su vida, por haber recibido el amor que debía recibir yo. Lo odiaba por haber cuidado de mis hijos mientras yo estaba a miles de kilómetros de distancia sin saber si quiera que existían y, sobre todo, lo odiaba porque él nunca se había rendido, porque había luchado por ella, porque había permanecido a su lado mientras yo me rendía. Porque la merecía más que yo.

**Valentina**

—¿Qué haces aquí? —pregunté cortante al encontrarme a Gian en la puerta de mi despacho. Llevaba un rato enfrascada entre papeles y no había escuchado el timbre.

—Francesca me ha abierto. Pensé que Piero y Fiorella estarían en la guardería a estas horas y ella me lo ha confirmado.

—No te he preguntado cómo has entrado, si no a qué has venido.

—Quería hablar contigo.

Se le veía un poco nervioso, pero eso no bastó para reducir mi cabreo.

—Desapareciste del hospital sin decir ni un triste adiós y de eso hace ya tres días. Te llamé cuando pasó un rato y no llegabas a la habitación ¡Te envié dos mensajes!

—Lo sé.

—Ah, ¿lo sabes? ¿Nada de se me rompió el teléfono y no pude avisarte para que no te preocupases?

—No, nada de excusas. No te respondí por el mismo motivo por el que me fui del hospital, la situación me sobrepasó. Antes de ir a tu casa hablé con mi madre, fui a verla dispuesto a exigir la verdad.

—¿Y?

—Confirmó lo que ya sabía.

—Gian, no puedes entrar y salir de mi vida cuando te apetezca —le corté cansada. No quería escucharle, no quería volver a hacerme ilusiones para que luego pudiese destrozarlas cuando le viniese en gana.

—Lo siento. Siento todo lo que te he hecho pasar.

—Durante estos dos meses me has tratado como nadie lo había hecho nunca. Te negaste a escucharme una y otra vez y me echaste en cara cosas que yo nunca podría haber hecho. Al principio lo soportaba porque era capaz de ponerme en tu lugar, pero te pasaste de la raya más de una vez. Tuve que aguantarme para no mandarte a la mierda porque tenías que saber que Piero y Fiorella existían.

—¿Lo hiciste solo por ellos?

Me levanté y rodeé el escritorio para quedarme frente a él.

—Mira, no sé de qué vas, pero ya no soy esa chica perdida que llegó al pueblo buscando algo más de la vida; no soy aquella que tenía miedo a vivir intensamente, a ser feliz, por si al dejar de serlo dolía demasiado. No soy la chica que recuerdas.

—¿Y crees que queda algo de ella?

—Supongo que sí, pero no intentes buscarla en mí porque esa imagen no es la que ves ahora. Soy otra. Soy la mujer que lloró día tras día durante semanas porque un incendio le había arrebatado las ganas de vivir; la que dejó que el tiempo pasara ante sus narices, incapaz de seguir adelante; la que se creyó rota y pensó que nada volvería a importarle. Pero, ¿sabes qué soy también? Soy la fuerza que me hizo reconstruirme; las agallas que me han hecho volver aquí, al que siento que es mi lugar en el mundo, a pesar del dolor que aprieta mi pecho cada vez que cruzo la puerta de entrada; soy las lágrimas que me han mojado de arriba abajo y me ha costado secar, pero sobre todo, soy madre. Soy las noches sin dormir porque había leído algo en Internet sobre la muerte súbita en bebés; soy la histérica que fue cinco veces a urgencias durante el último mes de embarazo; soy la que ha convertido su bolso en un botiquín de primeros auxilios y la que se ha equivocado miles de veces y lo seguirá haciendo. Soy la que pierde la paciencia con ellos cuando ha tenido un mal día y después los colma de besos y abrazos donde esconde el sentimiento de culpa; soy la que todavía se acuesta algunas noches pensando en cómo habría sido todo si... —Cerré los ojos, incapaz de continuar, pero él lo hizo por mí.

—Si yo no hubiese muerto en aquel incendio.

—Exacto.

—Valentina, pensé en ti cada minuto de cada hora, de cada interminable día. Déjame demostrarte que soy mejor de lo que fui en el pasado.

—No te he pedido nada —musité.

—Lo sé, pero necesito hacerlo. Sé que he sido un absoluto egoísta. Me quedé devastado cuando te marchaste, pero no sé cómo lo habría superado si hubiese pensado que tú también habías muerto en aquel incendio.

—Gian.

—Tienes razón, no eres la misma mujer que conocí y yo tampoco soy el mismo hombre. Sé que te he hecho daño, que te he decepcionado y tienes derecho a estar enfadada conmigo, pero si me dejas, si me das la oportunidad, quiero demostrarte que no soy aquel cobarde que se conformó con intentar odiarte porque pensó que dolería menos que quererte. Quiero demostrarte que puedo ser digno de ti, de vosotros.

—No tienes que demostrar nada—. Ya me había ganado.

—Sí, tengo que hacerlo. Quiero formar parte de vuestras vidas y no quiero que pienses que me rendiré a la primera de cambio. Sé que crees que no te busqué lo suficiente cuando desapareciste, que podría haber hecho más.

Había dicho *vuestras* vidas y no *sus* vidas, incluyéndome en la ecuación. La ilusión había comenzado a crecer como una pequeña llama y amenazaba con expandirse y prenderlo todo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Todo lo que seas capaz de darme —afirmó con una vehemencia que me dejó sin palabras. Se acercó y apartó a un lado el pelo de mi frente, dejando después su mano apoyada en mi mejilla—. No quiero asustarte ni arruinar el momento —susurró muy cerca—, pero si no quieres que te bese ahora tendrás que ser tú quien dé un paso atrás.

No me dio más de un par de segundos para pensarlo antes de unir su boca a la mía. Sus labios estaban calientes y tiernos. Mis manos se alzaron hasta aferrarse a su cuello y nos besamos con una ternura que logró detener el tiempo.

—Nunca he dejado de quererte, Valentina, ni un solo día desde que nos separamos. He intentado ocultar mis sentimientos tras otros más feos, pero no ha servido de nada. Sé que tengo que ganarme un sitio en tu vida, solo te pido que me dejes intentarlo.

—Yo también quise dejar de amarte —afirmé con una sonrisa mojada en lágrimas.

—¿Eso significa que todavía me amas?

—Significa que quiero un hueco en tu pecho y también en tu vida. Quiero que Fiorella grite también tu nombre cuando se despierta en mitad de una pesadilla y que seas tu quien les enseñe a montar en bici; quiero escaparme contigo y sentarme a tu lado en nuestra playa mientras observamos el mar; quiero oler a barniz todo el día por el abrazo que me has dado antes de salir de casa por la mañana y que soples las velas junto a nuestros hijos en su próximo cumpleaños. ¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

Observé la manera en la que su nuez de Adán se movía arriba y abajo mientras sus manos se posaban a ambos lados de mi cabeza. Me sentía más vulnerable que nunca.

—Quiero aprender a tu lado y equivocarme contigo. No puedo recuperar el tiempo perdido, pero me encantaría que pudiésemos vivir nuestra propia familia, sin expectativas, sin tiempos, sin peros. Ya no hay excusas para nosotros Valentina, no hay excusas para no hacerlo bien a partir de ahora, para no demostrarnos todo el amor que hemos estado guardando, para no adorarte cada minuto del día. Cómo siempre decía mi abuela, *La vita è adesso* y yo quiero compartir la mía contigo. Te amo.

EPÍLOGO



Unas semanas después

Nubes blancas con forma de algodón de azúcar inundan un cielo tan azul como el de sus ojos, como el de los ojos de su abuela y como el de los ojos de mi niño. Tres generaciones capaces de enamorar al mundo con solo una mirada.

Siento la arena pegada a la piel de mis muslos, pero no me molesta. Adoro la playa, adoro el mar y, sobre todo, adoro este lugar. Es la primera vez que venimos desde que nuestras vidas tomaron rumbos distintos. Él tampoco fue capaz de volver sin mí y eso hace que este momento sea todavía más especial. No es el sol calentando mi cuerpo, no es el murmullo del agua al romper contra las paredes rocosas, no es la preciosa estampa de las casitas de pescadores en tonos pastel, no es nada de eso, si no su presencia a mi lado en medio de esta bonita postal lo que hace que el momento sea mágico.

—Te estás durmiendo —susurra en mi oído y todavía tardo unos segundos en abrir los ojos.

—No es verdad. Solo quería absorberlo todo.

—Pues yo te necesito despierta para darte las gracias.

Me incorporo y nos sentamos uno frente al otro, con las piernas entrelazadas.

—¿Y por qué quieres darme las gracias?

—Por ser tan increíble, ¿te parece poco? —Me lanza una sonrisa canalla y tengo que contenerme para no robársela de un bocado—. Por conseguir que me acepten, por hacer fácil lo que me daba tanto miedo intentar.

Han pasado ya varias semanas desde aquel día que me senté junto a Piero y Fiorella y les expliqué que tenían un papá que estaba deseando conocerlos y jugar con ellos. Ambos lo tomaron bien. En realidad, no creo que llegasen a entender del todo lo que les estaba contando, pero me vieron sonreír y compartieron mi alegría. A veces pienso que el mundo sería mucho más feliz si fuésemos capaces de conservar esa sensibilidad especial que demostramos siendo niños. Ellos ríen más fuerte si lo hago con ellos y me dan más cariño si me ven triste. Son capaces de notar si he tenido un mal día o incluso si estoy cansada cuando les leo el cuento antes de acostarlos.

Desde que les dije que tenían un papá, hemos ido introduciendo a Gianmarco en nuestras vidas: una tarde de juegos en el parque, una visita a casa en la que tomamos chocolate con bizcocho, un día de juegos en el jardín.

Me acerco a él y lo beso de la misma forma suave que lo hicimos anoche. Sin prisa, disfrutando de cada roce, de la forma en la que se me eriza el vello de la nuca y mis dedos juegan a esconderse entre los mechones de su pelo. Disfruto del sabor salado de su piel y del aroma a barniz que desprende su cuello; disfruto del cariño que pone en este beso, de su entrega, de su aliento rozando mi piel y creando un halo de deseo en mis entrañas. Disfruto del calorcito que los rayos de sol dejan en mis tobillos. De él. De nosotros.

Nos tumbamos sobre el pañuelo, aunque éste queda medio arrugado y acabamos con arena por todas partes. Suelto una carcajada cuando levanta una mano para acariciarme y un montón de granos caen sobre mi cara.

—¡Ni se te ocurra! —Serpenteo como una culebra bajo su cuerpo cuando veo que tiene intención de hacerme cosquillas. Él me bloquea, dejándome atrapada entre sus brazos, el suelo y su mirada. De pronto, ésta se ha vuelto intensa, fiera, devoradora y sé que ya no tiene intención de hacerme reír.

—Quiero besarte todo el cuerpo y enterrarme en ti hasta que suspires de puro placer.

—Suenas bien —afirmo mientras lo beso con intensidad. Después lamo su cuello y le doy pequeños mordisquitos mientras él clava su erección en mi muslo a través de la ropa.

—Necesito entrar en ti y no salir nunca.

Lo atraigo hacia mí de la nuca para profundizar nuestro beso y soy consciente de que nos hemos metido en una calle sin salida.

—Será mejor que nos vayamos de aquí si no queremos montar un espectáculo.

—Mierda. Odio que tengas razón.

El camino en la Vespa no consigue apaciguar mi estado. Estoy excitada; el viento estira mi pelo hacia atrás como si la pequeña playa prohibida de Furore quisiese retenernos un poco más con ella; el olor a salitre; su cuerpo entre mis brazos... Quiero llegar cuanto antes a nuestro destino, pero también quiero que este viaje dure para siempre. ¿Es eso posible?

Bajamos de la moto cogidos de la mano como dos adolescentes, entre besos cortos y risas nerviosas. Cuando entramos en la granja, soltamos en el suelo las bolsas que llevamos, sin dejar de mirarnos y sin preocuparnos de otra cosa que no sea el otro.

—Te deseo tanto que voy a explotar —le digo con una sonrisa pícaras.

—Pues yo te necesito como el aire que respiro.

No ha terminado de pronunciar la última sílaba cuando ya me tiene encima. Subimos las escaleras a trompicones y entre risas y jadeos llegamos a mi habitación.

Lo desnudo, me desnuda y durante varios segundos, nos quedamos de pie observándonos.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta mirando el reloj que hay colgado sobre mi cómoda.

—Una hora y media antes de que Alfonso llegue con ellos.

—Tendremos que aprovechar cada segundo. Pienso dejarte mi olor por todo el cuerpo.

Sonríe y su mirada me acaricia antes de que lo hagan sus manos, su boca, su lengua.

El sexo con mi profesor del demonio siempre es intenso, tan intenso como lo es él.

Un rato después, todavía tumbada en la cama, escuchando el latido de su corazón a través de su pecho, siento la misma masa densa y pegajosa que llevo días ignorando, esa masa que se va expandiendo poco a poco y me molesta.

—Tengo miedo —confieso en un susurro.

—¿De qué?

—Es una tontería.

—No lo es —afirma frotando mis brazos y buscando mi mirada— ¿A qué le temes?

—A que todo esto no sea real, a despertarme un día y darme cuenta de que estas últimas

semanas no han sido más que un sueño. A que sigas muerto o a que vuelvas a morir.

—Por Dios, Valentina.

—Lo sé, es una locura, pero no puedo evitarlo. —Me incorporo y me quedo de rodillas frente a él—. Desapareciste de la vida, de *mi* vida. No me dio tiempo a hacerme a la idea, no me dio tiempo a asumir lo que significabas para mí ni a pensar si sería capaz de reponerme a tu pérdida. Solo fuiste arrancado de mi lado como si nunca te hubiese tenido. Yo no... no podría soportarlo otra vez.

—Valentina, mírame. —Mis ojos permanecen clavados en la ventana que hay a mi derecha. No puedo mirarle porque me avergüenza estar siendo tan irracional. Sé que esto puede parecer una rabieta de niña pequeña, pero no consigo despegar este regusto amargo que aprieta mi corazón cada vez con más fuerza—. No voy a irme a ningún sitio, ¿me oyes? No puedo prometerte la vida eterna, pero estoy aquí, contigo. ¿Por qué no lo ves de la misma forma que yo? Nos han dado una segunda oportunidad para hacerlo mejor, para disfrutarnos, para vivirnos. No quiero perder ni un solo segundo más pensando en el pasado, en lo que me he perdido, en lo que podríamos haber hecho juntos durante estos cuatro años. Lo que quiero es crear nuevos recuerdos, despertarte a besos, hacer el viaje por Italia que tenemos pendiente, dormirme inhalando en tu pelo ese olor que casi había olvidado y del que ahora puedo disfrutar en cualquier momento. ¿Lo has oído? En cualquier momento. Es increíble poder estirar una mano y sujetar la tuya, tener la oportunidad de besar tus lágrimas hasta borrarlas —afirma mientras hace eso mismo, besar los lugares que permanecen húmedos por mi absurdo llanto—. Le debo mucho a la vida por devolvarte a mí, por hacer que tus sueños aniden aquí, en Villa Antea, y haberte dado la fuerza suficiente para que decidieras venir a buscarlos. Le debo también dos hijos a los que todavía estoy conociendo, pero a los que pienso mimar, cuidar y proteger hasta el fin de mis días. ¿Tengo miedo? Claro que lo tengo, pero ese sentimiento significa que estoy vivo y, mientras quede aire en mis pulmones seré feliz de tenerte, de teneros a mi lado.

—Haces que todo parezca fácil.

—Porque quererte lo es y porque sé que tú eres mi lugar en el mundo

F I N



AGRADECIMIENTOS

A ti, por haber elegido leer esta historia y perderte en ella hasta el final.

A Moni y Bego, que leísteis cada capítulo antes que nadie, gracias por esperar con paciencia cada envío, por revisar minuciosamente, por aconsejarme con cariño y darme un toque de atención cuando empiezo a volverme loca.

A ti, mi pequeño, la persona que me aguanta y me cuida cada día. Gracias por ayudarme a rascarle tiempo a la semana para dedicarlo a mi sueño, gracias por arroparme, por traermé café y avisarme que llevo demasiado tiempo de cara a la pantalla.

A mis chiquitines, gracias por ayudar a mami, por vuestras ideas, por vuestros besos sorpresa, por los abrazos calentitos y por contar con orgullo a vuestros amigos que mamá escribe libros.

A todas las gallinitas que forman parte del Club de Lecturas Grupales, gracias por los consejos y el apoyo, porque con vosotras aprendo algo nuevo cada día. Y en especial, gracias, Lidia y Galya, por hacerlo posible, por el trabajo y la ilusión.

A mi madre, por confiar siempre en mí y decirme que puedo con todo.

A mi hermana, mi muleta, mi roca, mi guía. (No puedo escribir nada más sin ponerme a llorar). ¿Para cuándo un invento que me permita superar los mil ochocientos kilómetros que nos separan en unos segundos?

Y por último, me encantaría conocer tu opinión sobre la historia de Valentina y Gianmarco. Para ello, puedes dejarme una reseña en Amazon y contactar conmigo en cualquiera de mis redes sociales. ¡Mil gracias!



@alarconarantxa



Exportadora de Historias

NOTAS DE LA AUTORA

**Nonno*: Abuelo

**Mamma mia, bambina*: Madre mía, niña.

**Piccola teppistella*: Pequeña gamberra.

**Bambino coraggioso*: Niño valiente.

**Arancini*: Comida italiana que consiste en unas bolas de arroz rellenas con otros ingredientes y rebozadas con huevo y pan rallado.

**La vita è adesso*: La vida es ahora.

REFERENCIAS DE LAS CANCIONES

I wanna be your slave, de Maneskin

ÍNDICE

- [1 HA LLEGADO EL MOMENTO DE UN CAMBIO](#)
- [2 EL PRINCIPIO DE MI NUEVA YO](#)
- [3 UN DÍA DE MIERDA](#)
- [4 MALDITO ITALIANO INSOPORTABLE](#)
- [5 UNA VENTANA AL PASADO](#)
- [6 NO HA SIDO UN ERROR](#)
- [7 ¿CUÁNTAS PERSONALIDADES PUEDE TENER UN HOMBRE?](#)
- [8 MI HISTORIA](#)
- [9 EXPERIMENTANDO](#)
- [10 PROBLEMAS EN EL PARAÍSO](#)
- [11 ¿ARROGANTE, YO?](#)
- [12 ¿EN SERIO ME ESTÁS PREGUNTANDO?](#)
- [13 LAS DUDAS DE LA MAÑANA DESPUÉS](#)
- [14 UNIENDO LAS PIEZAS](#)
- [15 MENUDA SORPRESA](#)
- [16 VENGANZA](#)
- [17 UNA OPORTUNIDAD CON MI PADRE](#)
- [18 UNA HISTORIA QUE NO ES MÍA](#)
- [19 NO TENGO TUS RESPUESTAS](#)
- [20 LA REGLA DE LAS TRES CITAS Y UNAS AMIGAS MEDIO LOCAS](#)
- [21 CUESTIÓN DE CONFIANZA](#)
- [22 EL SILENCIO NO PUEDE CUBRIR LA MENTIRA](#)
- [23 ENGAÑADA](#)
- [24 NO SIEMPRE ES BUEN MOMENTO PARA SER SINCERO](#)
- [25 MÁS TARDES COMO ESA](#)
- [26 UN PASADO DUDOSO](#)
- [27 LA ÚLTIMA CARTA DEL NONNO](#)
- [28 CICATRICES QUE NUNCA TERMINAN DE SANAR](#)
- [29 NUESTRO LUGAR ESPECIAL EN EL MUNDO](#)
- [30 DESVELANDO SECRETOS DEL PASADO](#)
- [31 UN SUEÑO](#)
- [32 ELLA DIJO QUE SÍ](#)
- [33 EL AMOR ME HIZO LIBRE, PODEROSA, BELLA](#)
- [34 SUSPENDIDA](#)
- [35 EN OCASIONES, EL DESTINO TIENE OTROS PLANES](#)

36 LO QUE SE LLEVARON LAS LLAMAS

37 MUERTE

38 ABRAZOS DE ESPERANZA

39 DE VUELTA A MI HOGAR

40 TODO ME RECUERDA A TI

41 EXPLOSIVA FIESTA DE BIENVENIDA

42 FURIA

43 MI VIDA TAL COMO ES AHORA

44 BESOS CON SABOR A SAL

45 SOLA CON MIS CONSECUENCIAS

46 ACERCANDO POSTURAS

47 ES UNA DESPEDIDA

48 CON LOS OJOS CERRADOS Y EL CORAZÓN ABIERTO

49 TE TENGO Y NO TE TENGO

50 UNA BOMBA QUE NO ESPERABA

51 ÚLTIMO PASO EN EL CALLEJÓN SIN SALIDA

52 LA TRAICIÓN DUELE MÁS CUANDO VIENE DE ALGUIEN QUE
TE IMPORTA

53 HÁBLAME DE ELLOS

54 UNA CAJA METÁLICA SIN ESPERANZAS

55 EL MOMENTO DE LA VERDAD

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS DE LA AUTORA